

LA FUERZA DEL NOMBRE

Manuel Gago Quesada



LA FUERZA DEL NOMBRE

MANUEL GAGO QUESADA

LA FUERZA DEL NOMBRE

ISBN 978-84-616-5297-6

© Sobre la novela: Manuel Gago Quesada

© Sobre la portada: José Luis Ocaña Martínez

A María Dolores, mi amada esposa.

Agradezco sinceramente a mi sobrina Amparo Núñez Miralles su amabilidad al haber aceptado realizar la maquetación de este libro en formato PDF. A ella se debe la excelente presentación de esta versión de “La Fuerza del Nombre”, cuyo contenido puede el lector disfrutar en diversos soportes electrónicos.

PRIMERA
PARTE

Capítulo I

5 de diciembre de 2012, Valencia, España

Los primeros rayos de sol comenzaron a filtrarse a través de las rendijas de la persiana, casi totalmente bajada. Se deslizaron suavemente hacia sus objetivos hasta posarse sobre el rostro de Magalí, acariciándolo con su luz, que despertó con dulzura a la joven letrada. A su lado, en la cama, yacía, todavía inmerso en el más profundo de los sueños, su compañero de trabajo, amigo y amante, Francisco Lahuerta.

Maga sonrió y contempló con mirada tierna a Fran. Se acarició el rostro masajeándolo suavemente con las yemas de los dedos, después estiró los músculos de sus miembros con sinuosa voluptuosidad, y retiró un mechón de suaves cabellos que cubría parte de su bello rostro. Abandonó el lecho, se sentó ante la cómoda y contempló con no disimulado placer la imagen que le mostraba el espejo. Sonrió, esta vez a sí misma, y después permaneció pensativa durante algunos segundos. Los recuerdos de siempre acudieron a su mente, una vez más.

La figura reflejada en el cristal que pendía sobre la cómoda le gustó. Sin ánimo de ser vanidosa, se encontró a sí misma muy atractiva, su preciosa cabellera color castaño oscuro enmarcando unas facciones que constituían una permanente invitación a ser acariciadas por cualquier ser sensible. Maga se alzó de la silla con femenina coquetería, disfrutando de la contemplación de su exquisito cuerpo, vestido tan solo con unas sexis braguitas y un no menos sensual sujetador. Sonrió de nuevo y se dispuso a abandonar la estancia para dirigirse a la cocina, como todos los días.

La voz de Fran la sobresaltó cuando ella ya atravesaba el umbral de la cálida estancia de matrimonio. De pareja, en su caso. Maga se detuvo.

—¿Dónde va mi preciosa princesa? — le preguntó Fran. Ella se volvió hacia él y le sonrió.

—Es hora del café y el zumo, mi caballero holgazán. Lo haré yo, como siempre. Tú te haces el dormido y así te libras de esa faena día tras día ¿A qué sí? — expresó Maga con ternura.

—Tía, no digas esas cosas. Me haces sentir mal. Pero ve, prepara los cafés y tráelos a la cama. Nos los beberemos lentamente, y después... hacemos otra cosa — dijo él guiñándole un ojo.

—No cuentes conmigo para lo segundo. Hoy tengo cita con mi psiquiatra a las 10:30, así que desayuno, me visto y me voy corriendo. No pienso regalarle ni un minuto de mi tiempo, ya sabes que cobra más que bien la hora, y no espera para poner en marcha su cronómetro — explicó la chica. El hombre no pareció convencido.

—Te vas a dejar una fortuna en los bolsillos de ese tío listo para nada. Y no es que estemos muy boyantes de cash... — se atrevió a decir Fran. Maga reaccionó.

—Cariño, te recuerdo que el dinero para mi terapia me lo dan mis padres. No sale de nuestro negocio, así que no tienes nada que alegar sobre el tema — le dijo.

—Vale, lo siento. Ya he metido la pata. Faltaría más. El tonto de Fran siempre la mete — respondió, pretendiendo hacerse el ofendido.

—No entiendo lo que quieres decir. Expíciate mejor — pidió Maga, cuya sonrisa inicial había desaparecido.

—Pues cari, es que no creo que tú necesites ninguna terapia con un loquero. Puedo equivocarme, claro, y cabe la posibilidad de que te resulte imprescindible. Si ello es así, he de culpabilizarme necesariamente, pues soy una pareja inadecuada para ti. Nena, has de comprender que me siento mal.

—Fran, ya estamos otra vez con el mismo rollo. Mi tratamiento nada tiene que ver contigo.

—¿Ah, no? ¿Qué le cuentas al doctor, que quieres ser mi pareja perfecta, siendo tú lesbiana y yo heterosexual? ¡Vamos, prenda, que tu tratamiento va a ser de por vida! Desde luego ese sinvergüenza se va a forrar contigo — dijo el hombre, que comenzaba a alzar demasiado la voz.

—¡Que te den, Fran! Ya hemos hablado de eso muchas veces. Pretendo incluso serte fiel como amante, pero como me echas en cara mi condición sexual, me lo reconsideraré. Y ahora te dejo, ya te he dicho que tengo prisa — Maga salió de la habitación al tiempo que pronunciaba estas últimas palabras. Cinco minutos después, regresó con una bandeja que contenía dos tazas de café, dos zumos de supermercado y dos croissants algo pasados, pero aún consumibles.

—Aquí está el desayuno. Tengamos el día en paz y armonía, cariño — le pidió ella, conciliadora.

Los dos bebieron y comieron en silencio. Maga engulló su desayuno con rapidez, se levantó del borde del lecho que compartía con Fran y encaminó sus pasos hacia la cocina para dejar su taza y vaso. Cuando iba a salir, él habló de nuevo.

—Princesa, no te vayas así. Ven aquí, necesito estar contigo. Sólo cinco minutos y te vas — le pidió.

—Déjame en paz. A veces resultas muy agobiante — contesto ella, mientras caminaba.

El hombre saltó de la cama, se precipitó por el pasillo en pos de ella y la agarró por los brazos. Maga se volvió hacia él y lo miró con furia.

—¡Suéltame, Fran! — le ordenó.

—Yo no tengo la culpa de que tengas unas tetas, unas piernas y un culo que me vuelven loco. Y esos ojos, y el pelo, y los labios... ven aquí, zorrilla mía — comenzó a besarla, preso de irrefrenable deseo.

No pudo zafarse de él. Fran la alzó en brazos y la llevó al dormitorio, mientras ella pateaba y trataba de desasirse de su opresor. Fue inútil. El hombre hizo valer sus poderosos músculos, la desnudó a la fuerza y le abrió las piernas. La penetró violentamente y alcanzó el éxtasis dentro de ella, que se había resignado a que estos episodios resultasen cada vez más frecuentes. No es que se sintiese violada, aunque técnicamente así era, pero sí que habían constituido motivo suficiente para que la chica hubiera recurrido a la terapia que le brindaba aquel afamado doctor que ella misma había elegido tras una minuciosa búsqueda en Internet. El doctor Fernando Olmos Garrido, que atendía en su lujosa clínica situada en la calle Játiva.

—Deberías sentir vergüenza por comportarte así, Fran — le recriminó, cuando él dio por finalizado su lujurioso asalto matutino.

—Lo siento. Perdona, mi amor, es que me vuelves loco... — Fran se arrepentía cada vez que caía en su desenfrenada pasión y obraba contra la voluntad de su compañera.

Maga se vistió y salió sin despedirse del hombre al que ella había elegido para formar pareja, y con el que estaba decidida a lograr vivir en estabilidad emocional y en paz. Fran no lo sabía aunque lo sospechase: la terapia que Maga recibía del doctor Olmos tenía que ver con los efectos de la peculiar relación sentimental y sexual que la abogada y el detective se habían decidido a establecer de común acuerdo.

A pesar de los cinco minutos de retraso que Maga llevaba cuando Elena Villa, la enfermera del doctor Olmos, le abrió la puerta de la clínica, aquella aún tuvo que esperar casi media hora para que el prestigioso psiquiatra la recibiese en la sala donde habitualmente llevaba a cabo sus sesiones terapéuticas.

Durante la espera, Maga se fijó en la enfermera. Decidió que era una bonita chica, y que sería tarea difícil para ella escapar a las miradas seductoras de su jefe.

Fernando Olmos Garrido hacía honor a sus apellidos. Era un hombre alto, fuerte, de complexión armoniosa, y sobre todo, guapo. Su mirada expresaba sin disimulo el orgullo que le producía el hecho de haber conseguido el objetivo que en su juventud se propuso: Llegar a triunfar en la medicina, en la rama de Psiquiatría. Haber superado a su padre. Ser el mejor. Conseguir a cuantas féminas se pusiesen ante sus ojos. Maga ya había observado con cierta malicia las miradas que el doctor y su enfermera entrecruzaban entre ellos. Llegó a la conclusión de que aquellos dos estaban felizmente liados, suposición que le dictaba su intuición femenina. En una ocasión, vio entrar en el despacho a una mujer muy atractiva y elegante, una rubia de unos treinta y bastantes años que la misma Elena, la enfermera, comentó a Maga que se trataba de la esposa del doctor.

Desde aquel día, la joven letrada no pudo olvidar la imagen de la mujer de su terapeuta. Le recordaba a Laura Beltrán. Belén Sánchez, le había respondido Elena cuando Maga tuvo la osadía de preguntarle a la enfermera que cómo se llamaba la esposa del médico.

—Adelante — la invitó a que entrase a la consulta.

—Gracias — le respondió ella, mientras atravesaba la puerta. En su mesa, Olmos parecía revisar unos interesantes papeles.

—Buenas tardes, doctor — le saludó.

—Bienvenida de nuevo, Magalí, pase y siéntese, por favor.

Realmente las sesiones solían ser casi un calco una de otra. El psiquiatra siempre preguntaba por su relación con Fran, los avances que se habían producido en el logro por parte de su paciente al merecido respeto que su compañero sentimental debería profesarle a ella, a cuestiones sobre la cualidad sexual de Maga y la problemática que esto conllevaba en una relación sentimental en la que la mujer no sentía deseos carnales por su compañero y en cambio, éste parecía hallarse siempre en celo, dispuesto a asaltarla sin ningún miramiento... siempre hablaban de lo mismo. Se trataba de ver si se producía un avance que propiciase una calidad de vida mejor para Maga que la que sobrellevaba en la actualidad.

—Lo que ha hecho hoy Fran no debería usted haberlo consentido — estaba diciendo

Olmos.

—Pero doctor, ya le he dicho que ha sido por la fuerza. No ha tenido nada que ver con que yo consintiera o no — respondió ella, algo cansada de reiterarse tanto. Se preguntó si no estaría despilfarrando inútilmente el dinero de su madre y su padre, que eran quienes pagaban la elevada minuta del psiquiatra. Maga había perdido muchos clientes, y por lo tanto una gran parte de sus ingresos, desde que tuvo que disolver su primer bufete, el que fundó con dos compañeras de estudios que la abandonaron a su suerte cuando Fran provocó la caída de Maga al abismo financiero desde la cumbre dorada de su plenitud como letrada. Habían pasado únicamente unos pocos meses desde que esto sucediese.

Terminado su tiempo de visita, abandonó la clínica y se dirigió a pie hacia su despacho. El trayecto no era largo y necesitaba pensar mientras caminaba, esquivando a los transeúntes y a las bicicletas que circulaban por las aceras. Una de estas últimas, conducida por un individuo de sucias melenas, indumentaria más que desastrada y gigantesca mochila a sus espaldas, estuvo a punto de atropellarla. Maga ni siquiera se inmutaba ya ante estos vandálicos hechos, que hacía años que se habían convertido en habituales y tácitamente aceptados en la caótica ciudad en la que siempre había vivido. A pesar de todo, una vez más llegó sana y salva hasta el portal de la finca donde ella y Fran compartían negocio. Decidió subir por la escalera.

—Hola cariño ¿Alguna novedad? — preguntó al entrar al despacho, donde el hombre estaba leyendo unos documentos.

—Nada de importancia, corazón. ¿Y tú? ¿Cómo te ha ido con el doctor Robles? — Él le respondió con otra pregunta.

—No seas ganso, sabes perfectamente que se llama Olmos — Maga le sonrió, apreciándole la broma. La chica hacía todo lo que podía por mantener la armonía entre ella y su ardiente compañero.

—Maguita, ¿Qué tal si nos vamos a comer hoy al Palmar? Tengo ganas de zamparme unas anguilas con all i pebre. Hace meses que no vamos por allí — propuso Fran.

—¿Tú tienes dinero para invitarme? Porque yo estoy sin blanca — respondió ella.

—Cariño, te recuerdo que somos socios. Si tú estás sin blanca, yo también. Pero podemos hacer una cosa. Invitamos a tu madre a comer, y cuando llegue la hora de pagar, decimos que se nos ha olvidado la cartera, y que pague ella — propuso Fran, armándose de cara dura, actitud de la que abusaba cada vez más.

—¿Sabes qué? Tengo otra idea. Le digo a mi mami que pase a recogerme a mí sola y que me invite. En eso no tengo problema — respondió, con evidente disgusto hacia la actitud de su pareja.

Permanecieron en el despacho hasta la hora de abandonarlo. Después, entraron en el bar donde desayunaban, almorzaban y comían habitualmente.

Valencia, 12 de diciembre de 2012

Una mujer alta y pelirroja, ciertamente muy bella, en los últimos años de su treintena a juzgar por su aspecto, abordó a Maga en la calle cuando ésta se disponía a entrar en el portal del inmueble donde ella y Fran Lahuerta compartían negocio.

—Buenas tardes, señorita Lafuente — la mujer la saludó y Maga se sobresaltó al comprobar que se trataba de quien, sobre las seis de la tarde, plantada en la acera junto al portal del inmueble que albergaba la clínica del doctor Olmos, la había escrutado con no disimulado interés cuando ella salió, una hora antes, de la consulta del psiquiatra.

—Buenas tardes... ¿Cómo sabe mi nombre? — preguntó Maga, intrigada.

—Perdone, qué pregunta... usted es famosa por el escándalo que provocó su conducción temeraria, con accidente grave y retirada de carnet incluida, que sufrió a principios de este año. Por eso la he reconocido — expuso la mujer, sonriendo. A Maga no le hizo ninguna gracia.

—¿Qué desea de mí? No estoy en deuda con nadie... — la letrada se puso a la defensiva.

—Tranquilícese, tan solo pretendo ser su cliente. Me parece usted una buena persona. La casualidad parece que nos conduce a las dos a la clínica del doctor Olmos, aunque por razones que seguro que son bien diferentes — continuó la mujer.

—Será mejor que subamos a mi despacho para hablar, señorita o señora...

—Estefanía. Me llamo Estefanía Pozuelo — se presentó formalmente.

—Encantada de conocerla, o conocerla... si te parece, nos tuteamos — le ofreció Maga.

—Me parece perfecto. La cercanía me gusta. Quiero contratar tus servicios — siguió hablando la pelirroja, ya en el ascensor.

La dueña del bufete abrió la puerta y pidió a su visitante que entrase. Fran apareció en el recibidor.

—Maga, tus padres nos esperan en su casa para cenar... ¿Recuerdas? — preguntó el detective, que estaba ansioso por dejar el trabajo aquella tarde.

—Hay tiempo, Fran. Mira, te presento a Estefanía Pozuelo. Estefanía, este es Fran Lahuerta, detective privado y mi socio en el bufete — dijo Maga, mirando a ambos alternativamente.

—Lo sé. Seguí vuestro caso en los periódicos con mucho interés. Fuisteis noticia de ámbito nacional. Disteis la nota, para mal, desde luego.

—Bueno señora, entonces ¿a qué ha venido usted? — preguntó Fran sin excesiva cortesía.

—Necesito un detective privado y una abogada. Quiero desenmascarar al indeseable que me destrozó la vida. Durante muchos años, no supe nada de él, desde que me desechó como si yo fuese una colilla, rompiendo todas sus promesas cuando le comuniqué que me había quedado embarazada de él y que debíamos casarnos para formalizar nuestra situación, al menos ante mis seres queridos, ya que a él no le importaban nada los suyos, en su caso, su familia. Han pasado muchos años, pero lo he buscado y finalmente, he dado con él.

—Estefanía, dejar embarazada a una chica y huir tras hacerlo no está tipificado como delito en España. No creo que te podamos ser útiles ninguno de los dos — intervino Maga.

—Sí que podéis. He hecho algunas averiguaciones por mi cuenta, y creo que además de un desalmado sinvergüenza, es también un asesino. Eso sí que es delito — afirmó con rotundidad la pelirroja.

—Sí, eso sí, por ahora... porque en este país mal acabaremos — sentenció Fran.

—Estefanía, Fran y yo aceptamos gustosos tu caso, pero ¿Te daría igual si tratásemos el tema, sea lo que sea aquello de lo que tengamos que hacernos cargo, pasado mañana

a primera hora? Es que Fran y yo íbamos a salir ya a hacer unas compras, y después a cenar a casa mis padres — explicó Maga, que no estaba dispuesta a perder el caso, pero tampoco quería que su madre la riñera.

—Sí, no hay problema. Llevo ya unos días en Valencia, en una pensión, pero todavía me queda algo de presupuesto. Pero no me falléis el viernes, no quiero encontrarme con vuestra oficina cerrada — aceptó la pelirroja con una sonrisa.

Maga y Fran pasaron las dos horas siguientes en el Corte Inglés comprando con suficiente anticipación regalos de navidad para Luis y Lucía. En cuanto a los padres de él, no era necesario adquirir nada, pues seguían sin aceptar a su hijo de nuevo en la familia, tras haber roto éste su compromiso con una rica heredera, hija de una ilustre familia castellanense, para unirse sentimentalmente a Maga Lafuente, a la que consideraban una “doña nadie”.

A las ocho en punto pulsaron el timbre del domicilio paterno de ella. Lucía tardó pocos segundos en abrir, y abrazó a su hija con fuerza y ternura al mismo tiempo.

Fran se sintió ignorado una vez más por su suegra virtual. Luis apareció por detrás del grupo y salió al quite del ofendido Francisco, extendiéndole la mano derecha para estrechar la de su “yerno” con calidez.

Luis Lafuente y Lucía Barrón siempre se hallaban ansiosos de recibir la visita de su única e idolatrada hija. Ambos se sentían deseosos de que la chica fuese inmensamente feliz con Fran, pero como adultos sensatos, sabían que tal cosa era imposible, dado que estaban al tanto de la fogosidad y apetito carnal de aquél hacia su pequeña, y la condición de lesbiana de ésta. Maga, que quería experimentar el amor verdadero sin gozo sexual, estaba cometiendo, en opinión de sus progenitores, uno de sus mayores disparates vitales, hasta la fecha.

Entraron todos al salón. Luis ocupó su sillón, Mari Carmen, la perrita Yorkshire, se subió sobre él, y Lucía y los jóvenes visitantes ocuparon el cómodo y amplio sofá dispuesto en forma de L, de manera que todos podían conversar viéndose las caras.

—Y bien, chicos ¿Cómo os va la vida? ¿Han mejorado los negocios? — preguntó Luis tanto a su hija como a su “yerno”.

—Las cosas van mal, pero nos vamos defendiendo. Esta tarde hemos recibido la visita de una posible cliente muy interesante. Quiere que investiguemos un asesinato — Fran contestó a la pregunta de Luis, mientras sentía la mirada de Lucía clavada en él. Sabía que a su “suegra” no le caía ni siquiera mínimamente simpático.

—Caramba, eso está muy bien. Cobraréis una buena minuta — respondió Luis.

—Esperemos que la mujer, una pelirroja espectacular, tenga el bolsillo repleto de billetes, suegro — dijo Fran, tratando de ser gracioso, pero consiguiendo el efecto contrario en Lucía.

El anfitrión se dio cuenta de que ninguna de las dos mujeres presentes deseaban participar en la conversación. Se sintió nervioso. Finalmente, Lucía habló.

—Chicos, Maga y yo nos vamos a mi estudio, que quiero enseñarle unos trabajos que he hecho. Seguid hablando vosotros. Maga, ven — pidió la anfitriona a su hija.

Ya a solas, Lucía se lanzó abiertamente a escrutar el alma de su pequeña, que estaba ya próxima a cumplir sus treinta y tres primaveras.

—¿Cómo va tu vida, cariño? ¿Eres feliz con Fran? — le preguntó sin rodeos.

—Mamá, pues claro que soy feliz... Fran es el hombre de mi vida — respondió Maga.

—No. El hombre de tu vida es tu padre, si lo sabré yo. Por cierto, háblale un poquito más y dale algún abrazo que otro, como siempre hiciste hasta que decidiste formar una

rara pareja con Fran.

—Mamá, no te metas en nuestra vida, por favor. Lo echarás a perder todo — la recriminó su hija.

—¿Echaré a perder qué, cariño? — Lucía se iba introduciendo más en el meollo del asunto que quería abordar con Maga, y que ésta intentaba evitar desde hacía tiempo. Hoy sin embargo, la había atrapado y había conseguido encerrarse con ella en su habitación-estudio. A Lucía le seguía gustando dibujar planos de hogares de ensueño, aunque ya no tuviese ninguna intención de convertir sus ideas en dinero.

—Fran y yo nos conocemos desde hace muchas vidas, y es preciso que nos amemos. El que yo sea lesbiana y él heterosexual es una prueba más a las que nos tenemos que enfrentar para que la superemos con éxito y crezcamos espiritualmente. ¿Entiendes? — preguntó Maga con escepticismo a su progenitora.

—Mi pequeña, sé que tú crees a pies juntillas en esas cosas, que recibes visitas de seres de otras dimensiones, lo sé, cariño, bien que nos lo demostraste a tu padre y a mí con tan solo ocho añitos cuando viste al fantasma de tu tía Amparo — comenzó con suavidad Lucía su introducción.

—¿Entonces, mamá? ¿Qué te sucede, que tú sabes más que nadie? ¿Que has de organizar mi vida, como has hecho siempre? — Maga se sentía dolida, pero en absoluto enfadada. Su madre no tenía capacidad de enfurecerla, dijese lo que dijese. Ambas se amaban demasiado profundamente como para que pudieran herirse mutuamente.

—En absoluto. Lo que sí que sé es que a ti, desde siempre, te gustan las mujeres. Por lo tanto, has de unirme afectivamente a otra mujer. Fran no puede hacerte feliz. Eres una cabezona, y algún día te darás cuenta — continuó Lucía.

—Mamá, tú no sabes nada sobre los círculos kármicos. Hay que cerrarlos convenientemente para pasar, en vidas futuras, a nuevos proyectos y aprendizajes. Si no cierras bien un círculo kármico durante una vida, en la siguiente te encontrarás con la misma situación. Fran y yo nos hemos amado en vidas pasadas. Tengo información de dos de ellas. En la anterior a ésta, en la que fui dibujante, Fran se llamaba Catalina, y yo Luis, bueno, ya sabes, fui el papá de papi. Ambos morimos en un intervalo de una hora, yo de un infarto y él, bueno, ella, asesinada de un disparo al corazón. Nos reencontramos en el cielo y nos reconocimos inmediatamente. En otra vida anterior a esa, los dos fuimos musulmanes, yo chico y ella chica, cometimos adulterio y a ella la lapidaron y yo me suicidé por amor. ¿Cómo quieres que deje a Fran? Estamos destinados a amarnos con amor verdadero, divino, el que los humanos desconocen — siguió Maga con su argumentación, tratando de convencer a su progenitora.

—Ya me has dicho eso otras veces, pero creo que te has obcecado en la consecución de tus objetivos espirituales. Te recomiendo moderación, hija, y que tomes las cosas con sosiego. Personalmente desapruébo tu relación con Fran. No es buena para ti. Para él, en cambio, sin duda es muy placentera y acabará abusando de tu buena fe e ingenuidad — Lucía adoptó un semblante muy circunspecto para pronunciar estas últimas palabras. —Mamá, nunca te he visto hablarme con ese tono, dulce y firme a la vez. ¿Estás haciendo un cursillo de algo, digamos por ejemplo, cómo hacer razonar a una hija tonta? — preguntó Maga, sonriendo por primera vez desde que su madre se encerrase con ella en su habitación-despacho.

—No. Debe ser que estoy madurando a mis sesenta y tres, jajaja.

—Pues háblame de tus progresos. A ver ¿Cómo siguen tus relaciones íntimas con papi? ¿Se sigue atiborrando de Viagra para satisfacer tu implacable hambre de hombre

amado? Dime mami, necesito que volvamos a ser las de antes — Maga se arrepintió inmediatamente de haber pronunciado las últimas ocho palabras.

—Ya no hay Viagra. La última vez que tu padre visitó al doctor Haba, el cardiólogo, éste le dijo que si quería vivir muchos años, dejase de comportarse en el sexo como un adolescente. La Viagra comporta riesgos para él, según ese especialista, que como sabes, es de una gran fiabilidad. Así que tu padre y yo, nada de nada — a Lucía no le importaba confesar sus temas más íntimos a la persona que más amaba en el mundo. Luis seguía a Maga en el ranking.

—Uy, mamá, entonces también vosotros conoceréis el amor verdadero, sin sexo — dijo con una risita maliciosa.

—Mal pensada, tu padre y yo nos amamos desde que nos conocimos. Cuando yo tuve aquel acceso de locura y lo dejé por el tal Álvaro Garrote del que tú sabes, porque te lo hemos contado, yo seguía amando a tu padre. Como a un hermano, pero amándolo. Hubiese dado mi vida por él. Puedes creértelo o no, estás en tu derecho. Simplemente, en estos últimos meses, nos había dado por estar siempre fundidos corporalmente. Lo seguimos estando espiritualmente — explicó Lucía, que no quería que su hija dudase del amor que sentía por su marido, por el hombre de su vida.

—¿Y ahora qué... mamá? ¡Eh! ¿Qué libro tienes encima de tu escritorio? Uy, es el de las “Cincuenta sombras de Grey”. ¿Lo estás leyendo? — preguntó Maga, intuyendo haber descubierto un oscuro secreto sobre las prácticas sexuales de sus progenitores tras la desaparición de la Viagra de sus vidas.

—Sí, lo estoy leyendo ¿Es que tú también lo tienes, o piensas comprarlo? — preguntó titubeante Lucía, como si hubiese sido cogida en falta.

—No, pero sé de qué va. Me lo dijo una chica que trabaja en la sección de libros de Hipercor. Se llama Eugenia, y es muy simpática. Me explicó que muchas mujeres lo están leyendo y que ha revolucionado sus vidas de pareja. Me contó por qué — Maga emitió una débil risita.

—Bueno cariño, ¿qué tal si salimos y nos reunimos con los hombres? Al final nos van a asaltar a preguntas que ni tú ni yo queremos responder — propuso Lucía, que quiso dar por terminada la charla. Se le había olvidado esconder el libro que su hija acababa de ver.

—Un momento, mami. Enséñame tu culito, por favor — pidió Maga.

—Ya estamos. Esta es mi Maguita, descarada como ella sola. ¿Qué crees que vas a ver si te enseño mi popó? — Lucía retornó por una vez a la elegancia de vocabulario que utilizó durante su adolescencia y juventud.

—Pues las manos de papi marcadas en él, y que lo tienes más coloradito que un tomate. ¿A que acierto, mamá? ¡jajajajaja! — Maga rió con ganas como no lo había hecho desde hacía ya muchos meses.

—Bueno, puede que sí, puede que no. Me gusta tu risa, hija, de veras que me alivia el espíritu. Vamos fuera — la animó a salir de la habitación por segunda vez.

—Mamá, te he ordenado que me enseñes tu culo — insistió Maga, juguetona.

—Esas órdenes sólo puede dármelas tu padre — le respondió Lucía, que quiso animarse a seguir el juego que su hija quería iniciar.

—Mamá, no te lo voy a repetir una tercera vez. Bájate el pantalón y el tanga y enséñame tu popó. Es una orden — la chica trataba de contener la risa.

—Está bien, mi señora, pero si encuentras lo que buscas, serás tú la que se baje el pantalón y las braguitas, te pongas sobre el regazo de tu mami y ella la que te ponga tu

culito como tú encuentres el mío. ¿Te parece un buen trato? — propuso Lucía.

—Me parece perfecto, mamá. Vamos a ello. Voy a echar el cerrojo de tu habitación.

Lucía hizo lo que le había pedido su hija. Sus nalgas estaban marcadas por unas fuertes manos masculinas, a juzgar por el intenso rojo carmesí de la piel de aquella parte de su cuerpo. Maga se asombró, se llevó una mano a la boca y pidió a su madre que salieran con los chicos.

—De eso nada, cariño. Tú has de cumplir tu parte. Ahora yo me visto, me siento cómodamente en este sillón, tú te desvestes y te pones como yo te diga. Venga, fuera pantalones — ordenó Lucía. Maga obedeció sin rechistar. Se puso nerviosa. Su madre jamás la había azotado y ahora lo iba a hacer, por ser una hija tan estúpida. Pobre mamá, pensó. Su única hija es tonta. Se quitó el pantalón y lo depositó sobre el sillón del escritorio de Lucía. Maga, en actitud expectante aunque juguetona, miró sumisa hacia el suelo.

—Venga, chica valiente, ahora fuera esas braguitas. Venga, deprisa — apremió la madre a la hija.

—Ya está, mami. ¿Cómo quieres que me ponga? — preguntó Maga, ruborizada pero mirándola a los ojos.

—Ven aquí, sobre mis piernas. Así. Prepárate. ¿Mentalizada ya? — preguntó Lucía, con mucho cariño.

—Sí mami. Venga, dame lo que me merezco. Soy tonta.

Lucía comenzó a azotar las nalgas de su hija, hasta marcar sus dedos sobre la blanca piel de aquella zona de su niña, que se torno carmesí. Le calentó su parte de retaguardia como Maga nunca pensó que su madre sería capaz de hacer. Llegó un momento en que sintió dolor, pero no le pidió que se detuviese. Súbitamente, sintió que el dolor se transformaba en placer. Lucía no paraba y la azotaba más y más, cada vez con más fuerza. La chica sintió entonces que las lágrimas afluían a sus ojos, pero no era por los azotes, que procedían de aquellas manos tan adoradas por ella desde siempre, sino por hallarse recogida sobre el regazo de su madre, a la que necesitaba, ahora más que nunca, sin querer confesárselo a nadie, y menos a ella. Se sintió tan protegida, tan guardada de todo mal... que rompió a llorar. Lucía se sobresaltó y paró inmediatamente de infligir el acordado castigo a su hija.

—Cariño ¿Qué te pasa, mi vida? Perdona si me he pasado, tú has querido jugar a esto... — se disculpó Lucía, asustada.

—No, mami, no es eso, es que soy muy infeliz, mucho... no te lo puedes ni imaginar.

—¡Cariño! Venga, abrázame. Cuéntamelo todo, mi amor. Todo, sin dejarte ni un punto ni una coma. Yo te protegeré, niña mía. Malditos hombres, y malditas creencias, sean las que sean. Venga, llora sobre mi pecho, desahógate... esta noche tú y yo dormiremos juntas. Has de contarme muchas cosas.

—Sí mamá, gracias, te quiero, te quiero muchísimo... pero díselo tú a Fran, por favor. Díselo tú.

—Lo haré. No permitiré que nadie haga daño a mi niñita. Venga, vístete, recompón esa carita y vamos a servir la cena.

Aquel ágape, uno más, aunque ya se acercaban las fiestas navideñas, transcurrió con más pena que gloria, pero sobre todo, hubo cierta dosis perceptible de tensión en el ambiente. Maga no habló apenas, y cuando lo hizo, fue para alabar la exquisita cena que había preparado su madre. Luis y Fran intercambiaban miradas sin saber qué estaba sucediendo entre las mujeres. Finalmente, la anfitriona le comunicó a Fran que su

compañera sentimental no se encontraba bien y se iba a quedar a dormir con ella. El hombre no pudo disimular su enfado ante la decisión de su “suegra”.

—¿Cómo que Maga se queda contigo, Lucía? Ella es mi mujer, tenemos un hogar común — protestó Francisco.

—Tu mujer, como tu la llamas, ha de contarme muchas cosas y yo otras a ella. No la he secuestrado, se queda por propia voluntad. Maga, cariño, ve a mi habitación, ponte un pijama de los míos y métete en la cama. Enseguida estaré contigo — Lucía quería que su hija no sufriese ni un segundo más la velada de una cena tan incómoda.

—Sí mamá — dijo la aludida, que dio media vuelta sin mirar a nadie, y se retiró.

Fran abandonó furioso el hogar de los padres de su compañera en el amor y socia en los negocios. Se preguntó que qué mosca venenosa le había picado a Lucía, y si el veneno sería contagioso. En la calle, llegó hasta su coche, se introdujo en él, lo puso en marcha y arrancó a toda velocidad. Se saltó en rojo el primer semáforo al que llegó y en segundos se fundió en el tráfico de la caótica ciudad.

Los días 13 y 14 transcurrieron sin que Maga regresara al hogar que compartía con Fran. Por la mañana, fue el socio masculino quien abrió el despacho Lafuente & Lahuerta Ltd. La que fue fundadora de la empresa, ahora venida a menos, decidió quedarse en el nido protector que le ofrecían, sin duda, sus padres. Para colmo de males, ni un solo cliente apareció aquella mañana por la oficina.

—¡Malditas zorras! No sé quién es peor, si la madre o la hija. Y yo aquí, sin medios por haberme enamorado de esta loca inconsciente... por su culpa mis viejos me han repudiado. ¡Podría haber llegado a ser muy rico! — Fran pensaba en voz alta, mientras recorría a grandes zancadas una y otra vez el piso transformado en oficina, presa de un estado de estrés irrefrenable.

Hacia la una de la tarde, alguien llamó a la puerta. Dedujo que sería la mujer pelirroja que en la tarde de ayer les había dicho a él y a su desleal compañera que los quería contratar para que investigasen un asesinato. Fran se dirigió a abrir, aliviado por la llegada de una posible cliente adinerada. ¿O quizá fuese Maga, que venía a pedirle perdón por su incalificable actitud hacia él?

—Buenos días Fran — el hombre se llevó una desagradable sorpresa. Se trataba de Lucía. La peor de las visitas en aquel momento.

—Buenos días, señora Barrón. No la esperaba por aquí, la verdad — dijo él, sin ocultar su desagrado.

—No, ni esto tampoco te lo esperas.

—Pronunciadas estas palabras, Lucía abofeteó al hombre, primero con la palma de su mano derecha y después con el dorso. Ambos chasquidos fueron tan sonoros que sin duda se oyeron en todo el edificio.

—¿Pero qué hace? ¿Está loca? ¡Voy a llamar a la policía! — la amenazó, tras recuperarse del aturdimiento provocado por los fuertes bofetones.

—Llama a quien te dé la gana. Pero no te vuelvas a acercar a mi hija. No la vas a volver a maltratar. Maga no es para ti. Búscate a otra, y también otra socia. Esta empresa queda disuelta.

—¡Vaya! ¡Qué fuerte ha venido usted! ¡Le juro que me las van a pagar! ¡Usted y su hija lesbiana! ¡Lárguese, cabrona hija de puta!

—Por supuesto, no me voy a quedar a discutir con un miserable como tú. Adiós, Francisco Lahuerta. Menos mal que he llegado a tiempo y aún no te has convertido en un Álvaro Garrote para mi niña — Lucía dio media vuelta con una serenidad que dejó atónito al hombre. Abrió la puerta del ascensor, se introdujo en él y pulsó el botón que la llevaría a la planta baja.

A la una y media abandonó Fran su despacho, que aún compartía con Maga, dijera la bestia parda que lo había abofeteado lo que dijese. La dama pelirroja, una cliente con la que contaba, no apareció. Fran no tenía más de diez euros en sus bolsillos.

Lucía caminó hasta el parking donde había dejado su vehículo. Pagó la estancia y se incorporó al tráfico infernal de la ciudad. Había mantenido la calma en el momento crucial pero ahora estaba nerviosa y le temblaban las piernas. No le diría a Maga lo que había hecho. Su hija no era feliz, sino más bien desgraciada, pero no echaba la culpa a Fran de su desgracia, sino a la falta de sentido común de su niña por obstinarse en mantener una relación sexual en la que él la poseía una y otra vez con gran vehemencia, disfrutaba de ella hasta el éxtasis, mientras que Maga, por su condición lésbica, se sentía agobiada, y muchas veces, humillada.

Lucía dejó su coche en el parking de Nuevo Centro, donde era titular de un abono. Se lo podía permitir. Para eso había trabajado duro desde muy joven hasta hacía pocos años. Bajó del coche, salió por el supermercado del Corte Inglés hacia la avenida de Pío XII y en cinco minutos estuvo en la casa que compartía con su esposo. Segundos después, Maga se hallaba frente a ella. Parecía indignada y furiosa.

—Mamá, me acaba de llamar Fran. ¿Es cierto lo que me ha contado? ¿Has agredido a mi pareja, dime, lo has hecho? — preguntó a su madre.

—Sí, es cierto, le he dado un par de bofetones y le he prohibido que te vea más — respondió Lucía.

—¡Pero qué irresponsable! ¡Eso únicamente lo puedo hacer yo! Fran y yo nos queremos, mamá! ¡Desde hace cientos, o miles de años! —expresó Maga su indignación con su progenitora.

—Mira cariño, me dejaste bien claro que eres infeliz con ese hombre, y yo he actuado en consecuencia. Confía en mí — pidió Lucía.

—¡Estás chiflada, mamá! ¡Ya nunca más volveré a confiar en ti! — Maga estaba a punto de romper a llorar.

—Lucía se acercó a ella y la abrazó. La chica no opuso resistencia.

—Esa relación, y ese despacho que tenéis, son ambos ruinosos. ¡Hasta el nombre es ridículo! “Lafuente & Lahuerta Ltd” ¿Quién va a confiar en vosotros? Parece el nombre de una pareja de payasos — explicó Lucía.

—¡Yaaaaa! ¡Cállate de una vez! Esta tarde me voy al despacho — gritó Maga.

—Como te vayas, no vengas a llorarme después. Fran está muy enfadado con nosotras. ¡Me ha insultado! Tu “pareja”, como tú llamas a ese impresentable, me ha llamado “cabrona hija de puta”, y a ti lesbiana — argumentó la madre.

—Joder, con perdón, mami, si no lo oigo de tus labios no me lo creo. ¿Desde cuándo yo no soy lesbiana? Y en cuanto a ti, si lo has abofeteado por sorpresa, así, por las buenas... No hagas comida para mí. Me voy — Maga finalizó la conversación, sin permitir turno de réplica a Lucía.

Los dos socios del bufete con supuesto nombre de pareja de payasos se encontraron en la puerta del mismo a las cuatro en punto de la tarde. Fran miró a Maga con furia, que fue desvaneciéndose paulatinamente al percibir que su compañera, a la que deseaba con irrefrenable pasión, se presentaba con una inequívoca expresión de humildad en su cara. Entraron. Ella fue la primera en hablar.

—Lo siento, Fran. No hagas caso a mi madre. Se está haciendo vieja. Antes no era así — rompió Maga el silencio.

—Ha sido increíble. ¿Hablaba ella en tu nombre, Magalí? — preguntó él.

—No. Rotundamente no. Nosotros nos queremos, cariño. Perdónala y perdóname — suplicó ella.

—Perdonada tú. Ella no, por borrica. Y no pienso volver a casa de tus padres jamás en la vida ¿Entiendes? — voceó el ofendido detective.

—¿Ni siquiera por navidad? — preguntó Maga.

—A Fran le resultó cómica la pregunta, y ambos rompieron la tensión que quedaba con una sonora risotada al unísono. Después se abrazaron y se besaron.

—Cariño, me he sentido muy mal esta noche sin ti. Creí que habías decidido abandonarme — confesó él.

—Fran, te quiero. Pero nunca te he ocultado que adoro a mi madre. A mi padre también, pero por mi mami es pasión lo que siento. Ella me convenció para que pasase unos días en su casa, pero no ha podido ser por lo que ha hecho hoy contigo a mis espaldas. Pasar la noche con ella, haciéndonos confianzas, me ha aliviado mucho — le respondió.

—¿Aliviado de qué o de quién? De mí, desde luego. Necesitas perderme de vista de vez en cuando ¿Me equivoco? — dijo él, pretendiendo hacerse el ofendido.

—Tengamos el resto del día en paz. Bésame, cariño. Necesito tus besos y tus abrazos — Maga decidió terminar de ese modo con la molesta conversación, que ya estaba subiendo de tono. Fran se relajó y la abrazó y besó con ternura.

Los días siguientes pasaron. Transcurrieron también los de nochebuena y navidad, en los que Fran se negó a comer o cenar con sus “suegros”. Llegó el 27 de diciembre y él y Maga se hallaban una vez más enfrascados en el desagradable tema de lo impertinente que se había vuelto Lucía con él desde que decidieron formar pareja sentimental, en contraposición a la amabilidad de Luis. Obviamente, comenzaron a discutir, una vez más.

La conversación finalizó bruscamente cuando sonó el timbre de la puerta. Maga fue a abrir, mientras Fran se dirigía a su mesa de trabajo para ofrecer una imagen de seriedad profesional al visitante que estaban a punto de recibir.

—Buenos tardes, señorita Lafuente — saludó la visitante.

—Doña Belén. Qué sorpresa...

—Se trataba de la esposa del doctor Olmos, el psiquiatra que trataba a Maga.

—Imagino que yo soy la última persona que esperaba usted ver aquí. ¿Puedo pasar?

— continuó hablando la recién llegada.

—Claro, adelante y siéntese, por favor — ofreció la letrada.

—He venido a contratar sus servicios. No para mí, sino para el sinvergüenza de mi marido. Lo ha detenido la policía hace dos horas en nuestro domicilio, acusado de asesinato — dijo la señora Sánchez, de nombre Belén y de profesión, esposa del famoso psiquiatra don Fernando Olmos Garrido.

—¿Qué? Se trata de una broma, supongo ¡Claro! ¡Hoy es el día de los santos inocentes! No, hoy es 27 — balbuceó Maga, que no salía de su asombro. Explíquese, por favor — pidió la letrada a la visitante, que iba a convertirse en cliente.

—Hoy la policía se ha presentado en nuestro domicilio y ha detenido a mi marido. Le acusan de asesinato — dijo con frialdad la mujer.

—¿Qué? ¿El doctor Olmos detenido? Pero es absurdo, tiene que ser un error. Un hombre de su valía y profesionalidad... seguro que lo han detenido arbitrariamente. Este es un país de locos donde la justicia brilla por su ausencia — le respondió Maga, que no sabía muy bien qué decir ante tan sorprendente noticia.

Fran salió del despacho desde el que había permanecido escuchando la conversación de las dos mujeres.

—Buenas tardes señora. Soy Francisco Lahuerta, socio de Magalí — se presentó.

—Buenas tardes — respondió la mujer.

—Fran es detective privado. Es muy bueno — terció Maga en la presentación.

—Bueno, volviendo al motivo de mi visita a ustedes... la cuestión es que me he tomado la molestia de venir a verles para encargarles que hagan algo por el impresentable de mi marido. No se lo merece, que conste, pero yo no soy como él, y no deseo verlo en la cárcel. Sé que está liado con su secretaria, pero a estas alturas, sus veleidades amorosas no me importan. Lo que no puedo creer es que sea un asesino. Estoy segura de que alguien le ha tendido una trampa — expuso la señora Sánchez.

—Y quiere que investiguemos lo que realmente ha sucedido — aventuró Fran.

—Sí, y a decir verdad, son ustedes la pareja perfecta. Una abogada y un detective privado. Me alegro de haber venido hasta aquí — continuó hablando la visitante.

Maga y Belén habían cruzado sus miradas en varias ocasiones en las que coincidieron en la consulta de Olmos. Belén solía visitar por sorpresa a su esposo. Si sabía lo de la relación de éste con Elena Villa, la enfermera, quizás disfrutara poniendo nerviosos a ambos. Ni Maga ni Fran percibieron a la esposa del psiquiatra como a una mujer despechada.

Belén era alta y rubia, de rasgos armónicos, ojos bien maquillados y perfilados. Estaría cercana a los cuarenta, pero continuaba siendo muy bella. Maga juzgó que se sentía muy segura de sí misma. Le había llamado la atención desde el principio, y cuando la veía, le recordaba a Laura Beltrán, a la que no había olvidado, por más que nunca la nombrase ya, ni ante Fran ni ante sus padres. No quería responder a preguntas incómodas, ni recibir miradas cargadas de inquisitiva intención.

—Bien, centrémonos. ¿Quién es la supuesta víctima de su marido, Belén? — preguntó Maga, consciente de que aún no habían abordado el asunto que era motivo de la llegada de la nueva cliente al despacho.

—Se trata de una mujer cuyo nombre era Estefanía Pozuelo. Una pelirroja de muy buen ver. La policía la encontró muerta anteanoche, de madrugada, en un lugar muy próximo al velódromo Luis Puig, situado en Benimamet. Le habían destrozado la cabeza con una piedra, que el asesino dejó al lado de la víctima. En los bolsillos del abrigo de la

pobre desgraciada encontraron un documento de pago de una pensión de Valencia. Los agentes se personaron en la misma y averiguaron que la mujer se hospedaba allí desde hacía unas pocas semanas. En su habitación, tenía unos papeles que demostraban que estaba chantajeando a mi marido — expuso la señora Sánchez.

Maga y Fran se habían sorprendido desagradablemente al caer en la cuenta de que el cadáver encontrado por la policía probablemente correspondía a la mujer que hacía unos quince días, por la tarde, se había presentado en Lafuente & Lahuerta Ltd para contratar sus servicios, y que el día convenido, el 14 por la mañana, no acudió a la cita que tenía concertada con ellos. Los dos llegaron de inmediato a la conclusión de que el asesino al que se refirió la exuberante pelirroja, ahora difunta, era el doctor Olmos... ¿al que Estefanía estaba chantajeando? A ninguno de los dos les cuadró esta relación entre ambos personajes. Sí, parecía un caso interesante.

—¿Se ocuparán ustedes del tema de mi marido? — preguntó Belén.

—En principio sí, siempre que usted acepte nuestro presupuesto para llevar a cabo la investigación y defensa — respondió Fran.

—No se preocupen por la cuestión del dinero. Soy una persona solvente, a diferencia de muchos otros — respondió la señora Sánchez.

Fran pensó que aquella tía era, además de imbécil, necia y cornuda, una prepotente. Maga prefirió mirarla y evocar a Laura Beltrán, su amor de adolescencia. Conforme pasaban los minutos, Belén le recordaba más a la que fue el gran amor de su vida.

—Belén, para iniciar una investigación privada cuyo resultado acabe por contradecir los resultados de las pesquisas llevadas a cabo por la policía, y en su caso, organizar la defensa de su esposo, Francisco y yo hemos de conocer muchos más detalles — expuso Maga a la adinerada rubia.

—Claro. ¿Podemos tutearnos? — preguntó ésta.

—Por supuesto, Belén. En primer lugar, necesitamos saber qué pruebas ha encontrado la policía para detener a tu esposo con una rapidez tan sorprendente — explicó Maga.

—La víctima llevaba un papel con la dirección de la pensión donde se alojaba. Un hostel bastante asequible por su módico precio, se ve que no era una mujer con grandes recursos económicos. La policía fue al hostel y en la habitación que ocupaba, encontraron evidencia escrita de que la tal Estefanía, que en gloria o donde sea esté, estaba chantajeando al sinvergüenza de mi marido. Pronto supieron que el único motivo de la visita a Valencia de la mujer fue venir a sacarle dinero a Fernando. Así que ni cortos ni perezosos, los agentes vinieron a por él y se lo llevaron — relató Belén, con voz neutra.

—¿Estás enamorada de tu marido? — preguntó Fran, sin venir demasiado a cuento, pues la pregunta era demasiado íntima e incluso impropio.

—Lo estuve, señor detective. Estuve enamorada de él con fogosa pasión — respondió la aludida, mirando fijamente al entrometido.

—Belén, ¿Por qué quieres ayudar a tu marido, si te es infiel y además parece ser que no te llevas nada bien con él? — preguntó Maga.

—En primer lugar, porque no soy una mala persona, y en segundo, porque el crápula doctor Olmos no tiene a nadie más que yo para que lo ayude. Y no me llevo ni bien ni mal con él. Es un narcisista solitario. Rompió con su familia cuando tenía dieciocho años y nunca más quiso saber de ellos. Ni hermanos, hermanas, amigos... vive para alimentar su ego, su fama de médico endiosado por Dios sabe qué éxitos, títulos, diplomas, masters y certificados, y por plantar su nabo en cuantas macetas húmedas se

le pongan a su disposición. Estoy seguro que ni siquiera a su querida enfermera le es fiel — relató Belén, en esta ocasión casi rozando el sarcasmo. Sonreía con malicia.

—Jaja... ejem, me ha gustado lo del nabo — dijo Maga.

—Ibas a reírte y te has parado. No te cortes, querida, la risa es muy sana — aseveró la señora Sánchez, que cada minuto que pasaba causaba más simpatía a la letrada. No así al detective, que comenzó a intuir que tal mujer podría llegar a ser una rival en el amor que profesaba a su sexy socia y amante lesbiana.

—El nabo para el cocido — dijo secamente Fran.

—¿No le caigo a usted bien, detective? — Belén enfatizó la palabra “usted”.

—No es eso, señora Sánchez, es que no sé qué tiene que ver un nabo en este tema en el que un hombre ha sido detenido injustamente, según usted misma — contestó Fran, muy incómodo.

—Fran, ¿Por qué no vuelves a tu despacho? Puedo aclararme con Belén sin que tú intervengas en esto. Así cada uno nos dedicamos a una cosa y adelantamos — le sugirió Maga.

—Bien, cariño, como deseas... ya te enterarás esta noche.

Fran se retiró a su despacho y Belén preguntó inmediatamente.

—¿Qué ha querido decir con esas últimas palabras, Magalí? — preguntó.

—Nada, se ha molestado. No te preocupes, ya se le pasará.

—Pues a mí me han sonado a amenaza — expresó Belén.

—No, es que tenemos una relación muy especial y a veces intenta aprovecharse de ella. Espero que no me juzgues mal si te digo que soy lesbiana. Bueno, perdona, esto no viene al caso. Has venido para buscar una abogada para tu marido. Pues aquí me tienes. Dime en qué comisaría está, y le visitaré, si es que no te importa mi condición sexual — dijo Maga.

—No sólo no me importa, sino que además me parece muy interesante. Curiosa relación. Si nos hacemos amigas, quiero que me la expliques. Eres muy guapa y tienes un cuerpo excepcional. Podrías buscar una mujer y ser feliz con ella — sugirió con atrevimiento Belén.

Fran, en su despacho, estaba escuchando la conversación de las dos mujeres. Sintió una profunda rabia y tuvo que contenerse para no salir y echar a la señora Sánchez a patadas. No lo hizo porque Maga jamás se lo habría perdonado, y un hecho tan grave hubiera puesto fin a la relación entre ambos.

—Belén, me atrevo a pensar que Olmos se casó contigo por dinero. Eres rica, ¿no? ¿Me equivoco? — preguntó Maga, en el despacho contigo.

—No te equivocas en absoluto. Yo creí que él estaba muy enamorado de mí, como yo de él, pero pronto descubrí que no. Su clínica la montó con el dinero de mis padres. Él se presentó ante mí con título y talento, pero sin blanca. Ni siquiera sé de dónde salió, parecía un hombre sin pasado. Lo cierto es que me enamoré de él como una colegiala. Dos meses después de conocernos, nos casamos — narró Belén.

—¿Y cuándo comenzó a serte infiel?

—Hasta que lo supe, pasaron unos cinco años. Lo suficiente para que nuestro matrimonio se asentase. Cuando me enteré, le propuse que hiciésemos una terapia matrimonial, y él se burló con tales carcajadas, que comencé a llorar y temblar. Supe entonces hasta qué punto se había reído de mí. Hice mis maletas y me trasladé con ellas a casa de mis padres, que me prohibieron pedir el divorcio, y de paso, me devolvieron al domicilio conyugal. No me dejaron ni abrirlas. Mi padre me dijo que de escándalos,

nada de nada en su familia — relató con tristeza.

—Comprendo. Tú eres una rica heredera, pero aún no has heredado. Eso limita mucho tus posibilidades — valoró Maga la situación de quien estaba a punto de convertirse ya en su amiga.

—Así es. Eres muy inteligente, además de bonita — le respondió Belén.

Maga se ruborizó sin poder evitarlo. No quiso seguir conversando. Un cosquilleo peculiar, que ella ya había experimentado en otras ocasiones, se había instalado en su zona abdominal y le subía hacia el corazón. Se enfadó consigo misma por no saber disimular sus emociones. Algo parecido a una sutil ilusión la embargó.

—Belén, si te parece, me dices adonde he de ir para entrevistarme con tu marido. Va a resultar una experiencia increíble, él es mi psiquiatra — dijo.

—Bueno, es... o era. Depende de ti. Del éxito que tengas en tus pesquisas. Después, también de tus propias decisiones tras valorar los hechos.

—¿Crees en la inocencia de tu marido, Belén? — Maga formuló la pregunta clave.

—No creo que sea un asesino. Un sinvergüenza mujeriego ávido de dinero y coños sí que es, pero de ahí a ser un asesino... no lo creo — pareció dudar la interpelada.

—Pues ojalá no te equivoques — le respondió Maga.

—Está en la comisaría de Abastos. Eso si no lo han puesto ya a disposición judicial, claro — comentó la rubia Sánchez.

—Pues como ya me has contratado, voy a visitarle inmediatamente — decidió Maga.

—Perfecto. Ya me informarás sobre el resultado de tu trabajo. Toma mi tarjeta, ahí están mis números de teléfono y mi dirección de email. Bueno, pues hasta pronto. Ha sido un placer conocerte, Maga — al pronunciar estas palabras, miró con tanta intensidad a la letrada que ésta enrojeció de nuevo. Dos veces en la misma tarde. Se controló como pudo, y ambas mujeres se despidieron.

Maga no tuvo problema alguno en visitar a su cliente. El comisario Campillo le abrió las puertas de par en par, tras admirar las piernas primero y después todo el conjunto de la anatomía de la abogada.

Olmos se llevó una sorpresa mayúscula cuando vio entrar a una de sus pacientes mas bellas y lozanas, convertida en su letrada defensora. El psiquiatra se declaró absolutamente inocente, y aseguró que le habían detenido arbitrariamente y sin ningún tipo de pruebas en su contra.

—Doctor Olmos, necesito que sea usted totalmente sincero conmigo — le instó Maga, al evidenciar las reticencias de su cliente a responder con claridad a sus preguntas.

—Señorita Lafuente, ya le he dicho que yo no he matado a esa mujer. Yo no sería capaz de matar a nadie jamás. Nunca cruzaría esa línea en la vida — aseguró el psiquiatra, y a Maga le pareció sincero en esta ocasión.

—Pero sí que reconoce que le estaba pidiendo dinero a usted. ¿Por qué lo hacía? ¿Qué tenía usted que ocultar, que ella supiese que lograría sacar un buen provecho pecuniario por su silencio? — preguntó.

—Mire, letrada, la gente se agarra a un clavo ardiendo cuando sufre penurias económicas. Esa chica insistía en que me acosté con ella hace muchos años y que la dejé embarazada, pero yo ni siquiera la recuerdo — dijo el hombre, todavía elegantemente trajeado y bien peinado.

—Claro, es difícil recordar a un amor del pasado... ¿Hace quince años? Eso decía Estefanía — insistió Maga.

—Quince, diecisiete, yo qué sé... antes de contraer matrimonio con mi amada

esposa, tuve amoríos con muchas mujeres. Si tuviera que recordarlas a todas, estaría yo jodido.

—Parece que era usted quien las jodía a ellas. ¿Tomaba precauciones para no dejarlas embarazadas? — Maga se sobresaltó al oír sus propias palabras. Estaba frente a su terapeuta.

—Señorita Lafuente, al faltarme al respeto de esa manera, se acaba usted de cargar los avances logrados en su terapia conmigo. Enhorabuena, letrada — dijo con sorna el doctor acusado de asesinato.

Maga se quedó pensativa unos instantes y después comenzó a reír sin motivo alguno.

—¿Qué le hace tanta gracia, insensata? Se ha dejado usted una pasta en mi consulta, y que yo sepa, ha de recurrir a su mamá para asistir a mi terapia — espetó Olmos, tratando de ofender y al mismo tiempo, contener su enfado.

—Perdone doctor. Son cosas mías. Sabe, acabo de perderle el respeto como terapeuta y como persona. Pero voy a seguir siendo su abogada, pues no tengo por qué pensar que usted es un asesino.

—Hace bien porque yo no he asesinado a nadie, y estos incompetentes de azul marino me han detenido para seguir cobrando su recortado sueldo en estos tiempos de severa crisis para los pringados — Olmos ya no se preocupaba en parecer educado.

—Esto no es una crisis económica, doctor Olmos. Es mucho más. Es final de trayecto de un sistema político-social infame — rebatió Maga al hombre que hasta minutos antes había sido su psiquiatra.

—¿Final de trayecto? Una mierda. Venga, sáqueme de aquí, que para eso le voy a pagar su minuta — continuó el doctor, ya sin contemplaciones.

—Déjeme que trabaje a mi ritmo. Usted es bueno en su trabajo y yo en el mío. Efectivamente no hay pruebas contra usted. Hay indicios para que todas las sospechas recaigan sobre su persona, pero no hay pruebas — concluyó Maga.

El día 29 de diciembre Fernando Olmos se hallaba ya libre de sospecha. El juez lo puso en libertad sin cargos. La policía debería seguir investigando hasta encontrar una prueba inculpatória consistente, bien contra el psiquiatra, o contra cualquier otra persona.

Maga y Fran solían almorzar en el bar más próximo a la oficina de ambos. La letrada y el detective habían decidido diseñar un plan que les llevase a conocer la verdad sobre el asesinato de Estefanía Pozuelo. La muerte de la atractiva pelirroja que les había visitado dos semanas antes arguyendo que tenía pruebas contra un asesino que se encontraba suelto sin pagar sus culpas ante la justicia, había motivado a ambos para actuar.

—Maguita, ¿Tú crees que Estefanía, cuando vino a vernos, se estaba refiriendo al doctor Olmos? — preguntó Fran a su socia y amante.

—No lo puedo asegurar, pero intuyo que sí — respondió ella.

—Yo sí que pienso que ese tío pueda ser un asesino. ¿Nunca te han dicho que los locos más locos son los psiquiatras? — inquirió él con una risita.

—Sí, Fran, pero estar loco no implica ser un criminal. Claro que Olmos lo puede ser, por supuesto sin estar pirado, que seguro que no lo está. Ya sabemos cómo funciona la gente — le respondió Maga.

—Y bien, flamante y sexy socia, ¿Tienes alguna ideal sobre cómo empezar a tirar del

hilo? — sugirió el detective.

—Sí. Antes que nada, encontrando el ovillo. Voy a llamar a Lola Monreal, mi amiga vidente de Vinaroz, y le voy a pedir hora para realizarle una consulta — respondió Maga.

—¿Qué? ¿Estás hablando en serio? ¿Tú crees que esos métodos son de profesionales como nosotros? — inquirió Fran, atónito.

—¿Y por qué no? Lola ha ayudado muchas veces a gente en apuros que necesitaba conocer verdades que sólo una profesional de la videncia podría poner ante ellos — respondió Maga, muy seria.

—Oye ¿Y qué pasa con tus propios dotes de clarividencia? ¿Te los has dejado olvidados por el camino? Porque a ti, hasta hace no mucho, te visitaban seres muy sabios, aunque lamentablemente invisibles, procedentes de otras dimensiones de la existencia — Fran pronunció estas palabras con un deje de impertinencia que molestó a Maga.

—Hace meses que ninguno de esos seres me visita. Tendrán sus razones para no hacerlo. Al último que vi fue a Caballero Blanco, al que Lola llama CB. Fue durante mi... alocada conducción por la autovía del Mediterráneo — la mirada de la chica se ensombreció y una expresión triste afloró a su bello rostro.

—De tu estúpido intento de suicidio, querrás decir. Bueno cariño, pues llama a tu Lola — admitió Fran de mala gana.

—Tengo su número de teléfono en mi móvil. A ver, contactos... Lola Monreal, 617411532. Llamando — Maga acercó el teléfono a su oído derecho. Se animó inmediatamente al escuchar la voz de la vidente.

—Maguita, qué alegría, guapa... ¿qué es de tu vida, cariño? — sonó la voz amiga al otro lado del auricular.

—Lola querida, cuánto tiempo... he de consultarte algo como cliente, cariño. ¿Cuándo podría visitarte con mi socio? — preguntó Maga.

Lola Monreal les dio cita para aquella misma tarde. La letrada sugirió al detective que comiesen en Vinaroz y después visitasen a la vidente.

—Me parece una buena idea. Venga, vamos al coche. ¿Tienes la dirección para marcarla en el navegador? — preguntó Fran.

—Sí. Calle Andalucía, número 20, Vinaroz.

—Perfecto. Vamos, nos daremos un paseo y comeremos los mejores langostinos del Mediterráneo. No haremos el viaje en balde — valoró él.

—¿Lo dices únicamente por los langostinos, cariño? Yo tengo mucha confianza en Lola. Es muy buena profesional en su campo. Ha ayudado a mucha gente.

—Pues ojalá pueda ayudarnos a nosotros. Allá vamos — Fran pisó el acelerador e inmediatamente después el freno para no estamparse contra un cuatro por cuatro que se le cruzó abruptamente de derecha a izquierda.

—Fran, cuidado. Que estamos en Valencia, hombre — le recordó Maga, que apoyó sus manos en la parte delantera de la parte frontal del vehículo, como si estuviese segura de que iban a impactar contra el desaprensivo que les había cerrado el paso de forma brutal.

A las cinco y media de la tarde, Lola Monreal les recibió en su estudio de videncia. La mujer abrazó a Maga con mucho cariño e intercambió dos besos con el acompañante de ésta. Les sirvió unas exóticas bebidas y después entraron en materia.

—Se trata de un caso de sospecha de asesinato que tenemos sobre nuestro propio cliente, el doctor Fernando Olmos Garrido — aclaró Maga.

—A ver si me entero, tenéis un cliente y pensáis que puede ser un asesino. ¿Es eso? — preguntó Lola Monreal.

—Mmm... voy a ver que me dicen las cartas. Son muy útiles en estos casos, combinadas con una meditación. Guardad silencio, por favor — pidió la tarotista.

—Lola, ¿No puedes llamar a CB? Sé que te visita de vez en cuando — sugirió Maga, antes de que la vidente comenzase su trabajo con las cartas.

—Sí, mi buen amigo CB... hasta ha desembozado mis arterias, jajajaja. CB es maravilloso. Lo que pasa es que viene cuando le da la gana, no cuando lo llamo, y encima me habla en morse. Ni siquiera me transmite ya mensajes para su hijo Manuel. Pero aún así lo voy a llamar. ¡Quién sabe! — contestó Lola.

—Cuando quise suicidarme, CB lo impidió y ahora le estoy muy agradecida. Eso sí, protegió todos mis órganos vitales pero permitió que el golpe que sufrí me causara la rotura de ambas piernas y un brazo — dijo Maga. Lola ya conocía ese detalle, pero curiosamente, Francisco lo ignoraba.

—Un buen castigo por tu estupidez, cariño. ¡Eh, está aquí! ¡CB acaba de llegar, con su impecable traje blanco! — anunció Lola.

—No lo percibo. Debo haber perdido mis capacidades — se lamentó la abogada.

—¡Silencio! Me está dictando un mensaje... prestad atención. Dice..."Saturado de bragas, las coge al vuelo y se lleva la palma".

—¿Qué más? ¿Qué más ha dicho, Lola? — preguntó Maga con ansiedad.

—Se ha ido. No ha dicho nada más. Ya os digo que suele hablarme en morse, Chicos, ¿Os dice algo ese mensaje? — preguntó Lola a sus visitantes.

—Jajajaja, así que saturado de bragas las coge al vuelo y se lleva la palma... jajajaja, ¿Cuánto nos va a costar este mensaje, doña Lola? — se burló Fran.

—Nene, como sigas así me vas a empezar a caer mal. El mensaje no os va a costar nada porque Maga es mi colega y amiga. Ella también es clarividente. Si CB no la ha visitado en esta ocasión es porque tenía que visitarme a mí. Todo tiene una causa. Nada es casual, sino causal. Entérate, nene descreído y sabelotodo — dijo al detective.

—Lola, no hagas caso a Fran. No cree en estas cosas. Allá él. Estoy segura de que CB nos ha proporcionado la clave de nuestra búsqueda con sus palabras, aparentemente sin sentido. Pero seguro que lo tienen. Seguro — dijo Maga, tratando de convencerse a sí misma sobre el sentido de unos vocablos cuyo significado no comprendía en absoluto.

—Cari, no olvides que a veces estos seres, llenos de bondad, luz y amor, son también muy guasones. Ten en cuenta que en su mundo, en su realidad, que es la verdadera, la auténtica, perciben las cosas de una forma totalmente diferente a como lo hacemos nosotros — advirtió Lola.

—¿Ves, Maguita? Ni la señora Lola se toma en serio al tal CB — siguió mofándose el detective.

—Lola, muchas gracias por todo. Te informaremos de nuestros avances, amiga — le dijo Maga, que avergonzada por el comportamiento de su socio, se levantó para despedirse de la vidente, una de las mejores de España. Maga lo sabía muy bien.

—Ojalá os haya podido ser útil. Yo creo que esas palabras tendrán su sentido en su momento. Descubriréis a vuestro asesino — aseguró finalmente Lola.

Las dos mujeres se abrazaron y besaron. Fran alargó su mano derecha a la vidente-tarotista.

Ya en la calle, detective y abogada subieron al coche y el hombre trató de poner rumbo hacia el camino de vuelta a Valencia. Tras rodear interminables rotondas, accedieron

finalmente a la AP-7. Maga estaba de mal humor. Fran aprovechó para burlarse durante un buen rato tanto de la amable tarotista como de su compañera. Finalmente, Maga rompió su silencio.

—Fran, tu comportamiento ha sido deplorable, eso que te quede claro. No cuentes conmigo esta noche para follarme — le anunció ella.

—Hija mía, qué romántica y amable eres... pues que sepas que te follaré si me viene en gana. De alguna forma tendrás que pagarme que te haya llevado a ese pueblo para escuchar palabras tan ridículas como absurdas — se ufano él.

—A veces resultas asqueroso. Pues mira, mientras tú parloteabas con la exclusiva intención de zaherirme, a mí se me ha ocurrido que esas palabras, en principio absurdas, tienen sentido — dijo Maga.

—Ah, ¿Sí? ¿Qué sentido, cariño? — preguntó él, tratando de no parecer intrigado.

—Mira. “Saturado de bragas las coge al vuelo y se lleva la palma” puede referirse a Fernando Olmos Garrido. Saturado de bragas significaría “mujeriego empedernido”. Olmos lo es, ahora lo sabemos con certeza. “Las coge al vuelo” querría decir que se pasa por la piedra a cuantas mujeres se ponen al alcance de su insaciable polla. “Se lleva la palma” quiere decir que es un campeón de lo que te estoy diciendo — explicó Maga, que necesitaba con urgencia que las palabras de CB tuviesen sentido para ella.

—Tonterías. Vamos a casa, estoy cansado. Menos para lo que tú ya sabes, cariño — anunció Fran una vez más.

—Esta noche no, Fran. Ya te lo he dicho — dijo Maga muy resuelta.

Pero fue que sí. Fran la poseyó con furia. Ella se dejó hacer sin oponer resistencia, pero en su fuero interno, en aquella ocasión, estaba maldiciendo a su maltratador. Porque aunque ella no quisiese reconocerlo, Fran la maltrataba a menudo, tanto en lo psíquico como en lo físico. Lucía Barrón tenía razón cuando se lo aseguró a su hija. Mientras Fran hacía sobre ella cuanto le apetecía, la imagen de Belén Sánchez acudió a la mente de la chica. Maga sonrió e imaginó que era la esposa del doctor Olmos quien la estaba poseyendo. ¿Se habría enamorado de Belén? Decidió que quería que la elegante dama, unos pocos años mayor que ella, la poseyera, primero con dulzura, después haciendo valer su autoridad sobre ella. Se dedicó a soñar, y ello le hizo más llevadero el rato que Fran estuvo enseñoreado de todas y cada una las partes de su bello cuerpo. Para rematar su faena, el hombre propinó a Maga un fortísimo azote en sus nalgas, que ella recibió sin rechistar. No era la primera vez que el detective Lahuerta se comportaba así. Magalí comenzó a llorar en silencio. El hombre salió de la habitación sin decir palabra. Ella se acurrucó en la cama e intentó dormir. Fran regresó unos minutos después, tras haber dado buena cuenta de media tortilla de patatas que encontró en el frigorífico. Lejos de pretender abandonarse en los brazos de Morfeo, agarró de nuevo a su compañera por los pechos y le puso el pene en el trasero. Maga tembló. La función no había terminado aún.

Capítulo II

Madrid, febrero de 1974

El hombre recorría a grandes zancadas, de un lado a otro, una y otra vez, una de las salas del Hospital La Paz destinada a la espera de familiares de las parturientas que iban a dar a luz, o se hallaban ya alumbrando nuevas vidas que contribuirían a la grandeza de España, en un momento en que tanto analistas serios como oportunistas advenedizos auguraban grandes cambios sociopolíticos. El año anterior, ETA había asesinado al Presidente del Gobierno, don Luis Carrero Blanco, y en el presente, Marruecos se empeñaba en causar serios problemas a España, aprovechando la coyuntura del grave estado de salud, amén de su avanzada edad, del Generalísimo Franco.

Era tal el estado de ansiedad extremo en que se podía contemplar al hombre alto, elegante y enjuto, que seguía recorriendo a gran velocidad, incansable como si de un poseso se tratase, la sala de espera de extremo a extremo y vuelta a empezar, que una enfermera se le acercó solícita para preguntarle si podía ofrecerle su ayuda.

—Se lo agradezco, enfermera, pero no puede ayudarme. Sólo mi esposa puede hacerlo pariendo ya de una puñetera vez — dijo el hombre, cercano a sus treinta inviernos. No eran primaveras, debido a su carácter inhóspito y desapacible.

—Su señora está en buenas manos, doctor Trompo. No se preocupe, todo va a salir muy bien — continuó diciendo la amable sanitaria.

—Ojalá tenga usted razón y la llegada del primer bebé Trompo-Mastuerzo a este mundo de más penas que gloria se realice sin tropiezos.

—Dicho esto, el primerizo papá, aunque ya muy afamado profesionalmente pues era muy adepto al Régimen de Franco, quiso continuar con sus idas y venidas, pero al arrancar de nuevo para reanudarlas, tropezó con la pata de una de las sillas fijadas al suelo y cayó aparatosamente de bruces sobre las baldosas.

La sanitaria no pudo articular palabra y salió corriendo, ahogando las carcajadas que la habían asaltado sin que ella pudiese evitarlo. Pensó que “menudo trompazo se ha pegado el doctor Trompo”, y esta idea no le permitía detener su alocado ataque de risa. Ya en la sala de enfermeras, siguió riendo sin parar hasta que las lágrimas anegaron sus ojos. Sus compañeras decidieron que era preciso llevarla a urgencias, pero finalmente el ataque de risa cesó. Hasta que comenzó de nuevo.

Remedios Mastuerzo alumbró a su bebé. Los médicos le dieron el alta al día siguiente y la pareja se dirigió a su domicilio, situado en un lujoso edificio sito en el Paseo de la Castellana de la capital de España. Hicieron el trayecto en taxi. En cuanto llegaron, la doncella a su servicio les recibió.

—Señora, ¡qué alegría! — exclamó Casilda, al verlos aparecer con el bebé. Lo llevaba la madre, arropado amorosamente entre sus brazos.

—Buenos días Casilda. Voy directamente a la cama, estoy muy cansada...

Remedios Mastuerzo López tan solo contaba con veintitrés dolientes primaveras. Era una joven de carácter apacible aunque sus circunstancias la habían convertido en una mujer madura, muy triste antes de tiempo... su apellido y su flamante esposo, el doctor Trompo, constituían básicamente sus circunstancias, más bien nefastas. Desde muy pequeña, había sufrido las burlas, mofas y chistes sobre su primer apellido, tanto por parte de sus compañeras de aula como de algunas de sus profesoras. Más tarde, durante sus estudios de Magisterio, estas situaciones se habían repetido en multitud de ocasiones. Remedios las había sufrido con estoicismo e inagotable paciencia, lo que no había sido óbice para que en más de tres y cuatro ocasiones hubiese considerado seriamente la posibilidad de suicidarse. Pero llegó a la conclusión de que no lo hacía, por cobardía. No había ninguna otra razón. No la había. Ella misma había llegado a esa conclusión.

Era guapa, de estatura mediana, una morenita de cabello ondulado color castaño, poseedora de bonitas facciones, tez muy blanca y una mirada muy triste. A pesar de toda su carga ambiental, en cuanto supo que sería incapaz de suicidarse debido a su cobardía, se lanzó a conquistarle a la vida todo aquello que, modestamente, pudiese alcanzar. Antes de casarse, opositó a una plaza de maestra nacional y aprobó de inmediato. Demostró a los demás, y sobre todo a sí misma, que era una mujer inteligente. En la actualidad, ejercía su profesión en un colegio público de Alcorcón. Impartía enseñanzas a niños de primero de EGB. A partir de ahora, tendría también que ocuparse de su hijo.

Segismundo Trompo Buenaventura, el feliz nuevo padre, contaba veintinueve años y había triunfado en la medicina, concretamente en el campo de la psiquiatría. Hijo también de psiquiatra, al nacer, sus padres le habían honrado en la pila bautismal imponiéndole el nombre de Segismundo, en honor al doctor Sigmund Freud, que aunque nunca fue bien valorado por el régimen de Franco, sus descubrimientos sobre el subconsciente y la sexualidad fueron muy admirados, amén de respetados, por don Teófilo, padre de Segismundo.

El esposo de doña Remedios, la bondadosa y paciente maestra de escuela, tenía un carácter radicalmente opuesto al de ella. Siempre enfurruñado, discutidor, gran amante de los detalles estúpidos y de la buena compostura social dentro de la hipocresía imperante en el Régimen de Franco, hubiera dado su vida por mantener su excelente reputación. No sólo dentro del ya decadente sistema católico-fascista, sino en el de las relaciones humanas sociopolíticamente correctas. Él creía ser feliz, y que hacía feliz a su esposa. Nada más disparatado ni alejado de la realidad. El doctor Trompo, el reconocido psiquiatra, que un buen día fuese incluso recibido por el Caudillo de España en su Palacio de El Pardo, era un completo inconsciente, desconocedor de sí mismo y de las necesidades afectivas de quienes le rodeaban. Un doctor en psiquiatría perfecto para atender a las necesidades de los pacientes a los que atendía.

Madrid, octubre de 1980

El hermano Agapito estaba impartiendo su clase de aritmética a sus alumnos de cinco y seis años, sin caer en la cuenta de que ninguno estaba entendiendo lo que explicaba. Miró a uno de los pequeños, que se hallaba distraído, y bramó el nombre del mismo.

—¡¡¡Mastuerzo!!! — el vozarrón rebotó en las paredes del aula, presididas por un crucifijo y una fotografía del Caudillo de gran tamaño.

El niño Mastuerzo salió de su ensimismamiento y miró asustado a su profesor.

—Servidor, hermano — balbuceó, mientras se ponía en pie.

—¿Quiere usted decirme qué es lo que estaba yo explicando, señor mío? — preguntó el religioso, que no conocía el miramiento ni la compasión hacia los niños de cinco y seis años.

—Creo que hablaba usted de unos números que se suman y salen otros números — dijo Leonardín, al que en el colegio llamaban Mastuerzo. Era inusual, pero los profesores habían decidido dirigirse al niño utilizando su segundo apellido.

—¡Qué explicación más idiota, caballerete! ¡Hace usted honor a su apellido! — chilló y se rió el hermano, mirando con ostentoso desprecio a Leonardín.

Un niño, el más listillo de la clase, conocedor de los favores que le otorgaba siempre el hermano Agapito, se atrevió a preguntar.

—¿Qué significa el apellido Mastuerzo, hermano?

—Buena pregunta, Paniagua. Mastuerzo significa tonto, idiota, memo, inútil, paleta, incompetente, imbécil, etcétera. ¿Sabe usted lo que significa etcétera? — preguntó el piadoso hermano.

Pero a nadie importó el significado de etcétera. Los cuarenta niños del aula rompieron a reír al unísono, mientras Leonardín, que solía perder el miedo de repente, se encolerizó de tal modo, que saltó de su silla como impulsado por un invisible resorte y corrió hacia el hermano, que lo vio venir sin imaginarse lo que le esperaba. Agapito también reía, grotescamente en su caso, hasta que la primera patada en su espinilla proveniente del pie derecho del enrabiado infante le hizo contemplar las estrellas en mil psicodélicos colores. Al primer puntapié le siguieron muchos otros, hasta que el hermano pudo, a duras penas, sujetar y reducir al descontrolado alumno. Pidió ayuda, y dos hermanos que se hallaban en aulas cercanas le socorrieron. Entre los tres, propinaron una tanda de mamporros al soliviantado niño Mastuerzo y lo condujeron al despacho del director. Allí lo sentaron en una silla y lo amarraron a ella con unas correas, mientras la máxima autoridad del centro telefoneaba a casa de los padres de aquel pequeño salvaje.

Doña Remedios, que se hallaba de baja por depresión nerviosa, contestó al otro lado de la línea.

—¿Qué me dice, hermano? ¿Eso ha hecho mi hijo? ¡Dios mío! — exclamó la afligida mujer.

—Señora, su hijo está expulsado para siempre de este colegio. Venga inmediatamente y lléveselo. Ahora mismo, o llamo a la policía — amenazó iracundo el hermano director.

Remedios hubiese querido evitarlo, pero no tuvo otra alternativa que narrar a su severo esposo lo que había sucedido con el único, por el momento, vástago de ambos. Don Segismundo se quitó el cinturón y descargó severos correazos a diestro y siniestro sobre el trasero de Leonardín, que comprendía bien lo que estaba sucediendo, pues

no era la primera vez que tal comportamiento paterno acaecía. Aulló de dolor, pegó varias patadas a su padre, que únicamente sirvieron para que éste se enfureciese más y descargase sus golpes con más furia sobre el niño. La esposa pidió auxilio, pero nadie acudió, ni siquiera la doncella, que se hallaba escondida en un rincón de la cocina, presa de un pánico irreprimible. Los asuntos domésticos se resolvían dentro de casa. Cuando el psiquiatra se cansó de golpear a su hijo, lo arrastró a un cuarto oscuro, que hacía las veces de mazmorra doméstica en aquella vivienda más bien lúgubre, y lo dejó allí encerrado, totalmente a oscuras. Después, regresó junto a su esposa.

—Dios mío, Segismundo, qué hemos hecho para merecer esto... qué pecado habremos cometido — se lamentó Remedios, entre sollozos convulsos.

—Yo estoy libre de culpa, mujer. Tú sí que has de cargar con el pecado de haber consentido tantos caprichos a tu hijo y haberlo convertido en un egoísta indeseable — bramó el hombre.

—No puedo más, no puedo más...no... — su voz se quebró y se transformó en un susurro.

—Claro que puedes. Esta misma tarde, ya estás buscando un nuevo colegio para Leonardín. Venga, mueve ese trasero que Dios te dio, mujer, que siempre estás más triste que la tristeza misma. Qué mal hice casándome contigo, santo Dios.

—Pues anda que yo contigo... — pensó la desdichada mujer.

Madrid, octubre de 1986

Don Segismundo recibió a su hijo primogénito en su despacho. El hogar de la familia Trompo-Mastuerzo había sido bendecido, a lo largo de los últimos seis años, con dos nuevos vástagos, dos preciosas niñas.

—Pasa, Leonardín, pasa. Ya he visto tu boletín de notas, hijo. He de decirte que estoy orgulloso de ti.

—Gracias, padre — contestó lacónicamente el aludido, que cursaba, con excelentes calificaciones, séptimo curso de EGB.

—Te he comprado un regalo para premiar tus notas escolares. Un proyector de cine sonoro, para que veamos películas de Charlot, en familia, todos los viernes por la noche — siguió perorando el orgulloso cabeza de familia.

—Un gran regalo, padre. Las películas de Charlot eran mudas. Muchas gracias — dijo el niño, cercano ya a su período de adolescencia.

—Pues nada, únicamente quería decirte eso. Ah, sí, un pequeño detalle. Las notas son muy buenas en todas las asignaturas, pero en comportamiento, te han puesto “Deficiente”. ¿Puedes explicarme esto, hijo? — preguntó el orgulloso padre.

—Son manías de los profesores. Por culpa de llamarme Trompo Mastuerzo, de vez en cuando he de partirle la boca a alguien. Eso es todo, padre — contestó con gran aplomo Leonardín.

—Ah, qué orgulloso estoy de ti. Bravo, muchacho. A partir de ahora, te vamos a llamar Leonardo. ¿Tú sabes por qué te bautizamos con ese nombre? — preguntó el prestigioso psiquiatra, cuya consulta, por supuesto privada, siempre estaba atiborrada de personas adineradas.

—No lo sé, padre — confesó el hasta pocos segundos antes, Leonardín.

—Pues fue para que llevases con orgullo el nombre de alguien que fue uno de los genios más notorios de la humanidad: Leonardo Da Vinci, italiano. Fue dibujante, cartógrafo, pintor, inventor... para mí, el mejor. Mejor incluso que Fernando el Católico.

—Me leeré su biografía inmediatamente. Gracias, padre. ¿Puedo retirarme ya? — solicitó Leonardo, que no sentía el más mínimo aprecio por su progenitor, al que consideraba un perfecto imbécil. Sí, Leonardín había despertado muy pronto. Y era más inteligente de lo que nadie de su entorno podía imaginar.

Doña Remedios llevaba ya tres años sin salir de su habitación. En breve, estaría jubilada por incapacidad laboral permanente. Un ama de cría se estaba haciendo cargo de las dos hijas pequeñas del matrimonio. El doctor Trompo podía permitirse tener en su casa dos mujeres a su servicio: Casilda, la doncella, la guapa moza a quien su patrón ya se beneficiaba desde hacía dos años, so pena de ser despedida con malos informes, y Claudina, el ama de cría, bizca y flaca, por lo que podía desarrollar su trabajo con honestidad.

Madrid, octubre de 1992

La clase finalizó y chicos y chicas salieron animadamente al ancho pasillo. Uno de aquellos jóvenes estudiantes se dirigió a la biblioteca. Una chica rubia le siguió. Solía ir detrás de su compañero siempre que la ocasión le era propicia. Pero Leo, que así llamaba todo el mundo al guapo joven, parecía querer hacer una vida de ermitaño.

—Hola — le saludó Vanessa.

—Hola. Voy a estudiar un rato, si no te importa — le contestó Leo.

—Eres un talentado. No necesitas estudiar tanto. Siempre sacas sobresaliente. ¿Por qué no vienes a mi casa y me ayudas con unos temas que no entiendo? — se lanzó la rubia, que estaba perdidamente enamorada de Leonardo Trompo Mastuerzo.

Ambos cursaban primero de Medicina en la capital de España.

—Bien, siempre que no quieras enrollarte con otras cuestiones — contestó él.

—Tío, qué mal pensado eres, joder, Leo — se quejó la chica.

—Es que las tías sois la hostia, siempre detrás de mí para robarme mi tiempo. Tengo muchas cosas que hacer, no sólo estudiar medicina. Tengo proyectos, en los que tú no entras. ¿Te das por enterada, Vanessita? Aire, tía — gruñó el guapo estudiante, muy codiciado por las mujeres de su entorno, a las que él mantenía alejadas de su persona, valiéndose de su peculiar antipatía.

La chica dio media vuelta y se alejó. Decididamente, aquel individuo no estaba a su alcance, por muy enamorada que ella estuviese de él.

Leonardo Trompo llegó al domicilio paterno, el suyo hasta la fecha, pasadas las dos de la madrugada. En esta ocasión, su progenitor había permanecido despierto para recibirle cuando llegase.

—Leo, estas no son horas de llegar a casa. ¿De dónde vienes, hijo? — preguntó Segismundo.

—¿Y a ti qué te importa, padre? — respondió el joven.

—¡No te consiento que me hables así, maleducado! ¡Me da vergüenza ser tu padre!

— exclamó el ofendido progenitor.

—Poco has de aguantarme ya, porque me piro. He alquilado un piso y me voy a vivir en él. No os soporto más, ni a ti, ni a esa mustia que no sale de la cama y a la que jamás he importado un huevo, ni a la pareja de cretinas que tengo por hermanas. Cojo mis cosas y me largo esta misma noche — anunció lacónicamente pero con firmeza Leonardo a su padre, que hacía años que se desvivía, a su manera, por su hijo primogénito.

—¡Tú de aquí no sales! No tienes con qué vivir. Dependes de mí — le recordó el afamado psiquiatra.

—¡Y tú qué sabes, gilipollas! Jajajajaja, hipócrita de mierda, quítate de mi vista o aunque seas mi padre, te pego una hostia que te dejo tieso — amenazó Trompo junior con una voz que a su padre no le pareció la de su hijo predilecto.

—¡Estás drogado! ¿Qué te has metido en el cuerpo, imbécil? — preguntó Trompo senior, espantado.

—Nada que a ti te importe. Adiós, viejo. Despídeme de mamá, y de tu furcia, que anda que no te has montado bien la vida, cabroncete. ¡Hasta nunca! — vomitó su despedida con palabras cargadas de un odio acumulado durante años de fingido respeto filial. Segismundo quedó petrificado, incapaz de moverse. Su hijo primogénito, en el que había depositado grandes esperanzas, comenzó a inspirarle terror. La mirada de éste era fría como una noche de invierno en el Ártico.

Aquella madrugada, Leonardo emprendió rumbo a lo desconocido para los demás, pero no para sí mismo. Sabía muy bien lo que quería y hacia donde se iba a dirigir.

Paterna, diciembre de 1995

La compañía marcaba el paso con augusta marcialidad. Uno de los soldados, que acababa de incorporarse a su agrupación militar de destino junto a sus compañeros de reemplazo que acababan de jurar bandera, destacaba entre los demás, además de por su porte distinguido, también por su mirada fría y ausente, incluso en unas circunstancias que exigían mucha atención para no incurrir en un severo castigo como consecuencia del más insignificante error.

El soldado novato Leonardo Trompo Mastuerzo, de veinte años, como casi todos los demás, esperaba con ansiedad, como la mayoría de sus compañeros, el pase pernocta que le permitiría salir del cuartel a las dos de la tarde. Tenía derecho a ello, pues había acreditado su residencia en Valencia, aunque un oficial con muy mala leche le había comunicado por la mañana, con gran desprecio, que el pase pernocta no era de obligada concesión, sino “graciable”.

Eran las seis de la tarde. El anhelado pase aún no había llegado, y el soldado maldecía a diestro y siniestro a personas y cosas. Era su carácter. Hacia las diez de la noche, el sargento de guardia de semana pasó lista y momentos después, se apagaron las luces. Había muchos soldados en el gigantesco dormitorio comunitario.

El toque de diana sonó antes del amanecer, dado el mes que corría. La soldadesca se vistió y aseó con premura militar, y se procedió al riguroso pase de lista matutino, tras haber formado todos a lo largo y ancho del amplio edificio que albergaba al batallón. El teniente Don Sabino Torralba Masplet, un oficial que cargaba ya en su cuerpo con una

edad hartamente inusual para un oficial de su rango, pues si hubiera seguido una carrera militar regular, hubiera lucido ya al menos las dos estrellas de ocho puntas correspondientes a un teniente coronel, o mejor aún, estaría ya jubilado, comenzó a pasar lista. El veterano oficial iba pronunciando el nombre y primer apellido de cada soldado, y estos respondían con atronador y marcial vozarrón pronunciando su segundo apellido.

—¡Leonardo Trompo! — bramó el teniente Torralba.

—¡Mastuerzo! — chilló con voz de trueno Leonardo.

—¿¿¿Qué??? ¿Quién me ha llamado Mastuerzo? ¿Quién ha sido el cabrón comunista hijo de puta que ha insultado a un superior? — berreó el maduro teniente.

Se hizo un silencio sepulcral en el amplio recinto. Se presentía la tragedia. Que Torralba estaba loco como un cencerro, y que era más malo que un pecado mortal en un viernes santo de posguerra española, era de dominio público. Torralba era temido tanto por sus jefes como por sus subordinados.

El teniente se deslizó a grandes zancadas, tan grandes como sus arqueadas viejas piernas de caballista le permitían, y se plantó furibundo ante el soldado Trompo Mastuerzo.

—Así que te has atrevido a llamarme mastuerzo, cabrón hijo de puta — la mirada del viejo teniente era aún más fría que la del soldado. Torralba, además de ser un malnacido, era de tipología sanguínea.

—Mi teniente, está usted en un error. Yo no le he llamado a usted mastuerzo. Se trata de que yo me apellido Mastuerzo, y he cumplido el reglamento pronunciando mi segundo apellido cuando así se me ha requerido — explicó el soldado, firme como una estatua.

—¡¡¡Y una mierda!!! ¡La has cagado, comunista de mierda! ¡Te voy a formar un puto consejo de guerra! ¡Cabrón! — bramó Torralba.

El Capitán del Batallón, de nombre don Fernán Galán Caballero, que se encontraba bostezando en su despacho, oyó la algarabía y se llevó las manos a su gorra de plato decorada en su parte frontal con tres estrellas doradas de seis puntas.

—¡Torralba de nuevo! ¡ Condenado terrorista! — pensó el oficial, que salió a paso ligero hacia el recinto para evitar, una vez más, una tragedia.

Cuando el capitán llegó, el teniente ya había molido a puñetazos al soldado Trompo, que se encontraba en el suelo, sangrando por boca y nariz. Tras caer derribado sobre el duro pavimento cuartelario, el furibundo oficial le había propinado una dosis más que generosa de puntapiés.

—¡Quieto, Torralba, deténgase, hombre de Dios! — le ordenó Galán.

—¡Me ha llamado mastuerzo, mi capitán! — gritó enfurecido el teniente a su superior.

—Torralba, tómese el día libre, la semana libre, el mes libre, el año libre, y si es bisiesto mejor, lo que usted desee, pero lárguese de mi vista inmediatamente — le ordenó Galán, con los mejores modales que pudo mostrar, conteniendo su indignación.

—Usted manda, mi capitán, pero daré parte de esto al comandante — amenazó.

—Como si quiere dar parte al mismísimo José María Aznar, al GAL o al señor X. Venga, salga de aquí, tómese unos chupitos que he dejado sobre la mesa de mi despacho y después váyase a su casa a dormir la mona — Galán terminó de dar instrucciones a su belicoso subordinado.

Sabino Torralba abandonó de mala gana el edificio del batallón. No se bebió los chupitos, por lo que iba a conducir sobrio hasta su domicilio. El capitán se agachó y examinó el rostro del soldado Trompo.

—¡Por Santiago apóstol! ¡Sargento Revilla! ¡Llame a una ambulancia inmediatamente y que se lleven a este chico al hospital militar! — ordenó el hombre, asustado. Las lesiones causadas por Torralba eran realmente aparatosas, al menos a la vista.

—¡A sus órdenes, mi capitán! — Revilla taconeó varias veces para mostrar a su capitán su absoluta lealtad.

—¡Deje de taconear, imbécil, y llame a la jodida ambulancia! ¿Es que aquí todo el mundo es subnormal? ¡Maldita sea! — gruñó el hombre con gran enfado.

El joven agredido fue afortunado. No padecía lesiones graves. Pasaría tres o cuatro días internado en el hospital, y después sería conducido de nuevo al cuartel. A menos que la superioridad dispusiera algo distinto.

Leonardo había sido instalado en una habitación junto a otros tres soldados. El capitán médico que le curó sus heridas y le realizó el diagnóstico le proporcionó unos tebeos de Mortadelo y Filemón, que el soldado había puesto sobre una mesita tras darles un vistazo. En ese momento, el capitán Galán entró en la habitación.

—Buenos días, Trompo. Gracias a Dios, ese desalmado no te ha herido de gravedad. Deja, deja, no intentes saludar, y vosotros tampoco, idiotas, ¿no veis que os encontráis lisiados? Joder, algo falla en el marcial sistema — renegó Galán.

—Mi capitán... ¿Qué hace usted por aquí? — preguntó el visitado.

—Visitar al enfermo, velar por tu seguridad. Soldado, tu vida corre peligro. Torralba está loco, aparte de ser un mal nacido desde siempre. Su historial es terrible. Te cagarías de miedo si lo conocieses. Estarás durante toda tu mili en su punto de mira, en su entrecejo, así que no podrás hacer vida cuartelaría normal — dijo el capitán.

—Mi capitán, en el entrecejo se encuentra el tercer ojo, un ojo invisible que todos tenemos. Mire, lo dice en esta novela un tal T. Lobsang Rampa — intervino uno de los otros tres soldados encamados en la habitación.

—Muchacho, me alegro de que sepas tanto, pero te aseguro que el tercer ojo del teniente Torralba está en su culo — contestó el capitán Galán al chico, que tenía un brazo en cabestrillo y una pierna escayolada.

—Jajajajaja — rieron los otros con ganas. Habían recibido la visita de un oficial un tanto excéntrico y muy divertido.

—Mi capitán, ¿Qué va a ser de mí? — el soldado Trompo fue al grano.

—Nada más llegar al cuartel, te meteré en el calabozo y allí pasarás toda tu mili — explicó.

—¡Pero no puede ser! ¡Eso es injusto! — protestó Leonardo.

—Injusto pero seguro. Pasarás un mes en el calabozo y otro de permiso — continuó Galán.

—¡Qué disparate, mi capitán! ¿Cómo voy a pasar toda la mili un mes en el calabozo y otro de permiso? ¿Es que en el ejército está todo el mundo loco? — se atrevió a preguntar el soldado cuyo futuro inmediato pintaba muy negro.

—Te contestaré con otra pregunta, Trompo. Hoy he tenido que venir en el autobús de línea a visitarte. ¿Sabes por qué? — le preguntó.

—No. ¿Por qué? — inquirió, intrigado.

—Porque mi coche está bajo arresto domiciliario por invadir dos centímetros la zona de aparcamiento del teniente coronel Atucha — respondió el interpelado.

—¡No lo dirá usted en serio, mi capitán.

—Lo digo, firmo y rubrico. Este es un mundo de locos, pero no sólo estamos en el ejército, sino en todas partes. Por eso, estoy estudiando psicología por la UNED.

No se lo digas a nadie, hijo, o se burlarán de mí. He de hacer unas oposiciones. Me reciclaré. No soporto a Torralba. No soporto la cadena de mando, soldados. ¡Me cago en la leche! — exclamó en tono marcial.

—Poco podré decir desde el calabozo, mi capitán — respondió el soldado Trompo.

—Es el mejor lugar para ti, no lo dudes. Un escondrijo seguro. Torralba no podrá hacerte daño mientras te encuentres allí. Después, cuando termines la mili, deberás tomar precauciones durante algún tiempo, hasta que el teniente fije su obsesiva atención en otro. Bueno, me voy a mi casa, que tengo muchos temas que estudiar. Adiós Trompo, tómatelo con filosofía. Adiós, familia — se despidió de los otros.

Tres días después, Leonardo ingresó en el calabozo, que sería su próximo hogar, mes si y mes no, durante los siguientes nueve meses.

Paterna, agosto de 1996

El capitán Galán ordenó a dos soldados que se personasen en el calabozo del acuartelamiento y condujesen a su presencia al soldado Leonardo Trompo Mastuerzo, para entregarle el documento que certificaba que había cumplido satisfactoriamente sus obligaciones para con la patria, junto con sus demás compañeros de reemplazo. Al escuchar tal orden, el teniente Torralba, allí presente, intervino.

—¿Que ese comunista mamón rojo de mierda se va sin haber hecho ni siquiera un día de instrucción, ni una puta maniobra? ¿He entendido bien, mi capitán? — preguntó incrédulo el oficial más viejo del batallón.

—Así es, Torralba. Es lo que dispone el reglamento, y yo también lo dispongo — contestó el capitán a su subordinado.

Los dos soldados llegaron con su compañero Trompo ante el capitán, el teniente, varios oficiales y suboficiales y los jóvenes que se licenciaban. Los últimos vestían ya de paisano. También lo hacía Leonardo, que había adquirido ropa civil durante su último permiso entre calabozos, siguiendo las instrucciones de su capitán.

—¿Pero qué diablos hace este cabrón vestido de paisano? ¡Tú no te vas, maricón de mierda! ¿Te enteras? — berreó con furia el teniente Torralba, mientras babeaba su odio sobre el rostro del licenciado Leonardo.

—Mi teniente, yo me apellido Mastuerzo, que en mala hora me concibió mi madre, pero usted se apellida Masclat. Esa palabra significa “machito” en valenciano, jajajajaja — se rió con ganas el recién licenciado, que no quería irse sin poder enfurecer, siquiera fuere un poquito, al maldito oficial.

Torralba se abalanzó sobre Trompo y lo agarró por las solapas de la chaqueta que llevaba. Varios oficiales y suboficiales, que el capitán Galán había concentrado allí en previsión de que un hecho semejante sucediese, asieron con fuerza por los brazos al demente teniente, inmovilizándolo. Los soldados que se marchaban definitivamente a casa comenzaron a desfilar hacia la salida del cuartel, tras ser despedidos por sus mandos y despedirse ellos mismos de éstos.

Se cerraba un duro período de la vida de Leonardo Trompo Mastuerzo, y se abría otro. El joven tenía muy claro cuál iba a ser su siguiente paso en la vida.

Valencia, septiembre de 1996

El cadáver del teniente del ejército español, don Sabino Torralba Masclet, fue encontrado flotando boca abajo sobre las sucias aguas de la Albufera de Valencia, con evidentes signos de violencia ejercida sobre todo su cuerpo.

El capitán Galán asistió al funeral en representación del ejército.

—Caramba con el joven Trompo, cómo se las gasta el tío... espero que no venga a por mí también por haberlo tenido en el calabozo durante tanto tiempo. Ojala comprendiese que tomé esa decisión tan drástica para proteger su vida — pensaba el oficial, mientras el nicho de Torralba era tapiado por los empleados del cementerio.

La policía de la brigada criminal se personó en el cuartel para indagar sobre cualquier persona que pudiese resultar sospechosa del asesinato del militar. También la propia policía militar realizó sus pesquisas.

El capitán don Fernán Galán Caballero no quiso hacer declaraciones ni a unos ni a otros. El ex-soldado Trompo resultaba más que sospechoso para él, pero no era el único que odiaba a muerte al difunto teniente. Torralba había cosechado enemigos a cientos durante su vida. Podía haberlo asesinado cualquiera. ¿Por qué no?

Los meses fueron transcurriendo, y Galán dejó de temer por su seguridad personal. Un día, recibió en el cuartel una carta sin remite. La abrió. Era de Leonardo Trompo. La leyó de inmediato. “Mi capitán, estas breves líneas son para agradecerle todo lo que hizo por mí mientras estuve bajo sus órdenes, que en realidad, no fueron tales sino bajo su protección. Es usted un gran hombre, al que aprecio sinceramente y le recordaré con afecto durante toda mi vida. Le deseo lo mejor. Ah, y mucho ánimo para superar todas las asignaturas de la carrera que se halla usted estudiando. Con afecto y grato recuerdo, siempre, Leonardo Trompo Mastuerzo. Pd., No importa quién lo hizo, pero yo no asesiné a Torralba. Leí la noticia en Palma de Mallorca”.

El capitán Galán llegó incluso a emocionarse. Su muchacho no era tan fiero como había llegado a pensar. Respiró hondo, extrajo un cigarrillo y comenzó a consumirlo. Se relajó mientras lo hacía. Cerró los ojos y sonrió.

Capítulo III

Valencia, 31 de octubre de 2012

Maga se sintió en esta ocasión más dolida con Fran de lo que solía ser habitual en ella. Por la mañana, se negó a permanecer en el despacho con su socio y compañero sentimental, y fue a refugiarse de nuevo en los acogedores, para ella, brazos de su combativa madre. Llegó llorando al domicilio paterno. Los encontró a los dos, pues Luis Lafuente tenía vacaciones de navidad y reyes, como todos los maestros de escuela de las diecisiete taifas españolas.

—Papá, mamá, siento molestaros otra vez — fue su saludo.

—Te dije que si Fran te maltrataba de nuevo, no vinieses a llorar sobre mi hombro — la riñó Lucía, recordándole que le aseguró que Fran la maltrataría una y otra vez.

—Sí mami, castígame pero no me digas eso, por favor. Abrázame — pidió a su madre.

A lucía le faltó tiempo para estrechar a Maga entre sus brazos y acariciarle sus cabellos. Su hija estaba atrapada en un agujero en el que ella misma se había metido y no sabía salir.

—Cariño, ni tu madre ni yo te podemos castigar como si fueses una niña. Eres una adulta, cielo, y tienes tus problemas, como todos los tenemos, pero saldrás adelante - intervino Luis.

—Luis, en este momento, nuestra hija se encuentra indefensa como una niña. Así que si necesita ahora los azotes que no recibió siendo pequeña, los va a tener. ¿Verdad que sí, cariño? — preguntó Lucía con dulzura a su hija.

—Sí mami, lo que tú digas, pero protégeme. Protegedme los dos. No quiero seguir con Fran. Le tengo miedo. Soy una insensata, no valgo nada — Maga hablaba mientras seguía abrazada a su madre.

—Pues sí que estamos bien. Y yo que creí que mi hija se comería el mundo... — farfulló Luis.

—Luis, estás enfadándome. Déjame con la niña, he de hablar con ella. Ah, y te quedas a vivir aquí sine die, cariño — organizó la decidida señora Barrón, que tenía las ideas

muy claras.

—Sí mamá, como tú quieras. Haré lo que tú digas — expresó Maga, con sus bellos ojos todavía anegados en lágrimas.

El teléfono sonó. Maga se aferró aún con más fuerza a Lucía.

—Luis, si es Fran, mándalo a la mierda. Y si tú no te atreves a hacerlo, déjame a mí el auricular y ven a abrazar tú a nuestra hija — dispuso la que sin duda era la jefa de aquella pequeña manada de tres individuos, cuatro, contando a la perrita Mari Carmen.

—Dígame — habló Luis. Después, guardó silencio unos segundos.

—Maga, es Fran. Quiere pedirte perdón por lo de anoche — anunció a su hija.

Lucía se levantó, fue hacia donde estaba su marido junto al teléfono, y le arrebató el auricular.

—Escucha, Fran, esta vez, se ha terminado. Maga no quiere hablar contigo ni lo hará nunca más en la vida. Ya te dije yo que esa aberrante relación que tenáis está disuelta. Si no me creíste, es tu problema — Lucía hablaba con furia incontenible.

Durante breves segundos, ella escuchó lo que le decía la voz al otro lado de la línea. Después, habló con contundencia y colgó.

—Vete a la mierda, hijo de puta — fue su despedida.

A continuación, regresó junto a su hija y la volvió a abrazar. Luis miraba atónito a las dos mujeres de su vida. Se preguntó que a qué demonios estaban jugando. Maga cumpliría treinta y tres años el próximo 15 de abril, y estaba tan asustada y frágil como una niña que ha sufrido un fuerte trauma. ¿Era esta la hija brava, brillante, decidida, triunfadora en su profesión, que él conoció? Se sintió apenado y sobre todo, muy preocupado.

—Cariño, me has oído mandarle adonde se merece estar. ¿Vas a decirme otra vez que soy una maleducada y que le pida perdón? Porque si lo haces, vas a llevar tal tanda de azotes en el culo que vas a llorar mucho, y con razón — Lucía la amenazó.

—Sí, mami. Lo que tú digas y hagas, lo aceptaré. Pero protégeme, por favor. No me dejes — dijo la otrora decidida joven letrada.

—Bien, pues ahora vamos a ver tú y yo una peli en el salón. Concéntrate en ella, y no pienses en otra cosa. Yo estaré junto a ti, abrazándote todo el tiempo.

—Sí mamá. ¿Qué película vamos a ver? — preguntó Maga, como si fuese una niña pequeña.

Luis se retiró a su despacho y no pudo evitar que se le hiciese un nudo en el estómago. Desaprobaba la conducta de su mujer y también la de su hija. Sintió deseos de llorar. Al final, sendas lágrimas le resbalaron por sus ya curtidas mejillas.

Lucía preparó una exquisita cena de nochevieja que transcurrió felizmente para los tres miembros de la familia, reunida de nuevo. Tomaron las uvas, brindaron con cava y después se fueron a dormir. Luis lo hizo solo, en la habitación que fue de su hija, y que ahora ésta había vuelto a ocupar. Lucía y Maga, en la cama de matrimonio.

2 de enero de 2013

Luis y Maga se hallaban charlando animadamente en el salón-comedor del hogar. Lucía había salido a hacer unas compras en Nuevo Centro, y había tenido el buen detalle

hacia su marido de no acaparar a la hija de ambos, llevándosela ya de buena mañana.

La esposa sabía organizar los tiempos, y ser exquisitamente considerada con las dos personas a las que más amaba en su vida.

El teléfono fijo sonó y Luis pidió a Maga que lo cogiese.

—¿Diga?

—Maga, soy Belén. Me ha ocurrido una cosa terrible. He tenido un altercado horroroso con mi marido — la voz de la esposa del doctor Olmos sonaba muy alterada al otro lado de la línea.

—Ven y cuéntamelo, Belén. Te espero — la quiso tranquilizar Maga.

—¿No podríamos quedar en algún lugar de Valencia? Me da mucho apuro contarte lo que me ha sucedido delante de otras personas — arguyó su interlocutora.

—Lo siento, no puedo salir de casa sin permiso de mi madre. La he obligado a ser mi terapeuta y a cambio, sigo sus instrucciones al pie de la letra. He prometido obedecerla en todo — explicó.

—Bien, voy hacia allí. Espero que podamos hablar en privado — sopesó la rubia señora Sánchez.

—Claro. Tengo una habitación en casa de mis padres. Ven, Belén — Maga la apremió.

Belén se presentó en casa de Luis y Lucía media hora después. Coincidió con esta última en el ascensor, en el que subieron juntas. Maga abrió la puerta a ambas.

—Buenos días Maga. Buenos días, señor Lafuente.

—Bienvenida, señora Sánchez — la saludó el único hombre de aquel hogar.

—Mamá, Belén tiene que contarme algo en privado. ¿Me das tu permiso para que hablemos en mi habitación? — preguntó Maga, con una candidez que desarboló la férrea defensa de su madre e irritó a su padre.

—Claro cariño. Yo mientras voy a preparar la comida. Belén, ¿Comerás con nosotros? — preguntó Lucía.

—Si me invitan ustedes... acepto encantada.

Maga y Belén se encerraron en la habitación. La rubia comenzó a hablar. Hasta ahora lo había disimulado, pero estaba muy alterada.

—Mi marido ha llegado hoy a casa hecho una furia y me ha acusado de tenderle una trampa para que la policía le detuviese por un crimen que dice que no ha cometido — comenzó a narrar Belén.

—¿Qué? Pero ¿De qué va ese tío? ¿Pero si fuiste tú la que me contrataste para que le defendiese si finalmente le imputaban el asesinato de la Pozuelo!

—Pues así me lo paga, cariño. No quiero volver a casa con él, como comprenderás, pero no tengo adonde ir. Si voy a casa de mis padres, me extraditarán inmediatamente y me pondrán de nuevo en manos de mi marido. A ellos no les importo en absoluto. Tan sólo les preocupa el qué dirán — explicó Belén.

—Quédate en casa con nosotros — propuso Maga.

—Será si tus padres me lo permiten — le recordó la que ya era su amiga, y que además se parecía en lo físico a Laura Beltrán, sólo que con unos años más que la que fue su amor de adolescencia, el que marcó su alma a fuego.

—Ellos no se opondrán a que te quedes — le aseguró Maga.

—No quiero ser un problema para ti, Magalí. Ni para tus padres — recalcó la bella mujer de sedoso cabello rubio.

Comieron en perfecta armonía, pese a las miradas de soslayo, ciertamente inquisitivas, con las que Lucía escrutaba tanto a su hija como a la visitante.

Hablaron de temas intrascendentes, y no abordaron el espinoso asunto del doctor Olmos hasta que no estuvieron cómodamente aposentados en el salón, saboreando cada uno su respectivo café.

—Mamá y papá, el doctor Olmos ha acusado a Belén de haberle tendido una trampa para que lo encerrasen en la cárcel, y ahora ella no tiene adonde ir — abordó Maga el enredo.

—Bueno, afortunadamente, en esta casa hay cuatro habitaciones para tres personas, y en una de las habitaciones, hay cama de matrimonio. Así que Belén puede quedarse aquí todo el tiempo que necesite — dijo Lucía. A Maga se le abrió un mundo nuevo al escuchar las palabras de su madre.

—¡Gracias mamá! ¡Eres genial! — Maga se echó sobre ella y la abrazó.

—Sí que lo eres, Luci, mi vida. Sabes tener a tu hija en el bolsillo siempre — Luis felicitó a su mujer.

—Una, que ha aprendido de la vida — respondió Lucia, halagada y sonriéndoles a todos.

El teléfono sonó. Lucía se levantó como catapultada por un muelle invisible y fue a contestar. Como había presentido, era Fran.

—Señor Lahuerta, como vuelva usted a acosar a mi hija, pediré una orden judicial de alejamiento contra usted — sus palabras fueron tajantes. Después, escuchó al que hablaba al otro lado de la línea.

—Comprendo. Pues haga usted lo que tenga que hacer. Sí, sí, la sociedad “Lafuente & Lahuerta Ltd” está disuelta por suma incompatibilidad de los socios que la componían... sí, sí, ya sé que llevan un caso entre manos... que sí señor, que ya sé que legalmente la sociedad sigue vigente... ¿Que se propone averiguar quién mató a Estefanía Pozuelo? Me parece perfecto... y que Maga no cobrará ni un euro por no hacer nada... también me parece genial. Ah, Fran, lo más importante. ¡Vete a la mierda! — Lucía colgó el auricular sin esperar a que su interlocutor la insultase, amén de enviarla a ella al mismo lugar en justa correspondencia. Maga permaneció muy seria, mirando al suelo. Se la percibía avergonzada.

—Maguita, sonríte por favor — le pidió Lucía, acariciándole la barbilla y haciendo una suave presión sobre el mentón de la chica para que la mirase.

Maga sonrió sin ganas. Se sentía la persona más ridícula del planeta. Lucía se dio cuenta y se sentó junto a ella. Posó su brazo derecho sobre los hombros de su hija.

—Gracias, mamá — musitó.

—Voy a preparar otro café. ¿Quién se apunta? — preguntó Luis.

—Yo no. No deberías tomar tanto café. Es absurdo que te pongas nervioso, y para compensar, te tomes un café — le riñó Lucía.

—Te estás convirtiendo en una bruja insoportable, Luci. Pero eres mi Luci y te quiero por eso — le dijo Luis, que sin hacer caso del consejo, fue a prepararse la estimulante bebida. Belén se mantenía en silencio, incómoda. Pensó en levantarse e irse a vagabundear por la ciudad.

—Al fin y al cabo, la casa de la caridad está ahí al lado — pensó la señora Sánchez, sin ser consciente de que su pensamiento era absurdo.

Ella no sabía que las tres personas que tenía en esos momentos a su lado regían sus vidas por el inmenso amor que se profesaban y los disparates en el que sus miembros incurrían en más de una ocasión y de dos. La persona más equilibrada de aquella familia era, sin ningún género de duda, la perrita Mari Carmen.

La sobremesa finalizó y Lucía invitó a Belén a dar un paseo y mantener un cambio de impresiones. Maga quiso apuntarse, pero su madre le pidió que se quedase con Luis y que hablase con él mientras ellas estuviesen ausentes.

—Volveremos pronto. Belén necesitará también hacer algunas compras para estar cómoda en casa — justificó Lucía.

Las dos mujeres se dirigieron a pie hacia el parking de Nuevo Centro.

—Vamos a algún sitio tranquilo y merendamos, ¿Te parece bien, Belén? — preguntó Lucía.

—Me parece que vas a hablarme de algo muy serio. Casi tengo un poquito de miedo. Si te apetece conducir y meterte en el centro de Valencia, vale, pero si no, podemos hablar en la cafetería de Nuevo Centro, por ejemplo. Es muy tranquila desde la crisis — respondió Belén.

—Me parece muy buena idea. Belén, soy una madre angustiada por su única hija — confesó Lucía, mientras subían desde el parking hacia la planta baja del centro comercial por una escalera mecánica del Corte Inglés.

—Lo sé. Y también sé que lo que me vas a decir es muy serio. Quizás ni siquiera pueda dormir esta noche en tu casa — aventuró Belén.

—Soy consciente de que estás muy apurada por tu situación matrimonial. Lo que te ha hecho tu marido no tiene nombre. Supongo que vas a divorciarte — Lucía hablaba mientras caminaban hacia la puerta de la cafetería. Entraron y se sentaron en una mesa al fondo del local.

Como esperaban, no había mucha gente. Lucía divisó a Generoso, el jefe de camareros, y le hizo un gesto para que se acercase.

—Buenas tardes, señoras, ¿Qué les apetece tomar? — preguntó el hombre, impecablemente peinado, como siempre.

—Yo un café con leche y una tarta de queso y arándanos. ¿Y tú Belén? — preguntó Lucía.

—Yo una infusión de tila y manzanilla — contestó la aludida, mirando a Generoso.

—Uf, Belén, eso suena como una indirecta hacia mí... perdona, mujer, eres amiga de mi hija y por lo tanto, te aprecio y respeto. Si entre nosotras también nos comprendemos y pudiésemos establecer una dinámica viable en el tema que te voy a exponer, también seremos buenas amigas — expuso Lucía, algo nerviosa.

—Eso sería genial. Dime, te escucho con atención — Belén la miró a los ojos.

—Es sobre Maga. Estoy que no me llega la ropa al cuerpo de lo preocupada que me tiene. Mi hija antes no era así — comenzó Lucía.

—Es una chica estupenda. A mí me cae muy bien. Sólo la he tratado unos días, y ya la apreció muchísimo.

—No lo dudo. Pero Belén, no puedes imaginarte lo que ha cambiado. Antes era una persona lanzada, decidida, obtuvo la licenciatura en derecho con sobresalientes y matrículas de honor, tenía una seguridad en sí misma que causaba admiración. Fundó un bufete de abogadas con unas socias y ganó mucho dinero y prestigio entre la alta sociedad de esta ciudad e incluso de otras cercanas. Pero un mal día, metió la pata hasta la ingle por culpa de ese Francisco Lahuerta. Intentó suicidarse usando el Mercedes que tenía como arma, pero no lo logró, gracias a Dios. Estrelló su coche a 210 kilómetros

por hora cuando dos agentes de la Guardia Civil le dieron el alto. Su intención era matarse — narró Lucía, que se emocionaba al evocar tan tristes recuerdos.

—¡Qué horror! Lo siento, Lucía. Pobre Maga — comentó Belén, que aunque no sabía qué decir, había quedado seriamente impactada.

—Resultó con las dos piernas y un brazo rotos, el cuerpo lleno de hematomas, la cara hecha un cristo bendito, en fin... le retiraron el carné y pagó una multa de seiscientos euros. El juez fue muy condescendiente y supongo que tuvo en cuenta que Maga no tenía antecedentes... Claro, eso fue tener suerte, pero... — expuso la preocupada madre.

—Pero tu hija está preciosa, Lucía, no tiene ni la más mínima secuela de esa tragedia — dijo Belén.

—No, al menos secuelas físicas. Pero se ha convertido en una cretina, por más que yo la adore como a mi más preciado tesoro, que lo es, y daría mi vida por ella mil veces si fuese necesario — continuó Lucía su triste relato.

—No seas dura con Maga. Pobrecita.

—Belén, mi hija es lesbiana, y está a un paso, si es que ya no lo ha dado, de enamorarse de ti — Lucía liberó las palabras que más le iban a costar pronunciar, y esperó la reacción de su interlocutora.

—Eso sería un honor... que en absoluto merezco — titubeó.

—Resulta que te pareces a una chica que, siendo ambas adolescentes, fue el gran amor de su vida. Se trata de una tal Laura Beltrán, que trabaja como médica en un hospital de Madrid. Está casada y con hijos. Mi hija no ha intentado buscarla, aunque Laurita sí que vino a pasar cuatro días con ella en el hospital cuando se enteró del “accidente” — continuó Lucía su narración.

—Esa chica será de su edad, supongo. Yo soy mayor.

—¿Cuánto más mayor, seis o siete años? Peor me lo pones, porque dado lo ñoña que está, aún le causas más impacto. Belén, no quiero que Maga sufra. Te he dicho con claridad lo que hay. Tú eres su amiga, pero no vas a cargar con lo otro también — aventuró Lucía.

—Te estás equivocando. Cuando me casé con Fernando, lo hice apasionadamente enamorada de él. Es muy guapo. Guapísimo, y yo seguía esperanzada, pese a sus continuos desplantes y... malos tratos de palabra, por decirlo de alguna manera... no me atrevo a llamarle maltratador psicológico. No hemos tenido hijos. No le ha importado el tema en absoluto. Sólo se importa a sí mismo — dijo Belén, cuyo bello rostro parecía haberse ensombrecido.

—Supongo que pensarías en serle infiel. En recomponer tu vida, de algún modo. Eres muy atractiva, oportunidades con hombres no te habrán faltado — quiso saber Lucía.

—No, pero el interés por ellos sí que me falta. Ahora, tú me has dicho que tu hija, una criatura bellísima y de corazón muy puro, esta a punto de enamorarse de mí o ya lo ha hecho, y yo te contesto que acepto. Que cuidaré de Maga como tú misma haces, que corresponderé a su amor y que será feliz, y yo con ella — las palabras de la rubia señora Sánchez entraron en el alma de Lucía, que estuvo a punto de levantarse de su silla y abrazarla allí mismo. Los ojos se le anegaron de lágrimas.

—¿De verdad... lo dices de veras, Belén? No me engañes, por favor, yo tampoco me merezco que lo hagas... — la angustiada mamá, de muy buen ver a pesar de sus sesenta y tres veranos, estaba a punto de romper a llorar de emoción y alegría.

—No te engaño, Lucía, te aseguro que soy una buena persona. Si todavía tienes dudas, me iré a dormir a un hotel, hasta que se te disipen — Belén miró a los ojos a su futura

suegra. Las dos mujeres sellaron con sus miradas una declaración de sólida amistad.

—Otra cuestión, un poco delicada... ¿Tú has leído la trilogía cuyo primer volumen se titula “Cincuenta sombras de Grey”? —preguntó Lucía.

—Sí. Ha revolucionado el mundo de la sexualidad de las mujeres americanas. También parece que el de muchas españolas ¿Por qué me lo preguntas? — inquirió Belén.

—Porque yo he diseñado, también con otros elementos y fuentes de información, una terapia para mi hija que consiste en darle mucho amor y jarabe de palo combinados. El amor es el elixir que todo lo cura, y el jarabe de palo le va muy bien para controlar rabietas y depresiones — aclaró Lucía.

—En otras palabras, que la achuchas contra tu corazón y le calientas el culete a partes iguales — creyó adivinar la rubia Sánchez.

—No a partes iguales. Le doy mucho más amor que azotes. Pero cuando le doy, se los doy con ganas. A partir de ahora, Maga va a experimentar un subidón de ánimo, gracias a ti, Belén. Amiga, qué alegría. ¿Quieres que pidamos una botella de cava y brindemos por nuestra amistad, y porque voy a ser tu suegra y tú vas a ser mi nuera? — propuso Lucía, cuyo ánimo se había tornado eufórico.

—¡Claro! — aceptó. Te invito yo. Menudo regalo que me has hecho — sonrió Belén, que hizo una señal con la mano a Generoso para que se acercase a la mesa.

—Oye Lucía, ¿Tú y Luis también practicáis los atrevidos juegos eróticos que lleva a cabo Grey, el de la novela de las cincuenta sombras, con sus amantes? — preguntó la más joven de ambas mujeres.

—¡Qué indiscreta! Pero te contesto. Sí, sí que lo hacemos, desde que a mi Luisito musculitos le han prohibido tomar Viagra y practicar sexo. Desde entonces, mi popó ha cambiado de color. Me lo calienta siempre que le apetece sin cortarse un duro. Ah, y nunca me propone que cambiamos los papeles alguna vez. A mí me gustaría. Yo también tengo la mano muy pesada. Eso la que lo sabe es Maga — rió Lucía.

—¿Por qué no se lo propones tú? — preguntó Belén.

—Pues sí que me gustaría darle, pero no me he atrevido a proponérselo. Puede que sea una mujer antigua, sumisa al macho dominante.

—Jajaja, antigua... no cariño, eres moderna, y muy inteligente.

—Gracias Belén. Bueno, amiga... ¿Nos falta por tratar algún asunto?

—Sí, que qué vamos a cenar esta noche.

—¿Tortilla de patatas estaría bien? — sugirió Lucía.

—Uy, más que bien... ¿La harás tú o Luis?

—Luis. Le salen mejor. Es un excelente cocinero. Belén, cuando lleguemos a casa, yo pasaré ante mi hija a un discreto segundo plano, y tú tomarás las riendas. Hazla feliz, por favor. Esta noche, te la llevas ya a dormir contigo. La exploras, hablas con ella, en fin... confío en ti. Maga es lo que más quiero en el mundo, muy por encima de mí misma — Lucía la miró, depositando en Belén toda su confianza.

Media hora después, las nuevas amigas llegaron al hogar, ahora común. Luis y Maga las escrutaron de arriba abajo, intrigados, pero sin decidirse a preguntar. Mari Carmen dijo guau guau unas cuantas veces. Lucía se quitó el abrigo verde que se había puesto para salir y Belén hizo lo propio con su elegante chaquetón sintético aunque muy caro por el diseño. La rubia que iba a cumplir pronto cuarenta también era amante de los animales. Nadie había abierto todavía la boca, excepto para decir hola, cuando el teléfono móvil de Maga sonó y Lucía se sobresaltó.

—Si es Fran, cuelga el teléfono sin contestarle — ordenó Lucía a su hija.

—No es Fran, mamá, es Lola Monreal, mi amiga vidente de Vinaroz. ¡Qué raro!, ella nunca me llama al móvil.

—¿Que te ha visitado CB? ¿Qué te ha dicho? — preguntó Maga a su interlocutora, tras escuchar las palabras de ésta, al otro lado de su dispositivo.

—Ha vuelto a decir: “Esto es para Maga. Saturado de bragas, las coge al vuelo y se lleva la palma”. Lo mismo que cuando viniste a visitarme con ese Fran tuyo, cariño.

—Lola, qué guasón es CB. Me cae muy bien, pero podía hablar más claro. Ah, tengo una buena noticia. Fran ya no es mío, pero mejor aún es que yo ya no soy suya. Gracias a mi madre, que es guerrera y santa a la vez... ¿que a ti tampoco te gustó Fran? Joder, tía. Pues lo conozco desde hace muchas vidas... sí Lola, un besazo, amiga. Adiós — Maga finalizó su conversación. Belén ya había compuesto una batería de preguntas para formularlas a la que iba a ser su novia a partir de aquella misma noche.

—Maga cariño... ¿Has comprendido algo de lo que te ha dicho tu colega vidente? — le preguntó Lucía, con la intención de que Belén fuese conociendo mejor a su hija.

—No estoy segura, mami. Ya sabes que tengo la cabeza espesa últimamente. ¿A ti si que te dicen algo esas palabras tan cachondas? — preguntó a su vez Maga a su madre.

—Pues mira, no sé ni cómo ni por qué, pero sí que me dicen. Al menos la segunda parte de la frase. Quiere decir en realidad “Coged un vuelo e id a Palma”. A Palma de Mallorca, colegas — Lucía habló y se quedó plenamente satisfecha con sus palabras. Había descifrado la mitad del enigma.

—Eres una genio femenina, mamá. ¿Quién ha de ir a Palma de Mallorca? ¿Y si CB se refiere a la isla de La Palma, en Gran Canaria? — aguó la fiesta Maga.

—Desde luego, niña, mira que eres... no, se trata de Palma de Mallorca. Bueno, y si no es así, hacéis dos viajes, uno a Mallorca y otro a La Palma.

—¿Hacemos? ¿Quién va a viajar, mamá? — preguntó Maga, excitada.

—Vosotras dos, Belén y tú. Yo os pago el viaje, la estancia, todo... vosotras ponéis el ingenio y todo lo demás. Habéis de encontrar pruebas para inculpar a Fernando Olmos como asesino de Estefanía Pozuelo. Mejor que forméis sociedad desde ya — decidió Lucía.

—Mamá, ¡Eres la hostia sin consagrar! Has disuelto mi sociedad con Fran y has fundado una nueva tres horas más tarde. Mami, ¡te quierooooo! — Maga se abalanzó sobre su madre y se la comió a besos. Belén sintió una punzada de celos. Luis también. Lucía se puso tan ancha que sintió que se transformaba en ornado pavo real, sin que terapia alguna, por absurda que fuese, pudiese evitarlo.

—Mamá ¿Por qué no te vienes tú también a Palma de Mallorca? Vamos las tres, como los ángeles de Charlie, y papá nos da órdenes desde aquí — sugirió Maga, medio en broma, medio en serio.

—No, yo no dejo a papi solo. Él necesita aporrear su tambor de Calanda noche sí, noche no, y la de en medio también, y como lo llevo yo incorporado, me quedo — explicó Lucía.

Luis se molestó con su esposa. Esta noche, la castigaría dándole sesión doble de tambor de Calanda, por proclamar intimidades que le avergonzaban ante otras personas. A él le seguían gustando el culo y las piernas de su mujer. No era para menos, dadas las agotadoras sesiones de ejercicio físico que Lucía llevaba a cabo en un gimnasio dotado de los más sofisticados aparatos para mantener su cuerpo en plena forma de salud y belleza.

Permanecieron los cuatro conversando animadamente hasta la una de la madrugada. A esa hora, Lucía miró su reloj y decidió que ya era tiempo de irse a dormir. Durante la sobremesa, había sido Belén la que se mostró más excitada, esperando una noche de amor y placer con Maga. Ésta no sabía nada de los tejemanejes que esa misma tarde su progenitora y su amiga habían urdido en la cafetería donde transcurrió la más trascendental de las conversaciones que las dos últimas habrían de tener, ya para el resto de su relación de amistad.

—Bueno, hora de irse a la cama todo el mundo. Maga, tú duermes con Belén, así disponéis asuntos del primer viaje profesional que vais a hacer juntas. Papi y yo en nuestra habitación — dispuso Lucía, que iba a llevarse una gran sorpresa.

—¿Pero qué dices, mamá? Tú y yo dormimos juntas, Belén en mi cama y papá en el sofá. Es su justo castigo por tener una habitación con dos armarios llenos de halcones justicieros y una mesa de dibujo en vez de una mullidita cama, como tengo yo en la mía — Maga sorprendió a todos con estas palabras. Luis se sintió perplejo. No sabía de qué iba aquel embrollo urdido por las complejas mentes femeninas.

—Cariño, yo había pensado... — comenzó a decir Lucía.

—Mami, te necesito. Sabes que no estoy bien y que tú eres mi terapeuta. He puesto mi felicidad en tus brazos y manos. Además, Belén y yo somos amigas, pero no creo que sea procedente que durmamos en la misma cama. Belén no es como yo, mamá, estás tonta — arguyó Maga.

—Seré yo la que duerma en el sofá, Lucía. Al fin y al cabo, no tengo ningún derecho a alterar vuestras costumbres — dijo Belén, a la que se le había formado un nudo en el estómago, pues se había hecho muchas ilusiones sobre Maga. Era absolutamente cierto que a la rubia señora Sánchez habían dejado de interesarle los hombres desde hacía ya años. Su guapo aunque inhóspito, para ella, marido, la había liberado para siempre, según ella, de sentir atracción por ellos.

—Bueno, hay una segunda opción, que es que papá y Belén duerman en vuestra cama de matrimonio, y tú y yo, mami, en la mía — dijo Maga, que debía encontrarse mejor, pues su peculiar sentido del humor afloró, incluso a una hora tan tardía.

—Creo que la idea de Belén es la mejor. Cada uno a su sitio. Luis, vamos a la cama, estas dos ya se apañarán — decidió Lucía, que no dio importancia a la broma de su hija.

Lucía no podía imaginarse que a Luis le hubiese encantado que la idea de su hija se hubiese llevado a término. Pero los sueños, sueños son. Maga miró a su padre e intercambió una fugaz mirada de complicidad con él.

Al día siguiente, tras desayunar en familia, Lucía entró en internet para comprar billetes de avión a Palma de Mallorca para Maga y Belén.

—¿Qué estás haciendo, Lucía? — preguntó Sánchez.

—Compraros los billetes de avión. Maga y tú tenéis que resolver el caso Olmos. ¿Lo habías olvidado, Belén? — dijo Lucía, que no podía ocultar su disgusto.

—¿Tú crees que es buena idea? — Sánchez respondió con otra pregunta.

—Sí. Maga ha de trabajar. Debe recuperar su autoestima. Ha perdido a su socio, porque es un maltratador y ella una borrica tonta, y ha encontrado a una guapa socia. Borrón y cuenta nueva, Belén. Y adelante. Mientras trabajáis, y espero que hagáis algo más en Mallorca, yo iré preparando el papeleo para fundar una empresa de las que seáis titulares tú y mi hija — siguió tecleando Lucía, que sabía ciertamente realizar varias actividades al mismo tiempo.

—Eres increíble Lucía. Te admiro, amiga — le sonrió Belén.

Luis contemplaba perplejo los acontecimientos que acaecían a su alrededor. Llegó a la conclusión de que estaba en una casa, la que él mismo compró hacía ya muchos años, compartiendo techo con tres maquiavélicas brujas. Mari Carmen era la excepción.

Aquel día el doctor Olmos había llegado a su consulta no sólo muy preocupado, sino también de muy mal humor.

—Buenos días, doctor — Elena Villa, su recepcionista, enfermera y amante le saludó.

—No lo son para mí, Elena. No logro dar con el paradero de la cabrona de mi mujer. Temo que se traiga algo muy sucio entre manos. No está en ningún hotel, ni en casa de ningún conocido.

—¿Has hablado con sus padres? — preguntó la guapa enfermera.

—Sí, y tampoco saben nada — respondió el atribulado médico.

—Elena, cancela todas las visitas de hoy. No estoy de humor ni podría atender correctamente a los pacientes — le ordenó él.

—Pero eso es casi imposible, no hay tiempo... — intentó ella aducir razones para no cancelar las visitas. Elena era quien cargaba con las broncas telefónicas y presenciales de los pacientes cuando a su jefe se le ocurría algún cambio repentino en la rutina de la clínica.

—Haz lo que te digo, leche. ¡Y date prisa, o llegará la pelmaza de la señora de Folgado — la apremió.

—Sí doctor, voy corriendo.

Elena siempre trataba a su jefe y amante de “doctor”. Lo cierto es que estaba muy enamorada de él, y éste le había prometido divorciarse de su esposa para casarse con ella. Era evidente que los acontecimientos iban a propiciar que la ruptura definitiva del matrimonio de Fernando se llevase a término en un plazo de tiempo muy breve, lo que había alegrado a la enfermera. Lo del matrimonio... le amaba, pero conocía a su jefe.

—¡Elena! ¿Has terminado ya con todas las llamadas? — bramó Olmos desde su despacho, situado en el extremo opuesto a la sala de recepción.

—Sí, doctor — le respondió.

—Pues ven. Te necesito, amor mío — voceó él, pero ya en un tono más dulce a los oídos de la enamorada fémica.

Elena llegó al despacho. Olmos la asió con fuerza por ambos brazos, la elevó y la sentó sobre la mesa de su despacho. En esa posición, introdujo sus varoniles manos bajo la falda de la mujer, llegó hasta su cintura, y la despojó de sus bragas, inmaculadamente blancas, como él quería y ella siempre cuidaba con esmero para complacerle. El hombre se encaramó a su mesa, tendió boca arriba a su dócil y complaciente amante, le abrió las piernas, adornadas por unas medias de seda color crudo que le llegaban hasta algo más arriba de medio muslo, sujetas a esa altura por unas sexis ligas del mismo tono, y la penetró sin miramientos. La cabalgó durante unos minutos, con gran energía, incluso con brutalidad, que Villa siempre confundía con hombría. Terminado el coito, ambos recompusieron su vestimenta. Ella guardó silencio. Él se sentó en su sillón.

—Perdona si he sido brusco, Elena, pero necesitaba esto. Te amo, cariño — le dijo el psiquiatra, mientras se repantigaba en su sillón. Ella se sentó frente a él.

—Yo también te quiero. No tengo nada que perdonarte. Sabes que puedes hacer conmigo lo que quieras — le recordó su enfermera, una vez más.

—Eres la única mujer buena que he conocido en mi vida. No podría vivir sin ti.

—¿Estás más tranquilo? Has llegado muy preocupado y nervioso — ella se levantó y fue a acariciarle el cabello.

—Por una parte, el que Belén se haya largado es genial para ti y para mí, pero temo que esté tramando algo muy gordo. Ella y Estefanía Pozuelo habían coincidido aquí en varias ocasiones. Tú misma me tuviste al tanto de que incluso habían hablado, aunque desde tu mesa de trabajo no pudieses escuchar lo que decían. ¿Es que no te das cuenta, Elena? Las dos iban a por mí. Estefanía está muerta, la pobre, pero Belén está muy viva... y missing — expuso el hombre, que trataba de pensar con agudeza.

—Pero cariño, tú no tienes nada que ver con la muerte de Estefanía... ¿Qué es lo que realmente te preocupa? — le preguntó Elena, que se había sentado sobre las piernas del hombre.

—¿Pero es que eres tonta o no quieres enterarte de las cosas? Estefanía y Belén tramaron juntas mi perdición. Belén necesitaba librarse de mí, así que urdieron una acusación falsa para que la policía me detuviese y la justicia me condenase. Pero las muy cretinas no pudieron conseguir pruebas de algo que yo jamás hice — le dijo Olmos, que trataba de explicar a su amante algo que era inexplicable.

—Fernando, por el amor de Dios, eres psiquiatra y estás desbarrando. ¿Qué tienen que ver Estefanía y Belén? Podían haber estado hablando del tiempo cuando las vi en la sala de espera — arguyó Elena.

—No estoy desbarrando. Cariño, he de confesarte algo, y espero que me perdones. Hace mucho tiempo, muchísimos años, Estefanía y yo fuimos amantes. Llegamos a querernos de veras. Pero ella me engañó. Teníamos un trato que no cumplió. — el hombre se decidió a narrar a su amante su relación con la bella pelirroja, asesinada vilmente y con gran brutalidad.

—Me estás asustando, Fernando. Es lógico que antes de tu esposa, hubiese en tu vida otras mujeres, pero ahora, una de ellas está muerta. La han matado. ¿Qué trato tenías con ella, cariño? — preguntó Elena, cuya expresión denotaba que un sentimiento de duda se había instalado en su mente.

—Que no tendríamos hijos hasta que no estuviésemos casados. Yo cursaba en Palma de Mallorca el primer curso de medicina. Se quedó embarazada a propósito para obligarme a casarme con ella antes de que el niño naciese. Discutimos. Tuvimos una bronca terrible, y nos dijimos de todo. Ella y yo vivíamos en un apartamento de alquiler. Esa noche, tras la pelea, cogí algunas de mis cosas y me largué. Nunca más la volví a ver. Hasta que apareció por la clínica hace pocas semanas — el semblante del psiquiatra seguía mostrando una honda preocupación.

—Fernando, por el amor de Dios... dime que no has tenido nada que ver con la muerte de esa pobre mujer. Júramelo, mi amor... — le pidió, casi llorando.

—Te lo juro.

—Pero si es verdad que había venido a chantajearte... eso a ti no te importaba, pues ibas a divorciarte de tu mujer para casarte conmigo — valoró Elena.

—Pues ese es el punto, cielo. El que Estefanía me quisiese endiñar un hijo o una hija para sacarme dinero, jamás hubiese sido motivo para que yo la matase. Jamás. Puede que para otras personas sí, pero no para mí — elevó su tono de voz.

—Te creo. Yo nunca me hubiese enamorado de un asesino — afirmó con solemnidad Elena, muy segura de no errar en sus percepciones sobre las demás personas.

—Gracias cariño. Eso es lo que quería de ti, tu confianza. Te quiero, preciosa.

—Pues deja de preocuparte, y como hoy no has querido que trabajemos, llévame de excursión e invítame a comer, y después... soy toda tuya — propuso ella.

—Eres lo mejor que me ha pasado en mi vida, Elena. Lo mejor — la abrazó él.

Capítulo IV

Palma de Mallorca, enero de 2013

Belén Sánchez y Magalí Lafuente alquilaron un automóvil Audi en el Aeropuerto Internacional de Palma de Mallorca, que habría de conducir la primera durante la estancia de ambas en la capital Balear, debido a la carencia de permiso de conducción de Maga desde su intento de suicidio. A esta última circunstancia, la letrada venida a menos ya se había acostumbrado. Incluso había cogido gusto al hecho de que fuese otra persona quien la llevase siempre a todas partes.

Llegaron al hotel donde Lucía les había reservado una habitación con cama para dos personas bien avenidas. Se registraron y subieron a su habitación, la número 203.

—Bueno, si te parece, nos tumbamos un rato y después comenzamos nuestra búsqueda — dijo Belén a su amiga.

—Es increíble la valía de mi madre. Nos lo ha organizado todo. Incluso nos imprimió las fotos de tu marido que hemos de mostrar por ahí para conseguir trazar el rastro que supuestamente, eso sí, dejó en esta ciudad — comentó Maga.

—Sí, tu madre es genial. Yo ni había caído en que necesitábamos las fotos. Menos mal que quité las que tengo de Fernando en mi página de Facebook. — Belén miró a su amiga.

—Ahora falta que alguien lo reconozca y nos ponga sobre una pista que nos lleve a descubrir las actividades de nuestro hombre... quiero decir de tu hombre... bueno, de Fernando, durante sus meses o años aquí — concluyó Maga.

—¿Por dónde te parece que empecemos?

—¿Qué tal por las recepciones de los hoteles? — sugirió la letrada.

—Me parece bien. Pero si vivió en esta ciudad, residiría en un piso, no en un hotel.

No se lo hubiera podido permitir. Fernando accedió al dinero tras casarse conmigo. Antes, no tenía ni blanca — comentó Belén, con cierta dosis de desprecio.

—Quién sabe. En mi etapa brillante de abogada puntera, no podrías ni imaginar lo que vimos y escuchamos en el que fue mi bufete. Tú me ves ahora y sé que parezco tonta, pero no lo soy — dijo Maga mirando a los ojos de su amiga con fijeza, para que sus palabras le resultasen creíbles.

—Tía, no pareces tonta... a veces me resultas desconcertante, eso sí — le confesó Belén.

—Me gusta que seas mi amiga y también mi socia. Nos lo pasaremos bien. Quiero volver a ser productiva, y servirte a ti también para algo — Maga se tumbó boca arriba en una parte de la cama. La otra sería la de Belén.

—Tu amistad ya es mucho para mí. En estos momentos es lo único que tengo, porque mis padres, dudo que me vuelvan a abrir la puerta de su casa. Son muy severos e hipócritas, ambos. Cuando me casé con Fernando, inmediatamente tomaron partido por él. No puedes ni imaginarte lo que eso significa para una hija. Tú menos que nadie, porque la relación con tus padres es justamente la contraria a la que yo tengo con los míos — le confesó Belén.

—Tía, cuánto lo siento, de verdad... me tienes a mí, que soy tu amiga, y también a otra persona — aseguró Maga.

—¿A quién te refieres, Maguita? — preguntó Sánchez.

—A mi mamaíta, que es la tía más guay del mundo entero. Sé que tramasteis algo el día que os fuisteis a la cafetería del Corte Inglés. Lo que fuese, lo puedo imaginar, porque ya te he dicho que no soy tonta aunque lo parezca, pero a mi mami la conozco como si la hubiese parido yo a ella en vez de ella a mí. Sé que sellasteis una amistad que debe durar toda la vida. No le falles, Belén — respondió Maga, con tan larga parrafada, que dejó a Belén muy confusa.

—Eres muy guapa, Maguita — la piropeó la rubia Sánchez, que no sabía qué decir. Estaba descolocada.

—Gracias, Belenita. Tú también lo eres, muy sensual, de tacto sedoso, atractiva, preciosa...

—Oye guapa, parece como si me quisieras tomar el pelo... pues modérate, o te castigaré con unos azotes en tu precioso culito, que los de tu madre te van a parecer un juego — Belén quiso arriesgarse a jugar una de las cartas cuya eficacia podía ser muy placentera para ella.

—A mí solo me azota mi madre. Cuando quiera ella y como quiera. Que te quede claro, Belén — respondió Maga, casi con brusquedad.

Belén sintió que la invadía una penosa ola de desasosiego. Maga se dio cuenta y fue a consolarla.

—Cariño, es mejor que pongamos las cartas boca arriba, y que las cosas estén claras entre nosotras desde el principio — Maga la atrajo hacia sí y la besó en una mejilla.

—Sabes... esta tarde no voy a salir de la habitación. Ve tú por ahí a dar una vuelta si quieres. Yo voy a dormir un rato — Belén se dirigió al cuarto de baño, se puso un elegante pijama de color azul celeste y se metió en la cama, dándole la espalda a su compañera de habitación.

—A cenar sí que me acompañarás, espero... — dijo Maga, que comprendió que su rubia amiga, que tanto le recordaba a Laura Beltrán, se había disgustado con ella.

—Cena tú. Mañana será otro día. Un día de trabajo. No vamos a fallarle a tu fantástica

mamá — le respondió Belén, sin girarse.

Maga se sintió muy culpable. Se puso también uno de sus pijamas y se metió en la cama sin mirar a Belén. Fijó su vista en el techo. Deseó recibir la visita de Kuthumi, de CB, o incluso del payaso de MF acompañado de Judas Iscariote. Pero nadie apareció. Se sintió abandonada. Echaba de menos a sus amigos de amor y luz. Se preguntó si se habrían enfadado con ella y por eso habían dejado de visitarla. Se respondió a sí misma que esos seres no se enfadan. Si lo hicieran, no serían elevados.

Las dos mujeres permanecieron inmóviles, cada una ocupando su respectivo espacio en la cama de matrimonio, dándose la espalda. Se hizo la hora de cenar. Maga sintió hambre y bajó al restaurante del hotel. Cuando regresó, Belén seguía acurrucada en la misma posición en que se hallaba cuando ella salió. Maga encendió únicamente la luz del cuarto de baño, se puso de nuevo el pijama, se lavó los dientes y se introdujo en su parte del lecho. Belén suspiró. Aquella, sintiéndose culpable y apenada, le acarició un brazo, presionándose, en un gesto que pretendía mostrar cariño a su amiga e infundirle ánimo. Entonces, la rubia se giró, la abrazó y la besó en los labios prolongadamente. Maga no rechazó el beso ni el abrazo posesivo. Belén desnudó con lentitud a su amiga, a continuación se desnudó ella, y la poseyó con mucho cariño, acariciándole todas y cada una de las partes de su bello cuerpo. Maga le devolvió todas las caricias y besos. Tras amarse físicamente de todas las formas posibles, Belén la arrulló entre sus brazos, haciendo que sus pechos descansasen presionando la espalda de su nueva amante. La rubia se quedó dormida a los pocos minutos. Magalí permaneció al menos dos horas despierta, hasta que el sueño la venció. No osó deshacerse del abrazo de su cariñosa compañera. No quería lastimar sus sentimientos.

Desayunaron en la cafetería del hotel y se prepararon para iniciar la investigación que las había llevado a Palma de Mallorca. A Maga se le ocurrió una idea muy simple.

—Oye Belén, ¿Y si comenzamos por enseñar la foto de tu marido en recepción de este mismo hotel y preguntar si alguna vez ha estado aquí? — sugirió.

—¿Tú crees? ¡Hija, no vamos a tener tanta suerte de llegar y besar el santo a la primera! — respondió la aludida.

Pero sí que la tuvieron. Uno de los recepcionistas, el de más antigüedad en la empresa, de los dos que se hallaban a esas horas de la mañana en el mostrador, un hombre de unos cuarenta y cinco y una chica muy joven, lo reconoció al instante.

—Claro que lo conozco. Hace muchos años que no lo veo. Era, supongo que será, un hombre cinco o seis años más joven que yo. Vino aquí en varias ocasiones — dijo el hombre, todavía mirando la foto que Maga había puesto ante su vista.

—¿Está usted seguro? — Belén no podía creer que hubiesen sido tan afortunadas.

—Señoras o señoritas, ¿Quiénes son ustedes? ¿Por qué me preguntan sobre este caballero? — preguntó el recepcionista, que se puso a la defensiva.

—Somos detectives privadas, y este hombre es nuestro cliente. Nos ha contratado para que consigamos pruebas fehacientes de que él no es el asesino de una mujer llamada Estefanía Pozuelo. El asesinato de esa dama debe haber conmocionado Palma, supongo, porque ella vivía aquí — se aventuró Maga a entrar por esta vía, ciertamente arriesgada.

—Sí que ha causado conmoción, sí. Tanto las teles nacionales como la autonómica han hablado mucho del caso, y cuando enterraron a la pobre paisana, muchos, aunque no la

conocían, decidieron acompañarla en su último viaje al cementerio. Lo más impactante fueron los lloros de la hija de esta mujer, una chiquita de catorce años, guapísima, que ha quedado destrozada y sin nadie que la vaya a acompañar a partir de ahora en este mundo tan complicado. Ahora se halla acogida temporalmente por la conselleria que se encarga de los temas de asuntos sociales. Ya no sé nada más — concluyó el hombre.

—Muchas gracias. Es un buen comienzo para demostrar la inocencia de nuestro cliente — dijo Maga al hombre.

—Quizás no debería haberles dicho nada. De todos modos, suerte, hayan venido a lo que hayan venido — respondió el amable empleado del hotel, que no acababa de creerse los motivos aducidos por las dos mujeres.

Maga y Belén salieron del establecimiento y se dirigieron hacia el parking del mismo, donde habían dejado el coche que alquilaron en el aeropuerto. Un comienzo tan exitoso las había animado. Comenzaron el día convencidas de que iban a conseguir pruebas que demostrasen que Fernando Olmos Garrido había asesinado en Valencia, unos días antes, a Estefanía Pozuelo.

—Me ha impresionado lo del llanto de esa niña de catorce años al haber perdido a su madre. Esa cría es hija de mi marido, y el mal nacido la ha dejado huérfana de madre. ¡Cabrón! Exclamó Belén.

—Hemos de demostrar que él es el asesino, y para eso hemos de conseguir pruebas fehacientes. No basta con conjeturas — adujo Maga.

—Es que me estoy poniendo a temblar. He vivido casi diez años con un asesino, y yo sin enterarme... ¡Qué horror! — exclamó Belén.

Las dos amigas ocuparon el día visitando las recepciones de los principales hoteles de Palma. Los resultados las dejaron sorprendidas, porque en la mayoría de ellos, el hombre de la foto había estado, siempre acompañado de señoras mayores de aspecto adinerado. Por la tarde, habían llegado a la conclusión de que además de asesino, Olmos fue prostituto en su juventud.

—Mierda, mierda, mierda — exclamó furiosa Belén, mientras se dirigían hacia el parking del hotel, una vez dieron por acabada su jornada de trabajo.

—Cálmate, tía, que nos vamos a estampar. Estás conduciendo por España — le recordó Maga.

—¿Por España? A mí me parece Alemania, esta isla es de ellos, joder — le respondió su rubia amiga.

—Bueno, pues Alemania pero con usos españoles, así que muy atenta al tráfico, sobre todo a los cuatro por cuatro, que son la hostia — le recordó.

—Maguita, no pronuncies palabrotas, te quedan muy mal en tu sexi boquita — Belén flirteó.

—Pues lo mismo te digo, rubia sensual, que cuando has dicho joder, me ha dado rabia — le respondió Maga.

—Tía, perdona. Ya hemos llegado. Nos duchamos juntas y salimos a dar un paseo, o a bailar a una disco — sugirió Belén.

—De acuerdo tía — aceptó la morena.

Se ducharon, se besaron, cada una de ellas disfrutó del cuerpo de la otra... Belén se sintió plena de dicha. Maga estuvo pensando en otra persona mientras se dejaba amar, sin dejar de disfrutar por ello del sensual cuerpo de su amiga. Cuando terminaron, bajaron al hall del hotel y salieron a la calle.

—Vamos a mover el esqueleto hasta que nos caigamos al suelo rendidas — propuso

Belén.

—Tú te caerás antes que yo porque eres mayor — le respondió Maga, riéndose.

—¡Descarada! ¡Esta noche vas a recibir unos severos azotes en el culo por llamarme vieja! — volvió a probar suerte Belén, explorando de nuevo ese ámbito de la sexualidad de su amiga, de la que estaba enamorándose sin remedio.

—No Belén, a mí únicamente me azota mi madre, cuando quiera y como quiera — le recordó la letrada, ahora metida a detective privada. El semblante de Belén se tornó serio y no contestó.

Entraron en la discoteca que habían elegido y hablaron y bailaron animadamente durante horas, entre ellas dos y con otros chicos y chicas, algunos muy jóvenes, otros no tanto. Había mucha gente de la edad de Belén y Maga. Acabaron rendidas.

Regresaron al hotel. La rubia quería aún más marcha sexual, pero su compañera le dijo que estaba cansada y que prefería dormir. Aquella no insistió. Apagaron la luz. Ambas se quedaron en silencio, cada una sumida en sus propios pensamientos, hasta que el sueño las rindió.

Al día siguiente, trazaron el plan de la nueva jornada laboral mientras desayunaban en el hotel.

—¿Qué hacemos hoy, jefa? — preguntó Belén.

—No soy tu jefa. Soy tu socia. La jefa de ambas es mi madre, que es la que corre con todos nuestros gastos — respondió Maga, risueña pero firme.

—Está bien, tía, joder, siempre estás a la que salta con tu mamaíta — exclamó la rubia Sánchez.

—¿Otra vez con el joder, tía? Esta noche vas a llevar unos fuertes azotes en el culo por mal hablada. Ya lo sabes — Belén no esperaba tal respuesta de Maga.

—Acato su sentencia, señora juez — dijo Belén, que por su amiga sería capaz de cualquier cosa, incluso invertir el papel en la relación emotivo-sexual que ella quería establecer.

—¿No vas a interponer un recurso de casación ante mi sentencia, Belén? — le preguntó Maga, mirándola con inocente malicia a los ojos.

—No — decidió la otra.

—Pues entonces prepara el popó, como dice mi madre, que esta noche vas a dormir calentita — sentenció la morena.

A Belén le estaban molestando tantas alusiones a Lucía Barrón. Quería ser ella la protagonista, el objeto de la atención constante de Maga. Comenzó a preguntarse qué oscuro secreto escondía la actitud de su amiga. Pero antes, pasaría por donde tuviese que pasar para que el objeto de su pasión le perteneciese definitivamente.

—Belén, he pensado que el siguiente paso que debemos dar es contactar con la policía. Puede que tu marido esté en sus ficheros — sugirió Maga.

—¿Por qué tendría que estar? ¿Por haber sido prostituto? Eso no es un delito en España — respondió su amiga.

—No es un delito, pero si alguna vez tuvo algún altercado con algún marido despedido, o simplemente, si cometió algún otro tipo de acción ilegal... considera que tu esposo no es un santo, precisamente.

—No le vuelvas a llamar mi marido ni mi esposo. A estas horas, estará tramitando nuestro divorcio. Él y su enfermera deben estar disfrutando ya de su luna de miel, conmigo fuera de la partida. Pero tienes razón, tía, un asesino puede haber cometido otros crímenes por los que fuese detenido. De todas formas, si algún juez lo condenó a

ir a la cárcel, fue por poco tiempo — valoró Belén.

—Está bien, Sánchez. Ya no es tu marido. Que se joda, él se lo pierde — le dijo Maga, mirándola con una seductora sonrisa, que dejó a Belén halagada e inmersa en un sentimiento de precaria felicidad.

—¿Qué plan tienes para contactar con la policía? ¿Llegar y presentarnos como detectives privadas que tratan de esclarecer un crimen que ellos también se hallan investigando? Ten en cuenta que un juez de Valencia ya ha dicho que no hay pruebas para inculpar a Fernando Olmos Garrido, mi guapísimo maridito psiquiatra asesino. Así que tanto aquí como allá, la policía sigue con el caso abierto y a tope — expuso Belén.

—Tía, somos dos mujeres muy guay, una morena y una rubia explosivas. Vamos a utilizar esas herramientas que llevamos incorporadas — dijo Maga.

—Maguita, te escucho y cada vez me fascinas más. Ya no eres la chica asustada que hace unos días se refugió en casa de sus padres, huyendo de ese tal Fran. Ahora debes ser la de antes, la tía lanzada de la que habla tu padre. Me tienes perpleja, pero a tus pies — le confesó Belén.

—Más te vale Belenita, pues recuerda que esta noche te vas a ir a la cama con tu culo ardiendo. Así que me gusta que te pongas a mis pies — le contestó su amiga, con una mirada de lo más insinuante.

—Tía, qué mala eres. De verdad, eres la dama misteriosa. Tendré que investigarte a ti, a tu alma — le contestó la rubia.

—Hazlo. Pero no me asustes si descubres algo terrible que ni yo misma sé — le respondió Maga, muy seria.

—Belén, vamos a extender el plano de Palma sobre la mesa — continuó hablando Maga.

—¿Qué te propones? — preguntó la aludida.

—Mira, siempre llevo conmigo este péndulo de cuarzo. Voy a ir sosteniéndolo por encima del papel lentamente, recorriéndolo todo. Cuando se ponga a oscilar con mucha fuerza, inspeccionamos la zona que nos indique — siguió hablando Maga a su amiga.

—¿Pero tía, tú crees en esas cosas? Jod... no he terminado, que conste.

—Ya te vas controlando. Te has librado de veinticinco azotes más de los que vas a llevar antes de ir a dormir. Ya te contaré cosas sobre mí, ya... incluso de mis vidas pasadas.

—¿Tus vidas pasadas? ¿Es que crees en la reencarnación? —preguntó Belén, en apariencia, muy interesada en el tema.

—Es que tengo pruebas fehacientes de que existe. No tengo más remedio que creer.

—Pues de hoy no pasa sin que me lo cuentes todo — pidió la rubia, que no dejaba que Maga se concentrara con el péndulo.

—Calla, charlatana detective Sánchez, y mira esto tú también — la riñó con cariño.

Maga permaneció durante casi veinte minutos sosteniendo el péndulo entre sus dedos índice y pulgar de la mano derecha, desplazando esta con lentitud sobre la superficie del plano. De pronto, la pequeña gema de cuarzo comenzó a temblar y después a girar de izquierda a derecha con fuerte impulso.

—A este lugar es adonde vamos a ir hoy — dijo la letrada Lafuente, ahora transformada en detective, siguiendo órdenes de su madre, la incombustible Lucía Barrón.

—¡Es asombroso! ¿Por qué se ha movido el péndulo tanto? ¿Lo has hecho tú? — preguntó Belén.

—Obviamente, el péndulo está en mi mano. La cuestión es qué energía o quién ha movido mi mano, cariño — respondió Maga.

A Belén le gustaba que Maga la llamase cariño. La pena es que no lo hacía muy a menudo. Tiempo al tiempo. Sus esperanzas de constituir una feliz pareja duradera con ella habían vuelto a renacer en su corazón.

—¿Quieres decir que alguien te ha guiado la mano? — preguntó Belén, que deseaba aprender nuevas realidades.

—Sí. Todos llevamos a nuestro lado a unos seres de otras dimensiones, espíritus guías, que nos acompañan y nos protegen. De vez en cuando, también provocan que nos demos algún que otro batacazo, si de ello hemos de aprender alguna lección importante para nuestras almas — explicó Maga.

—¡Qué interesante! ¡Te quiero, tía! — Belén no pudo evitar ser efusiva una vez más.

—Yo también a ti, Belén. Me lo estoy pasando muy guay en este viaje. Mira, aquí. Aquí el plano indica que hay una comisaría de policía. Ese es nuestro objetivo. Exactamente ese — aseguró Maga.

—¿Vamos allí, pues, a ver qué encontramos? — preguntó la detective Sánchez.

—Sin perder ni un minuto — fue la respuesta de su homóloga Lafuente.

Salieron del hotel y subieron a un taxi, que las dejó en la misma puerta de la comisaría que habían localizado en el plano. Entraron. Un joven las atendió inmediatamente con mucha amabilidad.

—Buenos días, señor — saludó Maga. Belén también lo hizo al instante.

—Buenos días, señoras ¿En que podemos ayudarlas? ¿Les han robado el bolso? Hay mucho chorizo suelto en la isla — sonrió el joven, que no llevaba uniforme.

—No, ¿No ve usted que llevamos cada una nuestro bolso? — preguntó Belén, que quiso perder su timidez en una comisaría y lanzarse al mundanal ruido.

—Sí señora, pero como las damas elegantes como ustedes dos siempre están comprando bolsos y zapatos, he pensado que podrían llevar dos — respondió el joven policía.

—Muy agudo, sí, jajaja, tío, ¿Te estás quedando con nosotras? — preguntó Maga, tras la carcajada. El chico supo que estaba ante dos mujeres un tanto guasonas, o al menos la más joven lo era, como él, y continuó expresándose con confiada vivacidad.

—Oh, no, eso quisiera yo, quedarme con dos damas tan guapas y elegantes como ustedes para siempre. Pero retomando el principio, señoras o señoritas ¿En qué puedo ayudarlas? — inquirió el hombre, que vestía unos pantalones vaqueros, jersey grueso de color café con leche y una bufanda sobre sus hombros. Los recortes gubernamentales habían alcanzado también a aquella comisaría de barriada y hacía frío en sus dependencias.

—Somos detectives privadas, y estamos investigando el asesinato de Estefanía Pozuelo, una mujer que vivía en la isla, hasta que fue asesinada en Valencia hace pocas semanas — expresó Maga.

—¡Uf! Pues casualmente, nosotros también estamos investigando ese caso, y créanme, que personalmente estoy deseando echarle la mano al cuello al asesino de nuestra paisana. El caso ha conmocionado Palma. Por cierto, yo soy el subinspector Rosales — se identificó el hombre.

—Encantadas, subinspector. Verá usted, si pudiésemos contrastar algunos aspectos del caso... yo soy Maga Lafuente y ella es mi socia y amiga, la señora Belén Sánchez, la esposa del hombre del que sospechamos que asesinó a Estefanía.

—¡Hostia! Pues haber empezado por ahí. Conociendo su implicación, al menos la de doña Belén, declaro y rubrico que el asunto me viene grande. Las voy a pasar al despacho del comisario Pinales, que es el jefe de esta unidad policial — dijo el joven, que no comprendió por qué Maga rompió a reír al escuchar el apellido del comisario.

—¡Jajajaja, jajajaja! — rió la detective como una posesa, que desde que llegó a Palma se estaba divirtiendo de lo lindo, a pesar de que echaba de menos a su madre. La antigua Maga había renacido de sus cenizas.

—¿Qué es lo que le hace gracia, señorita? ¿Acaso lo de Pinales? El comisario tiene apellido de grúa, jajajaj, ya sé que no es para menos. Pero recomponga su actitud antes de entrar al despacho del comisario, o puede pasar la noche en el calabozo por burlarse de la autoridad. Es broma, jojojo — rió el subinspector.

El surrealista diálogo acabó por hacer reír a carcajadas a todos los policías, vestidos de uniforme o no, y a algunos declarantes, que habían estado mirando de reojo a las dos atractivas damas desde que entraron en la comisaría. La algarabía subió tanto de tono que el comisario Pinales la oyó desde su despacho, abrió la puerta del mismo y salió para averiguar que sucedía.

—¿Qué coño está pasando aquí, Rosales? ¿Es culpa de usted todo este jaleo, como en casi todas las ocasiones? — preguntó con fingida severidad el comisario, un apuesto hombre en su cincuentena, bien trajeado, alto y todavía conservando casi todo su cabello, que los años ya habían teñido de gris. Su rostro, que transmitía inteligencia a las personas inteligentes que se cruzaban con él, lo adornaba con una cuidada barba.

—Señor comisario — dijo el subinspector Rosales a su superior — Estas dos señoras son detectives privadas. Una de ellas es doña Belén Sánchez, la esposa de nuestro asesino estrella— dijo, a modo de presentación.

—Me cago en la leche, Rosales. Si hubiese un inspector general por aquí, te hubiese empapelado por gilipollas impenitente. No puedes referirte al socialmente reputado psiquiatra doctor Olmos como a “nuestro asesino estrella”, cuando un juez de Valencia lo puso en libertad sin cargos tras tomarle declaración. Una cosa es desear con todas nuestras fuerzas echarle el guante al asesino de nuestra paisana, y otra transgredir el reglamento diciendo que alguien que ni siquiera está imputado es un asesino, y menos aún, estrella — ponderó el comisario. Las dos mujeres le escucharon en silencio, mientras admiraban su porte distinguido, su facilidad de palabra y don de gentes.

—Señoras, perdonen a mi subordinado y pasen a mi despacho. Puede que su visita sea muy provechosa para la investigación — el comisario hizo un ademán con la mano que indicaba que entrasen en su espacio de trabajo.

—Gracias, señor comisario — dijo Belén.

—A ustedes, distinguidas señora y señorita — respondió el hombre.

—¿Cómo sabe usted que yo soy señorita? — preguntó Maga.

—¿Quién no conoce a la bellísima letrada Maga Lafuente, que sufrió un terrible accidente del que salió viva de milagro, cuando circulaba a 210 kilómetros por hora? Yo me engullo cinco periódicos todos los días — declaró el comisario, mirando a Maga amablemente.

—Uf, así que sabe que soy una delincuente. Mejor que hable usted con mi socia, entonces, no vaya a ser que me detenga por algún cargo que se le pasara por alto al amable juez que me juzgó — fueron las primeras palabras que se le ocurrieron a Maga.

—No es usted ninguna delincuente. Para eso, ya están algunos de nuestros políticos de aquí, de la Comunidad Balear. Bueno, y de todas las españas, qué leche. Pero ya estoy

diciéndoles demasiado. Hablaré con las dos, pero no mucho, porque el caso está bajo secreto del sumario judicial. Poco puedo ayudarlas, pues... si acaso... invitarlas a un café — dijo el comisario, de apellido Pinales y de nombre Florencio. Afortunadamente, Maga aún no conocía esta última circunstancia.

—Pero comisario, ustedes seguro que van tras alguna pista que les permita detener a ese criminal sin escrúpulos — intervino Belén.

—Cierto, señora de Olmos, estamos ya muy cerca de detener a su marido, pero ya les he dicho que no puedo explicarles nada — se reiteró Pinales en su primera afirmación.

—No soy la señora de Olmos. Me llamo Belén Sánchez. Belén, si usted desea llamarme así — ofreció la atractiva rubia, que aunque tenía casi cuarenta, seguía siendo seductora para cualquier ser que supiese apreciar la belleza en estado puro.

—Gracias Belén. Acepto llamarla por su nombre de pila, si usted me llama a mí Florencio — propuso el hombre distinguido.

—Jajajajaja — Maga rompió de nuevo a reír.

—¿De que se ríe, preciosidad? — se atrevió a preguntarle el comisario, utilizando tan cariñoso apelativo.

—Perdone, no me río de usted. Es que me vienen a la mente enseñanzas esotéricas sobre los nombres, que conozco, y las neuronas me las combinan de forma estúpida. Cuando ha dicho que su nombre es Florencio, he pensado que quien debería llamarse Florencio es el subinspector Rosales, el chico que nos ha atendido en primer lugar.

—Ah, pues asómbrense de las casualidades... mi subordinado, el subinspector Rosales, no se llama Florencio, como yo, pero sí Florentino, como el presidente del Real Madrid. ¿Qué tiene usted que decir a esto? — preguntó Pinales, con una sonrisa que a Belén le hubiese resultado seductora si no estuviese ya encaprichada de Maga.

—¡Asombroso! Porque nada sucede por casualidad, señor comisario, sino por “causalidad”. Todo lo que acaece en el universo está cuidadosamente planificado de antemano por la Inteligencia Suprema, bueno, yo diría más bien, por seres de otras dimensiones muy elevados espiritualmente, que conocen parte del secreto del funcionamiento de Aquella, para que todo el sistema de la Vida se mantenga y funcione a la perfección por toda la eternidad — recitó Maga estas palabras que no tenían mucho sentido para el cincuentón policía.

—No se referirá usted al sistema judicial, señorita Lafuente, ni al político, ni al financiero... bueno, bueno, no sigo por si el tío Gallardón ha puesto micrófonos en mi cutre despacho. He dicho que no podría decirles mucho — volvió a insistir en su posición inicial el comisario.

—Señor comisario, no nos falle, por favor. Hemos venido aquí guiadas por el Cosmos. Usted es nuestro hombre. Es usted quien nos tiene que ayudar a desenmascarar a Olmos. Belén ha estado viviendo casada con un monstruo, sin saberlo, casi diez años — rogó Maga.

—A ver, señorita Lafuente... ¿Tiene usted alguna propuesta seria que hacerme? Porque yo, además de trabajar como comisario, tengo también mis horas de ocio... que dedico a mí mismo, a mi disfrute personal — las palabras del comisario penetraron en los oídos de Maga, y llegaron decodificadas a su cerebro, tal fue la rapidez con que la letrada las cogió al vuelo. Inmediatamente respondió.

—Así que no tiene usted esposa — aseguró Maga.

—No, no la tengo. ¿Por qué lo ha adivinado usted? ¿Es acaso una maga, como su nombre sugiere? — preguntó Pinales.

—Puede que sea una maga, aunque mi nombre es, en realidad, Magalí. Pero he adivinado inmediatamente que usted no está casado en la actualidad por sus propias palabras. Señor comisario, un hombre casado no tiene disfrute personal — aseguró Maga. Belén se echó las manos a la cabeza al oír las palabras de aquella.

—¡Bravo! Así, es, Maga...lí... ¿Cómo debo llamarla, señorita — preguntó el hombre, luciendo una sonrisa de oreja a oreja que permitió a ambas féminas admirar la blancura de sus dientes. Un detalle muy positivo.

—Llámeme Maga... o lo mismo le dejo llamarme “zorrita mía”, de forma cariñosa, claro está, señor comisario. Usted tiene algo que a nosotras nos interesa mucho, muchísimo, y nosotras algo que le interesará a usted, con seguridad — al escuchar el extravagante giro que Maga había dado a la conversación, Belén se tapó la cara con ambas manos, temiéndose que su amiga sería detenida en aquel mismo momento. Se quedó muda y helada.

—¿Qué me propones? ¿Puedo tutearte, supongo, abogada? — preguntó el comisario, muy interesado en lo que de bueno pudiese obtener de tan excéntricas visitantes.

—Belén y yo somos muy buenas en la cama. Usted ni siquiera tiene que sentirse culpable por engañar a su mujer, porque afortunadamente para usted, no la tiene. Mi amiga está casada con un asesino, del que quiere deshacerse por la vía rápida, y yo soy libre aunque agobiante como el viento cálido de poniente en un día de agosto. Quiero decirle que a veces me pongo muy caliente. Le propongo un trío que usted disfrutará como un abduhá de esos de los emiratos. Podrá hacer lo que quiera con nosotras, ¿Verdad, Belén? Y a cambio, usted nos facilita sus averiguaciones para capturar a nuestro asesino — propuso Maga.

—Es usted una desvergonzada. Merece unos buenos azotes, criatura — le dijo Pemales.

—Lo sé. Por eso, también en ese aspecto me pongo a su disposición, señor comisario — continuó Maga.

—Bueno, qué mañanita... oigan, si hay trato, todo ha de llevarse a cabo con absoluta formalidad. Sé que ninguna de las dos tiene antecedentes penales y la verdad, me han caído muy bien. Pero he de tomar mis precauciones, soy un policía y he de protegerme y proteger mi puesto de trabajo, que aunque recortado por esos ladrones que dicen ser los representantes del pueblo, es lo que me da de comer. Cada vez como menos, eso también es cierto— expresó el comisario, que quería llegar a un acuerdo cuanto antes.

—Usted dirá, don Florentino, dijo Maga.

—Florentino es Rosales, el subinspector. Yo soy Florencio. Para servirles a las dos, señoras.

—Qué amable es usted, Florencio. En contrapartida, nosotras le serviremos a usted como bien se merece. Diga cómo quedamos para cumplir nuestro acuerdo — le propuso Maga.

—En una habitación de un hotel que alquilaré yo. Déjenme sus números de teléfonos móviles y yo las llamaré mañana a partir de las siete de la tarde. Hasta entonces, no sabrán dónde. En cuanto las llame, diríjense hacia el hotel que les indique. Ah, y nada más lleguen, las cachearé a fondo de arriba abajo, y de abajo arriba. No quiero grabaciones ni nada por el estilo. ¿Cuánto tiempo me concederán ustedes, preciosidades? — preguntó el hombre.

—¿La información que nos va a facilitar es importante? — preguntó Maga. Belén permanecía muda, horrorizada.

—Es definitiva. A mí me da igual que resuelvan ustedes el caso o que lo haga yo. En estos momentos, me importa un huevo y la mitad de otro, con perdón, ya se pueden imaginar ustedes por qué — respondió el policía cuyo sueldo había sido recortado, como el de todas las personas que trabajaban, siempre que fuesen honradas, y que además no había percibido su paga extra de navidad y encima le habían retenido el IRPF de la misma como si la hubiese cobrado.

—Es usted fantástico, de verdad. Dispondrá de todo el tiempo que desee, y podrá hacer con nosotras, o al menos conmigo, todo lo que le guste. Si quedamos a las siete, fíjese si tiene horas por delante para disfrutarlos — Maga seguía dejando boquiabierto a Belén cada vez que abría la boca para articular sonidos codificados que la escalofriaban. Verdaderamente, la chica que ella deseaba que se consolidase como su pareja sentimental era imprevisible. Una caja de sorpresas, que se abría una y otra vez. La rubia sintió una sensación de algo similar al pánico, que le subía desde su abdomen hasta la garganta.

El comisario se quedó con los números de teléfono de ambas. En la calle, Belén pidió explicaciones a su amiga.

—¿Pero tú estás loca, tía? Hubiera podido incluso detenernos por inducción al delito. ¡Vamos a hacer que nos filtre secretos bajo sumario! Eso es muy serio, Maga. Muy grave. No sé por que me he quedado callada. ¡No lo sé! ¿Y si nos detiene mañana y nos encierra?

—Sí que es un riesgo, lo reconozco, pero merece la pena asumirlo. Pero si hubiera querido detenernos, lo hubiese hecho antes. Simplemente se dará un buen lote con nosotras, y nos facilitará la información que queremos. Pero hemos de ser absolutamente complacientes. Después, los tres tan amigos — decidió Maga.

—Dios te oiga, y Él nos proteja... ¡Qué loca estás! ¡Qué chiflada! — farfulló Belén.

Las dos mujeres decidieron que pasarían el día visitando algunos lugares de alto interés turístico. Visitaron la que fue casa en la isla del músico Chopin, y después fueron a la catedral. En ambos lugares se hicieron fotos, algunas muy divertidas. Algún que otro transeúnte hubo de colaborar en varias de ellas en las que ambas amigas querían aparecer juntas.

Comieron en un restaurante situado muy cerca de la playa. Hacía frío, por lo que al salir, pensaron que un buen plan sería ver una película romántica, estrechamente abrazadas, en alguna sala cinematográfica. Belén seguía asustada por lo que les pudiese deparar el futuro inmediato.

Sobre las nueve de la noche, entraron en el hotel. Estaban cansadas. La rubia, excitada y un poquito asustada por lo que asumía que le esperaba antes de que ambas apagasen la luz para rendirse al sueño. No soportaba bien el dolor físico, y ser azotada no le iba a proporcionar placer, sino todo lo contrario. A saber cómo la iba a zurrar su amante. A ella le hubiese gustado que su papel fuese el contrario. Pero por agradar a Maga, por tenerla a su lado, se sometería a lo que fuese. Ya le llegaría su turno de disfrutar.

Cenaron y subieron a la habitación. Maga parecía no recordar la actividad que les faltaba por realizar. Belén se preparó, respiró profundamente, y se puso en frente de su amiga, con expresión de haber llegado a un momento trascendental de su vida. Jamás nadie la había azotado.

—¿Y bien...? — preguntó.

—¿Bien, qué? — le respondió Maga con otra pregunta, como si no supiese de qué le hablaba.

—Aquí estoy, a tu disposición — se ofreció Belén.

—Belén, sabes que soy muy bromista. Tía, sé que a ti no te gusta recibir, sino dar. ¿Tú de verdad crees que te iba a azotar si sé que no te gusta? — le preguntó.

—¿Qué quieres decir? No juegues conmigo, por favor. Tenemos un plan, y debemos cumplirlo, para consolidar nuestra relación — arguyó Belén.

—Razona. De nosotras dos, ¿quién es la chica mala, tú o yo? — preguntó Maga.

—Ninguna de las dos. Podemos ser raras, pero no malas — razonó Belén.

—¿Y quién de las dos es la más rara? — siguió preguntando la letrada venida a menos.

—Tú. Además por goleada, cariño — admitió la rubia.

—Pues entonces vamos a ser sensatas y a invertir los roles que tú creías que íbamos a adoptar. Era una broma por mi parte. Me gusta ver la expresión de tu cara cuando sientes un poquito de miedo por algo — sonrió Maga.

—Sí que eres mala, tía. Bueno, no lo eres. Tienes razón, mereces quedarte dormida entre mis brazos con el culo bien dolorido y ardiente. Te voy a azotar. Prepárate, que vas a probar el sólido cepillo de madera con el que me peino, para que siempre me veas guapa — le ordenó Belén, que había tomado confianza.

—Estoy lista. ¿Me desnudo yo o me desnudas tú? — preguntó Maga.

—Te desnudo yo, Maguita. Ven — le ordenó Belén.

—Soy toda tuya, Belenita — obedeció Maga.

Belén levantó la falda a su amiga y le propinó una fortísima palmada en su trasero.

—¡Ay! — exclamó Maga, para halagar la destreza y fuerza de su amiga.

—Esto por llamarme Belenita. Y ahora te voy a bajar tus preciosas braguitas a la altura de la mitad de tus muslos, para que sientas más vergüenza, y voy a hacer que no te puedas sentar en una semana — le anunció Belén.

—¡Uy, qué miedo! Mi madre me pone sobre su regazo. Se sienta y me coloca sobre sus muslos. ¿Vas a hacerlo así tú también? — preguntó Maga.

—Sí, solo que te voy a zurrar mucho más fuerte que tu madre. ¡Toma!

—¡Ayy!

Belén comenzó a disfrutar. Cogió su cepillo del pelo, tal como había anunciado a Maga. Consideró que era una experiencia fascinante. Entre azote y azote, acariciaba el sexo de su amiga, que se movía de dolor y gemía de placer, alternativamente.

—¿Es esto lo que te mereces, zorra? — le preguntó Belén, que se crecía ante la sumisión de su amada.

—No. Sólo merezco los azotes, muchos azotes. Soy una chica mala — Maga indicó de esta forma a su amiga que no merecía caricias, que le proporcionaban placer, sino tan sólo azotes, que la hacían gemir de dolor.

Belén se cansó de dar y puso fin al castigo. Si hubiera sabido que tal situación había de producirse, hubiese adquirido un látigo y un par de fustas, aunque el cepillo era ideal. A Maga le dolía su retaguardia, y mucho. Belén se introdujo en la cama, y ordenó a su guapa chica que hiciese lo mismo. Ésta obedeció con docilidad, y aquella la abrazó con sumo cariño y la estrechó contra sus pechos. Belén era feliz. Maga no. Pero la primera, no lo sabía.

—Maguita — susurró Belén.

—Dime — respondió la aludida, también en voz muy baja.

—¿He sido muy dura contigo? Es que eres una chica mala.

—Ya sé que soy una chica mala. No, no has sido muy dura.

—¿Lo has pasado bien? Yo sí — dijo Belén.

—Pues si tu lo has pasado bien, yo aún mejor. ¡Ay Dios!, mañana cuando vea el Pemales como me has dejado el culo, lo mismo se calienta él, se anima y me da otra tanda. Si lo hace, no me podré sentar en dos semanas — se quejó Maga.

—No, no se lo permitiré. El Pemales, que me azote a mí si quiere. A ti, sólo te voy a castigar yo — le anunció Belén.

—Gracias. Te quiero. Eres una estupenda amiga. Pero no vas a tener el derecho de zurrarme en exclusiva. Recuerda que mi madre es mi terapeuta, y su terapia incluye lo que tú me has hecho esta noche, aunque ella lo hace con mucho amor — le recordó Maga.

—A ver que me aclare, cariño ¿Tú disfrutas con esto, sí o no? — me tienes muy confusa.

—No, Belén, me duele y no disfruto. Menos aún podría disfrutar pegando. No lo he hecho jamás. Pero he de pagar mis culpas por medio del dolor — siguió susurrando Maga.

—Ahora sí que me estás dejando a cuadros, una vez más. ¿Qué quieres decir? — le preguntó, mientras la seguía abrazando y acariciando.

—Tengo deudas kármicas procedentes de vidas anteriores y estoy decidida a saldarlas en esta para no tener que reencarnar de nuevo, pero todo me está saliendo al revés. En mi vida pasada, me porté muy mal con mi mujer, que fue un ser maravilloso. La traicioné, un día me puse a follar como un loco con otra mujer, me dio un infarto y morí. Mi esposa, que se llamó Felisa, quedó viuda a los treinta y cinco años y tuvo que trabajar de asistenta doméstica durante el resto de su vida, hasta que decidió poner fin a su sufrimiento. Mi hijo, al que tú conoces porque es actualmente mi padre, fue un mal estudiante, que hizo sufrir mucho a Felisa. Tuve también una hija, que se llamó Amparo. La pobre murió muy joven, asesinada brutalmente por orden de su jefe, un tal Juan Paganones Prenda, que todavía vive, y además sus atroces crímenes quedaron impunes. He querido hacer méritos en esta vida para poder lavar el karma que me eché sobre mis hombros, o mi alma, en mi anterior existencia, pero sólo he conseguido, tras un principio brillante, convertirme en una botarate — narró Maga, que permanecía acurrucada entre los brazos de su amiga.

—¿Y cómo tienes toda esa información, cariño? — preguntó Belén.

—Porque tengo la desgracia de ser clarividente. No es que practique y agudice mis percepciones, pues únicamente veo a los seres, que me visitan desde mi niñez, cuando ellos quieren que los vea. Entonces me hablan, me dan consejos, me instruyen o informan... es irónico, porque a pesar de mi estupidez y mal hacer, soy miembro de la Gran Hermandad Blanca, una orden cósmica que agrupa a seres espiritualmente elevados, como Jesús de Nazaret, Buda, Confucio, la madre María, Kuan Yin, Lady Nada, Lady Rowena, Lady Cristal... en la Gran Orden, unos seres somos de tercera dimensión, y otros de cuarta y quinta — informó Maga.

—Entonces es que tú también eres espiritualmente elevada, mi adorable pequeñina — dedujo Belén.

—Yo no me puedo contemplar a mí misma como elevada. Por cierto, ya tuve una relación de amor, en mi adolescencia, con la que fue Felisa, mi esposa en mi vida anterior — continuó Maga entre susurros.

—¿Cómo se llamó, o se llama, en esta? — preguntó Belén, que seguía acariciando a Maga.

—Laura Beltrán. Una rubia maravillosa como tú. Y fuimos muy felices el poco

tiempo que nos permitieron estar juntas. A ella se la llevaron sus padres a Madrid para separarla de mí. Estudió medicina, se casó, tuvo hijos, y trabaja en un hospital. Tengo poca fe en que mi karma con ella haya quedado resuelto con tanta facilidad, porque le hice mucho daño cuando fui su esposo en nuestra existencia anterior, como ya te he dicho antes. Laura fue Felisa.

—No te preocupes. Yo te cuidaré y protegeré. Siempre te querré — le aseguró Belén.

—Estoy cansada. ¿Dormimos, Belén? Tú mandas en mí ahora, guíame... como hace mi madre... — pidió Maga, medio dormida.

—Felices sueños, mi vida. No tengas miedo... duerme tranquila — le susurró al oído. La besó con dulzura, y separó con suavidad su cuerpo del de su amante, para dejarla dormir apaciblemente.

Todavía se hallaban en brazos de Morfeo cuando unos ruidos en el pasillo despertaron a Belén. Unos huéspedes ruidosos se marchaban. Se levantó de la cama y fue al cuarto de baño. Encendió la luz, y lo primero que hizo fue mirarse en el espejo, que le mostró a una bella mujer, que por primera vez encontró enigmática. Cuando salió del baño, Maga ya había despertado.

—Buenos días, princesa — la saludo Belén.

—Buenos días... ay, Belén, cómo me duele el culo, cariño — se quejó Maga.

—No seas quejica. Lo siento. No volverá a suceder. Yo creía que te gustaba, así que te zurré con ganas. Como eres una cajita de sorpresas y después me dijiste que has de pagar tus pecados mediante el dolor físico, ya no te pegaré más. Dimíto para eso. Tendremos una relación normal aunque de chica con chica — propuso Belén.

—Uf... no, tú me tienes que seguir ayudando a pagar mi deuda kármica. Pero deja pasar unos días. Oye, y hazme un favor. Si el comisario ese quiere calentarme más cuando vea mi culo, ofrécele el tuyo. Hazlo por mí. ¡No podría soportar otra paliza encima de la tuya! — pidió Maga, que aún seguía tumbada en la cama, boca abajo.

—Claro, cariño, eso ya te lo dije ayer. ¡Qué mal lo vamos a pasar hoy todo el día, esperando la llamada de Pernales! — exclamó Belén, mientras se inclinaba sobre su amiga para darle un beso de buenos días.

—Y todo para que nos meta el perno en nuestras entrepiernas, tía. ¡Qué desgraciadas somos! — dijo Maga.

—Quien algo quiere algo le cuesta. Nos va a facilitar la información que él tiene para resolver nuestro caso.

—¿De veras lo crees así? Yo creo que nos dirá cualquier cosa insignificante, y él se quedará con la clave del asunto — apuntó Maga.

—¿Ahora estás en plan pesimista? Mira, aunque sea como dices, conque nos dé pistas para indagar nosotras, ya será todo un éxito haberle conocido — respondió Belén.

—¿Qué hacemos hoy, tía, hasta las siete, que dijo el comisario que nos iba a llamar? — preguntó la dolorida detective.

—Pues a parte de pasar las horas temblando hasta que nos entre, a ti o mí, su llamada, podríamos salir a ver tiendas de bolsos y zapatos — sugirió la detective Sánchez.

—Bolsos y zapatos, uf... mola, pero creo que me voy a quedar tumbada en la cama boca abajo — le respondió la detective Lafuente.

—¡Ni hablar! ¡Arriba y a desayunar! Es una orden — dijo Belén.

—Uf. Pues a acatarla voy sin dilación, o me ganaré otro castigo de los tuyos. ¿Nos duchamos juntas? — preguntó.

—Claro. Así te masajearé esa zona de tu cuerpo tan sexy. Vamos, holgazana, date

prisa — la apremió Belén, que anhelaba tomar el mando.

A las siete y cinco minutos el teléfono de Maga sonó. Número desconocido. El comisario Pinales, sin duda.

—¿Dígame? — contestó Maga.

—Buenas tardes, señorita Lafuente. Tengo unos folletos turísticos para usted y su amiga. Me gustaría entregárselos en mano — dijo la voz al otro lado de la línea.

—Estupendo. ¿Dónde nos vemos, comisario? — preguntó Maga.

—En estos momentos estoy fuera de servicio y no soy comisario — dijo el hombre — Acudan a las 8:30 al Restaurante Can Mito, en el carrer del Golf de Cadis, número 10. Las invito a cenar. ¿Han estado alguna vez en ese local? — preguntó el hombre.

—No, señor comisario, no hemos tenido el gusto — respondió Maga.

—Yo tampoco. Estamos en igualdad de condiciones, pues. Bueno, sean puntuales, señoras. El sitio les gustará. He visto fotos por internet. Cocina típica menorquina — explicó el comisario.

—Allí estaremos, don Florentino — dijo Maga.

—Florencio, señorita, Florencio.

—Ay, perdón de nuevo. Ya es la segunda vez que meto la pata con su nombre — se disculpó la detective.

—No se preocupe, ya sé que está usted bajo presión. Hasta luego, señorita. Póngame a los pies de su amiga — se despidió el comisario.

Maga guardó su teléfono, sin poder borrar la expresión de asombro que sus bellos rasgos habían dibujado en su rostro. Belén preguntó inmediatamente.

—¿Qué te ha dicho? ¿Por qué pones esa cara, tía? — le preguntó.

—Nos ha invitado a cenar en un restaurante que se llama Can Mito. Joder, he olvidado el nombre de la calle — dijo Maga.

—No importa, el taxista sabrá donde está ese mito canino. Pero dime, ¿Por qué te has quedado tan asombrada? — insistió Belén.

—Parece que el tío quiere prolegómenos gastronómicos antes de la función.

—Bueno, mejor, menos tiempo de mal rollo — concluyó Maga.

Las dos mujeres llegaron al lugar de la cita a las ocho y media, tal como las había instruido el comisario. Éste se presentó con sendos ramos de rosas. Blancas para Magalí, rojas para Belén.

Entraron al restaurante y se sentaron en una mesa. Una joven camarera se acercó al instante.

—Pónganos algo típico de la casa para picar antes de la cena, y para beber, lo que gusten mis dos bellas acompañantes — dijo el hombre a la chica.

—Yo una cervecita. ¿Y tú, Belén? — le preguntó Maga.

—Un rioja. Sí, un rioja — decidió la aludida.

—Pues yo una tónica, señorita — pidió el hombre.

Belén y Maga no salían de su asombro. No esperaban tanto ceremonial para lanzarse a una desenfundada orgía sexual a tres bandas.

—Es usted un caballero, comisario. Le quedamos las dos muy agradecidas — rompió Maga el silencio.

—Les he traído unos folletos turísticos para que saquen ustedes todo el partido posible y disfruten de su visita a la isla. Aquí están — el comisario sacó un sobre del bolsillo de su chaqueta, y entregó a Belén unos impresos publicitarios metidos en una carpetilla, también con imágenes de la isla impresos en ellos.

—Gracias, comisario — dijo Belén.

—De nada. Guárdelos en su bolso, ya los examinarán ustedes dos cuando regresen a su hotel. Ahora degustemos nuestros exquisitos productos locales — sugirió el hombre, que para la ocasión, se había puesto un elegante traje gris de alpaca.

Conversaron sobre temas intrascendentes. Maga pensó que el comisario no quería decir nada serio porque no las había cacheado todavía. Belén no sabía a qué atenerse. Cuando terminaron los postres, el hombre habló.

—Bien, ha sido un placer cenar con tan bellísimas y elegantes damas. Perdonen que me tenga que ir tan pronto a mi casa. Mi hija me espera para ver juntos una peli en la tele — les anunció Pinales, para quien la velada con las dos exquisitas y anonadadas damas había finalizado.

—Señor comisario, pero si ni siquiera nos ha cacheado usted — dijo Maga, perpleja y decepcionada a partes iguales.

—No hace falta, bella dama. Están ustedes dos limpias como una patena, ni siquiera cometen infracciones de tráfico, excepto usted, la del fatal accidente. Comprendo como debió sentirse. Mi hija tiene casi su edad, está enferma, y creo que usted debería cuidarse más de lo que lo hace — le dijo a Maga.

—No sé lo que me quiere decir... yo... — balbuceó ella, que se hallaba muy desconcertada desde el principio de la velada.

—La miro y veo a mi hija reflejada en usted, amiga mía. Mi hija sufre de hipertiroidismo, cuyo origen debe hallarse, según su psiquiatra, en el caótico estado emocional que sufre. Que si su compañero sentimental la obliga a hacer esto o lo otro, que huye de él por una temporada y se refugia en mi casa, donde yo la acojo y la mimo lo mejor que sé y puedo, que como pago por mi cariño y desvelos, me echa una bronca, me llama absorbente y se larga de nuevo con ese chulo... imagínense. Y a usted, joven abogada-detective, algo le ocurre. Debería visitar a un psiquiatra, por su bien — recomendó a Maga el paternal don Florencio Pinales.

—Comisario, yo estoy bien, no sé por que me dice esto... que le agradezco de corazón, de veras — dijo Maga, emocionándose.

—¿Lo ve, niña? — Se le han humedecido esos preciosos ojos que tiene. Ya intentó suicidarse, aunque el juez lo hiciera pasar por un accidente, porque suicidarse está tipificado como delito. Y esas risotadas porque yo me apellide Pinales... ¿a santo de qué? — continuó el experimentado policía.

—Estoy avergonzada, señor — Maga rompió a llorar.

—Es usted una niña estupenda. Bueno, vamos a dar por finalizada esta fructífera velada. Vuelvan al hotel y examinen en profundidad los folletos turísticos que les he facilitado. Disfrutarán más de su estancia en Palma de Mallorca si me hacen caso — el comisario se levantó de su asiento y echó mano a su abrigo. Las dos mujeres hicieron lo mismo.

—Vengan conmigo a mi coche. Lo tengo muy cerca. En esta zona, en invierno, hay bastante espacio para aparcar. Ustedes habrán venido en taxi — siguió diciendo el hombre.

—Sí, señor comisario — dijo Belén, que se sentía muy confusa.

—Por eso, las dejaré en la puerta de su hotel — dictaminó el hombre.

En diez minutos, llegaron a su destino. No encontraron mucho tráfico a aquellas horas, pues la temperatura era tan baja que no invitaba precisamente a estar de juerga en la calle.

—Bueno, pues aquí nos despedimos. Ha sido un auténtico placer haber podido invitar a dos damas tan bellas y distinguidas — dijo ceremoniosamente Pemales.

—Comisario, baje del coche. Quiero darle un abrazo — dijo Maga.

El hombre se bajó del coche y se puso a disposición del deseo de la detective. Maga se abrazó a él con fuerza. Él la correspondió, estrechándola en sus brazos como si de una amiga muy querida, a la que no había visto en años, se tratase. Belén no salía de su asombro.

—Gracias, comisario, muchas gracias. Es usted una gran persona. — le dijo Maga.

—Tú también lo eres, niña. Cuídate mucho, por favor. No te metas en líos. Y deja que quienes te quieren, te cuiden — le respondió él.

Don Florencio Pemales subió a su coche y se alejó, perdiéndose entre las luces rojas, amarillas y blancas que titilaban alocadamente por la zona. Belén y Maga entraron al hotel en silencio, que rompieron cuando ya se encontraron en su habitación.

—¿Qué ha pasado, Maga? ¿Por qué has sido tan efusiva con el comisario? — preguntó aquella.

—Porque es un buen hombre, y a las buenas personas hay que tratarlas con mucho amor. Se lo merece. Él también me ha abrazado a mí con mucha calidez. Eso está bien, ¿No? — preguntó Maga, que se sentía momentáneamente feliz.

—Por Dios, no te entiendo. Es un comisario de policía, y nos ha dado calabazas. Íbamos a tener una orgía sexual a tres a cambio de información sobre el asesino Fernando Olmos Garrido, y en cambio nos ha invitado a cenar, nos ha regalado rosas y nos ha dado unos folletos turísticos para que disfrutemos de nuestra estancia en la isla ¿No es ridículo?! — alzó el tono de voz la rubia.

—Belén, he estado pensando. Saca los folletos. Venga, abre el bolso y vamos a ver qué nos ha entregado — sugirió Maga.

Belén hizo lo que le pedía su amiga. Examinaron el contenido de la carpetilla publicitaria. Muy pronto vieron que en su interior, doblado, había un folio que no pertenecía al conjunto. Lo desdoblaron. Comprobaron que se trataba de un informe, escrito en Word. No tenía membrete ni lo firmaba nadie. Seguro que ni tendría huellas dactilares de nadie. Naturalmente. Las dos mujeres leyeron al unísono. “Fernando Olmos Garrido es el nombre actual de quién fue inscrito en el registro civil por sus padres, Segismundo y Remedios, con el nombre de pila de Leonardo, y los apellidos de sus progenitores, Trompo y Mastuerzo. Este individuo nació en 1974. Se sabe de él que a los dieciocho años, se marchó de la casa paterna, en Madrid, y se estableció en una vivienda por su cuenta. No continuó sus estudios. Se le perdió el rastro, hasta que fue llamado a filas para cumplir su servicio militar. Esto fue en 1994. El sorteo lo destinó a Valencia. En esta ciudad, nos consta que había alquilado un piso unos pocos meses antes de tener que incorporarse al ejército, y se empadronó en la localidad citada. En octubre de 1995 se incorporó a filas.

Su estancia en el cuartel de destino, tras los dos meses de instrucción previa al juramento de bandera, fue de lo más anómala. Nada más llegar, tuvo un incidente tan grave como absurdo con un tal, teniente don Sabino Torralba Masclat, un individuo de personalidad psicopática e historial tenebroso, que estaba a punto de jubilarse.

El soldado Trompo Mastuerzo pasó todo su servicio militar en un calabozo del acuartelamiento, pero cosa sorprendente por lo inusual fue el hecho de que el capitán de su compañía le alternase su estancia en el calabozo con continuos y sorprendentes permisos de un mes de duración. En total, la mitad del tiempo de su servicio militar

la pasó en el calabozo, y la otra mitad de permiso. Absolutamente fuera de toda lógica. Nadie investigó tales hechos, pues el tal capitán Galán era un hombre de mucho prestigio y poder en el acuartelamiento, y lo que él disponía, iba a misa sin discusión, incluso de sus superiores.

El mismo día en que el soldado Trompo fue licenciado del servicio, tuvo otro altercado con el ya citado teniente Torralba, y el capitán Galán hubo de intervenir para que no ocurriese una tragedia y el soldado pudiese abandonar el acuartelamiento para siempre.

Un mes después, el teniente Torralba apareció muerto con evidentes señales de violencia. Su cadáver fue hallado por el propietario de una barca de recreo, flotando boca abajo sobre las aguas de la Albufera.

Todas las sospechas recayeron sobre el recién licenciado Trompo, por razón del poco tiempo que transcurrió entre la licenciatura del servicio de éste y el asesinato del oficial. La policía militar, y también la civil, investigaron el hecho, y localizaron a Leonardo en Palma de Mallorca, compartiendo ya vivienda con una tal Estefanía Pozuelo Arroyo. Está última declaró que ella y Leonardo Trompo eran pareja sentimental, y que el joven no se había movido de su lado ni abandonado Mallorca durante el día del crimen, así como en los anteriores y posteriores al mismo. Se pudo comprobar que era cierto, o al menos probable, porque no apareció ningún documento de viaje, ni por tierra ni por aire, que indicase que el tal Leonardo había viajado a Valencia, o había llegado a Palma tras la fecha del asesinato. Sí que apareció un registro de vuelo a su nombre con la compañía Iberia, desde Valencia a Palma de Mallorca, fechado dos días después de que abandonase el cuartel. El juez dictaminó que no era sospechoso, y se le excluyó definitivamente de las investigaciones.”

—¡Qué sorpresa! Nos ha facilitado los datos que tienen hasta ahora — dijo Maga, entusiasmada.

—Esto es asombroso. Por partida doble. ¿Qué pretende ese elegante comisario? Esa es mi primera pregunta. La segunda: ¿Es mi marido un asesino en serie? — dijo Belén.

—¿Lo dices por el tal teniente Torralba, que aparece en el informe? Parece que Olmos, o sea Trompo... ¡Dios, qué jaleo! Estoy espesa. He bebido demasiada cerveza durante la cena — manifestó Maga, sin ocultar su cansancio.

—¡Pues espabila, detective, o te castigaré incluso con más severidad que ayer! — la advirtió Belén.

—No Belén, ayer me dejaste el culo hecho un santo cristo... oh, ¡Perdón, querido maestro Sananda! Tardará días en recuperarse... mi trasero, no Sananda — trató Maga de explicarse.

—Hay otro tipo de castigos, cariño, sin tener que azotarte... espero no tener que aplicarte uno esta noche — la rubia se crecía.

—Belén, ni que fueras una experta... vamos a dormir, anda. Mañana continuamos con nuestro trabajo. Tú vas a dirigir desde ahora nuestras operaciones — le ofreció, complaciente, la más joven de las dos mujeres.

—Ya lo creo que sí. En todos los aspectos, cariño. Venga, a dormir — ordenó Belén.

El comisario Pernaes salió de su despacho. En la comisaría, algunos de sus

subordinados estaban realizando gestiones informáticas. Otros se hallaban en la calle, a pie de suceso. Uno de los más callejeros era el inspector Silvestre del Bosque, que casi siempre se encontraba ausente, en busca de traficantes de droga y mafiosos de todo tipo, excepto de la clase política. Ese tema se negaba a tocarlo. Del Bosque decía que los tiempos corrían muy malos, que la democracia brillaba por su ausencia, y que él necesitaba su trabajo para mantener a su esposa e hijas. Directamente subordinado a Del Bosque se hallaba el subinspector Florentino Rosales. El organigrama no era funcional, pues el comisario y Rosales eran uña y carne y siempre solían trabajar juntos. Todo el personal de la comisaría aceptaba esto de buen grado, pues tal circunstancia propiciaba que cada uno de los componentes de aquella unidad policial organizase su trabajo como le viniese en gana. Había otro inspector, de nombre Joan Rosell, que tenía a su cargo en la línea jerárquica al subinspector Magnus Matas. Seis agentes completaban la plantilla. Todos estaban satisfechos, pues cada uno hacía lo que le apetecía en cada momento.

Rosales, venga a mi despacho por favor — ordenó el comisario.

El aludido obedeció al instante, pues estaba esperando la llamada de su máximo superior. Entró y cerró la puerta tras sí.

—¿Cómo le fue la cena con esas dos chifladas, comisario? — preguntó el subinspector.

—Bien. Dos damas de buen copete. Las invité a cenar, y luego las llevé a su hotel. No creo que vuelvan más por aquí. Ellas esperaban otra cosa de mí — respondió.

—Jajajaja, comisario, es usted tan guapo, que todas las tías quieren lo mismo. Si ellas supiesen... dijo con alborozo Rosales.

—Subinspector, vámonos a patear la calle. Después, a comer — ordenó Pinales.

Los dos hombres abandonaron la oficina. Eran los doce y diez minutos de la tarde.

—¿Dónde me llevas hoy a comer, mi vida? — preguntó Rosales al comisario.

—No empieces a ponerte mimoso y mantén las formas mientras estemos en la calle o en cualquier lugar público. Hoy comemos en mi casa, mi hija está en Ibiza — respondió Pinales, con cierta brusquedad.

—Está bien, está bien... qué exagerado eres, pero si hasta en el SUP saben que somos dos mariconas.

—¡Maricona serás tú! Yo soy gay, y a mucha honra. Quedé tan harto de mi mujer, que tuve que dar un giro de 180 grados a mis gustos — siguió hablando Pinales. Ambos caminaban por la calle. Los rayos del sol de la fría mañana acariciaba los helados rostros de los transeúntes, lo que invitaba a estos a sentarse en alguna terraza de uno de los abundantes bares y restaurantes de la ciudad. Algunos establecimientos estaban cerrados por falta de público.

—Es que las mujeres son insoportables, cariño. Pero me encontraste a mí. Pusiste a un guapo jovencito en tu vida. ¿No te sientes muy feliz? — preguntó el subinspector.

—Florentino, querido, soy muy feliz a tu lado, pero la enfermedad de mi hija me hace infeliz. Sufro por ella — respondió el comisario.

—¿Pero por qué? Tu hija es tu hija y tú eres tú — razonó el joven.

—Tienes razón, cretino, pero mi hija es lo más importante que hay en mi vida. ¿Es que no llegas hasta ahí? — le respondió con brusquedad su maduro amante.

—¡Ya me has reñido e insultado otra vez! ¡No merezco que me trates así! Comprendo que tu hija sea importante, pero yo quiero ser lo más importante para ti — sollozó el dolorido joven.

—Tienes razón, eres una maricona. ¡Deja de gimotear, nos están mirando! — imploró, nervioso, el exasperado comisario.

—Está bien, está bien, pero dime que soy la persona más importante de tu vida — volvió a suplicar el muchacho.

—Posibilidad denegada. Mi hija, la primera, después tú — insistió Pernaes.

—Eres malo. Dime al menos que este año me llevarás a la cabalgata del orgullo gay en Madrid. Tendremos la oportunidad de conocer en persona a Pedro Zerolo, mi ídolo. ¿A ti no te gustaría conocerlo? — pregunto Rosales.

—Querido, a mí el Zerolo ese me importa una mierda. La cabalgata de mariconas, lesbianas y transexuales, otra mierda. Yo quiero llevar mi opción con discreción. Soy un comisario de la policía nacional. Pero no es únicamente eso, es que esas manifestaciones de gallinas cluecas no me van en absoluto. Fomentan el desprecio y el rechazo de los heteros hacia nosotros. Vamos, te lo resumo: que no me atraen ni lo más mínimo. ¡Orgullo gay, muy bien! ¿Y qué pasa con el orgullo hetero? Ellos, que son el ochenta y cinco por ciento de la población, ¿No pueden tener orgullo? ¿Tienen que sentirse humillados por nuestras demostraciones de superioridad, subvencionadas con sus propios impuestos? — preguntó Pernaes.

—Mi amor, no eres un chico políticamente correcto, y eso está muy mal visto en nuestra sociedad, tanto entre gays como heteros — le recriminó Rosales.

—¿Sabes qué? Eres más pesado que una mujer, un verdadero plomo. Te voy a llevar esta tarde a que te compres bolsos y zapatos de tacón monos. No sé si lo nuestro durará mucho — amenazó el comisario.

—Oh, no, eso no. Está bien, me amoldaré a tus gustos. Tú tienes más experiencia que yo — admitió Rosales.

—Ya lo creo. Mira, he cambiado de idea. Vamos a comer al bar El Tuerto y regresamos después a comisaría. He de encargarles un trabajo a Rosell y a Matas — dijo Pernaes.

—Pues se van a cabrear. Esos siempre van por ahí haciendo lo que les da la gana — puntualizó Rosales.

—Pues esta tarde van a ir a meter las narices de nuevo en el caso Mastuerzo. Quiero cerrarlo, y quiero que seamos nosotros quienes lo cerremos. La comisaría que dirijo, quiero decir. Quien sea el que se cuelgue la medalla, no me importa.

—¿Cuál es tu idea, jefe? — preguntó el subinspector a su superior y amante.

—Vamos a vigilar estrechamente a las señoras de ayer. Seguro que acabarán visitando el barrio, el vecindario, el inmueble donde Estefanía Pozuelo Arroyo vivía. Es lo más lógico, y lo harán — argumentó el comisario Pernaes.

—Mi vida ¡Eres un genio! — exclamó el subinspector, sonriente.

—Pues vamos a comer de una puñetera vez. Ya hemos llegado. Las damas primero — Pernaes le cedió el paso a su compañero, para que entrase en primer lugar.

—No sé si apreciar tu galantería o cabrearme — dijo Rosales, que entró en primer lugar al bar.

—Da lo mismo. Todo es igual en la vida, amigo mío. Nada importa. La muerte nos libera — sentenció el comisario.

—Fotre, comisario, no me digas eso, que a mí me quedan todavía muchos años de vida — replicó Rosales.

—¿Y que harás con tantos años en un país con el futuro más negro que el alma de Pepe Mari Aznar, muñeco? — preguntó el hombre elegante, con una sardónica sonrisa dibujada en su agraciado rostro.

—No será para tanto, comisario, eres un pesimista sin remedio — le respondió su subordinado.

—Sí que lo es, Rosales, sí que lo es. El futuro es negro como el burka de las mujeres de quienes ostentan la religión del futuro. Tú mismo, Rosales, en cuanto descubran tu condición sexual, no van a dejar ni que te escondas bajo uno de esos horribles y antiestéticos burkas. Te darán matarile, por maricón. Los herederos de la tierra cuelgan del cuello a los maricones como tú y como yo. ¿Eso lo sabes, cariño?

—Claro que lo sé, no soy un zopenco, Floren. Pero España es cristiana, no musulmana.

—No has hecho los debidos cálculos matemáticos. En treinta años, eso en el mejor de los escenarios, toda Iberia será una república islámica, y ya sabes lo que sucede tales repúblicas, o reinos, lo mismo da. Otra de nuestras posibilidades de futuro es que en breve plazo, todos quedemos barridos del planeta, como daño colateral de una guerra atómica que podría comenzar entre judíos y árabes radicales. Poco a poco se extendería su conflicto y nos veríamos todos implicados, como consecuencia de la mierda de la globalización de los cojones. Al tiempo, Rosales, al tiempo — recalcó el comisario.

—Joder. ¡Qué va! Tú tienes cincuenta y cinco. Dentro de treinta, ochenta y cinco. Para esos años, la esperanza de vida se habrá situado en los ciento dos, como mínimo, para el conjunto de la población. Mira si te queda cuerda por delante — aseguró Rosales.

—Jajajaj, sí, la cuerda que me pongan alrededor del cuello y me alcen desde su extremo, con las manos atadas a la espalda, elevándome hacia el cielo desde el siniestro gancho de una gigantesca grúa. ¿Es que no has visto las ejecuciones de homosexuales en Irán? — rió el comisario.

—Me has quitado las ganas de comer. Mira que si no es casualidad el hecho de que tengas apellido de grúa... Me voy a quedar anoréxico por tu culpa, jolines — se quejó el subinspector.

Maga y Belén se hallaban en un bar saboreando una fritura de pescados típica de la isla. Se habían desplazado al barrio donde vivió la asesinada Estefanía Pozuelo. Durante la mañana, se habían dedicado a preguntar en establecimientos cercanos al que fue domicilio de la difunta, donde las detectives suponían que conocían a la pobre mujer, porque seguro que los frecuentaba para efectuar sus compras. Obtuvieron alguna información, pero no mucha. La pelirroja era reservada. Educada y de buenas maneras, pero no comunicativa. Su rostro no permitía que las emociones interiores de su propietaria quedasen reflejadas en él. Feliz, no lo era. Se sabía que tenía una hija natural, una muchacha muy bonita, también pelirroja, como su madre, de unos catorce años de edad. Las dos amigas averiguaron que la pequeña, de nombre Irene Pozuelo Arroyo, solía estar triste unas veces, asustada otras. Hacía semanas que nadie residente en la zona la había visto. Los servicios de bienestar social se habían hecho cargo de ella. Nadie había sido autorizado a visitarla.

Preguntados los vecinos y comerciantes por el motivo del miedo, o la tristeza de la jovencita, todos afirmaron rotundamente que desconocían el origen de tal sentimiento en la niña.

—Belén, yo creo que la gente se ha sentido temerosa de proporcionarnos más detalles — sugirió Maga, mientras comía un pescadito.

—¿Alguien que los tiene amenazados, quieres decir? — preguntó la aludida.

—Si no amenazados, al menos amedrentados. Esta tarde hablaremos con los vecinos de la finca donde vivía Estefanía. Es una pena que la hija de la víctima sea inaccesible. Se

ve que le han puesto una gran protección por parte de bienestar social — dedujo Maga.

—Muy decidida te veo, cariño. ¿No? ¿No soy yo la que manda? — preguntó Belén, que seguía queriendo jugar el rol dominante en la pareja.

—Belén, hemos de poner todas nuestras cuestiones en su sitio. A ti te gusta jugar al sexo duro como dominante, eso ya me lo dejaste demostrado anteanoche. Bien, he dicho jugar. A mí no me gusta, pero lo hago porque sé que a ti te mola mogollón zurrarme, y también porque así me ayudas a transmutar mi pesada carga kármica con tus castigos. Bueno tía, también creo que me he enamorado de ti ¿Tú también de mí? — preguntó Maga.

—Sí cariño, perdidamente. Tienes mi corazón para ti solita — respondió la aludida.

—Pues entonces, que te quede una cosa muy clara. Exijo respeto. No puede haber amor sin respeto. Hasta que mi trasero no esté recuperado, no me hables de imponerme más castigos ni quieras empequeñecerme. Mi madre pondría el grito en el cielo si viera como me dejaste el culo — explicó Maga.

—Bien, me hago cargo. ¿Y sobre la investigación que estamos llevando a cabo? — preguntó Sánchez.

—Para empezar, la financia mi madre. Para continuar, yo tengo más experiencia que tú en estas lides, pues he trabajado con Fran, que es un investigador privado de verdad, no de pacotilla como nosotras. Así pues, esta tarde vamos a visitar a los vecinos de la finca donde vivió Estefanía.

—Muy bien. Pues por mí, vamos cuando quieras. Ya te ajustaré las cuentas —farfulló Belén las últimas palabras.

A las cuatro y media de la tarde, comenzaron a hablar con cuantos vecinos de Estefanía estuvieron dispuestos a hacerlo. En el rellano donde vivió ésta, las dos vecinas de las puertas contiguas a la suya no quisieron decir demasiado. Ni siquiera afirmaron o negaron si la fallecida vivía con su hija, o alguna otra persona compartía vivienda con ellas.

Regresaron al hotel. Maga estaba desanimada. Miró las rosas blancas que el comisario Pinales había tenido la gentileza de regalarle la noche anterior, y que ella había colocado con cariño en un vaso lleno de agua. Belén había tirado las suyas a la papelera. Maga las recogió y las colocó en otro recipiente.

—¿De verdad te importan las rosas de ese tío — preguntó la rubia, cada vez más segura de si misma, y ahora también deseosa de imponer su ley a su novia, que no se mostraba tan dócil como ella quisiera.

—Sí, Belén, me importan. El obsequio del comisario fue un acto de amor. Las rosas en sí, son una emanación del amor, en este caso, del amor divino. Me gustaría enseñarte, al menos en parte, todos estos aspectos que son tan esenciales en mi vida.

—Reconozco que no sé de qué me hablas. Amor es lo que yo sentía por mi marido cuando me casé con él. Amor, para mí, es lo que ahora siento por ti. Pero un comisario excéntrico que nos da calabazas sexuales y nos entrega a cambio unas rosas, no sé qué amor nos ha dado, la verdad.

—No nos dio calabazas. Nos entregó información, que para él es una falta grave, quizás un delito, en el que ha incurrido por hacernos un favor. Para nosotras, colaborar para que un asesinato quede esclarecido. Jesús dijo: “Conoceréis la Verdad y ella os hará libres”. Belén, hay que espabilarse. Yo gustosamente te explicaré todo lo que deseas saber sobre las cosas de las que te estoy hablando — explicó Maga.

—Si crees que es preciso, te escucharé con atención — respondió aquella.

—Cuando tú lo desees. No te quiero imponer nada — dijo la letrada, sonriendo a su amiga.

—Por cierto ¿Quién es ese Jesús que has nombrado antes? — preguntó con gran cinismo Belén.

—No te burles de mí. ¿O acaso es que eres analfabeta? ¿No me dijiste que terminaste la carrera de empresariales? — inquirió a su vez Maga.

—Pues claro que la terminé. Lo que no sabía es que eres una beata.

—Belén, estoy cansada. Esta noche no voy ni a cenar. Me voy a la cama directamente — anunció la abogada.

El teléfono móvil de la enfadada rubia comenzó a sonar en ese instante.

—Es tu querida mami — le anunció.

—¿Mi madre? ¿Y por qué te llama a ti en vez de a mí? — exclamó Maga, extrañada.

—Calla y después te lo digo. Sí, Lucía, dime, estamos bien las dos... ¿Qué? ¿Dios mío, qué desastre. Sí, sí, estaré al tanto... te paso a tu hija.

—Dime, mamá — dijo Maga, muy nerviosa.

—¡Nooo! ¡Eso no es posible, mami! ¡No me gusta esa broma, mamá! ¡Dime que no es verdad! — comenzó a temblar Maga, e inmediatamente después, rompió a llorar.

—¿Y ha sido un accidente de moto...? ¿Fran se había comprado una moto? Mamá, me estoy mareando... perdona — Maga se tambaleó, sus ojos se abrieron mucho, las órbitas quedaron totalmente en blanco y después cayó desplomada al suelo. En ese instante, todo su cuerpo comenzó a convulsionar. Al otro lado de la línea, Lucía comenzó a gritar histéricamente. Belén arrojó el teléfono sobre la cama y fue a socorrer a su amiga.

—Cariño, mi vida, tranquilízate, por el amor de Dios, ¡reacciona!

Pero las convulsiones continuaron, el rostro, brazos y piernas de Maga se tornaron de color violáceo, y el pánico invadió a Belén. Se precipitó alocadamente sobre el teléfono de la habitación, pulsó el 0 para hablar con recepción e inmediatamente pudo comunicar con voz histérica lo que estaba sucediendo. El recepcionista llamó al SAMUR, que se presentó en quince minutos en el hotel.

Inyectaron Valium 10 a la afectada, la colocaron en una camilla y la bajaron hasta la planta baja del hotel. Los huéspedes contemplaron la escena, cuya duración fue escasa. Minuto y medio después, oyeron la sirena de la ambulancia, que se dirigía al hospital más cercano.

Maga fue atendida en Urgencias al instante. En la camilla, comenzó a volver en sí y preguntó que qué había sucedido.

—Ha sufrido usted un episodio de convulsiones, cariño — le dijo una doctora de unos treinta y cinco años, muy amable. No tema, la hemos sedado. ¿Es usted de aquí, o está de visita como turista? — le preguntó la sanitaria.

Belén fue a contestar pero la médica le hizo un gesto con la mano para que se callase. Quería saber el nivel de consciencia que la enferma había recuperado.

—Hemos venido por trabajo. Investigamos un suceso... ay, qué dolor de cabeza tengo, doctora — se quejó Maga.

—Es normal, siempre sucede tras un ataque epiléptico como el que ha sufrido usted — dijo la sanitaria.

—Pero yo no soy... — tras estas palabras, la paciente recordó las que su madre le dijo por teléfono, mientras se hallaba con Belén en la habitación del hotel.

—¡Fran ha muerto! ¡Ha tenido un accidente de moto y se ha matado! ¡Yo soy la culpable! ¡Pobre Fran, todo por mi culpa! ¡Ahhh, la cabeza me estalla! — Maga explotó

a llorar de nuevo y a moverse, presa de un ataque de culpabilidad y pánico.

—Herminia — dijo la doctora a una ATS que la había estado ayudando a atender a la paciente desde el comienzo — inyéctale diez miligramos más. Subidla a planta, no va a estar en condiciones de irse a casa en toda la noche.

—Doctora, he hablado con la madre de mi amiga y me ha dicho que volvamos a Valencia de inmediato, en el primer vuelo — intervino Belén.

—Ah, son ustedes de Valencia. ¿Y cómo van a llegar al aeropuerto? Yo no puedo dejar que esta chica se vaya en este estado — afirmó la médica.

—Podemos coger un taxi que nos lleve al aeropuerto, y desde allí ya embarcamos hacia destino — sugirió Belén.

—No. Esta joven va a planta. Si su madre quiere llevársela, que coja un vuelo en Manises y que se presente aquí a por ella. He de informarla cuidadosamente de todos los pasos que deberá seguir a partir de ahora — se reafirmó la doctora en su decisión de ingresar a Maga.

—¿No puede decírmelos a mí? — preguntó Belén.

—Mañana se los podría decir. Necesito tiempo. Haga lo que desee, llame a la madre de su amiga o no la llame, pero ella se queda en una habitación del hospital. Ya veremos mañana — decidió la doctora.

Luis Lafuente y Lucía Barrón aterrizaron en Son Sant Joan a las seis de la madrugada, procedentes de Manises. A las 18:20 se hallaban en el hospital donde su única hija había quedado ingresada la noche anterior. Los aterrados padres subieron a la habitación. Maga dormía. La enfermera de guardia los dejó pasar, aconsejándoles previamente que respetasen el sueño de la paciente.

Saludaron a Belén con un gesto. Lucía besó con infinita ternura a la que siempre sería su niña, cumplierse los años que cumplierse, y después lo hizo Luis. A ambos progenitores se les llenaron los ojos de lágrimas. Maga abrió los ojos y los vio. Alzó la mitad de su cuerpo y se abrazó a Lucía.

—¡Mamá! ¡Papá! Os quiero — les saludó la enferma. Es horrible lo de Fran, no me lo puedo creer. He de estar en su entierro. Yo quería a Fran, de veras. Tengo muchísima pena, no me lo puedo creer... Yo soy la culpable — dijo Maga, entre sollozos.

—Cariño, ha sido un desgraciado accidente. El suceso salió en el telediario de Canal 9, por eso nos enteramos. Fran conducía una moto de gran cilindrada que acababa de adquirir — dijo Luis.

—No ha sido un accidente. Yo sé de eso, porque también lo quise hacer. Ha muerto por mi culpa. Se ha suicidado. Dios, ¿Cuántas culpas voy a tener que pagar en esta vida? ¡Soy un ser abominable! — exclamó Maga, horrorizándose de sí misma.

Sobre las once de la mañana, se dirigieron los cuatro en taxi al aeropuerto de Mallorca. Previamente, la doctora de guardia había instruido a Luis y Lucía sobre la necesidad de hacer pruebas neurológicas a Maga para determinar el origen de las convulsiones, ya que la chica no era epiléptica, y también insistió en que volviese a contactar inmediatamente con el doctor Olmos, cuyo tratamiento, les dijo, la paciente había abandonado con total irresponsabilidad. La doctora les informó de que, en su opinión, el doctor Olmos era uno de los mejores médicos psiquiatras de España.

A las dos de la tarde entraron en el domicilio familiar. Lucía ordenó a su hija que se pusiera un pijama y se fuese a la cama inmediatamente. Maga accedió. Fue a su habitación y comenzó a desvestirse. Belén había ido al servicio en ese momento. La madre de Maga, que no necesitaba permiso para entrar en la habitación de su hija, entró

y vio con sorpresa el estado de las nalgas de ésta.

—Maga, ¿Pero qué demonios...? ¿Me puedes explicar...? Le pidió, señalando con el dedo índice la zona de retaguardia de su hija.

—Un castigo que me impuso Belén. Se empeñó, yo no creía que me iba a pegar tan fuerte, pero tonteamos y al final sucedió esto — explicó la joven.

—Cariño, Belén es una salvaje. La voy a echar de casa inmediatamente — le anunció.

—No, mami, por favor, danos otra oportunidad. No dejaré que me pegue más. Te lo prometo — aseguró Maga.

—Está bien, no voy a precipitarme, pero ella me va a tener que explicar esto. Esos golpes no son de un castigo terapéutico como los que te administro yo con tu consentimiento, sino de una paliza brutal. ¿Se puede saber por qué se lo consentiste? — le preguntó Lucía con severidad.

—No sé mamá. Soy débil. A mí no me gusta ser azotada, excepto cuando lo haces tú — respondió la aludida.

—Así que te gusta cuando te palmeo el popó... entonces, mis castigos no sirven para ti. Gracias por aclarármelo, hija. Seguramente soy una irresponsable, como tú, o más. Voy a llamar inmediatamente al doctor Olmos — le anunció.

—¡Mamá! ¡Olmos es un asesino! Es nuestro primer caso como detectives, nuestro trabajo es desenmascararle. Aún más, mamá, puede ser un asesino en serie. Mami, deja al doctor Olmos y acompáñame al sepelio de Fran. Quiero decirle adiós, qué menos — pidió Maga.

—¡Ni hablar! Sus padres no soportarían vernos allí. Reza, medita aquí, haz todas esas alquimias espirituales que tú sabes hacer... — le pidió Lucía encarecidamente, pero con la firmeza suficiente para dar a entender a Maga que ésta no iría al entierro de su ex-socio y amante.

—Llevo la desgracia a quienes me quieren desde hace tres reencarnaciones. Fran ha muerto joven, de forma violenta, en las tres. La que fue mi esposa en mi encarnación anterior, se suicidó a los cuarenta y nueve por mi culpa, a mi hija la torturaron y asesinaron a los veintitrés... todo un palmarés, ¿No crees, mamá? Yo también moriré joven. Muy pronto, además. No merezco vivir — llegó Maga a tal conclusión.

—Si tú te mueres, yo me suicidaré para irme contigo — le dijo Lucía.

—Mamá ¡No seas borde! Eso no se me dice — protestó la joven.

Belén entró en la habitación. Maga ya se había metido en la cama.

—¿Ya has acunado a tu niña, Lucía? — preguntó la recién llegada.

—Sí. Le has dejado el culo hecho un santo cristo. ¿Fue jugando, Belén? ¿Jugando a qué? — preguntó la indignada madre.

Belén se sintió cogida en falta grave. Titubeó al responder a la leona que contenía su furia ante ella.

—Maga y yo somos novias. Nuestra sexualidad es un asunto privado entre nosotras dos — acertó a decir la rubia.

—Ahora es también asunto mío. Mi hija es para mí lo más importante del mundo. Belén, no le vuelvas a poner las manos encima. ¿Te ha quedado claro? — amenazó Lucía.

—Tu punto de vista sí. Ahora es Maga la que ha de pronunciarse. ¿Tú qué dices, cariño? — preguntó, mirando a su amante.

—Que tengo sueño y la cabeza me estalla de nuevo. Necesito descansar, no me hagáis pensar ni hablar. Dejadme dormir, por favor — suplicó la enferma.

—Cariño, si me necesitas, llamas a tu padre, que estará en casa. Yo me voy un momento

a la calle, necesito tomarme un café fuera de casa. Belén, tú sal de la habitación. Puedes estar en cualquier sitio menos aquí — le ordenó la dueña de la casa.

La rubia abandonó el cuarto de Maga de mala gana. Lucía bajó la persiana para que su hija pudiese dormir. Después, fue adonde se encontraba su marido. El hombre estaba asustado.

—Luis, quédate aquí por si Maga necesita algo. Le duele la cabeza. Hay que actuar rápido. Yo voy abajo a tomar un café muy cargado y después subiré. Si quieres velar el sueño de tu hija, siéntate en el sillón de la habitación. Creo que es la mejor idea — propuso Lucía.

—Sí Luci. Pero sube pronto, cariño. Eres el alma de esta casa — la halagó Luis, que hablaba absolutamente en serio.

Belén cogió un libro de la estantería del salón, se sentó en un sofá y se puso a aparentar que leía. El hombre la miró. No sabía a qué atenerse. Incómodo, entró en la habitación de Maga, que había caído rendida ante el sueño que la medicación provisional que le habían administrado en el hospital le produjo.

Lucía abandonó la vivienda, para, según ella, tomarse un café. Lo hizo, pero inmediatamente después extrajo de su bolso su teléfono móvil y pulsó la tecla de llamada. El número: el del doctor Olmos. Al otro lado de la línea reconoció la voz de Elena Villa. Lucía se identificó, y el doctor la atendió de inmediato. Ella se extrañó.

—Señora Barrón, gracias por llamar. ¿Puedo ayudarla? ¿Ha sucedido algo imprevisto a su hija? Maga nunca debió abandonar las sesiones de terapia. ¿Ha seguido, al menos, tomando su medicación? — la voz del hombre denotaba preocupación.

—Doctor, Maga sufrió un ataque epiléptico ayer, en Palma de Mallorca. La tengo ahora durmiendo en mi casa. Necesito hablar con usted, por favor, y perdóneme por esta urgencia, y por el mal comportamiento de mi hija hacia usted — Lucía sintió que el hombre, el monstruo sobre el que ella misma estaba financiado una operación para probar que era un asesino desalmado, se mostraba preocupado por la salud de su hija. Se emocionó y se lo agradeció de corazón.

—Acuda usted inmediatamente a mi consulta, doña Lucía. Voy a cancelar el resto de mis visitas de hoy. Lo de Maga es prioritario — dijo Olmos, al otro lado de la línea.

Lucía llamó de inmediato a Luis. Todavía se hallaba en la cafetería.

—Luis, cariño, he llamado al doctor Olmos y me va a recibir de inmediato. Quisiera que vinieses tú también, es más, deberías venir, pero has de estar al lado de la niña. No dejes que Belén se acerque a ella — le pidió.

La mujer subió a un taxi. Veinte minutos después, se hallaba sentada frente al doctor Fernando Olmos Garrido. Lo primero que hizo Lucía fue relatar al médico el ataque epiléptico de su hija.

—Doña Lucía, la decisión de abandonar la terapia que su hija seguía conmigo fue muy irresponsable. Maga está mal. Está manteniendo una relación amorosa con un hombre heterosexual, cuando ella es lesbiana. Esto es una insensatez, que tiene su origen en las excéntricas historias esotéricas en las que su hija cree firmemente — aseveró el doctor.

—Se refiere usted a Fran. Ha muerto. Un accidente de moto. Lo han enterrado hoy — informó Lucía.

—¡Santo Cristo! ¿Tiene esto algo que ver con la crisis sufrida por Maga? — preguntó Olmos.

—Sí. El ataque le sobrevino cuando se enteró de la noticia. Yo misma estaba hablando con ella por teléfono, tratando de ser lo más suave posible al explicárselo, y ya no me

contestó. Escuche unos sonidos extraños, provenientes de su garganta, y después, el golpe de su cuerpo al caer sobre el suelo — narró Lucía.

—¿Había alguien con ella en ese momento? ¿Quién la socorrió en primera instancia? — preguntó el médico.

—Eh... estaba con una amiga en la habitación del hotel. Fue la amiga quien llamó a recepción, ellos al SAMUR y de allí al hospital directamente. Mi marido y yo viajamos a Palma de Mallorca esta madrugada para recogerla y traérmola a casa. En el hospital me dijeron que debía contactar con usted de inmediato — respondió Lucía, que estuvo a punto de meter la pata, diciéndole al médico que Maga estaba con Belén.

—¡Palma de Mallorca! Muy interesante. ¿Estaban su hija y su amiga de vacaciones en la bonita isla? — preguntó Olmos, enarcando una ceja.

—No. Estaban llevando a cabo una investigación. Mi hija fue una brillante abogada no hace aún un año. Tuvo un problema muy grave con el ahora difunto Fran Lahuerta, que la condujo a intentar suicidarse, y desde entonces no ha vuelto a ser la misma. Está como atontada, sin ese brío que siempre tuvo. Estoy muy asustada, doctor Olmos.

—Vamos a ir por partes, señora Barrón. Sé lo que representa usted para su hija. Es usted la persona a quien ella más ama en el mundo, la adora. Su capacidad para ayudarla es, por tanto, inmensa. Bien, su hija tiene un serio problema de culpabilidad, que viene generado por una serie de experiencias paranormales que ella ha experimentado, o sufrido, no sé cómo valorarlas. Habla de otras vidas, en las que produjo desgracia a varios de sus seres más queridos, por lo que estima que debe ser castigada con severidad en esta existencia. Bien, nuestro objetivo es convencerla de que ella no es culpable de nada, y menos de lo que causase a otros en otras vidas. Tras la muerte, borrón y cuenta nueva. Sin embargo, nuestra bella señorita no lo cree así. Su autoimpuesto suplicio sexual con Fran Lahuerta era un castigo que ella misma se asignó, dice que para ahondar en la esencia del amor verdadero, el amor cósmico, el amor de Dios. La terapia que seguía conmigo estaba basada en ahondar en lo equivocado de esa relación. Ahora, Fran ha muerto en accidente de moto. No hace falta ser muy inteligente para saber que también va a cargar sobre sus espaldas, o sobre su alma, con la culpa de esa muerte, porque seguro que piensa que Fran se suicidó por su culpa. ¿Lo había dejado, no, para irse con esa amiga con la que estaba en Mallorca? — dedujo el reputado psiquiatra.

—Así es, doctor — asintió Lucía.

—Bien, el primer paso que hemos de dar es que yo vea inmediatamente a Maga. He cancelado todas mis visitas de esta tarde para dar prioridad al asunto de su hija, que me preocupa mucho. Vamos a su casa, señora Barrón. La veré allí — dijo con firmeza Olmos, que incluso se levantó de su asiento para salir inmediatamente.

—¡No! Yo iré a por ella y la traeré aquí, doctor — se sobresaltó Lucía.

—¿Qué sucede? ¿No puedo ir a su casa? ¿Cuál es el problema? Yo únicamente quiero ayudar — se extrañó el doctor, que tomó buena nota de la actitud de su interlocutora.

—No, es que la casa está manga por hombro, con el susto que nos hemos llevado... — improvisó Lucía.

—Señora Barrón, su hija dejó de asistir a mi consulta simultáneamente con la desaparición de mi mujer. ¿Sabe Maga, o usted, dónde se encuentra Belén Sánchez en estos momentos? — preguntó Olmos, que comenzó a hilar hechos.

—No, doctor, ¿Cómo íbamos a saberlo? — trató de escabullirse Lucía.

—Pues porque su hija es lesbiana, muy guapa, y mi mujer también es ambas cosas, y además, muy mala persona — declaró Olmos, ante la estupefacción de Lucía.

—¿Su esposa es lesbiana? Pero yo... — balbuceó ella.

—Ya veo por donde van los tiros. Su expresión me lo dice todo, señora. Bien, llevo días llamando a mi mujer a su teléfono móvil pero siempre me cuelga. Sólo quiero establecer con ella las condiciones de un divorcio lo más amistoso posible, si es que esa palabra se puede aplicar a algo relacionado con Belén. Quiero decir, un acuerdo en el que nos hagamos el menos daño posible ella y yo — explicó Olmos.

—Su esposa está en mi casa. A mí quien me importa es mi hija. ¿Es cierto que me va usted a ayudar con ella, o no? — preguntó Lucía, poniendo sus cartas boca arriba.

—¿Cómo puede dudarle? Vamos hacia su casa. Necesito ver a Maga y hablar con ella para establecer las nuevas pautas de medicación. Si quiere avisar a Belén para que se largue de allí y se esconda donde quiera mientras visito a su hija, hágalo. A mi todavía esposa puedo localizarla por requerimiento judicial. Sólo quiero el divorcio. Estoy enamorado de Elena Villa y los dos deseamos contraer matrimonio cuanto antes. Eso es todo — declaró el doctor.

Lucía quedó anonadada. No pronunció ni una palabra más mientras salía con Olmos de la consulta de éste, bajaban por el ascensor hasta el garaje, y una vez allí el hombre le indicó que subiese a su coche. Elena Villa, la amante del doctor, quedó sola en la consulta. Había escuchado toda la conversación entre su futuro esposo y la madre de una de sus pacientes.

Lucía no avisó a Belén de la visita que iba a recibir. Abrió la puerta de su casa e invitó al doctor Olmos a entrar en ella. Luis alargó su mano derecha al inesperado visitante para estrechársela. Belén, que apareció al instante, quedó poco menos que petrificada al ver allí a su marido.

—Encantado de verle de nuevo, Luis. Hola Belén, cuanto tiempo sin verte, querida ¿Por qué no me dijiste que te habían acogido aquí? — le preguntó Olmos, con voz neutra.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Lucía! ¿Cómo has metido a este malnacido en tu casa? — gritó iracunda la rubia.

La aludida ignoró las palabras de su invitada, e hizo pasar directamente al doctor a la habitación de Maga, que se hallaba despierta, leyendo un tomo de una reedición reciente de “El Halcón Justiciero”.

—Buenas tardes, Maga. Su madre me ha contado ciertos hechos y he juzgado no sólo conveniente, sino necesario, visitarla aquí — la saludó el que había sido su terapeuta hasta hacía muy poco tiempo.

—¡Doctor Olmos! ¿Qué hace usted aquí? ¡Mamá! ¿Qué hace este hombre en mi habitación? — preguntó Maga, muy nerviosa.

—Señorita, la veo a usted tan asustada, espero que sin motivo, que con su permiso, voy a tutearla. En primer lugar, ¿Cómo te encuentras? — le preguntó.

—Mal. Usted ya lo sabrá todo, seguro. Mi madre se lo habrá contado — especuló la paciente.

—Algo me ha contado, pero no todo, desde luego. Entre otras cosas, porque tu madre no lo sabe todo — continuó el psiquiatra.

—¿Qué quiere de mí, doctor? ¿Ha venido a matarme? No podrá hacerlo en este momento, hay demasiados testigos — dijo Maga, ante el asombro de Lucía y el mismo Olmos.

—¿Pero qué demonios estás diciendo? Yo me dedico a curar a la gente, no a matarla — se quejó el médico, casi exhibiendo una sonrisa divertida.

Lucía cerró la puerta de la habitación para que Belén no pudiese escuchar la conversación. Luis tampoco entró, para no dar la impresión a la enferma de que le habían formado un “tribunal” para juzgarla.

—¿Como a Estefanía Pozuelo, doctor? ¿La curó machacándole la cabeza con un pedrusco? — continuó Maga.

—Ah, ah, ya veo por donde vas. Belén, mi amada esposa, te ha seducido — le dijo el hombre, sin alterarse lo más mínimo. En cambio, Maga enrojeció bruscamente y pidió auxilio a su madre con la mirada.

—No te asustes, cariño, no soy un marido despechado, sino tu médico. Maga, has de retomar el tratamiento y las sesiones de terapia. Si no quieres seguir conmigo, te entregaré tu historia médica y recurras a otro u otra psicoterapeuta, pero no puedes abandonar la terapia, y mucho menos la medicación. ¿Has dejado de tomar los medicamentos que te receté? — preguntó el hombre.

—Sí, doctor Olmos — respondió Maga, cada vez más aturdida.

—Pues voy a escribirte en una hoja de receta cómo has de comenzar a reanudarla. Te voy a prescribir un medicamento nuevo. La raíz de tu problema es tu sentimiento de culpa y tu necesidad de purgarla. El objetivo de mi trabajo contigo, lograr convencerte de que no eres culpable de nada — le explicó el médico una vez más.

—Doctor Olmos ¿Usted se siente culpable de algo? — le preguntó Maga. La pregunta cogió al hombre desprevenido. Lucía no perdía detalle de la conversación, pero había decidido no intervenir.

—Todos nos sentimos culpables de alguna cosa que no hemos hecho bien, pero por fortuna, no decidimos castigarnos para pagar nuestra culpa. Sí, he hecho cosas, a lo largo de mi vida, que no volvería a repetir. También he dejado de hacer otras que ahora me gustaría haber hecho — dijo el hombre, muy serio.

—Belén y yo estuvimos en Palma de Mallorca para investigarle a usted. Sabemos muchas cosas de su pasado, doctor — le anunció Maga. El hombre palideció. Lucía se puso muy nerviosa.

—¿Belén y tú? ¿No sois amantes? ¿Sois investigadoras? — preguntó Olmos.

—Somos las dos cosas. Usted no ama a Belén. La acusó y amenazó de haberle denunciado a usted a la policía por el asesinato de Estefanía Pozuelo. Acusación totalmente falsa. ¿Acaso no fue su esposa, que aún sabiendo que usted la engañaba con su enfermera, acudió a mí para contratar mis servicios para que yo le defendiera a usted porque la policía lo había detenido? — continuó hablando Maga, que por alguna razón, casi había perdido el miedo a Olmos.

—Niña, no quiero decirte que me das pena porque eso no se le debe decir a ningún ser humano digno de serlo. Pero sí te diré que estás en la inopia. Voy a invertir la empanada para que la veas desde el otro lado. Piensa, porque eso también será bueno para que vuelvas a adquirir confianza en ti misma. Piensa: ¿Y si fue Belén quién asesinó a Estefanía Pozuelo? — sugirió el doctor Olmos a Maga.

—¡Qué tontería! Estefanía vino desde Palma para chantajearle a usted, no a Belén — razonó Maga.

—Yo no utilizaría el verbo “chantajear”. Estefanía me localizó, no sé cómo, para decirme que ella había tenido una hija conmigo hacía catorce años, y me pedía que la reconociese como tal. Eso no es chantajear. Es exigir un derecho. Bien, ahora pregúntate a ti misma qué hubiese sucedido si yo le hubiese dicho que aceptaba su petición. ¿Quién hubiese salido perdiendo entonces? — preguntó Olmos.

—Bueno, usted y Belén, creo... ¿No es así, doctor? — respondió Maga con otra pregunta.

—Únicamente Belén. Ella no ha querido que tuviésemos hijos, aunque a mí me hubiese gustado tener al menos un niño y una niña. De hecho, acepté la petición de Estefanía, y así se lo comuniqué a Belén. Al día siguiente, la pobre mujer, de la que he de decir que estuve muy enamorado, apareció junto al velódromo Luis Puig con la cabeza destrozada — declaró Olmos. Maga y Lucía quedaron anonadadas.

—Dios mío, eso tiene sentido... lo tiene, reconoció Maga, aunque estaba aturdida. Lucía tuvo una idea.

—Cariño, destápate, date la vuelta y enséñale al doctor tu culito. Explícale por qué lo tienes así — pidió a su hija.

—¡Mamá! ¡Pero de qué vas! — se quejó la chica.

—Haz lo que te digo. Es importante — insistió Lucía.

Maga hizo lo que su madre le pedía. El doctor Olmos contempló la “obra de arte” que alguien había plasmado en las nalgas de su paciente.

—¿Quién te ha hecho eso, Maga? ¿Me equivoco si apuesto a que ha sido Belén? — aventuró el psiquiatra.

—No se equivoca, doctor. Ha sido ella. Maga, súbete el pantalón y tápate — ordenó Lucía.

—¿Le pediste tú a ella que te castigase con tal severidad para pagar una de tus inexistentes culpas? — preguntó Olmos a Maga.

—Belén y yo decidimos ser felices formando pareja. Ella me dijo que se había enamorado de mí, y yo la creí. Me recuerda a Laura, una chica que fue el amor de mi vida, y que sus padres apartaron de mí — confesó Maga.

—¿Laura te pegaba? — preguntó el médico.

—Jamás. Laura era muy dulce. Fuimos muy felices las dos, el tiempo que nos dejaron.

—Doctor, mi hija cree en los conceptos de karma y reencarnación. Ella es clarividente desde niña, y ha tenido experiencias con seres de otras dimensiones, que para los demás, resultan invisibles. Al principio, su padre y yo creíamos que solo quería atraer la atención sobre ella, pero en una ocasión, tenía Maga ocho años, una de estas experiencias nos demostró a Luis y a mí, sin ningún atisbo de duda, que tales hechos eran ciertos — narró Lucía.

—Sí, señora Barrón, Maga me contó esa historia en una sesión terapéutica. Me alegro de que usted me la haya corroborado. Bien, pues parece ser que esos seres de otras dimensiones le han hecho más mal que bien — opinó el doctor.

—No. Esos seres son pura luz y amor. Soy yo la que no estoy a su altura, y sin embargo, me siguen admitiendo y amando como a una más dentro de la Gran Hermandad Blanca. El problema lo tengo yo, no ellos — explicó la enferma.

—¿Te han acusado de algo, Maga? — preguntó Olmos.

—Jamás. Ellos no juzgan. Soy yo la que me juzgo, y me condeno — se sentenció Maga así misma.

—A recibir terroríficos azotes en el culo. Bueno, hay que quitarte esa idea de la cabeza. La cuestión es, si alguien decide castigarte con suplicios de más envergadura. ¿Los aceptarás y sufrirás, porque te los mereces también? — preguntó el doctor a su paciente.

Maga no supo contestar a esa pregunta, y enmudeció.

—Doctor, como complemento de la terapia que usted proporciona a mi hija, yo la

controló y a veces le pongo también castigos. Azotes en el culete, pero no como esos cuyas marcas aún lleva. ¿Debo dejar de hacerlo? — preguntó Lucía al médico.

—No sé. Maga, ¿Te causan placer o dolor, los azotes de tu madre? — preguntó el médico a su paciente.

—Me gustan. Me encanta recibirlos, doctor Olmos.

—Entonces, no son para pagar ninguna supuesta culpa. Puede seguir zurrando a su hija como hasta ahora, doña Lucía. Por cierto, ¿Qué sucedería si invirtiesen de vez en cuando los papeles, y Maga le calentase a usted su retaguardia? — preguntó el doctor, tratando de contener una risotada.

—Entonces, doctor, yo recibiría por partida doble, por un lado de mi marido, y por el otro, de mi hija — respondió Lucía.

—Jajajaja, que divertidos son todos ustedes en esta familia. Se azotan ustedes en cascada, como si se aplicasen el IVA. Me gustan. Maga, dentro de cinco días quiero verte en la consulta, para valorar qué efecto produce la nueva medicación que te he prescrito. Uy, qué tomo más bonito tienes ahí de “El Halcón Justiciero”. Los han reeditado ya varias veces. Esa versión no la tengo — comentó el doctor.

—Estos tebeos los dibujé yo en mi anterior reencarnación. Me llamé Luis Lafuente Gutiérrez, fui un dibujante tan popular como Manuel Gago. Mi halcón competía con éxito frente al “Guerrero del Antifaz” — declaró Maga, con orgullo.

—Luis Lafuente. Mi padre lo nombraba mucho. Se coleccionaba los tebeos del Halcón Justiciero, del Guerrero del Antifaz y los de Ruperto Fortaleza y Periquín. Lo que sucede es que el pobre, siempre estaba leyendo libros de psiquiatría y le faltaba tiempo para los tebeos, que era la literatura que de verdad le gustaba. Era, y es, un tipo muy estirado, pero buena persona en el fondo — manifestó el doctor.

—Vaya, ya sé algo que no conocía sobre el doctor Segismundo Trompo — anunció Maga.

—¿Qué? ¿Qué has dicho, niña? ¿Cómo sabes tú el nombre de mi padre? — preguntó, con asombro y disgusto, el doctor Olmos.

—También sé el suyo, doctor Leonardo Trompo Mastuerzo. Y el de un antiguo conocido suyo, un oficial del ejército, que en paz descansa, cuyo nombre fue Sabino Torralba Masclat — continuó Maga. Lucía hubiera abofeteado a su hija hasta hacerla callar.

—¡Qué sorpresa que conozcas esos hechos de mi pasado que a nadie importan ya! — exclamó Olmos.

—¿Está seguro de que no importan a nadie? ¿A la familia del pobre señor Torralba no le gustaría saber quién asesinó a su ser querido? — preguntó Maga a quien de nuevo era su terapeuta.

—¡Jajajajaja! ¡Qué despistada andas! Te aseguro que nadie lloró la muerte de Torralba. Ese ser merecía morir. Quien lo quitó de en medio, debería haber recibido ya el premio Príncipe de Asturias de la Concordia — afirmó el médico.

—¡Y se ha quedado usted sin recibir ese galardón! ¡Qué pena! — dijo Maga.

—¿Crees que yo maté a Torralba? — preguntó Olmos.

—¿Lo mató usted?

—Tú eres quien juega a ser detective. Ten mucho cuidado, existen juegos muy peligrosos, y gente muy perversa. Lo peor es que a veces no sabemos distinguir quién es quién. No te voy a decir si maté a Torralba o no. Averígualo tú. Ya tienes faena. Otra persona a la que deberías investigar sería a tu sádica amante. Descubrirías cosas sobre

ella que te helarían la sangre.

—¿Cómo qué, doctor? — preguntó Maga.

—Mi tiempo para ti se ha terminado por hoy. Que te mejores. Tómate la medicación exactamente como te la he prescrito. Señora Barrón, cuide de su hija. Si es preciso, cuando quiera irse a ponerse en peligro, castíguela de rodillas, cara a la pared y con los brazos en cruz durante al menos dos horas para que después le duela tanto su bonito cuerpo que no se pueda mover en unos días. Confío en usted. Ah, Maga, no olvides comunicarme si asesiné a Torralba o no, en cuanto lo averigües. Así lo sabré yo también. Buenas tardes, casi noches, señoras — se despidió el médico.

—Espere, doctor ¿Cuánto le debemos por esta larga visita? — preguntó Lucía, preparándose para efectuar un fuerte desembolso.

—Nada. Ha sido un placer.

—¿Cómo ha encontrado usted a mi hija, doctor? — preguntó Luis, que salió al encuentro del médico cuando éste ya se dirigía hacia la puerta de salida de la vivienda.

—Bien, realmente está muy espabilada tras haber sufrido convulsiones ayer por la noche. Pidan hora a mi enfermera para que Maga acuda a mi consulta dentro de cinco días. Entonces le prescribiré un electroencefalograma y una TAC. Saldrán negativas esas pruebas, pero es mejor practicarlas. Ah, Belén, veo que estás aquí, muy ricamente refugiada. Cariño, hemos de ponernos de acuerdo sobre las condiciones de nuestro divorcio. Te enviaré a mi abogado a este domicilio — dijo Olmos a su esposa.

—No doctor, no lo haga. Belén se marcha de esta casa inmediatamente — afirmó con firmeza Lucía.

—Uy, qué contrariedad, esposa querida. Comunícame bajo qué puente estableces tu nueva residencia, y te enviaré allí a mi abogado — se burló Olmos de ella.

—¡Maldito asesino! ¡Y tú, Lucía, eres una mierda de amiga! Mi amante no te perdonará esto — la advirtió.

—¡Fuera de esta casa! ¡Coge tus cosas y lárgate! — Lucía le señaló la puerta.

Maga salió de la habitación al escuchar el escándalo. Luis callaba, pues se había quedado mudo ante la decisión de su esposa.

—¡Mamá! ¡Belén es mi novia! ¡No puedes echarla de casa! — protestó la enferma.

—Niña, a la cama otra vez ¡ya! — ordenó mamá Barrón.

Cinco minutos después, Belén abandonaba aquel hogar.

Aquella noche Lucía decidió dormir junto a Maga en la cama de matrimonio. Luis tuvo que trasladarse a la habitación de su hija. El hombre constataba como su don de la paciencia, que siempre cultivó, se ensanchaba día tras día. Comenzó simultáneamente a sentirse fuera de juego. Su mujer absorbía demasiado, en su opinión, y en la de cualquiera que les conociese, a la hija de ambos.

Las dos se hallaban ya en la cama. No tenían sueño.

—Dime que te han parecido los acontecimientos de hoy, cariño — pidió Lucía a su hija.

—Pues mamá, yo creo que te has pasado veinte pueblos al echar de casa a Belén. Pero no es de ella de quien me estoy acordando, sino de Fran. Creo que no he llegado a enamorarme de Belén. En cambio, el pobre Fran... hoy lo habrán enterrado, y yo aquí, sin haber podido asistir a su sepelio. La culpable de otra muerte, una vez más — se

lamentó Maga.

—Como vuelvas a emplear la palabra “culpable” te pego un bofetón. Tú no eres culpable de nada. Me pones los nervios de punta, hija — se quejó Lucía.

—Sabes, mamá, este mundo físico que habitamos es un pobre reflejo del espiritual, el verdadero. Abrázame, pues lo mismo esta noche es la última para mí. Puede que me lleven de nuevo con ellos — dijo.

—¿Por qué crees que podría suceder eso? — Lucía trató de no alterarse.

—Porque en nuestras dos últimas encarnaciones, Fran y yo morimos jóvenes, y con pocas horas de diferencia. Ya te he contado en más de una ocasión, que en mi última existencia antes de nacer de nuevo de tu vientre, yo morí follándome a una prostituta, que resultó ser Fran. Ya sabes, fui el padre de papi, y sucumbí de placer encima de una tal Catalina Álvarez, que era Fran. Un infarto. Una hora después, Nicasio Paganones, que era el dueño de la Editorial Bizantina, para la que yo dibujaba mis tebeos, disparó con su pistola una bala al corazón de Catalina, o sea, de Fran. En la reencarnación anterior a esta, es decir, en la penúltima, Fran y yo éramos musulmanes. Él era una chica, cometió adulterio y aquella gentuza la lapidó. Yo me suicidé pocas horas después. Y en esta... — Maga iba a continuar su narración cuando su madre la interrumpió.

—En esta, os habéis lanzado los dos a una relación sentimental insensata, y habéis salido escaldados — dijo Lucía.

—Pero yo estoy viva, mamá. Fran ha muerto por mi culpa. Nuestro amor, el suyo y el mío, nos une a través de nuestras auras y cuerpos sutiles. Cierto que no hemos superado nuestra última prueba, y él ha perdido su cuerpo físico por mi culpa.

—Segundo aviso, hija: nombra otra vez la palabra “culpa” y te llevas el bofetón que te he anunciado antes — avisó Lucía.

—Está bien. No volveré a decir eso, si tanto te fastidia. Abrázame, mamá. Oye, ¿Tú crees que Belén dormirá debajo de un puente esta noche? — preguntó Maga.

—Pues claro que no. La gente es muy mentirosa. Seguro que dispone de tarjetas de crédito a su nombre, varias cuentas con mucho dinero, y tendrá por ahí familiares y amigos dispuestos a acogerla en su casa hasta que ella alquile una. No te preocupes, y olvídala — le aconsejó Lucía.

—El caso se está ampliando, mamá, pero eres una dominante y me has dejado sin socia. Espero que tengas razón y haya encontrado a alguien que la acoja, porque si mañana la encuentran congelada debajo de un puente, me iré a las Islas Filipinas a que me flagelen y me crucifiquen por navidad— dijo Maga con intención de exasperar aún más a su madre, sin saber si se llevaría una bofetada o no.

—Eres cargante de veras, cariño mío. ¿Qué has querido decir antes con que el caso se ha ampliado? — preguntó Lucía.

—Que Belén se ha convertido en sospechosa de haber asesinado a Estefanía, y la voy a investigar — respondió la hija.

—Uau, sí que te has desamorado pronto de ella. A esta no la has debido conocer en vidas anteriores. Si fuera así, encontrarías alguna razón para decir que el amor fluye a través de vuestros corazones sutiles. Algo es algo — dijo Lucía.

—Mami, siempre nos encontramos los mismos seres en todas las vidas, lo que sucede es que representamos diferentes papeles, con objeto de experimentar todas las situaciones y ampliar nuestra consciencia de seres desde nuestras experiencias. Lo que no se experimenta, no se conoce y no se integra en el ser. Un millonario, por ejemplo, no puede conocer el mecanismo que ha llevado a un mendigo a serlo, ni cómo se siente.

Se limita a despreciarlo y a decir que seguro que él se lo ha buscado, por vago o por tonto. Y no tiene por qué ser así. Hay muchos factores que influyen en el destino de cada ser. Un mendigo no tiene por qué ser vago o tonto, o ambas cosas, y en el otro extremo, un millonario no tiene por qué ser ni siquiera mínimamente inteligente. Fíjate en nuestros políticos, por ejemplo. Suelen ser más burros que tacó, la mayoría de ellos, pero su voracidad de dinero, ostentación social y poder sin límites los convierte en acaudalados triunfadores de una sociedad de mierda como esta en la que nos enfangan y nos enfangamos cada día más. ¿Comprendes lo que te quiero decir, mamá? — discurséó Maga.

—Sí cariño, no soy tonta. Por cierto, he pensado en entrar en política. Los verdes me han ofrecido un lugar en su lista para el ayuntamiento — anunció Lucía.

—Pues ganas de perder el tiempo. No obtendrás concejalía. En lugar de eso, ya que espantas a todos mis socios y socias, piensa en ocupar el lugar de Belén y de Fran, y sé mi socia en la nueva empresa que me estás montando. Mamá, eres un cielo, te adoro — Maga se abrazó a su madre. Ésta le devolvió el abrazo, y se fundieron en un solo cuerpo. Les gustaba estar así, sobre el mullido lecho.

—Vamos a dormir, cariño. Se ha hecho tarde — propuso Lucía, mirando al reloj despertador que había sobre la mesita de noche.

El sueño las visitó muy pronto. Media hora después, estaban profundamente dormidas. Entonces, un intenso resplandor en el interior de la habitación despertó a Maga. Su madre seguía a su lado.

—¡CB! ¡Cuánto tiempo sin verte, amigo! ¿Por qué no me has visitado en todos estos meses? Echo mucho de menos vuestras enseñanzas, orientación y consejos — saludó la chica a su visitante, un ser de luz y amor a quien conocía como CB, iniciales de Caballero Blanco. El ser vestía con un immaculado traje blanco, de corte de la década de los años 50 del siglo XX. Maga le había hablado en plural, refiriéndose a otros seres de luz, como Sananda, Kuthumi, María, Crystal...

—Hola, pequeña. Entre nosotros seguimos un plan muy organizado. Me gustaría visitarte más a menudo, pero es la Jerarquía quien lo organiza todo en base a lo más conveniente para todos. Esta noche he venido a traerte a un visitante. Ahora viene — dijo con una sonrisa CB.

Fran fue materializándose, sutilmente, eso sí, poco a poco. Le costó. No estaba muy ducho en esas lides todavía. Al fin lo consiguió.

—¡Fran! Cariño, eres tú — Maga quiso abrazarlo, pero no pudo. Fran se le deshizo entre sus brazos.

—Cuidado, niña, a Fran le falta mucha práctica. Te lo he traído porque tiene mucha prisa por decirte algo — habló CB.

Fran recompuso su recién estrenado sistema energético y habló a la que fue su jefa, socia, amiga y amante sumisa.

—Maguita, he venido a pedirte perdón. Me he portado muy mal contigo, pero ahora, desde aquí, sé que te amo de veras desde siempre.

—Yo a ti también, Fran. Eres tú quién ha de perdonarme a mí. Has muerto por mi culpa. Siempre meto la pata en todo. En nuestra vida anterior, Paganones te pegó un tiró después de hacer el amor conmigo. ¿Recuerdas? ¿Te has podido centrar de nuevo en todo eso? — preguntó Maga.

—No hables tan fuerte, niña, tu madre podría despertarse, y como no nos vería, te haría callar y dormir inmediatamente — intervino CB.

—Tienes razón, CB. ¡Y tu resplandor!, ¿qué me dices, tío? Lo mismo la despiertas tú — le dijo Maga.

—Vamos a salir al comedor. Fran se sentirá mejor allí. Él percibe la energía de tu madre, incluso cuando ella está en sueño profundo, detestándole — sugirió CB.

Los tres seres se dirigieron al comedor. Los dos provenientes de la luz precedieron a Maga. En el salón, todos tomaron asiento. No hizo falta pulsar el interruptor para encender la lámpara. La que emanaba de CB era suficiente para iluminar intensamente la estancia.

—Fran, me siento muy culpable de que estés muerto por mi culpa. Me has asestado un golpe muy duro. Me lo merezco, pero tú no te merecías morir — le manifestó Maga, sobrecargada de energía de tristeza y culpa.

—Cariño, tú no eres responsable de nada. ¿Cuántas veces y cómo quieres que te diga? Estrené la moto y en una de las curvas, entré a excesiva velocidad. Perdí el control y salí desbocada por los aires y yo me estampé contra un coche que venía en dirección contraria. Morí al instante. Tras pasar al otro lado, me vi acompañado por CB y otros seres elevados. Quise visitarte inmediatamente, pero me aconsejaron que asistiera a mi entierro primero. Así lo hice — manifestó el ser sutil de Fran, que todavía no había tomado la forma completa que habría de lucir en la verdadera vida, a la que acababa de regresar, una vez más.

—¡Qué alivio! Pero te echo mucho de menos. Siempre te llevaré en mi corazón, hasta que volvamos a reunirnos de nuevo — le dijo Maga.

—Sentí tu ausencia a mi entierro, cariño. Pero te disculpo, mi madre te hubiese arrastrado de los pelos sobre las tumbas y eso hubiera turbado la paz del camposanto — expresó el recientemente fallecido.

—¿Ves como soy culpable? ¡No fui a tu entierro! Mi madre no me permitió asistir — manifestó la chica.

—No estabas en condiciones de ir. Tu madre hizo lo correcto. En cuanto al perdón, te vuelvo a repetir que eres tú quien me ha de perdonar a mí, porque me aproveché de ti y te quise someter por la fuerza, valiéndome de tu deseo de estar junto a mí a pesar de que no me deseabas sexualmente. ¿Me otorgas tu perdón, cariño? — pidió el nuevo Fran, el verdadero.

—¡Pues claro que te perdono! ¡Dame un abrazo, tío! — Maga comenzó a esbozar el movimiento para llevar a cabo la acción que requería de su difunto amigo.

—¡No! No lo hagas, pues descompondrías mi energía de nuevo. Más adelante, cuando CB y los otros me hayan hecho recordar cómo se vive aquí, te visitaré de nuevo y nos abrazaremos — le dijo Fran, asustado por si Maga le desordenaba de nuevo su cuerpo sutil. CB contemplaba la escena, divertido, desde un segundo plano. Tenía la misión de proteger e instruir al nuevo difunto. También estaba haciendo, en este momento, de lámpara sutil para iluminar el escenario. Fran necesitaba todavía centrarse mucho para iluminar. De momento, necesitaba que otros seres, más experimentados, lo iluminasen a él.

—Cariño, debiste pasarlo muy mal tras tu muerte, imagino — le dijo Maga, algo entristecida y frustrada.

—Sí. Las muertes por accidente son malas, pero CB y otros seres benditos me auxiliaron de inmediato. Tampoco suicidarse es buena idea, porque la energía, que estaba organizada para administrarse durante un término de tiempo previsto de antemano, se desbarata y el alma lo pasa fatal, para volver a reorganizarse y volver a encontrar el

camino correcto — le confirmó el ser de luz en prácticas.

—Tío, Fran, eso no es guay. Lo sabía, pero escucharte a ti confirmarlo, no mola — le respondió Maga.

—Maguita, CB me ha dicho algo que si te lo comunico, te dejará en estado de shock. Tú eliges si quieres saberlo o no — le dijo súbitamente Fran.

—¡Ya estamos! ¿Acaso tengo libre albedrío para decidir si quiero quedarme en estado de shock o no? — preguntó Maga, momentáneamente indecisa. CB sonreía, dos pasos detrás de ellos.

—No tienes libre albedrío, porque aunque te haya dado a elegir, sé que vas a elegir que sí, por lo tanto, te vas a quedar en estado de shock. — dijo Fran.

—Hostia, Fran, ya veo que te están instruyendo con rapidez. Venga, suelta el secreto que te han compartido y así te das el pegote conmigo — le instó Maga.

—Es sobre Belén. Ella alberga el alma de otro ser que fue muy importante para ti en tu vida anterior, en la que fuiste dibujante de éxito. Ya te he dado una pista — comenzó el difunto a hacerse el interesante, pues aún no había alcanzado la humildad que caracteriza a todos los seres elevados.

—Belén, otra persona importante en mi vida anterior... mmm déjame adivinar. Hago un repaso, no tengas prisa, Fran. Quiero acertar yo misma. Veamos, la persona más importante de mi vida anterior fue Felisa, mi amada esposa. Ésta ya ha pasado por mi vida, es Laura Beltrán, mi amor de adolescencia. Tú, que ya te has muerto otra vez, fuiste Catalina, la mujer de mi sueño, o de mi pesadilla. Dos descartados. La que fue mi hija, Amparo, se me informó de que no quiere volver a reencarnar jamás, así que descartada también. Importantes, quedan mi padre, Manuel, y mi madre, Amparo. Ayuda, Fran, por favor — pidió Maga.

—Hay otra persona importante en tu anterior existencia. No tiene por qué ser de amor. Puede ser también de lo contrario. Belén no es de amor. ¡Joder, CB, perdona, ya he dicho más de lo que estaba autorizado a decir! — se lamentó Fran, que sintió una sutil aunque amorosa recriminación energética desde la consciencia de su acompañante.

—¡Leñe! ¡Nicasio Paganones! — exclamó Maga.

—¡Bingo, colega! — confirmó el difunto Fran.

En ese momento despertó Lucía, que se presentó de inmediato en el salón.

—¡Maga, cabeza loca! ¿Qué haces aquí dando voces, y a oscuras? — le preguntó su madre.

—¡Mamá! ¡Ya has jodido la reunión! ¡Has hecho que CB y Fran se hayan tenido que largar. Estaba hablando con ellos — respondió la hija.

—¡Ya estamos otra vez! Mañana te llevo de cabeza al doctor Olmos. ¡Venga, a la cama, a dormir! No despertemos a tu padre, que mañana ha de ir a trabajar.

—Vale Mamá. Pero a dormir no. Te voy a decir algo que vas a flipar en colores, y ya no vas a poder dormir en dos noches. Vamos otra vez a la cama y te cuento.

Maga relató a su madre el contenido de la conversación que había mantenido con los dos visitantes de cuarta dimensión. Lucía sabía, desde hacía ya muchos años, que el don de clarividencia de su hija era verdadero, por lo que dio credibilidad completa a las palabras de ésta.

—¡Nicasio Paganones, reencarnado en Belén! Esto es demencial, chiquitina. ¿Qué vamos a hacer? ¿Se lo decimos al doctor Olmos? — preguntó Lucía, que por primera vez no estaba segura de cual debía ser el siguiente paso a dar.

—No. No hay por qué decirle nada que le haga pensar que estoy más loca de lo que

en realidad pueda estar. Vamos a pensar, mamá. Nicasio Paganones. Fue el editor de los tebeos que yo dibujé en mi vida anterior, cuando fui el padre de papá. Sé que me robó mis derechos de autor. Sé que mató a Catalina Álvarez, que fue el pobre Fran. Joder, mamá, si no llegas a entrar en el comedor cuando estaba hablando con CB y Fran, seguramente me habrían dicho algo más — se quejó Maga.

—Que no vuelva a oír de tu boca esa palabrota tan fea. No te queda ni mínimamente aceptable. La próxima vez, azotes al culo llevarás.

—Y yo los recibiré tan feliz y contenta, mami, porque me gusta sentir tus enérgicas manos sobre mi popó — le respondió Maga, riéndose.

—¡Descarada! ¡Ya no te pegaré más! ¡Eres una perversa! — le respondió Lucía, fingiéndose enfadada, pero sin engañar, ni pretender hacerlo, a su adorada hija.

—A ver, mami, a lo que íbamos. Estaba yo pensando, especulando más bien, cual fue en realidad el grado de maldad de Nicasio Paganones, que en paz descansa, y cual fue su grado de inconsciencia. Qué proporción de maldad versus inconsciencia hubo en ese ser. ¿No te parece esto apasionante? — preguntó Maga.

—Jajajaja, cariño, lo que me ha resultado, no apasionante sino cómico, es que hayas dicho de Paganones “que en paz descansa”, cuando el alma de aquel editor tuyo habita ahora en el lucidor cuerpo de Belén Sánchez, jajajaja — rió Lucía.

—Pues no te creas, puede haber quedado un resto de Paganones habitando en el Cosmos, y otra parte de él haberse reencarnado en mi ex-novia. Somos seres multidimensionales, mamá, no te creas que yo lo sé todo. Sé muy poco, y ni Kuthu, Sananda, Melquisedec, CB, ninguno de ellos habla con claridad. Dicen verdades a medias, otras veces parecer jeroglíficos, y en ocasiones, mienten. Así que tendremos que investigar por nosotras mismas — explicó Maga.

—¿Por nosotras mismas? — preguntó Lucía, que vio venir hacia ella algo tan gordo como inesperado.

—Pues claro. Acabamos de dar a luz, bueno, he sido yo, la nueva compañía de detectives “Barrón & Lafuente Ltd”. Somos socias, mamá — decidió Maga.

—¿A mis años! ¿Y qué pasa con tu padre? ¿No lo admitimos en nuestra sociedad? — preguntó Lucía.

—Papá tiene bastante con su magisterio y las cartas que intercambia con sus amigos y amigas de internet — respondió la aludida.

—Haz el favor de hacer más caso de tu padre. Lo tienes un poco retirado de tu vida. Recuerda que uno de los motivos por los que reencarnaste como Maga fue para cuidarlo a él, ya que fuiste su padre y lo dejaste huérfano a sus once años.

—¿Mamá! No seas aguafiestas. Papi se las arregló muy bien el solito, a lo largo de su vida, para hacerse millonario, y ahora trabaja en ese estúpido rollo inútil de la enseñanza pública. Él se entretiene y es feliz, no me necesita a mí. Yo sólo le doy problemas, y he sido una sacadineros para él — arguyó Maga.

—Cariño, quiero que hagas más caso de tu padre. A mí me mimas mucho más que a él. Yo os quiero a los dos, sois los amores de mi vida. No lo margines, por favor — rogó Lucía.

—Eres maravillosa, mami. Voy a invitar a papá a ir al cine conmigo mañana, a la sesión de las seis. ¿Te parece bien? — le propuso.

20 de enero de 2013

Belén Sánchez no tuvo ningún problema en regresar al domicilio conyugal que había compartido hasta hacía pocas semanas con su esposo, el doctor Fernando Olmos. Llevaban ya muchos años haciendo vidas separadas, por lo que el psiquiatra se había extrañado cuando su esposa visitó su clínica en unas cuantas ocasiones, coincidiendo con la presencia y posterior asesinato de Estefanía en Valencia. Ni siquiera solían desayunar juntos, pero aquella mañana, Belén ordenó a la doncella, cuya tarea era encargarse de todo el trabajo que aquel desangelado hogar requería, que le sirviese café, zumo y tostadas junto al señor de la casa.

—Querida, qué novedoso es tenerte aquí a estas horas. ¿Cuál es el motivo de tu inesperada compañía? — Olmos habló en primer lugar.

—Fernando, cuando me acusaste de querer inculparte en el asesinato de Estefanía ¿Lo pensabas de verdad? ¿Crees que hice eso? — le preguntó Belén.

—Por supuesto. Te creo capaz de eso y de mucho más — respondió el psiquiatra.

—¿Qué quieres decir con “mucho más”? — inquirió ella, entornando los párpados mientras miraba fijamente a los ojos de él.

—Que fuiste tú la que pudiste destrozar con una piedra la cabeza de Estefanía. Es que se da la circunstancia de que yo no fui, querida, y resulta que motivos para perpetrar ese crimen, únicamente los teníamos tú y yo. Analízalo. Tú, de pronto, sin que yo supiese por qué, comenzaste a revolotear por la consulta, que jamás te ha importado un pimiento. Días después, mi antigua novia, que no te voy a negar que lo fue, me amenaza con denunciarme al juez si no reconozco ser el padre de su hija y contraigo todas y cada una de mis obligaciones legales como padre. Sí, la hija de Estefanía es mi hija. Ahora bien, querida, yo jamás hubiese asesinado a mi ex-novia. Primero, porque no soy un asesino, eso para empezar. Para continuar, esa mujer no merecía el final que tuvo.

—Desbarras. ¿Que no eres un asesino? ¿Quién mató entonces, hace muchos años, a un oficial del ejército de tierra cuyo nombre fue Sabino Torralba Masclat, que en paz descansa? Lo sabe hasta tu guapa cliente, la Maguita Lafuente, que por cierto es una zorróna a quien le gusta que le pongan el culo más morado que el capirote de un tonto en semana santa — mintió Belén, a la que tampoco le faltaba su dosis de humor negro.

—Te equivocas. La señorita Lafuente no es masoquista en absoluto. Su problema no es ese, Belén. Es su sentimiento de culpabilidad, que es lo que estoy tratando. Sigue siendo mi paciente. Ah, y no se te ocurra aparecer por la consulta para buscarla, porque te echaré de allí a patadas — la advirtió Olmos.

—No te preocupes. Tu paciente es realmente un bomboncito, pero puedo buscarme otro — respondió la mujer con frialdad.

—Sí, ya lo sé. Mejor será que cumplas lo que has dicho. Ah, y no intentes perjudicarme de nuevo, o en cuanto estemos divorciados, haré público el precioso dossier que guardo sobre ti en una caja fuerte de un banco — Olmos amenazó por primera vez a su esposa. Jamás lo había hecho antes.

—¿Qué? ¿De qué me estás hablando, Fernando? — preguntó ella, poniéndose en guardia.

—De tus prácticas sadomasoquistas que comenzaste a llevar a cabo tras pocos meses después de nuestro nefasto enlace matrimonial. Me engañaste durante los primeros años, pues creí que con el tiempo y la costumbre, nos convertiríamos en un matrimonio

casi feliz. Disimulabas muy bien, querida — le dijo con sorna Olmos.

—Así que me estuviste espiando desde el principio — dijo Belén, con una mueca de desprecio, no exenta de nerviosismo.

—Sí. Te mostrabas demasiado fría e indiferente en la cama. Yo quería más calidez por parte de mi esposa — dijo el psiquiatra.

—¡Maldito cabrón hijo de puta! ¿Cómo te atreviste? ¡Nuestro matrimonio fue de conveniencia, y así lo establecimos bien claro entre nosotros desde el principio! — chilló ella.

—Puede que el término “conveniencia” no significase lo mismo para cada uno de nosotros. Yo entendí que la “conveniencia” de nuestra sociedad matrimonial se basaba en aumentar nuestras ganancias en todos los sentidos, especialmente en el económico. Cuando nos conocimos, tú tenías el dinero, bueno, tú no, tu padre, y yo el talento, mi título en Doctor en Psiquiatría y mi presencia física, de la que iban a surgir unos ingresos que nos íbamos a repartir a partes iguales. Muy conveniente para ambos. Pero Belén, yo respeto ciertas normas éticas, y esperaba de ti una relación carnal satisfactoria para ambos. ¿Era mucho pedir? Me engañaste. Yo no sabía que eras lesbiana, y además, sádica — Olmos seguía hablando sin alterarse, en tono neutro. Ya no era tiempo de recriminar nada. Su matrimonio había sido un completo fracaso.

—Querido, siento haberte decepcionado tanto, no sabía que eras tan escrupuloso. Puedes hacerte el bueno si quieres y ponerme a mí a nivel del betún, pero lo cierto es que tú jugabas con ventaja. Si mi padre hubiese sabido que soy lesbiana, me hubiese echado a patadas de su casa, ya que menudo santurrón hipócrita es el tío. En cuanto a mi madre, no es más que la triste sombra de su esposo. En cambio, tú les caíste de maravilla en cuanto te vieron. Les pareciste el esposo ideal para su desconocida hija. Lo hablamos tú y yo, llegamos a un acuerdo, y nos lanzamos a la aventura. ¿Recuerdas? Entonces, mi pregunta es: ¿Por qué me investigaste, hijo de puta? ¿Todo estaba en orden entre nosotros! Formábamos una sociedad, todavía la podríamos formar, si no te hubieses encoñado de tu Elenita Villana. Yo, o mi padre a través de mí, te pusimos el capital para tu clínica y te proporcionamos tu primera adinerada clientela, que a su vez te envió mucha más gente, sobre todo señoras neurasténicas que se pirraban por tus huesos y tus musculitos ¿Verdad, cariño? — se burló Belén.

—Formábamos una buena pareja sexual, Belén. Lo que yo ignoraba es que tú eres de la acera de enfrente. Yo en cambio soy heterosexual y podía darte lo que cualquier mujer normal hubiese necesitado en cuanto a sexo. Tú dejaste de disimular muy pronto conmigo. Entonces te investigué y te descubrí. Pero fui respetuoso. No te reproché nada. Simplemente conocí a Elena y me enamoré de ella. Dejé de molestarte, y cada uno comenzó a hacer su propia vida. Realmente, no sé por qué empezaste a revolotear por la clínica hace unas semanas, coincidiendo con la reaparición en mi vida de Estefanía Pozuelo. ¿La mataste tú, Belén? — preguntó Olmos, sin alterarse lo más mínimo.

—¿Yo? ¿Por qué había de matarla, santurrón prostituto de mujeres maduras durante tu periplo en Palma de Mallorca? En todos los hoteles te conocían por eso, cabrón hipócrita! — le insultó la mujer, que se estaba cansando de tan estéril discusión.

—Ya, señora detective lesbiana sádica. Pues que sepas que estoy convencido de que tú mataste a Estefanía. Lo que no sé es por qué, pero contrataré a Maga Lafuente y a su madre para que lo averigüen. Menudas son esas dos. No te vas a escapar. Te echarán el guante — rió sin ganas.

—Veremos quien echa el guante a quién. Yo también voy a por ti a partir de ahora,

Olmos. Veremos quién gana la partida. También pagarás por el asesinato del militar Sabino Torralba Masclat. — desafió la soliviantada rubia cuarentona.

—Belén, un consejo, querida, si es que aprecias el confort en tu vida: Haz tu marcha sin interferir en la mía. Si enseño a tus papás el dossier fotográfico en las que se te ve como dominatrix, infligiendo castigos más que perversos a unas pobres chicas que se dejaban hacer tales atrocidades por dinero, te repudiarán para siempre y te quedarás sin la mayor parte de la herencia que esperas cobrar en un día no muy lejano, pues tus padres son ya mayores... ¿me has entendido? — advirtió el psiquiatra, conteniendo su enfado.

—¿Y cómo pudiste obtener esas fotografías, hijo de puta? — preguntó ella, furiosa.

—Yo mismo te puse a tu disposición dos peritas en dulce a las que pagué bastante dinero. Les hiciste daño, pero cobraron, aparte de tus latigazos y de que usases sus culos como acericos para clavarles agujas, dinero por mi parte y por la tuya. Les di instrucciones. Ya te puedes imaginar que yo conocía la existencia de unas llaves, y hasta me hice copia de ellas, aprovechando un descuido tuyo, para poder acceder a tu apartamento secreto. También fui con un técnico para que instalara una minúscula cámara de vídeo camuflada, que grabase las torturas a las que sometías a tus chicas. Luego, pasé las imágenes más “ilustrativas” a formato fotografía. Todo eso me costó un huevo y la mitad del otro, querida, pero acerté, pues ahora te tengo pillada... pero no haré nada en tu contra si cumples con tu parte, que es comportarte como una chica buena, lo que entiendo que te supondrá un gran esfuerzo puesto que no lo eres, durante la tramitación de nuestro divorcio, y desaparecer después de mi vida para siempre.

—¡Cabrón! ¡Que te den! — le espetó Belén, al tiempo que se levantaba de su silla, cogía su abrigo y se dirigía a la puerta de salida de la vivienda conyugal.

Lucía Barrón tomó en alquiler un céntrico despacho donde instalaría el nuevo negocio, del que serían titulares ella y Maga. Sería una empresa cuyo patrón estaría calcado de la que tuvieron Maga y Fran. La primera había sopesado la idea de formar sociedad con su hija, y aunque ya no le interesaban los negocios, llegó a la conclusión de que sería el medio más idóneo de tener bajo su control a ésta, hasta que se recuperase totalmente de los golpes emocionales que había sufrido durante el último año. Maga parecía haber asumido relativamente bien la muerte de Fran, a lo que sin duda contribuyó el hecho de que tras el fatídico accidente, su ex socio se le presentara dos noches después, en espíritu, junto al maestro cósmico CB, para pedirle perdón. Visto así, el joven seguía vivo para Maga, en otro plano dimensional, y disfrutando de un tipo de vida mejor que el que conocemos los seres de tercera dimensión, sujetos a las miserias de nuestros cuerpos físicos, a las exigencias del planeta, y a la obligada obediencia a los sátrapas, democráticos o no, encargados de regir con tiranía cuantos rebaños humanos residen temporalmente en la tierra.

—Bueno mamá, esto marcha. ¡Qué contenta estoy de que seamos socias! — exclamó Maga, que se hallaba en el nuevo despacho, todavía semivacío, junto a su madre.

—Sí, nos falta el permiso de apertura y algunos muebles. Pero vamos, que ya podemos hacer marcha — dijo Lucía.

—¿Sabes? Quiero seguir con el caso de Estefanía. Es de justicia que averigüemos quién la mató. Yo pienso ahora que Olmos no fue — expuso Maga,

—Cariño, nadie te va a pagar la minuta porque averigües quién mató a esa pobre chica. Personalmente, de Olmos únicamente espero que te ayude a curarte. A mi tampoco me parece un asesino. Pero acuérdate de las palabras que te transmitió un día tu amiga, la vidente Lola Monreal — le respondió Lucía.

—Sí. Las recuerdo de memoria. Son: “Saturado de bragas, las coge al vuelo y se lleva la palma” — recitó Maga aquellas palabras, aparentemente sin sentido.

—Exacto. Convierten en sospechoso al doctor Olmos. El tío es guapo de veras, por lo que se saturó de bragas, de damiselas como tú y más jóvenes, y de viejas como yo, que le pagaban por sus servicios de prostituto. Por tanto, el “saturado de bragas” es el doctor. Las coge al vuelo, supongo que se refiere a la profusión de sus contactos sexuales”. “Se lleva la palma”, debe referirse a Palma de Mallorca, digo yo. ¿Tú qué piensas, cariño? — preguntó Lucía a su hija.

—¡Mamá! ¡Tú no estás vieja! ¡Ya quisieran muchas jóvenes ser tan atractivas como tú! — protestó Maga.

—Eres un cielo, cariño. Me deslomo en el gimnasio y me compro cremitas caras, me cuido, pero tengo sesenta y tres. Tú me ves a través del amor que me tienes, vida mía. El mismo que te tengo yo a ti, cielo — Lucía abrazó a su hija con gran ternura, como siempre hacía.

—Mamá, a papi todavía le excitas un montón — la halagó Maga.

—Sí, lo cual se traduce, a efectos prácticos, en que siempre llevo el popó rojito como un tomate y bastante dolorido, por cierto — le respondió la feliz madre y esposa.

—Rojito, pero no morado, como me lo dejó a mí Belén... ¡uf, que dolor, mamá! ¡Todo por sentirme culpable de cualquier cosa que suceda a mi alrededor! Te quiero, mami. Pronto dejaré de ser tonta y volveréis, tú y papá, a sentirnos orgullosos de mí — Maga permanecía abrazada a su madre.

—Ya basta de decir que eres tonta o te pegaré un bofetón. Venga, a trabajar. Hemos de ordenar la carpeta del caso Estefanía-Trompo-Olmos y después, dar el primer paso en pos de la resolución de este enigma. ¿Estás de acuerdo, socia? — preguntó Lucía a su hija.

—Totalmente, mami. Tengo algunas ideas. ¿Tú también?

—Sí. Lo pensé ayer. Hemos de descifrar, en primer lugar, el enigma Trompo-Mastuerzo-Olmos. El pasado de Olmos se llama Trompo-Mastuerzo, y ya averiguaste también, en tu viaje a Palma con Belén, que las raíces de Trompo-Mastuerzo quedaron en Madrid. Sólo hay un único Segismundo Trompo en Madrid, y ya he dado con la casa donde vive nuestro hombre de nuestro hombre. ¿A que te has buscado una socia eficiente, eh, cariño? — Lucía impresionó una vez más a su devota hija.

—Sí mamá, eres la mejor, y la más guapa - la piropeó Maga.

—¡Aduladora! Me alegro, veo que ya estás recuperando tu forma. Bien, vamos a comprar billetes de avión para ir mañana a Madrid — propuso Lucía.

—Yo prefiero el AVE — dijo la socia más joven.

—Bien, pues cogeremos el AVE. Vamos a casa a preparar las maletas — dispuso Lucía.

—No tienes vergüenza, mami. Abandonas a papi por menos de nada, así, sin más, te da la volada y... ¡A volaaaar! — rió alegremente Maga.

—Papá es un cielo, hija. Además, lo mismo le damos un respiro yéndonos fuera un par de días — aventuró Lucía.

—Puede. Las mujeres somos muy pesadas para ellos. Quieren lo que quieren de

nosotras, y después, que los dejemos tranquilos para que puedan hacer sus pequeñas chorradas. ¡Qué egoístas! — exclamó Maga.

—Venga, a mover ese culito que vamos a casa a hacer las maletas — dijo Lucía, dando una palmada en el trasero de su hija.

—¡Ay! Mami, qué gustito. Me encanta que me castigues. ¿Por qué has dejado de hacerlo? — le preguntó, con una risita juguetona.

—Porque tu terapeuta es el doctor Olmos, no yo — respondió la paciente madre.

—¡Protesto, señorita! Tú eres inteligente, mientras que el doctor Olmos es un trompo, y por si fuese poco, mastuerzo, jajajajaj — rió la hija, hasta casi atragantarse.

—Muy aguda su puntualización, letrada. Vamos, que además de hacer las maletas para que mañana salgamos a primera hora, hemos de preparar la cena — apremió Lucía.

—Papá sabe hacer la cena y no le importa — puntualizó Maga.

—Lo sé, tu padre es un sol, pero por eso mismo, quiero ser una esposa digna de él — respondió.

Lucía Barrón y Magalí Lafuente llegaron a la capital de lo quedaba de España sobre las once de la mañana. Cogieron un taxi y facilitaron al taxista la dirección del hotel donde habían reservado una habitación doble para una estancia de dos días.

—Mamá... ¿Has pensado si visitaremos a Laura? — preguntó Maga.

—Eso lo has de decidir tú. Y Laura, claro está. Si quiere y puede recibirnos — le respondió Lucía.

—Claro que querrá. Ella se desplazó a Valencia para estar conmigo cuando... ocurrió aquello.

—Bien, pues tú decides. Antes, vamos a visitar la casa de la familia Trompo-Mastuerzo. Primero la obligación y después la devoción. Ahí es nada — suspiró la madre.

Se instalaron en la habitación del hotel que les fue asignada en recepción. Lucía llamó al número de teléfono del abonado Segismundo Trompo Buenaventura. Fue la esposa del afamado psiquiatra quien habló al otro lado de la línea. Les dio cita en su propio domicilio, a las cuatro de la tarde de ese mismo día.

Se presentaron a la hora convenida, ni un minuto antes, ni un minuto después. El apellido Trompo, y lo que creían conocer sobre el hombre que lo ostentaba con orgullo, imponía respeto a las dos mujeres. Tanto era así, que la risa fácil se mantuvo alejada de la guasona Maga.

—Bienvenidas, señoras, pasen ustedes — las saludó Regina, la doncella, casi haciéndoles una reverencia. Su antecesora, Casilda, había sido despedida hacía ya muchos años, cuando las dos hijas pequeñas del matrimonio fueron cumpliendo años y fueron conscientes de lo que sucedía entre su padre y la antigua doncella.

—Buenas tardes. Tenemos una cita con don Segismundo. Yo soy Lucía Barrón y esta es mi hija, Magalí Lafuente — saludó Lucía.

—Pasen ustedes. Los señores las están esperando en el salón — les indicó la doncella, que las precedió.

—Adelante, señoras, muy buenas tardes — el hombre de la casa extendió su mano derecha a sus visitantes, primero a la de más edad, y después a Maga.

—Buenas tardes, don Segismundo — dijeron Lucía y Maga. Después, miraron a la mujer, que se acercaba a ellas, sonriéndoles. El doctor la presentó.

—Esta es mi esposa, doña Remedios Mastuerzo. Ha estado enferma durante muchos años, pero felizmente, con la ayuda de Dios y la ciencia, se ha recuperado — dijo sonriente don Segismundo.

—Pero tomen asiento, por Dios, señoras — continuó el hombre, señalando un sofá de dos plazas.

—Gracias doctor. Bueno, han sido ustedes muy amables al recibirnos — dijo Lucía, que no sabía cómo empezar.

—Señora Barrón, en cuanto me dijo usted que tiene noticias de mi hijo, decidí escucharla. A usted y a su guapa hija, por supuesto — puntualizó el médico, haciendo que el comienzo de la conversación fuese más fluido.

—Verá usted, hemos venido para recabar información, que puedan facilitarnos ustedes dos, acerca de los años jóvenes de su hijo, quien, no sé si ustedes lo saben o no, cambió su nombre y apellidos, y... Lucía hizo una pausa. Sintió que tenía la boca seca. El doctor Trompo acudió en su ayuda.

—Sí, mi ingrato hijo primogénito se avergonzó de sus padres y cambió sus apellidos, y hasta su personalidad, según pudimos comprobar cuando finalmente, tras ocho años de ausencia sin saber de él absolutamente nada, se decidió a visitarnos — reveló el doctor a sus interlocutoras.

—La señora Mastuerzo quiso intervenir en la conversación. Hasta ahora, únicamente había hablado su esposo.

—Nuestro hijo Leonardín siempre fue muy maleducado y hosco con nosotros. Parece ser que en el colegio e instituto, no solo sus compañeros, sino también sus profesores, se burlaban de él cada dos por tres. Yo sufrí lo indecible con este hijo, pero siempre lo quise, y su padre también. Quizás no supimos tratarlo como él necesitaba... mi marido tiende a ser muy severo. Con las niñas no lo fue, a ellas les consintió todo. Pero con Leonardín... correazo va y correazo viene — narró doña Remedios.

—Nosotras no sabíamos que Leonardín... es decir, Fernando, había venido a visitarles. La información que tenemos es que rompió totalmente sus relaciones con ustedes — intervino Maga, que no quería quedarse al margen de la conversación.

—Pues su información de ustedes es incorrecta. Tardó ocho años, pero un día, de forma inesperada, Leonardo se presentó en casa. Nos quedamos de piedra. Bueno, yo me quedé estupefacto, mi esposa se hallaba postrada en cama, y tuve que ayudarla para salir a recibir a su hijo... porque, señoras mías, su madre y yo lo recibimos con los brazos abiertos — dijo el doctor, a quien una indiscreta lágrima le resbaló por su mejilla derecha.

—Debió ser un momento muy emotivo — dijo Lucía.

—Sí. El regreso al hogar del hijo pródigo. Nos pidió perdón, entre sollozos y lágrimas. ¡No nos lo podíamos creer! ¡Nuestro fiero Leonardín, pidiéndonos perdón, llorando como una magdalena! Le perdonamos inmediatamente, y le pedimos que nos contase todas sus aventuras y desventuras durante esos ocho años de ausencia. Lo hizo. Pasó dos días en casa, con nosotros y sus hermanas, que incluso faltaron al colegio, las pobrecillas, para que pudiesen conocer a su hermano mayor — siguió narrando el doctor, que había recuperado su compostura.

—¿Les habló de una tal Estefanía Pozuelo? — preguntó Maga.

—Sí. Fue una novia que tuvo en Palma de Mallorca, de la que tuvo que separarse porque él quería continuar con sus estudios de medicina, y ella pretendía a toda costa que él se hiciese hippy, como ella, y se dedicase a elaborar y vender collares de bisutería

y otros artículos trabajados a mano. Leonardín estuvo muy enamorado de Estefanía, y verse obligado a dejarla, le rompió el corazón — dijo con tristeza doña Remedios.

Lucía y Maga no sabían cómo continuar aquella conversación. La información que ellas tenían sobre el tal Leonardín era muy diferente a la que estaban recibiendo.

—Don Segismundo, ¿Su hijo les habló alguna vez de un sujeto, que parece ser que fue muy mala persona, llamado Sabino Torralba Masclat? — se le ocurrió preguntar a Maga.

—Sí señorita. Era un auténtico hijo de puta, y más loco que una cabra que ocupase escaño en el Congreso de los Diputados. Leonardín, es decir, Fernando, nos dijo que ese cabrón merecía morir, y que ese fue su final — dijo el doctor.

—Fernando. Luego conocen la personalidad que adoptó su hijo tras cambiarse nombre y apellidos en la oficina del Registro Civil — comentó Lucía.

—Sí. Fernando Olmos Garrido. He de reconocer que suena mejor que Leonardo Trompo Mastuerzo, ¡qué caray! — admitió el doctor Trompo.

—Yo soy paciente de su hijo de ustedes — dijo Maga.

—¿Usted? ¡Quién lo diría! Espero que no padezca ninguna afección grave, como esquizofrenia — exclamó el doctor.

—No, mi hija padece síndrome de culpabilidad inexistente. El doctor Olmos está consiguiendo grandes progresos con ella — expresó Lucía.

—No conozco esa enfermedad. Debe haber sido descrita muy recientemente. Decididamente, estoy viejo. Me quiero retirar, el futuro es de los jóvenes — expresó don Segismundo, con una sonrisa afable.

—Esa frase ya no tiene sentido, doctor. Los políticos y los banqueros nos han robado el futuro a todos — expresó Maga.

—Tiene usted razón, hija mía. Políticos, banqueros, bárcenas y urdangarines varios. ¡Cómo echo de menos a nuestro invicto Caudillo! Él trajo otros tiempos de gloria a esta nación, otrora una, grande y libre, ahora en ruinas, en todos los sentidos — suspiró el psiquiatra.

—¡Segismundo! Eso que has dicho no se dice. ¡No es políticamente correcto, marido! — le riñó doña Remedios.

—La verdad es que la gente que tiene ahora alrededor de sesenta años añora los últimos quince años de Franco. Yo la primera — dijo Lucía.

—¡Mamá! No se te ocurra decir algo así delante de los antidisturbios democráticos! ¡Te pueden vaciar un ojo con una de sus pelotas de goma! — riñó Maga a su madre.

—Jajaja, las pelotas de goma son eso, pelotas de goma, da igual que sean democráticas o dictatoriales. Las lanzan los poderosos contra los descontentos con las felonías de los primeros — rió el doctor.

Continuaron hablando animadamente durante dos horas más. Les sirvieron café y pastas, y sobre las siete y media, dieron por finalizada la conversación. Don Segismundo y doña Remedios despidieron afectuosamente a Lucía y Maga, y éstas tomaron un taxi para regresar al hotel.

—Uf, mami, lo sabían todo sobre Fernando — dijo Maga.

—Bueno cariño, la visita ha sido fructífera. Tenemos la versión de los padres. La perspectiva desde la que podemos contemplar a nuestro doctor Olmos, ha variado un poquito — contestó Lucía.

—Sí. Olmos es, en el fondo, un sentimental. Puede que no matase a Estefanía, pero parece ser que sí decidió sobre la vida del Torralba aquel — valoró Maga.

—Cariño, puede que lo matase, o puede que no. Bien pensado ¿A nosotras qué nos importa? Fernando es un buen médico, casado con una horrible mujer. Lo que debería convertirla en sospechosa ante nosotras ¿Tú qué opinas? — preguntó Lucía.

—Que todo son conjeturas, Mamá. Sí, Belén es lesbiana, sádica y le gusta infligir castigos duros a otras mujeres. Pero de ahí a que sea una asesina... hay un abismo — arguyó Maga.

—Olmos nos ha predispuesto contra ella, es cierto. Pero también vi cómo te dejó ella tu culo — señaló Lucía.

—Es que el caso va girando poco a poco, y cambian los matices. Cuando Estefanía se presentó en el despacho de Fran y mío, una semana antes de Nochebuena, nos dijo que tenía pruebas contra un asesino, pero no nos dijo de quién se trataba. Dimos por supuesto que se refería a Olmos, pero la pobre mujer, que por cierto era muy sexy, faltó a su cita el día que habíamos quedado con ella para que nos relatara su historia. Quería contratarnos, pero por alguna razón, no acudió. El día 26 fue asesinada — expuso Maga.

—Sí, lo recuerdo. Después, Olmos fue acusado de su muerte, al parecer sin pruebas, y puesto en libertad, sin ningún cargo, por el juez instructor del caso. Bien, pues ahora hemos de desplazarnos hacia Belén — sugirió Lucía.

—El único motivo que tendría Belén para asesinar a Estefanía sería que su marido reconociese a la hija que tuvo con ésta última, durante su romance en Palma de Mallorca. El reconocimiento de esa hija le hubiese supuesto a Belén una merma en los beneficios de su sociedad matrimonial con Olmos. ¿Es eso motivo para matar a alguien? — preguntó Maga.

—Para ti y para mí, desde luego que no, cariño. Para Olmos, creo que tampoco, y para Belén, no lo sé. Hemos de investigarla — decidió Lucía.

—Mamá ¿Y para quién estamos trabajando? ¿No te das cuenta de que no tenemos cliente? Somos más torpes que Mortadelo y Filemón — se le ocurrió a Maga.

—Hija, yo ya me había dado cuenta de que no tenemos cliente. Esto lo hacemos para practicar, para adquirir destrezas investigadoras ¿Acaso no está de moda en estos tiempos rajonianos trabajar sin cobrar, sólo por ganar experiencia? — preguntó no sin sarcasmo Lucía.

—Anda mamá, que lo que has dicho esta tarde, que añorabas a Franco... ya te vale. ¡Facha! — rió Maga.

—Eh, eh, mira, ¡los azules! ¡Van a cargar contra alguien! Corre y entra al hotel, de prisa! — la asustó Lucía. No sucedía nada, pero Maga atravesó corriendo la puerta de cristal, que apenas tuvo tiempo de abrirse para dejarla pasar.

En la confortable habitación que les habían asignado en el establecimiento, las dos mujeres se echaron sobre sus respectivas camas. Estaban cansadas. Se habían levantado muy pronto por la mañana, para desplazarse desde Valencia hasta Madrid y poder aprovechar el tiempo. Esto último lo habían conseguido.

El teléfono móvil de Maga sonó. Era Luis, su padre.

—Agente Mortadelo al habla — le contestó ella. Jajajaja, papá, nos ha ido muy bien. Ya te contaremos con detalle cuando volvamos cómo son el Trompo y la Mastuerza — expresó Maga, de forma muy irreverente.

—Pásame a tu padre, anda, guasona, que no lo puedes evitar. Dame — le pidió el teléfono Lucía.

—Aquí Filemón, jefe. La investigación sigue su curso, pasado mañana regresamos, conforme al plan — dijo Lucía a su marido.

—Sí, cariño, no te preocupes, la niña está bien... hemos planificado ir mañana a visitar a Laurita Beltrán, y después daremos por finalizada nuestra misión. Sí, sí, cielo, no te preocupes. Un besito. Ciao. — finalizó.

Permanecieron en la habitación hasta que se hizo la hora de cenar. Lucía parecía tener más apetito que Maga. Miró a su hija, que yacía sobre su cama, contemplando la blancura inmaculada del techo, ensimismada en sus pensamientos.

—Cariño ¿Bajamos al restaurante? Yo no me quedo sin cenar. ¿No tienes hambre, después de la charla que hemos tenido con los padres de tu psiquiatra? — le preguntó.

—Ah, sí mamá, vamos — respondió Maga.

Se sentaron en una mesa y esperaron a que una camarera les llevase la carta del menú. Maga pidió una botella de un Rioja que pareció llamarle la atención. Lucía se extrañó, pues su hija solía beber agua durante las comidas. Todavía le pareció aún más inusual que le dirigiese sonrisas y miradas que aquella consideró que no eran propias de una hija para con su madre. Lucía la invitó a que no bebiese más, pero Maga, tras finalizar su segundo plato, ingirió la cuarta y última copa de vino, hasta vaciar la botella. Les sirvieron los postres, salieron del comedor y subieron a la habitación.

—Nena, ponte el pijama y métete en la cama. Te has portado de una forma muy extraña — dijo Lucía.

—Mamá, esta noche quiero dormir desnuda, en tu cama, contigo — respondió Maga.

—Estás borracha y no sabes lo que dices. Vamos, métete en tu cama y a dormir. Quitate el jersey, los pantalones y las medias — le ordenó.

Como única respuesta al requerimiento de su madre, Maga la abrazó y la besó en la boca. No era la primera vez que lo hacía, pero nunca se le había ocurrido introducir su lengua y acariciar con ella el interior de la cavidad bucal de su madre. En esta ocasión lo hizo, y Lucía reaccionó agarrando fuertemente los brazos de su hija y separándola de ella con violencia.

—¿Pero estás loca? ¿Qué quiere decir esto, Maga? ¿Estás borracha! — exclamó la madre.

—Te quiero mamá. Eres el amor de mi vida — dijo la joven, dando un pequeño traspies, a consecuencia del alcohol que había ingerido durante la cena.

—Tu comportamiento es intolerable, hija. Jamás me hubiese esperado algo así. ¡A tu cama a dormir la mona! — le ordenó Lucía, muy enfadada.

—No. Poséeme mamá, quiero ser tu amante. Estoy enamorada de ti — se atrevió a decir.

Lucía avanzó hasta su hija y le propinó un fortísimo bofetón, que hizo que Maga perdiese el equilibrio y cayese al suelo. La joven rompió a llorar, muy sorprendida. No esperaba aquella reacción de la persona a quien más amaba en el mundo. Se hallaba muy mareada y con la cabeza embotada a causa de la bebida. Su madre tiró fuertemente de su mano derecha, la hizo levantarse, retiró la colcha y mantas de la cama de su hija y la acostó vestida. La tapó y la miró con furia.

—Eres una cochina y una perversa. Duérmete, y déjame en paz. Mañana ya veremos lo que hacemos. Yo desde luego me vuelvo a Valencia en cuanto desayune. Tú ya verás lo que haces, te vas a ver a tu Laurita o vuelves también a casa, pero no a mi lado. ¿Te enteras, guarra desnaturalizada? — le dijo la enfurecida madre.

—Mamá, perdón. Perdóname, por favor, no lo haré más — suplicó la chica, que comprendió que se había equivocado por completo al esperar una respuesta cariñosa de su progenitora, como siempre había obtenido durante toda su vida, hasta hacía unos

minutos.

—¡Ni una palabra más! No te perdono — duérmete de una vez.

Maga no osó pronunciar una palabra más. Esta faceta de su madre no la conocía. Para ella, una reacción tan violenta era inimaginable. Comenzó a llorar en silencio.

Lucía fue al pequeño frigorífico de la habitación, cogió una botella de agua, la abrió, introdujo en su boca un Valium 10 que obtuvo del bolso de su hija, y se lo tragó presa de una gran furia y nerviosismo. Se volvió hacia Maga, que le daba la espalda, acurrucada y tapada casi hasta los ojos.

—Buenas noches, degenerada. Mañana hablaremos con calma de lo que has hecho, y decidiré si se lo digo a tu padre o no — avisó Lucía.

—Buenas noches, mamá. Algo así no volverá a suceder jamás — respondió Maga, entre sollozos y con una voz apenas audible.

—Comenzó a sentir un terrible dolor de cabeza, y le pareció que la habitación se oscurecía, a pesar de que su madre aún no había apagado la luz. Se asustó. No llegaba a estar borracha, a pesar de la cantidad de alcohol que había ingerido. Respiró profundamente, intentando inspirar y espirar el aire rítmicamente. Lucía no dijo nada más y apagó la luz.

Maga salió sigilosamente de su cama para ir al baño. El líquido le presionaba su bajo vientre, y fue a liberarse de la incomodidad que le producía. Temió que su madre la insultase de nuevo, pero no lo hizo. Quizás se había dormido ya. Lucía no acostumbraba a tomar somníferos, pero aquella noche, no dudó en hacerlo. Su hija la había sorprendido en la misma medida en que la había defraudado.

La mente de Maga se iba despejando. No cesaba de llorar y sollozar en silencio. Comenzó a escuchar la respiración acompasada de su progenitora, que le dio a entender que ésta se hallaba ya en fase de sueño profundo. Entonces se levantó con todo el sigilo que fue capaz de lograr en su estado. Su dolor de cabeza seguía allí, atormentándola. Necesitaba dos comprimidos de paracetamol, que sabía que había dejado en la mesita de noche. Abrió el cajón, sin encender previamente la luz. Por nada del mundo deseaba que su madre se despertase. Había tomado ya su decisión: desaparecer. Era una miserable, su madre ya no la quería, y su padre no se merecía tener una hija como ella. Decidió liberarlos de su presencia para siempre. Se vistió a oscuras, cogió su maleta, que no había vaciado cuando llegó, se deslizó de puntillas hacia la puerta de la habitación, la abrió y salió. Tomó el ascensor, y en recepción se encontró al recepcionista del turno de noche, que la miró con un toque de espanto mal disimulado dibujado en su cara.

—Mi madre duerme en la habitación, ella pagará nuestra factura mañana. Yo me voy ahora mismo — dijo la joven.

—Pero señorita, no se lo aconsejo. ¿Sabe usted el frío que hace ahí fuera en la calle? ¿Por qué no se queda en un sillón del hall, al menos hasta que amanezca? — le sugirió el hombre, que tenía un semblante bonachón.

—Se lo agradezco, pero he de irme. Gracias, señor — le dijo Maga.

Madrid, 24 de enero de 2013

Maga deambuló por las calles desiertas de la capital de España. De vez en cuando

se cruzaba con algún mendigo, que la miraba con curiosidad desde la profundidad de unos ojos tristes y enrojecidos. Las sirenas de varias ambulancias y dos coches patrulla de la policía que circulaban a gran velocidad rompieron con agudo estruendo el silencio de la noche a su paso. La afligida joven no caminaba con rumbo fijo. Comenzó a pensar que debía haberse quedado en un sillón del hall, tal como el empleado del hotel le había aconsejado. La invadió el miedo, que fue sustituido por auténtico pánico cinco minutos después. Vio que se hallaba junto a un jardín bastante tupido. Se dirigió hacia el interior del recinto arbolado y bien ornamentado de flores cuyos colores se hallaban apagados por las sombras de la noche. Encontró un banco y se sentó. Acudió a su mente la idea de ir a refugiarse a casa de Laura Beltrán, pero la desechó. No podía presentarse, a esas horas y con aquel aspecto, en ningún lugar respetable. Cerró los ojos e invocó mentalmente a su protector y amigo el maestro ascendido Kuthumi para que la auxiliara. No se presentó el espiritualmente elevado ser cósmico, pero ella, aún con los ojos cerrados, sintió la cálida luz de uno de aquellos seres. Para su sorpresa, quien hizo acto de presencia fue Fran.

—Siento verte en esta situación, socia. ¿Cuándo se van a terminar tus malos momentos? No estás bien, querida amiga y compañera. Has de cuidarte más — le dijo el espíritu de quien, hasta hacía muy poco tiempo, había vivido en el mundo de las formas físicas conocido como Fran Lahuerta.

— ¡Fran! ¡Ayúdame, por favor! — le rogó ella.

— Estás protegida. Te hallas en proceso de integrar una lección importante. No se me permite hablar demasiado, ya sabes, la Jerarquía. Trabajo al lado de CB. Él ha decidido permanecer oculto, pero atento, mientras yo practico mis lecciones, ayudándote a ti, pequeña mía — le dijo el ser de luz de Fran.

—Fran, no merezco que me ayudes. Te mataste por mi culpa — dijo ella.

—¿Por tu culpa? Que va, es que yo nunca había pilotado una moto, recién comprada para más inri. Nunca pensé en quitarme la vida, ya te lo dije la primera vez que te visité. Cierto que estaba muy enamorado de ti, pero cierto también que abusaba de tu persona. Ahora soy muy feliz de poder amarte y cuidarte de verás. Antes, fracasé — le explicó el espíritu.

— Qué bueno eres, Fran, nunca te merecí... ni a mis padres — dijo Maga.

— Niña bendita, te crees que tienes la culpa de todo y no la tienes de nada. Todo son lecciones, aprendizajes. No existen las culpas. Eso lo deberías saber ya a la perfección, tras tantísimas lecciones recibidas por los mejores maestros, Sananda, DK, KH, CB... ¿Cuándo vas a integrar todo lo que se te ha dicho en más de una ocasión? — preguntó la refulgente luz.

— Debo ser muy torpe, Fran. Antes era lista, inteligente, decidida. ¿Tú crees que aquel intento de suicidio me dejó como secuela alguna tara en mi cerebro? Soy lo más imbécil que haya parido madre, de verdad, tío — se compadeció de sí misma.

— No te dejó ninguna tara en el sentido que tú quieres expresar. Sí que te produjo una pauta emocional de culpabilizarte de todo a partir de entonces. De ahí que decidieras someterte sexualmente a mí, que fui un hombre, siendo tú una mujer lesbiana... con esa idea que se te introdujo en tu preciosa cabecita, esa de conocer el amor verdadero sin sexo. Eso ya lo conociste, tía, con tu perro Manolo, que por cierto, no se aparta de tu lado jamás, aunque tú no lo veas. Le falta habilidad para manifestarse ante ti, pero él sigue enamorado de su jefa... de su diosa. Nunca te dejará. Es amor en estado puro. Cuando te mueras, te recibirá con besos y abrazos, entre todos los demás que te queremos, claro — expuso el ser de luz.

— Sí, como me gustaría que Manolo estuviese a mi lado... los perros viven muy pocos años — comentó ella.

— Los convenientes. Hay perros cuyas vidas transcurren llenas de plenitud y felicidad, y otros, todo lo contrario. Así, estos últimos, no han de soportar penalidades durante tanto tiempo — expresó el difunto, ahora convertido en ser de luz.

— ¿Qué hago ahora, tío? A casa de mis padres ya no podré regresar jamás — afirmó Maga.

— ¿Y por qué no, insensata? Ya se está haciendo de día. En media hora, en cuanto tu madre despierte y no te vea en la habitación, va a sufrir un ataque de pánico, eso te lo garantizo. ¡Pues buena es la señora Barrón, menudos bofetones que pega! — sonrió Fran.

— Ayer me dio a mí uno que me hizo caer al suelo. ¡El único en toda mi vida! Y no me quería, Fran, te lo aseguro. Después no se acercó a decirme nada, se limitó a insultarme. Es que soy una estúpida, siempre con montones de ideas absurdas revoloteando por mi cabeza. Me quedé helada.

— Como ahora. Yo no percibo frío, pero recuerdo como se siente uno con tres grados bajo cero, que es la temperatura que hace esta madrugada en Madrid. Anda, el sol ya sale, levántate, coge tu maleta y alójate en un hotel. Medita allí durante un par de días, y después decides. Me voy, pequeña gran princesa, me acaban de llamar — le anunció el ser de cuarta dimensión.

— ¡No Fran, por favor! ¡No te vayas! — rogó Maga.

— Cariño, sabes que mi marcha es sólo aparente. Estaré a tu lado para cuidarte. Venga, empieza a caminar y entra en el primer hotel que encuentres, bueno, si es muy cutre, puedes pasar de largo y entrar en otro. Uf, ya sabes lo que te quiero decir. Adiós, princesa — tras estas palabras, Fran desapareció.

Lucía despertó tan pronto como la primera luz del día se filtró a través de la cortina de su habitación del hotel. Durante segundos, mantuvo la mente en blanco, para pasar a recordar inmediatamente el suceso de la noche anterior que tanta sorpresa y furia le había causado. Se giró hacia su derecha para ver si su hija seguía dormida.

— ¡Maga! ¿Estás en el baño? — preguntó, alzando la voz. No obtuvo respuesta y se levantó para ver en qué parte de la estancia se hallaba su hija. Tampoco la encontró en el baño.

— Qué madrugadora ha sido hoy — pensó, al tiempo que comenzaba a alarmarse. Prefirió considerar que a Maga le había entrado hambre tras el soponcio de ayer por la noche, y que habría bajado a desayunar ella sola. Al fin y al cabo, se habían enfadado la una con la otra.

Lucía se vistió con toda la premura de la que fue capaz y corrió hacia el restaurante del hotel. Comenzó a respirar hondo. Tras no encontrarla allí, se precipitó escaleras abajo hasta recepción. Todavía se hallaba tras el mostrador el empleado del turno de noche.

— No encuentro a mi hija — dijo la mujer, asustada. Le temblaban las piernas.

— Su hija se ha marchado a altas horas de la madrugada. Llevaba una maleta. Intenté convencerla porque la temperatura era muy baja y Madrid es peligroso de noche, pero... — el hombre no pudo continuar. Lucía rompió a llorar, desconsolada y aterrada a partes iguales.

Madrid, 26 de enero de 2013

El ascensor del lujoso edificio depositó a Maga Lafuente en la planta séptima del mismo. La puerta se abrió y la joven accedió al rellano. Puerta 21. Allí vivía, con su esposo, Laura Beltrán, su amiga y amante de adolescencia.

Pulsó el timbre y esperó, con el corazón latiéndole aceleradamente. Habían pasado apenas dos días desde el lamentable suceso que le acaeció con su madre durante la noche. La puerta se abrió, y allí la vio, ante ella, tan guapa como cuando meses atrás, la había visitado en el hospital, tras el intento de suicidio de Maga.

— Laura. Hola, siento presentarme en tu casa... sin ninguna buena noticia que darte... es una visita de amistad. Estoy en un hotel pero lo dejaré muy pronto — dijo, a modo de saludo.

Se abrazaron. Maga sintió que los recuerdos se agolpaban en su mente y después bajaron a su corazón, para descender finalmente hasta su plexo solar. Una ola de sensualidad irrefrenable la invadió al estar en contacto con el cuerpo de quien le regaló las experiencias más dulces de su vida. También la más amarga, tras su separación, impuesta por los progenitores de su primera amante. Ésta la invitó a entrar.

— Pasa, Maguita, tienes la cara apenada, no me gusta verte así — le dijo.

— ¿Tan fea estoy? — preguntó Maga.

— No es por eso. Estás triste y angustiada. Vamos al salón, te serviré una copa de lo que te apetezca. Cuéntame, cariño — la animó.

— ¿Estás sola? ¿No está tu marido en casa? ¿Y los niños? — preguntó la visitante.

— No están. Se han ido los tres de excursión a los Pirineos.

— ¿Y tú te has quedado aquí? — preguntó Maga, sorprendida.

— ¿No te acuerdas de que trabajo en un hospital? Hoy precisamente tengo turno de noche — respondió Laura.

— Ay, Dios mío, y yo aquí molestándote. Seguro que querrás dormir antes de ir a trabajar — dijo.

— No me molestas. Dormiré un rato esta tarde. ¿Me has dicho que estás en un hotel? Puedes dejarlo y venirte conmigo unos días. Lo pasaremos bien. Como buenas amigas que somos — a Maga esta aclaración le resultó dolorosa. Laura le acababa de trazar la línea que decía “hasta ahí puedes”.

— Laura, soy una imbécil, y me voy a quitar de en medio — dijo Maga, ya acomodada en un cálido y confortable sofá, mientras su amiga le servía un jerez.

— No digas idioteces, que ya eres mayorcita. Voy a llamar a tus padres inmediatamente. Ellos me han llamado preguntando por ti, tu madre lo hizo varias veces antes de regresar a Valencia. Sé que viniste a Madrid con ella. Tu padre no para de llamarme. Al final le he dicho que si aparecías por mi casa, le avisaría. Eso es lo que voy a hacer — Laura se dirigió hacia el teléfono.

— ¡No! ¡Si haces eso, dejaremos de ser amigas para siempre! — la amenazó.

— Vamos a ver, cuéntame qué ha sucedido. Después, yo misma tomaré mi propia decisión. Te escucho — la apremió la guapa rubia, que seguía conservando una facciones llenas de dulzura.

— Fue en el hotel. Quise violar a mi madre — Maga no se anduvo con rodeos.

— ¡¿Qué?! ¡Eres una perversa, además de estar loca! — bien, pues a pesar de todo, tienes a tus padres aterrorizados. Voy a llamarles.

— ¡Nooo! Me voy, Laura, gracias por recibirme — se levantó bruscamente, para dirigirse hacia la puerta.

— ¡Siéntate! Te quiero, cabeza loca, venga, vamos a seguir hablando hasta encontrar una solución. Yo haré de mediadora entre tú y tus padres.

Maga se sentó de nuevo. Le gustó el gesto autoritario de su amiga.

— Analicemos. Has cometido una gran gilipollez. ¿Acaso estás enamorada de tu madre? — preguntó Laura.

— Sí. Está muy guapa, y es la persona a quien más quiero. ¿Por qué no puedo estar enamorada de ella?

— Se me ocurre en primer lugar que sí que puedes, porque el amor es libre de transitar por donde ha de hacerlo, sin duda, pero no puedes obligarla a que le ponga los cuernos a tu padre, precisamente contigo, ni a que ella sea una perversa sexual como tú, o como yo — valoró la rubia.

— Tú no eres una perversa sexual. Estás felizmente casada con un hombre. Cumples con tu obligación — le respondió Maga.

— ¡Felizmente casada! Ni hablar. Hace tiempo que bajé del guindo, Maguita. Mi marido y yo llevamos cada uno nuestra vida. Eso sí, hacemos muy bien el paripé, en primer lugar por nuestros hijos, y en segundo por mis padres, que ya sabes como son.

— ¿Ya no haces el amor con tu esposo, Laura? — preguntó la morena, asombrada.

— No. Él me tomó al principio con mucha pasión, pero es evidente que se dio cuenta de que yo no le correspondía en el tema del rollo sexual. Se fue enfriando poco a poco, y un buen día, sin, gritos, sin alterarse, me propuso que cambiásemos de vida. Me dijo que se había enamorado de una compañera suya de trabajo, que era un volcán en la cama. En comparación con ella, yo era un glaciar. Bien, acepté inmediatamente. Me sentí liberada.

— ¡Qué sorpresa me acabas de dar! Yo te hacía felizmente casada, esposa y madre ejemplar, y médica eficiente en su ocupación profesional — declaró Maga, que pareció alegrarse de que su amiga ya no estuviese atada a su marido.

— Cariño, nos hemos ido por la tangente. Quien importa ahora eres tú. ¿Estás recibiendo tratamiento psiquiátrico con regularidad, como te aconsejé cuando intentaste suicidarte hace un año? — preguntó Laura, intentando dar por zanjado el tema anterior.

— Sí. Mi médico es el doctor Olmos. Fernando Olmos Garrido, sospechoso de asesinato. Una buena elección por mi parte, ¿verdad? — le respondió Maga.

— Tía, el doctor Olmos es uno de los mejores psiquiatras que hay en España. ¿Por qué dices que es sospechoso de asesinato?

— Uf, si te contara. Olmos no se ha llamado siempre así, en realidad, en su juventud, un tanto borrascosa por cierto, se llamó Leonardo Trompo Mastuerzo. El difunto Fran y yo investigamos su pasado en Palma de Mallorca — quiso Maga sorprender a su amiga.

— ¡Qué disparate, por Dios! — estás peor de lo que yo creía. ¿Quién era, el hoy difunto, Fran?

— Francisco Lahuerta. Fue primero mi empleado, en mis buenos tiempos, después mi amante y también mi socio. Tuvo un accidente de moto a raíz de que yo le dejase, hace poco tiempo. Murió, pero ya se me ha aparecido.

— Mira, si estuvieses bien, me partiría de la risa, pero la verdad es que me estoy poniendo triste al escuchar de tu boca tales disparates. Si por lo menos fueses feliz...

pero ni eso. ¡Joder, tía! — exclamó Laura.

— Veo que ya no tengo padres, ni amigos, ni a mi mejor amiga de la infancia y adolescencia. Acabo de tomar una decisión: me voy a alistar en la OTAN — decidió Maga.

— ¿En la OTAN? ¡No das una, tía! Primero, no se dice la OTAN, sino las Fuerzas Armadas Españolas, que a su vez, están integradas en la Organización del Tratado del Atlántico Norte. En segundo lugar, con treinta y tres años no te van a admitir. Allí necesitan gente más joven — le dijo Laura.

— Pero sé reptar. Recuerda que soy un gusano — Maga empezaba a cansar a su amiga.

— ¿Qué te apetece para comer? Vamos a la cocina y me ayudas — le sugirió la rubia.

— No voy a comer contigo. Me voy. Sé que no soy compañía grata para nadie.

— Tú no vas a ninguna parte. Sí que vamos a comer juntas. ¡Siéntate! — ordenó su amante de adolescencia.

— ¡Tía, qué autoritaria! ¿Me vas a azotar si no te obedezco? — preguntó Maga, con una sonrisa entre perversa y esperanzada. Se le ocurrió que era la ocasión perfecta para pagar su deuda kármica con Laura, que fue Felisa, su esposa en su reencarnación anterior.

Laura comprendió. A su mente acudió de inmediato una posible solución. Complicada, muy estresante y... ilegal. Pero seguía sintiendo un cariño fraternal por quien fue su primer amor. Se lanzó al abismo.

— Sí, te voy a azotar sí o sí, me obedezcas o no. Pero antes, tú vas a hacer solita la comida de las dos. ¡Venga, ya tardas, a la cocina! — le ordenó.

— Maga obedeció mostrando sumisión. Fue a la cocina y esperó instrucciones. Laura la siguió.

— Abre la nevera. Hay pescado. Vamos a comer una ensalada completa y una zarzuela de pescado. Tú misma has de encontrar los ingredientes. Hay de todo. ¡¡¡Vamos, vamos, mueve tu precioso culo!!! — la apremió.

— Sí, me apañaré. Me saldrá bien, ya verás — aseguró Maga.

— Más te vale. Sí que es verdad que eres mala, perversa y tonta, y que mereces un castigo ejemplar, y quién mejor que tu primera amante para administrártelo. Lo que sucede es que no esperaba esta situación, y he de bajar a por la más terrible de las varas de bambú que pueda encontrar en la sex-shop de la esquina. Regresaré en minutos. Procura que la comida te salga bien, o recibirás castigo doble. ¿Me he expresado bien? — le dijo Laura, mientras se ponía su abrigo.

— Sí, Laura, has sido muy clara. No te preocupes, lo haré todo bien — aseguró Maga.

— Lo dudo, porque todo lo haces mal, pero en esta ocasión te conviene esmerarte para hacerlo bien. Hasta ahora mismo.

— Hasta ahora — le respondió Maga.

Laura tomó el ascensor y bajó. Nada más salir a la calle, extrajo su teléfono móvil y pulsó el número de Luis Lafuente.

— Don Luis, tengo a Maga en mi casa, engañada. Coja usted un vuelo, o el AVE y venga a mi casa volando, y nunca mejor dicho. Se quería marchar y he tenido que engañarla y seguirle un juego que no me gusta nada. Son las 2. A las 2:30 comeremos ambas, haremos una pequeña sobremesa y después la voy a atar y mantener inmóvil hasta que ustedes lleguen y se la lleven. La voy a secuestrar, la ataré a los barrotes de una cama y la voy a amordazar para que ni grite, y mucho menos, se escape. Venga usted

rápido, por favor. Aquí la que puede acabar en la cárcel soy yo. Sí, sí, salga ya. ¿En coche tres horas y media? Jod... ¡Como quiera, pero vengan enseguida! Voy a estar muerta de miedo, porque después ella me podrá denunciar a la policía por un delito de secuestro. Ya, que no lo consentirían ustedes... gracias, pero es Maga la que podría hacerlo. Bueno, ya conocen mi dirección. Cuelgo y vuelvo a casa, no vaya a ser que sospeche y se nos escape. Estoy en la calle — apremió Laura.

Tras la conversación, Laura entró, muerta de vergüenza, a la sex-shop que se hallaba a no más de cincuenta metros del portal de acceso a su casa. Adquirió unas esposas con sus correspondientes llaves para dejarlas cerradas, una vara de bambú de grosor medio, que le aconsejaron en la tienda, un antifaz para cubrirle los ojos a su amiga, tiras aterciopeladas para sujetarle también los tobillos a la cama, y otra tira más ancha, de cuero suave, para amordazarla. Pagó los objetos y corrió de vuelta hacia su casa. El corazón le latía desbocado. Iba a cometer una mala acción, peor aún, un hecho delictivo que incluso la podía llevar a la cárcel, a cambio de conseguir un buen fin. No estaba ya enamorada de Maga, pero sí que la quería de un modo entrañable, y lo seguiría haciendo durante toda su vida.

Abrió la puerta de su vivienda y se precipitó hacia la cocina. Al ver a su amiga muy atareada en la preparación de la comida, suspiró aliviada.

— Ya estoy aquí, cariño — le dijo.

— Ya falta poco, Laura. El pescado se hace muy rápido en el horno y la ensalada ya está preparada. No la he metido en la nevera. ¿He hecho bien?

— Claro. ¿Qué te apetecerá para beber con esta comida? Quiero que la disfrutemos juntas. Como en los viejos tiempos — le dijo, con ternura. El tono autoritario lo retomaría después, y mal que le sabía.

Cuando la comida estuvo lista, Maga quiso servirla ella misma, mientras Laura permanecería ya sentada en la mesa.

— Está bien, Maguita, como prefieras. Sírveme y después sírvete, con mucho cuidado, no tenemos ninguna prisa — dijo Laura, lanzando una furtiva mirada a su reloj de pulsera.

— Sí, sí que la tenemos. Tu tienes turno en el hospital esta noche — puntualizó su amiga.

— Ya, pero esta tarde no voy a dormir. Tengo algo más importante que hacer contigo. ¿Recuerdas? — le preguntó Laura.

— Sí. ¿Te he servido bien, cariño?

— Perfectamente. Ahora sírvete tú. Yo te lleno la copa ¿Oporto para beber?

— Sí. Gracias, Laura. Has sido mi salvación. Te contentaré, ya verás — le sonrió Maga.

Una ola de culpabilidad inundó el corazón de la rubia anfitriona. La ola se retiró y la sustituyó otra de preocupación, a la que siguió una más, ésta última, de miedo. Llegó a la conclusión de que la salud mental de su amiga pasaba por un momento difícil, y que necesitaba muchísimo cariño para salir del bache en el que había caído hacía ya un año, y del que no conseguía a salir. Luis Lafuente la había informado con detalle de todo lo que había acaecido en la vida de Maga desde enero del año anterior.

Laura comió muy despacio. Quería ganar tiempo. El padre de su amiga ya estaría en camino. Vendría en coche, no sabía si solo o con Lucía. A ella lo mismo le daba. Lo importante es que se hiciesen cargo de su hija y la cuidasen y protegiesen, sobre todo de sí misma. Ardua tarea tenían por delante. Ella, por su parte, perdería para siempre

la amistad de quien fue su única amiga del alma, su amante durante la adolescencia de ambas.

— Laura, comes muy despacio — le dijo Maga.

— Haz tú lo mismo. Recuerda que has de hacer las cosas como te digo. Me he comprado una vara de bambú con la que te voy a reeducar a mi gusto, cariño.

— ¡Qué bien! Eres muy buena, Laura, te quiero mucho — le dijo, mientras recordaba los viejos tiempos.

— Yo a ti también. Bueno, te autorizo a levantarte y a elegir el postre tú misma de entre lo que encuentres en la cocina — dijo la rubia, doctora en pediatría pero no en BDSM, en lo que se confesaba una total ignorante.

Laura permaneció sentada en la mesa, mientras su amiga buscaba en cocina ajena. Era una buena decisión, muy acertada, que buscarse las cosas. Maga tardaría más que ella en preparar el postre porque primero tendría que encontrar lo que más le apeteciese. ¿Por dónde iría Luis? ¿Por Requena, Utiel...? Seguro que todavía se hallaba en la provincia de Valencia. Uf, y cuando llegase a Madrid, entrar en la ciudad y encontrar un parking... bueno, llevaría el GPS. No se puede ir a ningún sitio en estos tiempos sin GPS. Y aún así... tarda, Maga, tarda en encontrar las cosas, por favor. La mente de Laura bullía. Su amiga entró en la mesa con una bandeja que contenía dos platos cuya contemplación ya los hacía exquisitos.

— ¿Qué te parece, Laura? — Maga se arrodilló ante su amiga y le presentó la bandeja con los postres que había elaborado.

— Maravilloso trabajo. Tan precioso, que te vas a quedar así como estás durante diez minutos, arrodillada ante mí, sosteniendo la bandeja. Quiero probar tu sumisión a mí.

— Soy toda tuya, Laura — le aseguró Maga.

La doctora Beltrán se sentía cada vez peor, pero tenía que disimular a toda costa. Su cabeza le daba vueltas. Pasados diez minutos, ordenó a su improvisada sirvienta que pusiera la bandeja en la mesa, sirviese su contenido y comiese. Terminaron el postre y aquella ordenó que le fuese servido el café.

— Sírvemelo bien cargado. Tú no puedes tomar café. Puedes hacerte una infusión de tila. Cuando veas la vara de bambú con la que te voy a castigar, te van a temblar las piernas — aseguró Laura a Maga, que sintió una punzada de miedo en el estómago. ¿Y si Laura la azotaba como hizo Belén en Palma de Mallorca? No se podría sentar en una semana. Pero era preciso pagar las culpas de sus vidas anteriores y lavar su karma antes de regresar a Casa, a la Verdadera Vida. La vida espiritual, sin cuerpo material.

A la anfitriona cada minuto que pasaba le parecía una eternidad. Calculó que Luis Lafuente podía hallarse a mitad de camino. Rezó un padrenuestro en su pensamiento, y pidió perdón a Dios por lo que estaba haciendo. Sopesó incluso la idea de esperar a Luis con Maga a su lado, sin necesidad de humillarla. Consideró que era arriesgado. La reacción de su amiga podría ser terrorífica y muy negativa para el objetivo que se había trazado. Es más, podría precipitarse hacia la puerta y escapar escaleras abajo, ocultándose para siempre y subsistiendo Dios sabe cómo. Procedería pues conforme al plan inicial.

— Maguita, cariño, ha sido un placer que hayamos comido juntas después de tanto tiempo. Has cocinado deliciosamente bien, pero eso no te libra del castigo que ya había decidido imponerte. Sígueme hasta la habitación de invitados. Tú eres la invitada — le dijo Laura.

— Como tú ordenes — respondió la aludida.

— Quítate los zapatos y los pantalones y permanece cara a la pared hasta que yo regrese — le ordenó.

— Sí, Laura — acató Maga la orden con suma disciplina.

Laura volvió a tomarse su tiempo, mientras pensaba “Luis, corre, vuela”. Finalmente, entró en la habitación, en la que su dócil amiga permanecía cara a la pared.

— Date la vuelta y mírame — le ordenó. Maga obedeció de inmediato.

— Uau Laura, esa vara hace que me cosquillee el estómago solo con verla.

— Pues piensa que en el culo no te va a hacer cosquillas. Vamos, te voy a preparar. Te voy a esposar a los barrotes de la cama, con los brazos extendidos en cruz. Permanecerás así durante el castigo, y después, todo el tiempo que yo decida — la informó.

— ¿Y eso otro que llevas ahí? — preguntó Maga.

— Este antifaz es para taparte los ojos. Esta banda de cuero para amordazarte, y las tiras, para sujetarte por los tobillos a la cama. No te vas a poder mover, ni verme, ni gritar. ¿Tienes algo que alegar a estas medidas? — le preguntó Laura.

— No, claro que no. Tú dispones sobre mí — respondió Maga.

— Pues venga, cariño, sube a la camita y ponte arrodillada frente a la almohada. Coloca los brazos en cruz. Primero te esposaré una mano, después la otra. Vas a estar esposada de verdad, aunque quisieras, no podrías evitar el castigo. ¿Lo entiendes bien? — siguió Laura aleccionándola.

— Lo entiendo y acepto. Llevo toda la ropa de arriba ¿No quieres que me quite nada? — preguntó Maga.

— Sólo te voy a azotar en el culo. Si acaso en los muslos, en las zonas no cubiertas por las medias. Bueno, ya tenemos esposadas las manitas. Ahora vamos con los pies. No, primero vas a probar la vara. Vamos a ello. ¿preparada?

— Soy tuya, Laura.

Laura se colocó en la parte izquierda de la cama, y blandió con su mano derecha la vara de bambú. Acarició suavemente con ella las nalgas de Maga. Después, la elevó en el aire, y la descargó con toda su fuerza sobre una de las zonas más sensibles del trasero de aquella. Todo el cuerpo de la golpeada se estremeció.

— ¡¡Auuuu!! Laura ¡qué dolor! — se quejó la afectada.

— El dolor que corresponde a una chica tonta para que se espabile. Bien, te voy a dar aún con más fuerza, hasta que me canse, si es que me canso, así que ahora comprenderás por qué quiero que estés amordazada. El antifaz también te lo voy a poner. Vamos a ello.

Le colocó el antifaz, y Maga quedó en completa oscuridad, temblando de miedo. La dureza del golpe propinado por su amiga no se la esperaba.

— La mordaza, te la colocaré al final. Ahora te voy a quitar las braguitas, no quiero que te protejan ni siquiera un poquito. Vamos a ello... ya está. Uau, qué color te ha dejado el trallazo. Un rojo intenso. No te preocupes, te voy a dejar toda la zona del mismo color. Yo misma te estiro ahora de los pies, con suavidad, hasta colocarlos donde quiero que los tengas sujetos. ¿Cómo te sientes, chica tonta? — le preguntó Laura, mientras le amarraba un pie con mucho cariño, acariciándole la planta y los dedos, a un barrote de la cama.

— Como una chica tonta y mala a punto de recibir el escarmiento que merece — respondió Maga.

— Perfecto. Así me gusta. Voy a atarte ahora el otro pie... ya está. Prueba a moverte, Maguita.

— No puedo. Me has amarrado muy bien.

Laura comprobó que su amiga había quedado bien inmovilizada. La miró y le acarició los sedosos cabellos color castaño que le caían por la espalda. Le asió la cabeza sujetándole ambas mejillas, se inclinó y la besó en los labios, con mucha ternura. Fue un beso profundo, de los de la época de su adolescencia... dos lágrimas resbalaron por sus mejillas. Maga se percató de ello se preguntó por qué su amiga estaba triste, pero tras la caricia, no abrió la boca.

— Bueno, ahora te amordazo. Con suavidad. Siéntete tranquila, no tengas miedo. No hay razón para que tengas miedo. Ya está cariño. Ah, un detallito... te voy a colocar un almohadón bajo tu vientre para elevarte el culo. Así no lo podrás mover y la vara será más precisa. Aquí tengo uno... así. Buena chica, a pesar de lo incómodo que te resulta, das facilidades. Muy bien, pues ya te tengo como quería. Ahora, a esperar — concluyó. Maga se preguntó qué había querido decir su amiga.

Laura esperaba que los minutos transcurriesen. Acarició el trasero de aquella con la vara. Maga se preguntaba por qué su amiga no comenzaba ya a darle su merecido. La rubia dejó el bambú sobre la cintura de quien esperaba el primer golpe, y comenzó a acariciar las nalgas de ésta con mucha suavidad, hasta que llegó al sexo y le acarició el clítoris con movimientos circulares de su dedo pulgar. Maga suspiró de placer y sintió como su zona más íntima se humedecía más y más. Inspiró aire profundamente. De pronto, Laura, sin dejar de jugar con el sexo de su amiga, rompió el silencio.

— Maguita, no te voy a pegar. Vamos a esperar aquí tranquilamente hasta que llegue tu padre, que está en camino. Lo siento. Soy tu amiga, te quiero, y estoy haciendo lo que tengo que hacer. Tú no estás bien. Tus padres te adoran. Volverás a Valencia y allí te cuidarán hasta que tu mente esté sana de una vez por todas.

Al escuchar aquellas palabras, Maga comenzó a emitir sordos sonidos a través de la mordaza, y a encoger los brazos con furia para intentar librarse de las esposas. Comprendió que había caído en una trampa. Tampoco podía mover las piernas, pues sus tobillos estaban cuidadosamente sujetos a dos barrotes de la cama. Gimió y se retorció con desesperación.

— Tía, haz el favor de calmarte — le ordenó Laura.

Maga parecía haber enloquecido. El estado de ansiedad y estrés de su traidora amiga creció, tanto a causa del engaño del que había hecho objeto a una persona a la que quería mucho, como por los movimientos incontrolados de ésta, semejantes a convulsiones. Laura fue a por una jeringuilla, montó la aguja y llenó aquella con una dosis de 10 miligramos de Valium. Iba a inyectarle, pero no se atrevió a causa de los violentos movimientos de Maga.

— Maguita, estate quieta que te voy a pinchar. ¿Me oyes? ¡¡¡Quieta!!! — acabó gritándole.

Laura agarró la vara y comenzó a azotar el trasero de su presa. Lo hizo primero con suavidad, pero al comprobar que no lograba que su amiga cesase de moverse, fue aumentando la fuerza y cadencia de los golpes, hasta hacerlos insoportables para la amarrada, que seguía gimiendo y moviéndose como si de una posesa se tratase. Fuera ya de sí misma, Laura la azotó de una forma tan dura, rápida e inmisericorde, que la víctima del severo castigo dejó de moverse, lo que la rubia interpretó como una petición para que parase. Los rostros de ambas estaban anegados en lágrimas. Laura se agachó junto a la cabecera de la cama, asustada.

— ¿Has tenido ya bastante o quieres que te dé más? ¿Es suficiente? Si lo es, házmelo saber con la cabeza — le ordenó. Maga asintió. Tenía suficiente. Laura cogió la jeringuilla

y hundió la aguja en la nalga derecha de aquella. El líquido entró.

— Ahora tranquilízate. Ya hemos terminado, cariño. Buena chica. Hubiera preferido no tener que hacerte daño, pero no me has dado opción. Me he puesto muy nerviosa. Me voy a quedar aquí contigo hasta que venga tu padre. Dios santo, cómo te he puesto el culo... voy a frotarte para que no te duela tanta. No te vas a poder sentar en dos semanas. Lo siento — seguía hablándole Laura.

Le quitó el antifaz. Al ver la expresión de sus ojos, supo que también podía liberarla ya de la mordaza.

— Lo lamento. De veras que lo siento, buena amiga del alma — le dijo, sin poder evitar romper a llorar de nuevo.

— ¿Por qué, Laura, por qué? Yo confiaba en ti. Creía que eras mi amiga — le reprochó Maga.

— Por eso he hecho esto, porque soy tu amiga y te quiero mucho.

— Qué vergüenza siento. ¿Vas a hacer que mi padre me vea así?

— Claro que no. Ahora vas a permanecer atada hasta que él llegue. Cuando esté aquí, le haré pasar al salón, yo vendré y te ayudaré a asearte. Te pondré presentable. Confía en mí — le pidió Laura.

— No, Laura. Nunca más confiaré en ti.

— Pues yo en ti si lo haré. Te voy a recordar algo que me dijiste a principios de año. ¿Recuerdas que en nuestras vidas anteriores a ésta, yo fui tu esposa y en una ocasión me azotaste con mucha dureza? Tu fuiste el dibujante Luis Lafuente. Además, me dejaste viuda mientras me engañabas con otra mujer. Por eso tuve que malvivir para sacar adelante a quien es ahora tu padre, y a Amparito, nuestra hijita. Finalmente me suicidé. Me hablaste de la ley del karma. ¿Recuerdas? — le preguntó Laura.

— Uau, sí... se ha cumplido la ley. Me has devuelto la paliza. ¿Pero y todo lo demás? — preguntó Maga.

— Te quiero, cariño. No debes nada, ni a mí ni a nadie.

— Desátame, por favor — pidió Maga.

— No. Relájate así como estás. Bueno, te desataré los pies y te pondré las braguitas, no quiero contemplar lo que te he hecho. El resto, cuando llegue tu padre.

El timbre de la puerta sonó.

— Voy a abrir, será tu papá. Mi hijo en nuestra anterior encarnación. Pues... siempre he apreciado mucho a tu padre, desde que fue mi profe... me da que pensar. Mira, le diré que te espere en el salón, yo ahora vengo a desatarte y ayudarte a vestirte. No tengas miedo, cariño, todo va a salir muy bien — le dijo Laura, mientras salía de la habitación. Maga no contestó.

— Don Luis y doña Lucía. Gracias a Dios que han llegado. Pasen, por favor. He tenido que engañar a su hija y la tengo inmovilizada.

— Gracias Laurita, y por favor, no me llames don Luis. Ese es el Conde de los Picos, amigo del Guerrero del Antifaz — quiso bromear el hombre, aunque se hallaba realmente angustiado.

— Es verdad, cuando era una cría y me dabas clase, te hablaba de tú y te llamaba profe — sonrió Laura — Poneos cómodos, voy a por vuestra hija. Ahora la que tiene un serio problema soy yo, si no consigo que me perdone.

Luis asió la mano de su esposa. Se miraron, transmitiéndose con los ojos su miedo por lo que iba a suceder a continuación. En pocos minutos, Laura regresó con Maga, llevándola de la mano. Le había lavado la cara y arreglado el pelo. A la atribulada letrada

le había tendido una trampa, pero en este momento, era esta última quien tenía la sartén por el mango en esta dramática situación. No miró a sus padres. Se paró donde su amiga la dejó, y miró al suelo. La vergüenza que sentía no tenía límites. Fue Luis quien se levantó de un salto y abrazó y besó a su hija, transmitiéndole todo el amor que sentía por ella. Entonces Maga reaccionó y le abrazó a él con todas las fuerzas que le quedaban, tras el engaño, la paliza y el Valium 10. Comenzó a sollozar como una niña pequeña. Lucía estaba deseando intervenir, pero no sabía como reaccionaría su hija ante un abrazo y unas caricias suyas, incluso a unas palabras.

— Mi chiquitina, no sabes cuanto te quiero — estaba diciendo el hombre a su hija.

— Papá... no te merezco... no os merezco...

— Maga, tu madre está esperando un abrazo tuyo — dijo Laura.

— La he ofendido gravemente. Y a ti también, papá. No sé como me podéis seguir queriendo. Bueno, tú no me sigues queriendo — dijo, en clara alusión a su madre.

Lucía se acercó, atrajo hacia sí a su hija y la estrechó contra ella con desesperación, demostrándole sin palabras que seguía siendo lo más importante que le había sucedido en la vida. Le acarició el pelo y la cara, y las lágrimas y sollozos de ambas se entremezclaron. Laura miraba con el corazón arrasado por una pena que incluso le provocaba dolor físico. Fue ella la que habló primero.

— Maga, cariño, lo que he hecho ha sido pensando en ti, y la razón, porque te sigo queriendo mucho. Reconozco que he cometido un delito y que puedes denunciarme por retención ilegal, o incluso por secuestro y malos tratos. Me la he jugado. Ahora, tu decides, y yo acato lo que decidas, porque será lo correcto — dijo Laura a su amiga. Puedes hacer incluso que me metan en la cárcel, con la consiguiente pérdida de mi trabajo y la separación de mis hijos.

— Vamos, tía, qué cosas dices. Lo que has hecho por mí ha estado muy bien. De no ser por ti, jamás me hubiera atrevido a presentarme de nuevo ante mis padres. Te agradeceré tu gestión eternamente. Como tantas otras cosas, Laurita — le dijo Maga, mirando a su amiga con una sonrisa triste dibujada en su rostro.

— Gracias Maguita. Una recomendación sí que te quiero hacer. Necesitas tratamiento psiquiátrico, pero aún más que eso, necesitas ponerte bajo la tutela de tus padres hasta que estés completamente bien. Deberías comprometerte a hacerlo aquí, ahora, siendo yo testigo de ello. Incluso si firmas un documento comprometiéndote a ello, tu decisión de curarte tendrá más fuerza ante ti misma — la animó Laura.

— ¿Un documento? ¿Qué tipo de documento? — le preguntó.

— Redáctalo tú misma. Si quieres te traigo el ordenador. Siéntate — le sugirió.

Maga obedeció. Un gesto de dolor se dibujó en su bello rostro al sentarse. A Lucía no le pasó desapercibido. A Laura tampoco.

— Siento haberlo tenido que hacer. Le he puesto el culo hecho una pena. Me ha puesto muy nerviosa y me he descontrolado. También le he pinchado un Valium. Lo último ha sido una medida de precaución — dijo Laura, con rostro compungido.

Fue a la habitación que le servía de estudio y cogió el ordenador. Después, entró en la de invitados, y tomó la vara de bambú y las esposas que había utilizado con Maga. Con todo ello, entró de nuevo en el salón. Maga seguía sentada, con la cabeza agachada y las manos en su regazo, en un gesto de humildad y aceptación inequívoco. Comenzó a sentirse feliz. Tenía a su alrededor, pendientes de ella, a sus tres seres más queridos: sus progenitores y Laura Beltrán.

Está última abrió y conectó su ordenador, y abrió Word. Le dejó a Maga una página

en blanco, ya preparada.

— Cariño, escribe como te parezca bien una autorización para consentir estar bajo la tutela de tus padres hasta que un especialista en psiquiatría diga que te encuentras totalmente restablecida.

— Laura, es que estoy bien. Sólo que soy una mala persona, pervertida y asquerosa. No estoy enferma. ¿Qué quieres que escriba, pues? — preguntó Maga a su amiga.

— Maguita, en febrero del año pasado, intentaste suicidarte. Después, fuiste la amante de Fran, que en paz descansa, siendo él heterosexual y tú lesbiana. En Palma de Mallorca, según me ha contado un pajarito, te dejaste azotar por una mujer sádica. Hace tres noches, en un hotel de Madrid, quisiste hacerle el amor a tu propia madre. ¿Sigo, cariño? — le preguntó Laura.

— No. No sigas. Pero una cosa es ser una depravada y otra una enferma — respondió Maga, que seguía con la cabeza agachada, a punto de llorar de nuevo.

Lucía intervino.

— Esa vara es de un grosor respetable, Laura. Los golpes propinados con ella deben causar mucho dolor — dijo.

— Eso la que lo sabe es Maga, pero me temo que sí — respondió la aludida.

— Sí. Tengo el trasero que me arde y me duele mucho — confirmó aquella.

— Hija, empieza a escribir. Voy a conseguir que te cures, por mucho que me duela a mí en el alma y a ti en el culo. Te quiero demasiado como para que te me extravíes. Venga, escribe y autorízame a usar la vara contigo, las esposas también. No te me vas a escapar — le pidió Lucía.

Luis se horrorizaba por momentos.

— Chicas, aquí hay más de una pervertida — comentó.

— Puede, Luis. Esto es muy serio, y me parece que un psiquiatra, él solito, no lo va a controlar. Aquí hay mucho que estudiar, averiguar el porqué de todo esto. Yo estoy segura de que Maga volverá a ser la chica alegre, equilibrada, abogada brillante que fue hasta que ese... que en paz descansa, la estropeó. Pero yo la voy a enderezar, ya lo creo que sí — declaró Lucía Barrón, que había vuelto a recuperar la confianza en sí misma. En cuanto a su hija, era obvio que continuaba adorándola.

— Mami... perdón, mamá ¿He de autorizarte a que me castigues con esa vara y que me sujetes con las esposas siempre que quieras? — preguntó, mirando a su madre.

— “Has” de autorizarme, no. Puedes autorizarme, si confías en mis dotes de terapeuta de tu alma y de tu cuerpo. Yo te recomiendo que me autorices.

— Sabes que tus deseos son órdenes para mí, mamá. Voy a redactar el escrito, a ver si os gusta — dijo Maga, comenzando a teclear en la página en blanco de Word.

— “Quien escribe estas líneas, Magalí Lafuente Barrón, reconoce y declara padecer una enfermedad de tipo nervioso-afectivo, que afecta a su comportamiento de una forma indeseable, para ella misma y para otras personas. Por lo que antecede, acepto quedar, durante el tiempo que ellos estimen necesario, bajo la tutela de mis queridos padres, Luis y Lucía, y someterme a cuantas indicaciones tengan a bien darme. Seguiré rigurosamente el tratamiento que me prescriba el psicoterapeuta que ellos decidan que trate mi enfermedad. En pleno uso de mis facultades cognitivas y sin ninguna presión de ellos ni de cualquier otra persona, autorizo a ambos a que me impongan cualquier castigo que consideren beneficioso para mí, dadas mis circunstancias emotivo-afectivas, incluidos los castigos corporales, por duros que sean. Renuncio a quejarme por nada de lo que decidan sobre mí y les declaro mi absoluta aceptación y amor. Tanto

mi padre como mi madre quedan autorizados a infligirme los castigos mencionados en el párrafo anterior del presente documento.

Firmado: Magalí Lafuente Barrón”

Luis se sintió muy incómodo. Lucía, sin embargo, respiró aliviada. Seguiría teniendo a su hija bajo su amoroso control.

— Voy a imprimir el documento y lo firmamos todos. Yo lo haré como testigo — dijo Laura.

— Mamá — intervino Maga.

— Dime, cariño — le contestó Lucía.

— ¿Vas a poder quererme igual que antes de mi abominable acción sobre ti en el hotel? — preguntó.

— Levanta y extiende la palma de la mano derecha — le contestó Lucía, impasible.

Maga obedeció. Lucía cogió la vara de bambú y le dio un fuerte golpe con ella. Después soltó la vara, besó y acarició la dolorida mano de su hija, la atrajo hacia sí y la besó con ternura, primero en la mano y después en la frente y en las mejillas.

— ¿Tú qué crees, Maga Lafuente? — le preguntó.

— Que sí, y que como te haga preguntas tontas, me va a doler todo — respondió la aludida.

— Perfecto. Veo que seguimos compenetradas a la perfección. Mira, Laura ya viene con el papel que has redactado.

Firmaron los cuatro. Luis se hallaba un tanto perplejo, y dolido y dolido él mismo tanto por el dolor físicocomo el emocional que podía percibir en su hija. No pronunció palabra alguna, pero su semblante circunspecto expresaba con nitidez sus sentimientos más íntimos. No quería entrar en aquel complejo tema, pero desde luego, él jamás pegaría a su hija, ni a nadie. Siempre fue partidario de las enseñanzas sin dolor. En el caso de Maga, incluso consideraba un abuso actuar así sobre una persona que había perdido, en cierta medida no cuantificable, el norte. Lo hablaría con su mujer.

Dieron de nuevo las gracias a Laura y se despidieron de ella. Maga obtuvo de su antigua amante un cariñoso y sensual beso en la boca, que disfrutó y agradeció en lo más hondo de su ser. No esperaba ese regalo por parte de quien la había engañado tan solo unas horas antes.

— Gracias por todo, Laura. Supongo que esta es la última vez que nos vemos, pero yo siempre te llevaré en mi corazón — le dijo Maga.

— Gracias a ti, Maga, por ser tan buena persona. Yo tampoco te olvidaré nunca. Y eso de que no nos volveremos a ver, es una tontería. Madrid y Valencia están a hora y media. Ponte bien, por favor. No hagas sufrir a quienes te queremos.

Luis, Lucía y la hija de ambos abandonaron el domicilio de Laura. No habían entrado todavía en el ascensor, cuando la dueña de la vivienda extrajo su teléfono móvil y pulsó un número.

— Hola María José. Uf, he pasado una tarde horrible con una antigua querida amiga cuya cabeza se ha trastornado... he tenido incluso que llamar de urgencia a sus padres, que viven en Valencia. Sí, cariño, ya te contaré. No, no tengo turno de noche... podemos pasar una velada romántica y hacer el amor después, aquí, en mi casa. ¡Qué ganas tengo de tener tu cuerpo entre mis brazos! Sí, cariño, ven y nos bañamos juntas... me han puesto de los nervios.

Luis, su esposa y Maga llegaron al hotel donde se había escondido la última durante dos días. Lucía hubiese querido regresar de inmediato a Valencia, pero su esposo consideró más seguro hacer noche en el establecimiento, pues estaba cansado y además, le imponía cierto respeto el hecho de tener que conducir de noche. La mujer no opuso resistencia, ni quiso empeñarse en coger el volante ella. También temía que la desorientasen los faros de los vehículos que venían lanzados en sentido contrario.

- Una habitación triple para una noche, por favor – pidió Luis al recepcionista.

- No. Una habitación de matrimonio con cama muy ancha – le corrigió Lucía.

Les asignaron una suite. Podían permitírselo. El recepcionista ordenó a un botones que trasladase la maleta de Maga desde su antigua habitación hasta la suite. Sin subir ni siquiera a verla, entraron los tres en el restaurante. Luis y Lucía querían salir muy temprano hacia Valencia. A Maga le daba lo mismo.

Cenaron. Ninguno de los tres tenía apetito, pero cumplieron con el ritual de llenar el estómago antes de entregarse al sueño. Cuando finalizaron, subieron a la habitación.

- Pues tú dirás, Luci, como nos distribuimos. Si quieres, yo duermo en el sofá y vosotras en la cama de matrimonio – propuso el hombre.

- No es preciso que duermas incómodo, cariño. Cabemos los tres en la misma cama. Maga entre los dos – dijo ella.

- ¿Qué? ¿No es mejor tú en medio, y ella a tu lado? – preguntó él.

- Ella y yo vamos a dormir esposadas, mano con mano, y tú vas a guardarte la llave en el bolsillo de tu pantalón. Si ella está en medio, aunque consiguiese soltarse, tendría que pasar por encima de ti o de mí para salir de la habitación. Lo que yo digo es lo más seguro – insistió Lucía.

- Está bien, está bien, siempre como tú digas. Maga, cariño ¿No te importa dormir a mi lado? – preguntó Luis a su hija.

- Qué va, papá, todo lo contrario. Será muy agradable sentirte tan cerca. Ah, y me voy a portar muy bien. Tener un castigo ahora sería terrible. Laura me ha dejado el culo igual que me lo dejó Belén Sánchez. Es que la he puesto muy nerviosa. Ella no me quería pegar.

- Pues ponte el pijama y a la cama – le ordenó Lucía.

Tal como había dispuesto Lucía, cada uno de ellos ocupó su sitio en el lecho de grandes dimensiones. Se dieron los correspondientes besos de buenas noches. Las dos mujeres quedaron esposadas la una a la otra, y a Luis le tocó levantarse de nuevo para ir hasta su pantalón y depositar en él la llave de las esposas. Después regresó a la cama. Maga se volvió hacia él y le sonrió, divertida. El hombre apagó la luz de la habitación y se preguntó que quién estaba más chiflada, si su hija o su mujer. Decidió no profundizar en tal pensamiento, pues le aterraba encontrar una respuesta definitiva. Luis les dio la espalda a ambas y comenzó a contar ovejitas. Iba por la número 111 cuando se acordó de su perrita, Mari Carmen, a la que habían dejado al cuidado de una amable vecina con la que el matrimonio tenía una relación cordial. Le vino a la cabeza que de sus tres seres queridos, los tres de sexo femenino, la más equilibrada emocionalmente era la perra. Comenzó a escuchar la respiración acompasada de sus compañeras de cama, y supuso que ya dormían. Giró la cabeza. Con la escasa luz que se filtraba desde la ventana, vio que Maga dormía abrazada a su madre. Se posicionó de nuevo y continuó con la oveja

112. Entonces, el pie derecho de Maga se posó sobre uno de los tobillos de él. No apartó la pierna, disfrutó de la sensación que le provocaba la suavidad exquisita de la preciosa extremidad de su hija, y siguió contando, ya no ovejas, sino rebaños enteros. Rezó para que la noche terminase pronto y pudiesen emprender el camino de regreso a Valencia.

Maga obtuvo su hora con el doctor Olmos al día siguiente. La acompañó Lucía.

- Magalí, señora Barrón. Un placer verlas de nuevo. Pasen y siéntense, por favor – les pidió el doctor.

- Buenos días – respondieron ambas.

- Y bien, señorita letrada... ¿cómo te encuentras? – preguntó el hombre.

- Mal, porque soy un peligro para la sociedad. Doctor, mi última fechoría ha sido intentar violar a mi madre. Yo lo quise hacer con toda naturalidad, porque pensaba que mi amor era correspondido, y ella me abofeteó, llena de asco. Entonces me escapé mientras ella dormía. No quería volver a verla nunca más, pero mi amiga Laura me tendió una trampa en Madrid y me devolvió a mis padres, cautiva, azotada y vencida, así que aquí me ve usted – dijo Maga con una naturalidad que asustó a Lucía.

- Entonces no eres un peligro para la sociedad, sino para tu madre – le dijo el doctor, sin inmutarse.

- No. No volveré a hacer algo así. Lección aprendida. Ella me ha perdonado, y mi padre también – le respondió la chica.

- Doña Lucía, ¿Cómo ve usted ahora a su hija? ¿Sigue queriéndola igual que antes? – preguntó Olmos.

- Doctor ¡Qué pregunta más tonta! Pues claro que la quiero igual que antes. Ella y mi marido son mi vida. Sin ellos, preferiría estar muerta – respondió Lucía.

Al entrar en el despacho, Maga se había fijado en que el médico tenía un grueso araño en su barbilla. También su cuello parecía haber adquirido un color más rojo que el del tono habitual de su piel. Se atrevió a preguntarle.

- Doctor, esos rasguños... no me gustaría que Belén me dejase sin mi terapeuta – dijo Maga.

- ¡Magalí! ¿Es que no tienes vergüenza? ¿Qué clase de pregunta es esa para tu médico? – la regañó Lucía.

- No ha sido mi feroz esposa, señorita detective. He tenido un incidente muy desagradable hoy por la mañana, al aparcar mi coche en el garaje. Lo había cerrado ya cuando una figura con la cara tapada, sin duda un hombre por su fuerza y violencia, ha aparecido de sopetón desde detrás del vehículo contiguo al mío, ha saltado sobre mí y me ha rodeado el cuello con una cuerda de cáñamo muy gruesa. He intentado defenderme, pero inútilmente. Cuando ya pensaba que iba a morir por asfixia, el tío ha salido precipitadamente corriendo y lo he visto acceder a la calle por una de las puertas del garaje. Me hubiese podido matar, pero no lo ha hecho. Es extraño – narró el hombre.

- ¡Qué horror, doctor! Habrá dado usted parte a la policía, imagino – supuso Lucía.

- Sí, he puesto la correspondiente denuncia. Me han dado los consabidos consejos, que me mantenga muy atento, que mire si alguien me sigue... ellos piensan que el asaltante quería robarme el coche, pero se asustó por algo y huyó. Yo no lo tengo tan claro – puntualizó el psiquiatra.

- ¿Alguien a sueldo de Belén, quizás? Hoy en día es muy fácil encargar a un sicario colombiano un asesinato por encargo. Le pagas 3.000 euros y te hace la faena – aventuró Maga.

- ¡Niña! ¡No digas esas cosas! – la rió Lucía.

- ¿Por qué no, mamá? Estas historias están a la orden del día.

- Belén y yo hemos llegado a un acuerdo satisfactorio para ambos. No necesita que yo muera. Además, no es una asesina. No, no lo es. Incluso es una verdadera amante de los animales, jamás se compró una prenda de vestir o calzar hecha de piel de animal – aseguró el doctor.

- Bueno, Hitler también amaba a los animales. Fue toda su vida vegetariano por esa razón – intervino Maga.

- Doctor, lo que sé de Belén no me gusta, pero en cuanto a mi hija, sí que es una bocazas atolondrada – comentó la madre de la paciente.

- Amiga mía, su hija sigue siendo tan inteligente como cuando se licenció como abogada con matrículas y sobresalientes. Es tan brillante como antes. La raíz de su problema viene, en mi opinión, de esos amigos de luz que le transmiten mensajes, y en cierto modo, gobiernan su vida. Es ahí donde yo quiero profundizar en la terapia. Lamento no haber dado con la clave todavía – expuso Olmos.

- Estoy totalmente de acuerdo con usted, doctor. Su declive comenzó el día 6 de enero del año pasado, cuando ella recibió la visita de sus mejores amigos de luz, todos en comandita. Desde entonces, yo vivo en un ay. Su padre no está tan asustado, pero yo sí.

- Señora Barrón, yo no creo en los seres de luz. Cuando uno muere, se acaba todo y ya está – dijo con solemnidad el hombre – Por eso es tan importante lograr ser feliz, aquí y ahora, porque no hay nada más.

- Pues está usted equivocado, doctor. Existen. Y tras la muerte, la vida sigue. Maga nos lo demostró a mi marido y a mí cuando ella tenía sólo ocho añitos. No nos dejó lugar a dudas – le contradujo Lucía con firmeza.

- Amiga mía, si usted quiere, les hago terapia a las dos juntas, con un descuento para usted del cincuenta por ciento – quiso bromear Olmos.

Lucía no aceptó la broma del psiquiatra de buen grado. Le produjo un inmenso sentimiento de rechazo hacia el médico. Las siguientes palabras que pronunció sonaron frías como el hielo.

- ¿Conoce usted a algún colega suyo que sí que crea en Dios, en sus ángeles, en los seres de luz y en la vida tras la muerte? Porque si usted no cree en nada de eso, mi hija y yo estamos tirando el dinero con su terapia, señor.

- Mamá, no seas maleducada. El doctor Olmos es como un amigo para nosotras – intervino Maga.

- Lo será para ti. A mí me importas tú. Díganos qué le debemos por la visita, doctor.

- Nada. Maga acaba de convertirse en mi amiga y yo no cobro a los amigos. En cuanto a si conozco a un colega, o lo que sea, que cree en esas historias, la respuesta es sí. Les voy a anotar en un papel su nombre y dirección. Se trata del doctor en psiquiatría don Andropulus Verikuetos. Es también vidente, dice él. Tiene su consulta, o lo que sea, en la Plaza del Ayuntamiento. Aquí tiene – dijo el hombre, extendiendo a Lucía un papel blanco sobre el que acababa de escribir.

- Verikuetos, jajaja, eso mola – rió Maga.

- Sí que mola. Dame un abrazo, Maga. Mucha suerte con tu nuevo terapeuta. Recuerda siempre que eres una persona muy especial y que vales mucho – Maga y Olmos se abrazaron.

A Lucía le extrañó la cariñosa despedida que el doctor Olmos dispensó a su hija,

y no supo qué pensar de aquel hombre. Dudó sobre si había acertado en su decisión de suspender la terapia de Maga de forma tan súbita... y atolondrada. Pero no podía dar marcha atrás. Se sintió confusa y desasosegada. Minutos después, madre e hija regresaban en silencio a casa.

El cuerpo sin vida de Belén Sánchez apareció junto a su coche tres días después, con claros signos de brutal violencia ejercida sobre la víctima. En pocas horas, el doctor Olmos fue detenido, acusado del asesinato de su esposa. Tras los estudios periciales practicados por la policía científica, el ADN del psiquiatra fue hallado en el cuerpo y el chaquetón que la víctima llevaba en el momento del crimen.

En esta ocasión, el juez no puso en libertad al médico, sino que le imputó el asesinato de su esposa y decretó su ingreso en prisión sin fianza.

Maga sintió un escalofrío cuando escuchó y vio la noticia en Canal 9, la televisión autonómica de la Comunidad Valenciana. En su interior, sintió mucha pena por Belén, que había sido su amante y a la que debía la imposición de un severo castigo que ella admitió porque pensaba realmente que merecía que le hicieran daño para transmutar su karma en dharma. Por Olmos sintió pena y rabia, y decidió ayudarlo. Estaba convencida de que él no era un asesino, ni siquiera una mala persona de esas que tanto abundan en el anonimato. Alguien le había tendido una trampa. Presintió que el asesinato de Belén estaba vinculado al de Estefanía Pozuelo. Tras la comida, expuso a sus padres el plan que quería llevar a cabo.

- Papá, mamá, me voy a Palma de Mallorca de nuevo – les anunció.

- ¿Cómo que te vas a... ¡tú no te vas a ningún sitio, excepto a la consulta del doctor Verikuetos! – exclamó Lucía.

- Papá, ayúdame... voy a resolver el caso de estos asesinatos. Están relacionados, estoy segura – expuso Maga, muy seria.

Luis miró a su hija con ternura, y a su mujer, pidiéndole con los ojos que no se mostrase inflexible. Sabía lo que Lucía iba a decir a continuación.

- Cariño ¿Recuerdas el documento que firmaste a favor de tu padre y mío, para que te cuidásemos mientras estuvieses enferma? – dijo Lucía a su hija.

- Pues claro, mamá. Ven tú conmigo, si quieres, pero yo me voy a Palma sí o sí, con tu permiso o sin él – anunció Maga.

- Y con cincuenta palmetazos en el culo también – le dijo su madre.

- Ok mami, estás autorizada a corregirme y siempre lo estarás, pero tú y yo nos vamos a Palma. Papá, sácanos billetes de avión por internet, para mañana, porfa – pidió Maga.

- ¡Tú estás loca! ¡No nos vamos a ningún sitio! – exclamó Lucía.

- ¡Sí que os vais! Y la vara de bambú y las esposas se quedan aquí, Lucía. A ver si la que necesitas tratamiento del tal doctor Verikuetos ese eres tú y no Maga. ¡Estoy harto de vuestras estupideces, joder! – exclamó Luis, furioso. Madre e hija quedaron atónitas. La segunda fue hacia su padre y lo abrazó.

- Gracias papi, eres genial – le dijo Maga, mientras le llenaba la cara de besos.

- Guau, guau, guau – dijo Mari Carmen, que aplaudió de este modo el genio de su padre.

- Sí, Carmina, tú también eres genial. Cuida mucho de nuestro papi mientras Lucía

y yo estamos en Palma, ok? – dijo Maga a la perra.

Al día siguiente a la 1:30 de la tarde, madre e hija despegaron desde el aeropuerto de Manises rumbo al Aeropuerto Internacional de Palma de Mallorca, en un avión de la compañía alemana Air Berlin.

SEGUNDA
PARTE

Capítulo V

Palma de Mallorca, septiembre de 1996

El día había amanecido cálido y ni tan siquiera una nube se dibujaba en el cielo. El sol pronto acarició con sus rayos las calles de la capital de las bellas Islas baleares. Un jueves radiante, que condujo a las distintas playas de la isla a cuantos podían permitirse el lujo de disfrutar de uno de los últimos días del verano. Muchos turistas habían regresado ya a sus lugares de origen, lo que convertía en privilegiados a aquellos visitantes que se habían decidido a tomar uno de los últimos baños de la temporada estival.

Un joven alto, de complexión atlética, se acercaba a la orilla. Miró a los bañistas y no le costó demasiado reconocer el color anaranjado-rojizo de la sedosa cabellera de la mujer de la que se había enamorado unos pocos meses antes, y con la que convivía mes sí y mes no. Aquel bello color despedía ahora destellos dorados que le acariciaban la vista y le llegaban hasta su corazón. Se paró en la orilla unos segundos, y después entró en el agua, que encontró fresquita. La preciosa joven pelirroja seguía nadando y dando volteretas en el agua.

Leonardo Trompo nadó con la cabeza bajo el agua, y llegó hasta la mujer, asomando súbitamente la cabeza a su lado. El alborozo de la chica le resultó emocionante al tiempo que cálido.

— ¡Leo! — dijo ella — Ya estás aquí.

— Una vez más, cariño. ¡No sabes cómo te he echado de menos! — le dijo ella, abrazándolo y besándole en la boca. El sabor de la sal del agua resultó muy agradable a ambos enamorados.

— Juntos ya para siempre, cariño. Ya no tienes que volver a ese repugnante calabozo ¿Verdad? — preguntó Estefanía, la encantadora joven pelirroja.

— No. Ya me han licenciado. No creas, el maldito teniente Torralba no dejó de provocarme hasta el último minuto, pero el capitán Galán lo tenía todo previsto y había dispuesto efectivos para que sujetasen a ese loco mientras los ya ex-soldados nos alejábamos para siempre del jodido cuartel de mierda — comentó Leonardo.

— Cariño, no comprendo lo de ese hijo de puta. Estos no son los tiempos de Franco, ahora existe la oficina del defensor del soldado, hay garantías para que se respete a quién ha de cumplir con esa carga que califican de “servicio a la patria”. Yo de ti denunciaría el hecho, ahora que ya no te pueden hacer nada malo — le sugirió ella.

— No. Mejor pasar página para siempre. Ese Torralba ha sido y sigue siendo un puto misterio anacrónico. Imagínate, un teniente de carrera militar más viejo que Matusalén, a punto de jubilarse. Tenía que ser al menos teniente coronel. Se dice que tiene un historial profesional horrendo tras sí, y que por esa razón no pasó de teniente. Lo cierto es que hasta sus superiores le temen, porque saben que es un loco peligroso, rebelde, irrespetuoso, y capaz de cualquier cosa — dijo el joven.

— ¿Qué vamos a hacer, Leo? ¿Sigo entrando yo en tus planes de futuro, cariño? — preguntó la chica.

Estefanía era una joven alta, de gran belleza y cuerpo perfecto, con una piel muy blanca que manchaban sensualmente unas preciosas pecas en algunas de sus zonas más sexis, como los hombros y la zona de las clavículas, hasta el comienzo de sus pechos, de proporciones perfectas. También las tenía en la parte superior de su espalda. Su piel era muy fina y delicada. El color sonrosado de su rostro, en el que se reflejaba el rojo de sus cabellos, iluminaba su semblante. Sus cejas las llevaba perfectamente cuidadas, y sus ojos, de pupilas muy negras, contrastaban con el resto de sus facciones. Sus labios eran finos pero muy bien perfilados. Las mejillas y la barbilla, de ensueño. Leonardo se había enamorado profundamente de ella. Tan solo una de sus cualidades le disgustaba: las tendencias vitales de la chica eran muy hippies.

— Estefanía, eres lo que más me importa en este jodido mundo. Quiero recorrer el camino del futuro contigo, juntos siempre, cogidos de la mano. Ahora bien... — esbozó Leo.

— ¿Ahora bien, qué? ¿Qué hay entre nosotros que no esté en orden, cariño? — preguntó ella.

— Lo sabes perfectamente. Tú serías feliz si yo me dedicase a lo mismo que tú, a confeccionar y vender chorraditas mallorquinas para los turistas, aquí juntitos los dos. Pero yo quiero ser médico. Ese es el abismo que puede separarnos, Fani — le respondió él. Nunca se lo había manifestado con tanta claridad.

— Oye, yo hago artesanía, no chorraditas como dices tú. Me gusta vivir así, sin jefes ni compañeros de trabajo que se dediquen a joderme la vida. Hasta que te conocí, incluso practicaba el amor libre. Ahora soy tuya, y eso ya me causa un gran placer. El placer de la hembra poseída por un macho guapísimo, ávido de follarla una y otra vez ¿No te sientes orgulloso de ello? — le preguntó.

— Ser el dueño de una hembra como tú es un orgullo y un placer para cualquier macho. Sí, me gusta que seas mía y que hagamos el amor con el frenesí conque nuestra edad nos permite hacerlo. Pero el caso, cariño mío, es que yo ni siquiera tengo trabajo — le respondió Leo.

— Pues búscalo. En Mallorca siempre hay ocupaciones para quien quiere trabajar. Aprende alemán, y dedícate a algo que les guste a nuestros colonizadores. Ellos tienen siempre los bolsillos llenos de marcos — le sugirió Estefanía.

— Estudiaré medicina, tesoro, lo quieras tú o no. Tengo planes muy ambiciosos. He de resarcirme de un pasado nefasto — declaró Leonardo.

— Está bien. Yo te pagaré tus estudios. Tengo dinero ahorrado, y qué mejor destino le puedo dar que hacer que tú seas feliz y me hagas feliz a mí. ¿Cuándo y dónde podrías

matricularte? — le preguntó.

— Pude acabar el primer curso de la carrera a trancas y barrancas, en Madrid. Después lo dejé y me dediqué a algunas actividades que prefiero que no conozcas. El caso es que gané algún dinero, que tengo ahorrado en un banco. Puedo pagarme la carrera yo solo, Estefanía — le respondió.

— Bueno, desde luego no he querido ofenderte. ¿En qué universidad te vas a matricular?

— Para el segundo curso, en la UNED. Después, ya veré como se presentan las cosas. Quiero cambiar en el registro civil mi nombre y mis dos apellidos. Eso he de hacerlo en Madrid — dijo Leo.

Los dos jóvenes habían salido del agua y se habían tumbado en sendas toallas. Estefanía siempre llevaba dos.

— Leo, úntame de crema, por favor — pidió Estefanía.

— De mil amores. Vamos a ello. No quiero que te quemes y esta noche te duela la espalda. Vas a llevarte una follada de las que hacen época, tesoro — respondió él, comenzando a aplicarle sobre los hombros una crema solar de protección máxima. La que Estefanía requería, debido a la delicadeza de su piel muy blanca.

Un joven alto, muy musculoso, desgarbado y de rostro poco agraciado se acercó a saludar a la pareja.

— Buenos días, chicos — les dijo. Ella le respondió.

— Hola, Tatu, ¿Qué haces por aquí a estas horas, tío? ¿Hoy no tienes servicio? — le preguntó, mientras Leo, que no se molestó en saludar al recién llegado, seguía aplicándole la crema protectora.

— Fani, tía, que trabajo ocho horas, no veinticuatro. En la policía local se nos considera agentes, no esclavos — respondió Tatu.

— Perdona, hombre, no he querido faltarle al respeto a la autoridad, jaja — bromeó ella.

— Bueno, me piro. Nos vemos — dijo Tatu, que comprendió que para Leonardo, él no era bienvenido.

El hombre desgarbado se alejó. Leonardo lo miró mientras caminaba. Observó que lo hacía con los puños cerrados.

— ¿Quién es ese tío, Estefanía? — preguntó Leo.

— Es Tatu. Nos conocemos desde que éramos niños. Crecimos en el mismo barrio, uno de la periferia para personas no demasiado agraciadas por la diosa fortuna. Siempre quiso que fuese su novia, jajajaja — rió la chica, que se deleitaba mientras los dedos de su amante le introducían crema por debajo de la parte inferior del bikini. Se hallaba tumbada de espaldas.

— ¡Pues qué feo es el cabrón, leche! — exclamó Leonardo.

— Pobre. Me da mucha pena, Leo. Ni siquiera ha conseguido jamás darme celos con otra chica, porque ninguna quiere salir con él. ¡Ay, Leo, que no necesito crema ahí, jajaja! — dijo la muchacha.

— Pero ¿a que te gusta? Pues verás cuando te pongas boca arriba... ahora enseguida, en cuanto te embadurne la parte trasera de los muslos — le anunció.

— No dejes de ponerme en las plantas de los pies. Ahí también me quemó enseguida — le dijo ella.

— Ah, no lo consentiré, porque tus pies me los pienso comer esta noche con guarnición de guindillas.

— Jajaja, qué tonto pero qué divertido eres, Leo. ¿Me pongo ya boca arriba?

— Sí. Oye, y ese Tatu... ¿Desde cuándo ha sido tu pretendiente? — preguntó Leonardo, que no había dejado de interesarse por el feo muchacho. Era la primera vez que lo había visto. Estefanía nunca le había hablado de él.

— Uf, desde que tengo memoria. Teníamos los dos cuatro años, y ya quería casarse conmigo.

— Joder, qué precoz. Estoy seguro que más de una cochinada le dejaste que te hiciera — le dijo Leo.

— No tantas como te dejo a ti que me hagas, mi amor. Y eso que a él lo conozco de toda la vida, y tú apareciste en mi existencia hace seis meses. El hombre del mes de calabozo y el siguiente de permiso. ¡Qué disparate! — exclamó la chica.

— Sí, la mili siempre ha sido un sinsentido. Y ahora, el Presidente Aznar va a suprimir el servicio militar obligatorio y establecerá a cambio un ejército profesional. ¡Es que soy desgraciado hasta para eso, hostia! — se quejó.

— No digas eso. No todos pueden tener a una chica como yo enamorada de ellos hasta los huesos, como yo lo estoy de ti — replicó Estefanía.

— Tienes razón. No me volveré a quejar, cariño mío. Te quiero — le declaró Leo, una vez más.

De común acuerdo, Leonardo y Estefanía habían establecido su residencia en el piso propiedad de ella. No disponían de lujos, pero sí de las comodidades básicas para disfrutar de una vida armoniosa de pareja. La mujer había recibido el piso en herencia, a partes iguales, con su única hermana, tras la muerte de sus padres, acaecida en un accidente de tráfico ocurrido durante unas vacaciones en la península. La hermana de la bella pelirroja pidió que ambas pusieran el piso en venta, pues convivir ambas en el mismo espacio les resultaba imposible. Nunca se quisieron. Estefanía trabajó día y noche para conseguir el suficiente dinero para pagar a su hermana la parte que le correspondía. Ahora, se sentía feliz por ser la propietaria única de la vivienda.

— Cariño, he de viajar a Madrid por lo del cambio de mi nombre y apellidos — le dijo Leo a su novia y amante, mientras cenaban.

— ¿Pero Leo, por qué te empeñas en cambiar de nombre? ¿No te parece como una traición hacia tus padres? — le preguntó Estefanía.

— Ay tesoro, si tú supieras toda la historia... ¿Tú crees que es bonito llamarse Leonardo Trompo Mastuerzo? — preguntó él, mientras hacía crujir con sus blancos dientes una patata frita.

— Pues tío, a mí ni fu ni fa. Te llares como te llares, para mí eres el hombre guapísimo y super sexy que ha conquistado mi corazón. Por ti he renunciado incluso a mis solemnes principios sobre el amor libre, y me he convertido en feliz esclava tuya — respondió ella.

— Amor, si supieses que una de las razones que me cautivaron de ti, fue que no estallases en una carcajada cuando te dije cómo me llamo... bueno, ya lo sabes, te lo acabo de decir.

— Jo, Leo, no me digas que has sufrido por el nombre. Yo entiendo que el Tatu sufra por ser tan feo, eso sí que es una condena a perpetuidad, pero tú, que eres el ideal de cualquier chica... tú no, tío. No ofendas a la desgracia ajena — le reprochó Estefanía.

— Soy una mala persona, Fani. No sólo me he hecho daño a mí mismo, sino también

a mis pobres padres. Ahora estoy tan arrepentido... ellos no se merecen tener un hijo como yo. Algunas noches, cuando estoy a oscuras en la cama y pienso en ellos, no puedo evitar llorar.

— Pues en esos momentos, me coges del culo, me bajas las bragas y te das una alegría. Ya verás cómo se te pasa la pena.

— Te estoy hablando en serio, joder. No seas zafia, no me gustan las mujeres que desentonan la deslumbrante belleza de su ser con un vocabulario soez. Y tú tiendes a hacerlo, Fani — le reprochó Leo.

— Perdón, perdón, Leo... no volverá a ocurrir, te lo prometo — le aseguró ella.

— No pasa nada... simplemente, eres una diosa sublime. Por tu boca, únicamente pueden salir palabras bonitas, bellas como tú — le dijo él.

— ¿Cuándo piensas viajar a Madrid? — preguntó ella.

— Salgo mañana por la mañana. Estaré fuera un par de días.

— Mañana por la mañana... no te podré despedir en el aeropuerto. He de vender mis modestas obras de artesanía en mi puesto del mercado. Voy un poco atrasada con los ingresos este mes, y vienen las facturas de la luz y de la comunidad de vecinos. ¿No te importará, cariño? — le preguntó.

— Claro que no, en absoluto, cielo — respondió él.

— Por cierto, qué nombre y apellidos vas a adoptar? ¿Estás seguro de qué te dejarán? — quiso saber ella.

— Deben permitirme cambiar, ya que hay una ley que así lo dice. Nadie tiene por qué llevar unos apellidos que le produzcan asco y vergüenza, y le expongan a sufrir cualquier enfermedad mental, o le inciten a cometer algún crimen horrendo — expuso Leo.

— ¡Qué exagerado eres! Dime cómo has decidido llamarte.

— Lorenzo Quevedo Cervantes — ¿Te gusta? — le preguntó.

— Uf, me mola, suena guay. Ojalá te dejen. Con esos apellidos, arrasará como literato.

— No quiero ser escritor. Seré médico. Médico psiquiatra. El mundo está lleno de locos, y cuanta más gente sepa echar una mano para aliviar, mejor — declaró él.

— Eres una buena persona. Ojalá yo fuese igual que tú — dijo ella.

— Venga, exquisita flor humana. Eres la mejor en todos los sentidos. Buena persona, delicada artesana, inteligente, bellísima como la más primorosa obra de arte jamás concebida... la mujer 10.

— Leo, como sigas diciéndome esas cosas me voy a correr de placer — dijo la diosa pelirroja, que acababa de meter la pata.

— Te vas a correr, pero no de placer, sino de dolor. Voy a enseñarte a no poner en tu preciosa boca ninguna expresión zafia. Vamos a la cama. Mueve ese culo de lujo que tus padres te otorgaron — ordenó Leonardo.

Estefanía no supo qué había querido decir su amante, pero intuyó que el programa sexual de esa noche iba a ser diferente.

Leonardo se ausentó del domicilio que compartía con su amante, como previamente él le había anunciado. Estefanía cenó en un bar cercano a su casa, no tuvo interés en cocinar para ella sola. Sentada en la barra, vio unas imágenes del telediario que le

llamaron la atención. Un cadáver estaba siendo extraído de un lago. No supo por qué lo hizo, pero pidió a Joan, el dueño del establecimiento, que subiese el volumen de sonido del aparato.

Supo que el teniente del ejército de tierra, don Sabino Torralba Masclat, había sido hallado muerto en la Albufera de Valencia, con claros signos de haber sido brutalmente asesinado. El hombre culpable de que su amante pasase cinco meses en el calabozo de su acuartelamiento de destino durante su servicio militar había muerto. Leonardo se había ido a Madrid, eligiendo un momento en el que ella no podía acompañarlo al aeropuerto para despedirse de él.

Pagó la consumición que había efectuado y subió a su piso. Cuando regresase Leo, le pediría que le enseñase el billete de avión. No. No era buena idea. Se cepilló los dientes, se puso el pijama que usaba aquella semana y se metió en la cama. Quiso leer algunas páginas de un libro que tenía sobre la mesita, pero no pudo concentrarse en el contenido de la letra impresa en papel. Apagó la luz y esperó a que el sueño llegase. Comenzó a imaginarse lo peor. Quizás Leo había ido a Valencia en lugar de viajar a Madrid, como le había dicho a ella. Consideraba a su amante un hombre bueno, que estaba arrepentido de muchas cosas que había hecho, o dejado de hacer, durante su todavía corta vida. Leonardo tenía veintiún años. Ella, veintidós. Él odiaba con furia al ahora fallecido teniente Torralba. ¿Se habría atrevido... a matarlo? En muchas ocasiones, le había comentado a ella que aquel individuo no merecía vivir, y que quien lo ejecutase, le haría un gran bien a la especie humana. Ejecutase. ¿Es que alguien habría de hacerlo? Elucubrando sobre todas estas posibilidades, el sueño la venció. Por la mañana se había levantado muy pronto, había trabajado en algunas piezas de orfebrería, y después se había pasado la tarde en uno de los mercados en los que tenía un lugar asignado para vender sus productos.

Sobre las once y media de la mañana siguiente, Leo apareció en el hogar que ambos compartían. Ella había decidido tomarse la mañana libre, esperando que él llegase y le diese toda clase de explicaciones que pudieran tranquilizarla.

— Buenos días, princesa, aquí me tienes de nuevo — le dijo él, a modo de saludo.

— ¿Dónde has estado, Leo? ¿Te has enterado de lo que ha sucedido? — preguntó ella.

— No cariño, he estado muy ocupado haciendo gestiones para mi futuro inmediato — le respondió él.

— ¿En Madrid? ¿Has estado en Madrid, Leonardo?

— Sí. He estado en casa de mis padres. Me han perdonado — dijo el joven.

— ¿Y desde Madrid, has venido aquí directamente? — preguntó ella.

— Pues claro, tesoro ¿Se puede saber a qué vienen tantas preguntas?

— Anoche vi en un telediario que el teniente del ejército de tierra, Sabino Torralba Masclat, había aparecido muerto en la Albufera de Valencia. Alguien lo ha asesinado — le reveló ella, por si acaso no lo sabía.

— ¡Rayos! ¡Todavía quedan héroes dedicados a hacer el bien a sus semejantes! — exclamó Leonardo.

— ¿No serás tú ese héroe, verdad? Dime que no, por favor — le rogó Estefanía, muy asustada.

— No. No he sido yo.

— Enséñame tu billete de avión a Madrid, por favor, Leo — pidió ella.

— ¿Es que no te fías de mí? ¿Para que me voy a guardar resguardos de billetes de avión? Los he tirado. Me estás enfadando, Estefanía — alzó él la voz.

— ¿Has pensado que la policía te va a investigar? ¿Qué les vas a decir?

— Yo nada. Eres tú la que les vas a decir, si es que vienen a buscarme aquí, que no me he movido de tu lado durante estos dos días. Prométemelo, o me doy el piro a un lugar más seguro — le dijo él.

— ¿Tú me prometes, por lo que consideres más sagrado, que no lo has asesinado tú? — preguntó ella, casi con lágrimas en sus bonitos ojos.

— Te lo prometo. Yo no he sido. ¿Me protegerás, Fani? — le suplicó.

— Sí, lo haré. Diremos que vimos la noticia en televisión juntos. Yo estuve ayer por la noche en el bar de Joan, pero sólo cinco minutos, y no hablé para nada con nadie. No te preocupes. Yo te cubriré, cariño. Te quiero tanto... le aseguró Estefanía.

— Gracias, preciosa. No sabes cuanto significas para mí... siempre serás el amor de mi vida — le aseguró.

— Si viene la policía, debemos tener los dos la misma lección bien aprendida. Hemos desayunado, comido, cenado y dormido juntos. El menú, pollo para comer y tortilla de patatas para cenar el jueves, y el viernes, atún con tomate y ensalada al mediodía, y hervido de judías con patatas para cenar. Un huevo frito después. Tú dos, yo uno. ¿Vale? — propuso la chica.

— Eres genial, cariño. Un verdadero tesoro. Gracias — él la abrazó y besó con agradecimiento y ternura.

La policía se presentó tres días después. Lo hizo tanto la nacional, como la militar. Estefanía cubrió a su novio, tal como habían previsto, y los agentes se marcharon sin insistir demasiado. Se lo tomaron como un trámite de rutina. Era evidente que tenían informaciones que decían que Torralba tenía muchos enemigos. Encontrar al que decidió tomarse la justicia por su mano, sería una tarea ardua y muy laboriosa.

— Leo, dime, ¿pudiste cambiar tu nombre y apellidos cuando fuiste a Madrid? — preguntó Estefanía, mientras paseaban por la orilla del mar, sus pies bañados por las olas que rompían y se deslizaban sobre la arena, acariciándola. Disfrutaban de los últimos rayos que el astro rey les regalaba aquella tarde.

— No es tan fácil, tesoro. He de alegar un montón de razones, y demostrar que apellidarme Trompo Mastuerzo me perjudica, tanto emocionalmente como en mi profesión. Voy a ser médico, con una consulta privada. No me interesa la medicina social. Espero que no pienses mal de mí por esa razón — expuso Leo.

— No. Seguro que conseguirás llamarte Quevedo Cervantes — dijo ella.

— Sí, Fani. Será trabajoso, habré de viajar varias veces a Madrid, pero lo conseguiré. Necesitaré incluso informes psicológicos. Así podré tener más contacto con mis padres también. He de enmendar mis errores del pasado — le aseguró.

— ¿Estás buscando trabajo en la isla? — le preguntó ella.

— Sí. No te preocupes, estudiaré y trabajaré al mismo tiempo. No seré una carga para ti. Mi orgullo y honor no me permitiría ser un hombre mantenido por su mujer — respondió a su pregunta.

— ¡Qué solemne, Leo! Si vamos a ser marido y mujer, no importa quién sea quien traiga el dinero a casa. Con lo que yo gano, podríamos vivir bien los dos. Tú puedes dedicarte a estudiar todo el tiempo, y yo a trabajar. Somos un equipo, cariño, y nos queremos — explicó Estefanía.

— Dejemos este tema. Tengo suficiente capacidad intelectual y física para estudiar y trabajar al mismo tiempo. Dentro de unos días se abre el plazo para la matrícula en la Facultad de Medicina. No puedo cursar esa carrera por la UNED, ya me he informado

de eso. Asistiré a clase y tomaré apuntes, compraré libros, y material de otros que se dedican a esos menesteres. En cuanto al trabajo, algo me saldrá. Traducciones de inglés, quizás — sugirió él.

— Me parece muy bien, Leo. Sólo que no te quedará casi tiempo para pasarlo conmigo — dijo Estefanía.

— ¡Cómo que no! ¡Vamos a echar unos polvos de lujo todas las noches! Ya verás que bien nos lo montamos, cielo — le dijo él en un tono muy animoso. Ella sonrió, no muy convencida.

Palma de Mallorca, noviembre de 1996

Leo había comenzado ya sus estudios, mientras Estefanía continuaba con sus trabajos de artesanía y la venta de los mismos. La bonita pelirroja solía vender muchos más productos que sus compañeros y compañeras, pues por algo atraía a los hombres a su tenderete como las moscas acuden a la miel, y la mayoría de las veces, le compraban alguno sus productos, elaborados con sus propias manos. Estefanía sonreía siempre, mostrando sus perfectos dientes muy blancos. Se notaba que la chica ni fumaba ni bebía café. A menudo se veía obligada a deshacerse de más de un moscón. Entonces lo pasaba realmente mal. También el Tatu se acercaba con frecuencia a su puesto, para admirar la imponente belleza de su mayor objeto de deseo, que siempre se llamó Estefanía Pozuelo.

— Buenas tardes, Fani. ¿Dónde está tu galán, preciosa? — solía preguntarle.

— Leo será un gran psiquiatra, y para eso hace falta estudiar mucho. ¿Y tú, dónde te has dejado la moto, Tatu? — le preguntó ella, no sin cierta guasa.

— Los polis aparcamos donde nos sale de los cojones, sin que nos multe nadie. Privilegios de poli — le respondió él.

— Ya. ¿Cuándo te buscas novia?

— Estoy esperando a que tú te decidas a casarte conmigo. Llevo proponiéndotelo desde que teníamos cuatro años ¿Recuerdas? — le dijo.

— Ay, sí, Tatu, qué pesado eres, por Dios. Nunca me casaré contigo. No es por nada en especial, es que estoy muy enamorada de Leo. Tú encontrarás una chica que quede impresionada para siempre por tu moto policial, que es una pasada — se burló ella.

— Oye guapa, mofarte de la autoridad te puede costar una multa y quizá una noche de calabozo — la amenazó él, medio en broma, medio en serio.

— Jajaja, Tatu, pero como tengo un amigo en la policía local, me quitará la multa. ¿No es así? — preguntó ella.

— ¿Un amigo en la policía local? Dime quién es, que le suelto una hostia sólo por mirarte — respondió Tatu, que era muy torpe para algunas cosas.

— Pues ya te la puedes soltar a ti mismo, porque únicamente te conozco a ti en la policía local — puntualizó Estefanía.

— Joder, ya lo sé, leche, qué cachonda eres. Pues mira lo que te digo, tú, o serás mía, o de nadie — dijo inesperadamente el hombre

— Venga tío, menos lobos, coge la moto y vete a patrullar por esas calles, a ver si trincas a alguien que conduzca a 120 por donde esté señalado a 20. Seguro que te condecoran por eso — volvió a bromear la chica.

Tatu hizo un gesto llevándose la mano derecha a la visera de la gorra en señal de

despedida. Estefanía le sonrió y le dijo adiós con la mano.

— Qué feo es el cabrón — pensó. Y tras acudirle esa frase tan cruel a su mente, para dedicársela a un amigo de la infancia, se sintió pesarosa y rectificó.

— Qué feo es el condenado. No, el pobre. Joder, Estefanía, qué mala eres. Y por pensar “joder”, Leo te calentaría el culo. No quiere que digas palabrotas. Control, Estefanía, control — siguió pensando, hasta que un cliente la saludó, le dedicó una seductora sonrisa, y le pidió un collar de perlas para regalárselo a su esposa. Entonces volvió a la realidad.

Leonardo se ausentaba muchas veces del domicilio que compartía con Estefanía. Ésta empezó a sospechar que él tenía actividades “secretas” de las que no podía hablarle a ella. Un día, recibió un sobre cuyo remitente era un tal Ángel Guardia. Debería haberle entrado risa, pero no fue así. El sobre parecía tener electricidad que transmitía a sus manos. Lo había cogido del buzón a su nombre y de Leo, que se hallaba nada más entrar en la finca. No esperó a llegar a su casa para abrirlo. Lo hizo durante su ascensión en el ascensor.

— Joder, qué es esto — exclamó.

Eran fotografías de Leonardo con mujeres mayores, muchas de ellas tomadas en las inmediaciones de hoteles, y otras en restaurantes y cafeterías de lujo. Estefanía pensó mal y acertó. Leonardo trabajaba y estudiaba, como él mismo le había dicho. ¿Qué estaría haciendo con el dinero que ganaba? Era evidente que se estaba prostituyendo. No se escandalizó, pues ella misma había practicado el amor libre hasta que conoció a Leo, pero su decepción fue inmensa. Entró en su casa y se dejó caer en un sillón. Comenzó a llorar. Se sintió engañada, burlada y estafada. Pensó en si decirle algo a su amante o no. Decidió que sí, aunque ello significase el final de su relación.

Media hora después llegó Leonardo. Nada más entrar, comprendió que algo grave le había sucedido a su compañera.

— ¿Qué ha pasado, Fani? ¿Estás cansada? ¿No has tenido una buena mañana? — preguntó él.

Por toda respuesta, ella le arrojó las fotografías al suelo, ante él.

— ¡Mierda! — exclamó.

— ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Es ese tu trabajo, verdad? Eres un puto de lujo. Debes estar forrándote, pero a esta casa, a esta familia que somos tú y yo, no aportas ni un duro — le dijo ella.

— Bueno, ya te has enterado. ¿Quién es el hijo de la gran puta que te ha enviado esto? — preguntó él, encolerizado pero sin muestras de arrepentimiento o vergüenza.

— Un tal Ángel Guardia. No debe ser un nombre real, y la dirección ni siquiera existe. La he mirado en el plano.

— Pues a mí se me ocurre cambiarle el nombre por el de Demonio Feo de la policía local — dijo con sarcasmo Leonardo.

— Leo ¿Estás estudiando medicina de verdad o sólo te dedicas a esto? Lo menos que podías hacer es colaborar en los gastos de la casa — comentó ella, cuya mente se hallaba muy confusa.

— Cariño, te quiero. Estoy muy enamorado de ti. A partir de ahora, todo el dinero que obtenga de esas viejas ricas calentonas lo ingresaré en nuestra cuenta común. Hasta la última peseta. Te lo juro — le aseguró él.

— Ay Leo, qué decepción... yo también te quiero, pero ahora ya no confío en ti — se lamentó Estefanía.

— Nada ha cambiado. Tú no puedes prohibirme que gane dinero, Fani, aunque seas el amor de mi vida. Hay ámbitos individuales en las personas que no pueden ser invadidos por sus parejas. Siento haberte decepcionado. ¿Vas a tomar alguna medida contra mí? — preguntó él.

— ¿Cómo qué? ¿Cómo calentarte el culo como me haces tú a mí cuando se me escapa alguna palabrota?

— No. No te lo permitiría. Si tú me lo permites a mí, es tu decisión. Me refiero a si me vas a echar de tu casa y de tu vida, o me vas a decir que ya no te acostarás más conmigo — le aclaró Leo.

— Estoy enamorada de ti sin remedio, cariño. Vamos a seguir igual. Lo que la gente diga de nosotros, nos lo echaremos a la espalda y amunt. Lo que sí que te pido es que me digas si yo sigo dentro de tus planes a medio y largo plazo. No me engañes, Leo, por favor. Me destrozaría si lo hicieses — le pidió ella.

— Cariño mío, diosa pelirroja de mi vida, en cuanto termine la carrera, nos casaremos y nos iremos de Palma. Ese es mi plan. ¿Te parece bien? — le preguntó el joven.

— ¡Claro! Me haces muy feliz, mi vida. Pero... ¿Por qué tenemos que irnos de Palma? — preguntó Estefanía.

— Esta isla está llena de teutones y de gente que no habla el mismo idioma que yo. No me veo con porvenir aquí — respondió él.

— ¡Joder, Leo! Vaya, ya me la he ganado. Pero ya te he dicho mil veces que el mallorquín te lo puedo enseñar yo. Lo puedes hablar conmigo — dijo ella.

— Propuesta denegada. Súbete la falda. Apóyate aquí, sobre el respaldo del sillón — le ordenó.

— ¡Ay! ¡Uy! Leo, cada día tienes la mano más pesada — se quejó Estefanía, que recibió dos fuertes azotes en la blanquísima piel de su culo, uno en cada nalga.

— Lista. Esto es conductismo puro y duro ¿Qué has hecho para cenar, mi vida? — preguntó él.

— No me ha dado tiempo de preparar nada. ¿Por qué no bajamos al bar de Joan? Tienen un menú muy rico y económico. ¿Te parece que vayamos? — le preguntó ella.

— Pues claro. Tus deseos son órdenes para mí, diosa del amor y del sublime placer. Vamos a can Joan — convino Leo.

El tal Ángel Guarda no sólo había enviado fotografías de Leonardo acompañado de mujeres mayores con pinta de adineradas a Estefanía, sino que había hecho copias suficientes para enviarlas a todas las comisarías de la policía nacional y también de las de la local. A los cuarteles de la Guardia Civil no consideró oportuno remitirlas. Así pues, las autoridades locales supieron que Leonardo Trompo Mastuerzo se prostituía para ganar dinero. Nada sucedió, pues la actividad del estudiante Trompo no constituía delito alguno. Unos lo tildaron de inmoral, y otros se limitaron a envidiarle porque se podía permitir, con un cuerpo masculino de lujo, obtener cuantiosos ingresos de una forma tan sencilla, y a veces, las menos, hasta agradable. La fama de Leo se extendió por los hoteles y restaurantes de Palma de Mallorca, sin que él mismo lo sospechase. No sabía que no pasaba desapercibido. Quienes conocían que era el compañero sentimental de la bellísima, otrora hippie, Estefanía Pozuelo, sentían conmiseración por su paisana. Muchas personas pasaban por los mercaditos donde la chica vendía sus productos

artesanales, y allí la veían, radiante de belleza, algunas veces con el semblante triste, pero irradiando una luz que atraía de manera irresistible las miradas de hombres y mujeres.

Otro individuo que estaba ganando fama, en este caso muy negativa, era el policía local al que todos conocían ya como el Tatu. Ponía multas a diestro y siniestro, la mayoría injustas, que después habían de ser recurridas. Molestaba a los ciudadanos dejando la moto aparcada en lugares inverosímiles, y se paseaba, siempre con exceso de velocidad, por las calles más concurridas de la ciudad. Paraba a quien le daba la gana de forma arbitraria y cacheaba a los conductores. A veces conducía la moto con las manos puestas sobre su gorro oficial. Su pena era que la normativa no le permitía cachear a las mujeres. Así pasaba sus horas de servicio. No se aburría. Cada vez era conocido por más personas. Su fealdad física también contribuía a ello. Sus compañeros comenzaron a detestarle. Comenzó a suscitar temor al principio, después rechazo, y finalmente, miedo.

Estefanía Pozuelo tuvo la repentina idea de dejar de tomar la píldora anticonceptiva. Un buen día, decidió que no quería esperar a que Leo terminase la carrera de medicina para que ambos contrajeran matrimonio. Sopesó los pros y los contras de tomar tan delicada decisión por su cuenta y riesgo. Consideró que estar casados no iba a variar para nada la vida de Leo, pues ella se haría cargo de la faena que proporcionase el bebé que trajera al mundo. No hacía falta que fuese una boda tradicional, eclesiástica. Ella era huérfana, con su hermana hacía ya tiempo que no se hablaba, y Leo hacía lo propio con sus padres, salvo en aquellos viajes a Madrid, verdaderos o supuestos, porque no sabía si alguno de ellos fue real.

Se decidió. Iba a dejar de tomar la píldora, y con la fogosidad y frecuencia con que su vehemente amante la poseía, la concepción del bebé se produciría de inmediato.

Dos meses más tarde, Estefanía se hallaba felizmente embarazada. Aún no se lo había comunicado a Leo. Tenía miedo, pero ya no debía esperar más. Eligió el momento en que, ambos extenuados en la cama tras su sesión de fogoso amor apasionado, se sentían relajados.

— Leo, cariño — comenzó ella.

— Dime tesoro... ¿Eres feliz? — preguntó él.

— He de darte una noticia maravillosa... estoy embarazada. Estamos esperando a nuestro primer hijo, amor — le dijo, sonriéndole con dulzura.

— ¿¿¿Qué??? ¡Estarás bromeando, supongo! — exclamó Leonardo, sentándose de golpe en la cama como catapultado por un poderoso muelle invisible.

— No cariño. Es lo más maravilloso que nos ha podido suceder. Vamos a ser muy felices los tres, y luego vendrán más...

— ¿Pero serás imbécil? ¡Tenemos un trato, Fani! ¡Es decir, lo teníamos, zorra desleal!

— bramó furioso el hombre. Estefanía comenzó a sollozar y rompió en amargo llanto.

— ¡Putá! A mí no se me caza así. Me iba a casar contigo, te lo juro. Pero ahora dejo el campo libre al Tatu ese, al feo de mierda de los cojones. ¡Maldición, maldición! — continuó chillando Leonardo, mientras corría como un poseso por la habitación, dando puñetazos a muebles y paredes.

Estefanía se tapó la cabeza con ambas manos y se encogió en el lecho, adoptando la posición fetal. Estaba muy asustada.

Leonardo no tardó ni dos minutos en decidir romper con su novia para siempre.

Rebuscó en los armarios, reunió todas sus pertenencias, las introdujo en dos maletas, una de su propiedad y la otra de la propietaria de la vivienda, a la que acababa de infligir el peor de los maltratos, y abandonó aquel hogar, que había sido el suyo durante casi un año. Tan sólo pronunció dos palabras de despedida a su bella compañera.

— Hasta nunca.

Ella no respondió. Comenzó a agitarse con movimientos convulsos sobre su lecho.

A Leonardo se lo había tragado la tierra. Abandonó el curso de medicina que estaba estudiando, y ya nunca más se le vio por la facultad, ni por lugar alguno de la capital de las Islas Baleares.

Tatu aprovechó la coyuntura para acercarse, una vez más, a cortejar a Estefanía, a la que deseaba cada vez con mayor frenesí. La acompañaba, cuando el servicio se lo permitía, a los diversos mercaditos donde la pelirroja de sus sueños seguía vendiendo sus obras artesanales. En otras ocasiones, la hacía reír, realizando grotescas piruetas con el vehículo oficial que pilotaba, sin que le cohibiese la más mínima vergüenza por utilizar de una forma tan inapropiada un vehículo que costeaba el contribuyente con sus impuestos. La motocicleta oficial del Tatu era ya archiconocida en toda Palma de Mallorca. El pintoresco policía local se había convertido en un consuelo, o un entretenimiento, para Estefanía, cuyo vientre había adquirido ya un notorio volumen.

Cuando llegó su momento, dio a luz a su hijita en el hospital Virgen de la Salud. Junto a ella estuvo Tatu. La hermana de la nueva mamá ni siquiera hizo acto de presencia para conocer a su sobrina recién nacida. Dos días después, la mujer regresó a su domicilio llevando consigo a la niña, a la que había dado el nombre de Irene. Llevaría los apellidos de la madre. Irene Pozuelo Arroyo crecería arropada por el inmenso amor que su progenitora siempre le otorgaría.

Estefanía había perdido en los últimos meses por completo su espíritu hippie, del que se había sentido tan orgullosa en tiempos aún no lejanos. Decidió que había terminado para siempre con los hombres. Creyó haber encontrado a su guapísimo príncipe azul en la deslumbrante persona de Leonardo Trompo Mastuerzo. No fue así. Su príncipe había resultado ser únicamente su barba azul.

— A la mierda con el muy hijo de puta. Y ahora ya no puede calentarme el culo porque diga palabrotas. ¡Malnacido! ¡Hipócrita! ¡Cabrón! — hablaba consigo misma en voz alta, mientras cortaba unas verduras en la cocina. Tatu se había autoinvitado ese día a comer en su casa. Iba a hacer un hervido, y de segundo, pechugas de pollo empanadas.

Oyó el estruendo provocado por el acelerón de una motocicleta cuyo sonido ella conocía muy bien. El Tatu acababa de llegar. Estefanía se asomó a la ventana. Sintió vergüenza ajena. El policía había aparcado su vehículo reglamentario sobre la acera, con el tubo de escape orientado hacia las cajas de verduras de la frutería que se hallaba junto a su portal. Seguro que las había apeestado adrede con aquel acelerón. Mierda. Ahora los frutereros y los vecinos la mirarían mal a ella. Por la acera ya no podía circular nadie. La moto estaba atravesada, obstruyendo el paso de los viandantes, a escasos veinte centímetros de las cajas de fruta, que sin duda habían quedado inservibles.

— Bon dia, Fani — saludo el hombre, cuando ella le abrió la puerta.

— Bon dia Tatu, què has fet ahí baix, has deixat la moto molestant a tothom, després d'haver arruïnat la fruita al senyor Manolo? — le reprochó ella.

— Jajajaja, Fani, soy la autoridad y me hago respetar. ¿Qué has preparado para comer? Traigo un hambre canina. Uaaaah — bostezó el hombre, al tiempo que estiraba sus largos brazos a derecha e izquierda. Estefanía pensó que el Tatu era grotesco, y esto aplicándole un calificativo muy amable para él.

— Pollo al horno. Para el centro, una ensalada — le respondió ella. ¿Harías el favor de poner tú la mesa mientras yo sirvo los platos?

— Pues no me parece que las tareas de la casa sean cosa de hombres, y menos de un tío bragado como yo. Pero en fin, porque eres tú, te ayudaré — le respondió el agente del orden.

— Tatu, conmigo no hace falta que te andes con gilipolleces. Te has invitado tú a comer, pues haz algo por lo menos. Nos conocemos desde niños, tío, no me vas a impresionar.

El hombre sonrió con maliciosa condescendencia, y a regañadientes preparó los cubiertos. La dueña de la casa sacó la ensalada y el pollo, que depositó sobre la mesa. La pequeña Irene estaba durmiendo en la habitación que compartía con su guapa mamá.

— Le nena tardará una hora en despertarse. Ese tiempo tenemos para comer nosotros. Supongo que tú tendrás que irte a trabajar. Bueno, a molestar a los mallorquines y alemanes que viven en la isla, quiero decir, jijiji — rió Estefanía.

— Muy graciosa, sí señorita. Pues te equivocas, porque yo sirvo al ciudadano. Para eso me paga el ayuntamiento — respondió Tatu, absolutamente convencido de la veracidad de lo que decía.

— Mira, no quiero discutir contigo. Come y calla, tío — le dijo ella.

— Bueno, ¿Has sabido algo de tu Leonardo? — preguntó él hombre uniformado.

— Ese tipo es agua pasada en mi vida. No voy a buscarlo, Leo. No voy a buscar jamás a ningún otro hombre. Me dais náuseas. Hubo un tiempo que me volvía loca por follar, pero de Leo me enamoré, y esa fue mi perdición. ¿Te traigo una coca cola? — preguntó.

— ¡Una coca cola! ¡A mí, al Tatu! Ofréceme una cerveza de medio litro al menos, guapa — pidió él.

— ¿Un policía debe conducir su moto bajo los efectos del alcohol? ¿Y si te para un compañero tuyo y te hace un control de alcoholemia? Jajajaja — rió ella de buena gana.

— No sabes de qué hablas. Oye ¿No se te ha resentido el bolsillo tras la marcha del mastuerzo ese que te hizo un bombo y se largó corriendo? — preguntó el funcionario municipal.

— Si quieres decir si vivo con menos dinero que cuando Leo vivía conmigo, la respuesta es sí. Al principio, él no aportaba nada en casa, pero desde que descubrí su “actividad laboral”, empezó a ingresar bastante dinero en nuestra cuenta común. No lo ha tocado, al menos ha tenido la gentileza de no llevárselo, lo que le agradezco, pues me viene muy bien. Voy a quedarme en casa durante al menos cuatro meses, quiero darle el pecho a Irenita. Afortunadamente, tengo reservas de dinero para eso. Después, volveré a trabajar — explicó Estefanía.

— ¡Darle el pecho! ¡Uau! Feliz Irenita, ya me gustaría a mi mamar de esos botijos de lujo — dijo el hombre, que se permitía excesivas confianzas.

— Pequeños botijos, Tatu. Nunca he sido una tetona. ¿A ti te gustan las tetonas? — preguntó ella, sin inmutarse. Jamás se había tomado en serio a Tatu. Para ella, era un ser muy feo al que conocía desde que ambos coincidieron en preescolar, en el colegio público al que asistieron siendo niños.

— A mí únicamente me pones cachondo tú. Estoy enamorado de ti desde siempre.

¿Sabes lo que he sufrido por tu continuo rechazo? Pero creo que mi momento ha llegado — dijo el hombre.

— ¿Qué quieres decir, Tatu? — preguntó Estefanía, intrigada.

— Que deberíamos ser socios. De una forma o de otra. Mi propuesta de matrimonio sigue vigente. Me harías muy feliz si aceptaras casarte conmigo. Conseguirías un padre para tu hija, y yo te entregaría religiosamente, todos los meses, mi sueldo vitalicio de funcionario para que tú lo administrases. ¿No te parece golosa mi oferta, pelirroja molona? — le propuso Tatu.

— Tío, sí que es verdad que la oferta es guay, pero es que te veo como a un amigo de siempre, no como a un marido. Yo no me casaré nunca. Te lo aseguro. Leo me ha vacunado contra ese deseo, de por vida. Una sola dosis ha sido suficiente — respondió ella.

— Podemos llegar a un acuerdo... mi sueldo lo disfrutarás tú, lo que quiere decir que a Irene no le faltará de nada, y follaremos todos los días. Yo sé que soy feo, pero gracioso, tía, ¿No te has fijado en las piruetas que hago con la moto? — preguntó el policía.

— Cualquier día te expedientarán en el ayuntamiento. Mira, me voy a pensar tu propuesta. Lo de administrar yo tu sueldo me mola. Pero lo que he de aportar yo... puede resultarme un coñazo — ponderó Estefanía.

— Es que eso es lo que aportarás tú, un coñazo juajuajua — se mofó Tatu, que daba un gran valor a la seguridad y cuantía de su nómina.

— ¡Claro! ¡Y tú unos huevos cojonudos! — mal empezamos las negociaciones para establecer un buen acuerdo — se quejó la mujer.

— No seas intransigente o puedo romper la baraja y no jugamos más. Yo tengo una porra que vale un potosí — siguió negociando Tatu.

— Jajajaja, será la reglamentaría, porque la que llevas adherida, tío... Pero eres feo. Muy feo. Eso te devalúa — le rebajó ella.

— Hablar por hablar, cotorra. Jamás has visto mi mazo. Si lo vieras, te cagarías de placer — dijo el hombre.

— ¡Qué asco! Creo que voy a pasar. Termínate esas patatas que están muy ricas. Soy muy buena cocinera — valoró Estefanía sus dotes culinarias.

— ¿Pues sabes qué, tía? Tú mucho pote te estás echando encima. Eres guapa, sí. Guapísima, lo admito. Pero yo tengo un buen asesor en cuestiones de coñetes. Es un amigo muy experimentado, un tal Pedro Amable, que dice que las mujeres sois como los melones, que no se puede saber si sois buenas o no hasta que no se os abre. ¿Entiendes la metáfora, tía? — Tatu alzó su ceja derecha y Estefanía tuvo un pensamiento muy recurrente en ella, cuando se fijaba con algo de atención en su amigo de la infancia, que en realidad no lo era.

— ¡Qué feo es el cabrón! ¿Y ahora que le digo? — pensó.

— A ver si me aclaro. ¿Quieres abrirme las piernas para establecer la valoración que me concederás? — preguntó Estefanía.

— Sí. Yo soy el socio capitalista, así que he de valorarte yo — decidió Tatu, que improvisaba sobre la marcha.

— De acuerdo — se oyó Estefanía su propia voz.

— ¿Quieres decir que procedamos ahora? — preguntó el policía, no creyéndose lo que estaba escuchando.

— Sí. Antes de que despierte la niña y le tenga que dar de mamar. Venga, vamos a la cama y me abres. A ver qué te parezco como melón — se lanzó. Contar con el sueldo

vitalicio del Tatu, aunque tuviera que casarse con él, sería una bendición para la recién nacida.

Tatu derribó sobre la cama al dulce fruto de rojizo cabello con el que se iba a deleitar. Estefanía no opuso la menor resistencia. Es más, extendió sus brazos hacia la almohada, lo que permitió a Tatu contemplar sus axilas, cuidadosamente depiladas, sobre las que brillaban unas minúsculas gotitas de sudor que él consideró divino. Tatu la asió por las manos y posó su narizota sobre aquellas zonas tan sexis de la que había sido, hasta ahora, objeto de su más inalcanzable deseo. Le gustó el olor de Estefanía. Sobresaliente en ese ámbito. Ahora la iba a abrir. Le metió las manos bajo la falda, le bajó las bragas sin ninguna galanura y le abrió las piernas en toda la medida en que fue capaz de hacerlo. El vello púbico, rojizo como los cabellos de la mujer, la blancura de la piel de su vientre, la carne tersa de sus muslos, le hicieron enloquecer. Se precipitó a por su premio.

Estefanía sabía lo que iba a suceder, es más, quería que sucediese, y no opuso ninguna resistencia. No miró al rostro a aquel hombre feo, que ahora era más que eso, pues acababa de ascenderlo en su valoración a la categoría de repugnante, que la cabalgaba a placer. Sin duda la estaba comparándola con su moto. Bueno, o puede que no. Ella se retorció, facilitando el trabajo al hombre mientras simulaba disfrutar de los envites de la sólida maza de Tatu, que frotaba, de forma inmisericorde, una y otra vez las paredes de su vagina.

Cuando el hombre finalizó, Irenita comenzó a llorar, reclamando su alimento. Tatu maldijo a la niña en silencio.

— Bueno, mi romántico príncipe azul, ¿Qué te he parecido? ¿Merezco administrar tu nómina o no? ¿Vamos a llegar a un acuerdo justo? — preguntó ella, mientras se levantaba de la cama, se vestía apresuradamente y se preparaba para ir a por su hija. El hombre se había quedado extasiado panza arriba en la cama, espatarrado y con los ojos en blanco, no creyéndose aún lo que acababa de suceder.

— Hostia, hostia, hostia — pensó, en la medida en que era capaz de pensar.

Estefanía sacó a su bebé de la cuna, se sentó en un sillón de la habitación, se bajó un lado del sujetador y puso la boquita de la nena al alcance de uno de sus pezones. Inmediatamente, la criatura comenzó a succionar. Tatu entró en la habitación, desaliñado, con el pelo revuelto y sus pobladas cejas tan despeinadas, que parecían dos señales de tráfico enviando a los conductores a Irán, Marte o Venus, o a cualquier otro lugar donde un conductor sensato no quisiese ir. Se sentó en una cama, enfrente de su diosa pelirroja, a la que había “abierto” con gran deleite. Una apertura que mereció su calificación de matrícula de honor para la fruta tanto tiempo anhelada.

— Ese acuerdo, Tatu. ¿Lo vamos a alcanzar o no? — preguntó ella.

— Por mí, sí. Ahora depende de las barreras que sé que me vas a poner para joderme. Habla, tía, que me tienes en ascuas — dijo Tatu, cuya respiración estaba todavía alterada por la emoción.

— Yo te propongo que vivamos juntos sin casarnos. Sabes que soy contraria al matrimonio desde que Leonardo se largó. Ahora sé que esclaviza a la mujer — comenzó ella a exponer sus propuestas para la segunda parte de su negociación.

— Pues yo te propongo matrimonio, y que hagamos el amor siete veces por semana. A cambio, tú eres la dueña de mi dinero, aparte de mi corazón, claro está — propuso él.

— ¡Hacer el amor! Sí, Tatu, hacer el amor contigo siete veces por semana. Es una condición muy dura y encima, bajo el yugo del matrimonio. No. No acepto. Te hago otra propuesta. Nada de matrimonio, y me follas... quiero decir, hacemos el amor, todos los

días, todas las veces que quieras. Eso sí, nada de cosas raras ni “alicientes” especiales. Polvos puros y duros, como quieras, pero nada más. ¿Entiendes lo que quiero decir? — dijo Estefanía.

— Sí. No soy un pervertido ni un maltratador, si te refieres a eso. Joder, hacerte el amor más de una vez al día. Mola. Acepto. Renuncio al santo matrimonio a cambio de disfrutar de mi diosa del placer sin perderme una sola oportunidad. Trato hecho — sentenció Tatu.

— Espera, no vayas tan deprisa. Quiero todo esto por escrito y firmado ante notario. Sobre todo, mi derecho a ser la administradora de tu sueldo — le exigió ella. Otra cosa, Tatu, Irene va a ser el norte de mi vida a partir de ahora. Que te quede bien claro.

El norte de la vida de Estefanía dejó de succionar leche materna. Había quedado ya satisfecha. La madre meció amorosamente en sus brazos a su hijita, que había venido al mundo ya con el anuncio de su futura belleza plasmado en su diminuto cuerpecito. Era una niña muy guapa, aunque hubiese llegado tan solo hacía unos pocos días. Tatu contemplaba la escena, y quizás por primera vez en su vida, un sentimiento de ternura pasó por su mente. La pequeña se durmió. Iban a tener suerte. No había nacido ni llorona ni guerrera. Sería una niña tranquila. Estefanía la depositó cuidadosamente en su camita. Aún no había concluido su peculiar negociación con el policía municipal más extravagante de la ciudad.

— Tatu, si vamos a vivir juntos, quiero que seamos amigos. No puedo enamorarme de ti. Mis cartas te las pongo boca arriba. Sí que puedo llegar a sentir un gran afecto por ti, si tú nos tratas bien a mi hija y a mí. Esa es la realidad. No soy una mala persona. Te lo aseguro.

— Lo sé, mi amor, lo sé — le respondió él.

Tatu no siguió hablando. Se abalanzó sobre Estefanía, la derribó sobre la cama, le arrancó el sujetador y le besuqueó los senos. Después, quiso succionar el resto de leche que Irenita se hubiese podido dejar. En defensa de los ingresos que el Tatu le iba a proporcionar, la mujer no protestó ni se opuso a la acción de quien iba a poseerla a partir de entonces. Tras disfrutar de los pechos de su recién estrenada pareja, le arrancó de nuevo las bragas y la poseyó con furia inusitada. Todo se desarrolló entre los gemidos, casi aullidos del hombre, y el silencio de la mujer, sobre cuyas mejillas comenzaron a resbalar unas amargas lágrimas procedentes de los bellos ojos de Estefanía.

Tatu finalizó su faena, se tumbó en la cama, cogió su paquete de cigarrillos, extrajo uno y lo encendió.

— Nada de fumar delante de la niña. Sal a la terraza — le ordenó ella, con los ojos anegados en lágrimas.

— A tus órdenes, diosa del amor y del divino placer. Me voy a la cocina — dijo él, alzándose de un salto y dirigiéndose hacia fuera de la estancia. Tía, no llores, ya sé que te has corrido dos veces de placer, pero no seas tan sentimental — le dijo él, riéndose.

— No te he dicho que vayas a la cocina. Te he dicho a la terraza — musitó Estefanía, como pudo.

— Y yo te he dejado claro con mi potente vozarrón que me voy a la cocina, porque para eso tengo los cojones muy grandes y bien puestos — bramó él, mientras desaparecía hacia el interior del piso.

Estefanía y Tatu firmaron su acuerdo ante notario. A ella le tocaría sufrir, pero lo haría con abnegación por su hijita. Ni la niña ni ella pasarían hambre, y en cuanto a la necesidad de trabajar creando piezas artesanales y vendiéndolas después en los

mercaditos de la ciudad, desaparecía. Al fin y al cabo, había perdido el interés incluso en ser libre. Leonardo Trompo Mastuerzo le había robado sus ilusiones, incluso la ilusión por la vida. Sí que le importaba su hija. En ella proyectaría su existencia.

A partir de entonces, la bella pelirroja pasó a ser la “mantenida” de Tatu, a cambio de sexo sublime diario procedente de una mujer sublime, que había comenzado a dejar de serlo desde el mismo día en que ella, ilusionada, hiciese partícipe a Leo de que esperaba un bebé de él, y por toda respuesta, el hombre desapareció para siempre de su vida. Entonces entró Tatu. Pero aquél le parecía a ella el cielo y éste el infierno. El guapo y el feo. La belleza y la fealdad hechas hombres. Pero... ¿Y la belleza interior, la del alma? Ninguno de ambos atesoraba esa cualidad. Estefanía creía haberla poseído hasta ahora. El futuro diría si la perdería para siempre.

Palma de Mallorca, primera semana de diciembre de 2012

Irene Pozuelo Arroyo se había convertido en una preciosa adolescente que acababa de cumplir catorce años. En unos meses, los últimos, su cuerpo había sufrido una rápida metamorfosis y se había convertido en casi una mujer, de hermosas cualidades físicas que hacían innegable su procedencia. Se parecía mucho a su madre. Su pelo era idéntico al de su progenitora, su piel, blanca, y los rasgos parecían un calco de los de Estefanía. Una diferencia en sus facciones sí que llamaba la atención a quien las observaba o conocía a ambas: los ojos de Irene eran de un color verde oscuro y a un tiempo luminoso, con motitas marrones que los hacía todavía más atractivos. Los de Estefanía eran negros. Bellezas diferentes.

Las autoridades locales habían suspendido ese mes de empleo y sueldo al policía al que toda Mallorca apodaba “el Tatu”. El hombre se hallaba muy irascible a causa de la sanción, que él consideraba una infamia. Estefanía había salido a comprar a una gran superficie cercana, y Tatu y su hijastra estaban solos en la vivienda, la misma de siempre, la de Estefanía.

Tatu y su compañera sentimental habían respetado el acuerdo que firmaron ante notario. Durante catorce años, la mujer sintió su cuerpo violado noche tras noche, y el Tatu satisfizo su lujuria puntualmente, sin ningún tipo de consideración ni miramiento. Disfrutó de una esclava sexual tan fiel y leal, que incluso ocultaba la repugnancia que la fealdad y grosería de su amante le producían. Tatu cumplió su parte en cuanto a entregar su nómina de funcionario a su martirizada mantenida, y ésta siempre la utilizó para que su fogoso amante no se pudiese quejar, pero sobre todo, para que nada faltase a su hija. Como el piso estaba pagado, los tres habitantes de aquella casa pudieron vivir durante muchos años sin que ningún bien material les faltase.

Durante los últimos meses, un aspecto importante había cambiado dentro de la dinámica de aquel hogar, si es que así podía llamársele. Irene había desarrollado un cuerpo precioso, lucía llamativos vestidos, y a Tatu se le iban los ojos detrás de las piernas y el trasero de su casi hijastra. La madre de la adolescente ya lo había advertido, y aleccionó bien a su hija desde el principio. El hombre comenzó a sentirse frustrado. Estefanía estaba todavía muy guapa, es cierto, pero siempre refunfuñona, tristonza, se mostraba esquiva con él... lo que no impedía que la siguiera follando todos los días,

incluidos domingos y fiestas de guardar. Tatu había resultado ser insaciable en la práctica del sexo, así como en las gilipolleces que llevaba a cabo diariamente con su motocicleta policial por las calles de Mallorca. Una de esas estupideces había causado que le abriesen un expediente disciplinario, que se resolvió con una sanción de suspensión de empleo y sueldo durante un mes. La estaba cumpliendo en diciembre.

Tatu disfrutaba también de sus actividades secretas, que las tenía, más o menos oscuras. Siempre ansioso de ganar más dinero, con objeto de poder sisarle algo de su sueldo, que por acuerdo notarial, tenía que entregar a Estefanía, a la que tenía un poquito, o quizás más de lo que él creía, aunque la considerase de su propiedad, se había montado algún tingladillo dinerario con alguna que otra comisaría de la policía nacional, de la que había conseguido hacerse confidente. De esta forma, obtenía un dinero extra, que se le pagaba en B, por supuesto, y se lo quedaba para él sin conocimiento de su socia. Además, unos pocos de sus colegas de la nacional le permitían cometer fechorías de poca monta, que también solían reportarle algún beneficio.

Había entrado en contacto con el personal de tres comisarías de barriada. La que eligió finalmente, porque fue la que más le interesó, debido a su caótico funcionamiento, fue una que estaba bajo el mando de un comisario llamado Florencio Pinales. Ambas partes se beneficiaron de la asociación que establecieron. Tatu, siempre en contacto con los bajos fondos, solía facilitar información a Pinales, y éste hacía la vista gorda ante algunas fechorías del policía local más denostado de la isla, tanto por mallorquines como por alemanes. En octubre de 2012, el Tatu ofendió seriamente a un importante político germano de vacaciones en la isla, y éste, ni corto ni perezoso, llamó a Ángela Merkel para comunicarle que en su bella isla mediterránea había un policía indeseable y muy feo, al que debería dársele un escarmiento. Merkel llamó inmediatamente a Mariano Rajoy, el Presidente lo hizo a su vez a las autoridades locales de la capital balear, y la solución del incidente internacional provocado por el Tatu se saldó con el expediente que se le incoó a éste.

Estefanía abrió la puerta y entró en casa, cargada con pesadas bolsas procedentes de una gran superficie, llenas de todo tipo de productos. Entre sus obligaciones, estaba la de realizar todas las faenas del hogar. Irene solía ayudarla, siempre que sus estudios de tercero de la ESO se lo permitían, y su madre la aceptaba como ocasional colaboradora en las tareas domésticas. No quería que su hija perdiese tiempo. Tenía que labrarse un porvenir, inexistente en España, razón por la cual ya la había matriculado en una academia de enseñanza de idiomas, donde la niña estudiaba inglés, francés y alemán.

— Hola, ¿Estáis bien los dos? — preguntó la recién llegada a su hija y a Tatu.

— Sí mamá. Hoy tengo un montón que estudiar, pero si quieres te ayudo a preparar la comida — le ofreció Irene, que realmente era una buena hija y amaba profundamente a su madre. Entendía el sacrificio de Estefanía, y sentía mucha pena por su progenitora.

Fue Tatu quien quiso copar la conversación que se avecinaba. Tenía un as en la manga. Algo muy importante que decirle a su compañera sentimental. Algo que traería un sobresueldo a aquella familia. Iba a hacer estallar una bomba. Se hizo un expectante silencio.

— Estefanía, he descubierto el paradero del padre de Irene — soltó Tatu, a bocajarro.

— ¿De Leonardo Trompo? ¿Se puede saber a qué viene esto ahora? — preguntó la mujer, lacónica pero interesada por el significado de las palabras de su diario violador.

— Es muy simple. Desde hace cuatro años, los funcionarios hemos perdido un treinta por ciento de nuestro poder adquisitivo, por culpa de esos chorizos que se

dicen nuestros gobernantes, y de sus amigos los banqueros — expuso Tatu, deseoso de despertar la admiración de las dos féminas pelirrojas que le acompañaban.

— Bien, no has descubierto nada nuevo, Tatu — dijo Estefanía.

— Sí. He descubierto la identidad y el paradero del que fue tu añorado amante cabrón y padre de Irene. Se llama ahora Fernando Olmos Garrido, y es un prestigioso Doctor en Psiquiatría que tiene se clínica privada en Valencia, donde atiende a ricachones, perdón, sobre todo a ricachonas chifladas. Está casado con una rica heredera, que fue quien hizo posible que Olmos montase su consulta y conociese a sus primeros pacientes, que a su vez, le enviaron otros nuevos y así sucesivamente. Ahora, el muy hijo de puta nada en la abundancia — expuso triunfalmente Tatu.

— No sé adonde quieres llegar a parar. Leo Trompo, se llame como se llame ahora, es una sombra de mi pasado. No me importa ni lo más mínimo — declaró lacónicamente Estefanía.

— ¡Pues a mí sí que me importa, gilipollas, y por lo tanto a ti también! — le chilló Tatu.

— Tatu ¡No te atrevas a gritarle a mi madre! — amenazó Irene.

— ¡Tú cállate, mocosa, que nadie te ha dado vela en este entierro! — reaccionó con furia el hombre contra su hijastra.

— Mocosa, ¿eh? ¡Pues tú bien que me miras las tetas, las piernas y el culo! — le contestó la adolescente.

— ¡Irene! ¡Cállate o te llevarás un bofetón de tu madre! — advirtió Estefanía a su pequeña, que se había hecho mayor.

— ¡Mamá! ¡pero si sólo digo la verdad! — protestó Irene.

— Callaos las dos, joder. Pelirrojas de la hostia. Estefanía, nos hace falta más dinero. Te ordeno que viajes a Valencia, entres en contacto con tu antiguo amante, y le exijas que te pase una cantidad mensual por la manutención de su hija, a la que las dos tenéis derecho. Una suma importante, de acuerdo a sus ingresos. Dile que si se niega, pedirás de un juzgado que él se haga las pruebas de paternidad. Sabes con certeza que es el padre de tu hija. Lo tenemos cogido por las pelotas y el nabo. Venga, haz la maleta — le ordenó.

— No me atrevo, después de tantos años. Ya no soy la que era, Tatu. Ve tú, dile que le has descubierto y pídele el dinero que te parezca. A mí déjame en paz.

— ¡Ni hablar! Te vas mañana mismo, Fani. Si quieres, te llevas a Irene. ¡Quién sabe si al verla, se ponga tierno y acceda a soltarte un pastón! — exclamó Tatu.

— Irene no puede venir. ¿Qué quieres, que pierda los exámenes de diciembre? Está bien, iré a Valencia. No me vendrá mal cambiar de aires durante unos días. Aunque vendré con las manos vacías. Ese hombre ya era una mala persona siendo joven, así que ahora lo será más todavía. Y yo estoy ajada y con la piel muy seca, arrugada y la expresión muy triste. Me echará de su consulta a patadas — auguró Estefanía.

— ¡Que va, mamá! Sigues siendo guapísima.

— Gracias, pequeña. Quiero que recuerdes siempre una cosa: que te quiero mucho — le dijo su madre.

— Mamá, por Dios, eso ya lo sé. Ni que te estuvieses despidiendo de mí para siempre. La idea de Tatu hay que reconocer que es buena — admitió Irene.

— Bien... pues si los dos estáis de acuerdo, iré a Valencia.

— ¡Bravo! Ayúdame a sacarle un billete de avión por Internet a tu madre, Irene — ordenó el hombre a su hijastra.

Tatu e Irene despidieron a Estefanía en el aeropuerto a las ocho de la mañana del día siguiente. Tras la partida del avión de la compañía Air Berlin que llevaba a Estefanía a la capital de la Comunidad Valenciana, aquellos regresaron a casa. La adolescente quiso ponerse a estudiar nada más llegar. Las instrucciones de su madre eran muy claras y rotundas en ese aspecto, y ella las respetaba tanto como amaba a su progenitora.

— Voy a mi habitación a estudiar, Tatu.

— Muy bien, que te cunda — respondió el aludido.

El hombre se sentó y repantigó en su sillón favorito. Su feo rostro esbozó una sonrisa que nadie pudo ver. Si alguien lo hubiese hecho, la habría calificado de diabólica. Se frotó las manos, se levantó del sillón y se dirigió a la habitación de su hijastra. Se apoyó en el marco de la puerta, y pronunció unas palabras que dejaron paralizada a Irene.

— ¿Qué tal si echas un polvo con papi, zorrita pelirroja? Tienes ya mejor culo que tu madre. Anda, sé amable, que nadie se va a enterar — dijo el hombre. Irene lo miró, espantada.

— Tatu. Vete o gritaré. Jamás me hubiera esperado esto de ti. ¡Vete! — le ordenó, asustada.

Tatu saltó sobre ella y la asió fuertemente cuando ella se levantó para huir. La derribó boca abajo sobre la cama, introdujo las manos bajo su falda y le arrancó pantis y bragas, que arrojó al suelo. Le propinó después una fuerte palmada en las nalgas. Ella iba a gritar, pero él entonces la soltó.

— Eh, eh, eh, tía, que sólo era una broma. Me voy, en realidad, no me gustas nada y hueles muy mal. Adiós. — dicho esto, el hombre abandonó la vivienda. Sonrió, mientras bajaba la escalera. Se sintió muy bien consigo mismo. Sería feo, pero listo, muy listo. La que se va a armar, pensó. Ya en el portal del edificio, rió con ganas, mientras se alejaba sin temor a la lluvia, que muy pronto lo empapó por completo.

Irene introdujo sus enseres de mayor uso en una maleta de su madre y abandonó corriendo su hogar y el edificio. El corazón le latía desbocadamente, y un sudor frío perlaba su frente, a pesar de la temperatura invernal, propia de aquella época. Corrió por las calles de la ciudad, hasta que media hora después, llegó a casa de una amiga. No sabía si los padres de ella permitirían que se quedase allí.

— ¡Irene! ¿Pero de dónde vienes? ¡Estás sudando, con el frío que hace! — exclamó su amiga, nada más abrirla la puerta.

— Ha sucedido algo horrible, Noelia. Mi madre se ha tenido que marchar a Valencia a resolver un asunto, he ido con mi padrastro al aeropuerto a despedirla, y de regreso, nada más entrar en casa, me ha asaltado y ha querido violarme — le dijo.

— ¡Qué horror! Yo estoy preparando un trabajo que he de llevar mañana al instituto. ¡Mamá! Ven, ha venido Irene y tiene problemas. Hemos de ayudarla — gritó Noelia hacia el interior de su vivienda, donde se suponía que se hallaba su madre.

La adolescente quedó refugiada en aquel hogar por tiempo indefinido, pero la madre de Noelia se empeñó en que la policía fuese conocedora del hecho, y que la misma víctima del abuso de su padrastro formulase la correspondiente denuncia. Así lo hizo aquélla, pues de lo contrario, los padres de su amiga le negaban su acogida. Era lógico. Además, Irene disfrutó, en principio, denunciando a su padrastro. No lo detendrían, pues la violación no se había llevado a término, y no había signos de violencia sobre su cuerpo, pero quizá lograrse que un juzgado expulsase a Tatu de casa de su madre. Con el paso de los minutos y las horas, se sintió aterrada. Pero estaba a salvo. El malnacido no sabía donde se había escondido ella, y si lo averiguase, jamás se atrevería a aparecer por

allí. Se trataba de tener paciencia y esperar el regreso de su madre.

Otro trámite imprescindible que el matrimonio propietario del hogar de acogida hubo de cumplimentar fue comunicar a la consellería de asuntos sociales lo que había acaecido a Irene, y que tenían a la pequeña en su casa. Recibieron la visita de una asistenta social, que no objetó nada sobre la permanencia de la niña en aquel hogar, si bien nadie debía conocer su paradero, excepto la policía, que no informaría a nadie sobre el tema. Irene se sintió confortada por la presencia de su amiga, pero seguía sintiendo miedo. Un futuro incierto se abría ante ella y su madre. La convivencia con el Tatu, sería ya imposible. Llamó a su progenitora y la informó de que se había trasladado a vivir unos días a casa de Noelia, hasta que ella regresase de Valencia. No quiso darle detalles en ese momento, pues pensó que si le contaba lo que había sucedido, Estefanía regresaría de Valencia inmediatamente con las manos vacías.

— Cuando regrese mamá, ya nada será igual — pensó.

Noelia alojó a su amiga en su mismo dormitorio. Había dos camas. Sólo se utilizaba una, pues únicamente tenía un hermano, que lógicamente, dormía en otra habitación. Sin embargo, aquel matrimonio estaba dispuesto a tener dos niños y dos niñas. Puede que ya jamás lo consiguiesen. El tiempo transcurría, y un nuevo embarazo no llegaba para la señora de la casa.

— Noe, gracias por acogerme — dijo Irene, ya después de la cena, y ambas en sus respectivas camas.

— Ire, no tiene importancia. Eres mi amiga, te quiero. ¿Cómo no iba a ayudarte? — preguntó Noelia.

— Yo qué sé, la gente ayuda muy poco. Ahora sé que eres mi amiga de verdad, tía.

— ¿Tú no lo has sido mía? ¿Lo eres ahora? — preguntó Noelia.

— ¡Pues claro! ¡Qué sería de mí sin ti! Mi madre me cuida, pero no puede ocuparse de todo, la pobre. Ese hombre con el que decidió vivir es muy mala persona.

— Eso lo sabe en Mallorca todo el mundo. El Tatu es una institución, pero negativa, jajaja — rió Noelia.

— Noe... quiero preguntarte una cosa — dijo Irene, con timidez.

— Dime — quiso saber la otra.

— ¿Yo huelo mal?

— ¿Qué? ¿Que si hueles mal? ¿Qué tontería es esa, tía? ¿Alguien te ha dicho que hueles mal? — preguntó Noelia, con asombro.

— Sí. El Tatu. Cuando me quitó las bragas y quiso violarme. De pronto, me dijo que huelo muy mal, y se marchó, como si le hubiese dado asco. ¿Tú has notado que huelo mal? — insistió.

— ¡Qué tontería, claro que no hueles mal! Vamos, que no te ha violado porque al quitarte las bragas, le ha llegado tu peste íntima, casi vomita, y se ha largado. ¡Increíble! Algo en todo esto huele muy mal, pero me temo que no eres tú. De todas formas, quítate tus braguitas y pásamelas — le pidió Noelia.

— ¡Noe! ¡Eso no está bien! — protestó Irene.

— Anda, tonta, pásamelas.

Obedeció y se las entregó a su amiga, que se las llevó a su nariz para olfatearlas.

— Tía, hueles bien, lo mismo que todas nosotras, siempre que nos lavemos, claro. Toma, pónelas, y mañana te las cambias por unas mías, si no te has traído muda — la tranquilizó Noelia.

— Uf, gracias... sí que he traído. Entonces... ¿Tú qué piensas de la actitud de ese

cabrón? — le preguntó Irene.

— No sé, Ire, trama algo. Pero tú tranquila, que conmigo estás a salvo. Si es preciso, hasta podrías quedarte aquí, acogida hasta que regrese tu madre, porque la que se va a armar en tu casa... será de explosión nuclear, tía, te lo digo yo, ya verás.

Las chicas apagaron la luz e intentaron dormir. Noelia lo consiguió muy pronto. Irene se mantuvo despierta hasta las cuatro de la madrugada. Después, el sueño la rindió.

Valencia, 10 de diciembre de 2012

Estefanía había aterrizado en el aeropuerto de Manises por la mañana. Valoró si alquilar un coche o coger un taxi que la llevase directamente al centro de la ciudad. Eligió esto último. Encontrar un hotel o un hostel, no sería difícil allí.

No sabía cuánto tiempo su gestión la retendría en Valencia. Estaba muy nerviosa, y la perspectiva de volver a encontrarse con el hombre que la abandonó de forma tan cruel, al enterarse de que iba a ser el padre de su hija, la mantenía en un estado de zozobra que iba en aumento, hasta llegar a sentir verdadera angustia.

— Cuanto antes termine con esto, mejor — pensó.

Se registró en un establecimiento de dos estrellas. Pensó en su hija. Irene es lo único que le importaba en la vida. Ahora, a Tatu se le había ocurrido que necesitaban más dinero. Mierda de Tatu. Durante años intentó no odiarlo, y lo consiguió, pero había sido derrotada por la pestilencia moral de aquel ser, en todos los sentidos, repugnante. A Estefanía no le gustaba odiar a nadie. Cuando alguien le hacía daño, su opción preferida era pasar página y olvidar al ofensor y a ser posible, la ofensa. Su corazón había sido puro hasta hacía pocos años. Cuando percibió por primera vez las miradas lascivas que su compañero sentimental dirigía a su pequeña, que inexorablemente crecía, es cuando comenzó a odiarlo.

Tatu le había facilitado todos los detalles que tenía sobre Olmos, el antiguo Leo Trompo. Fotografías actuales del individuo, de su esposa, datos matrimoniales... todo lo que había conseguido en la comisaría de Florencio Pinales. Para algo estaban los... ¿malos amigos? Todo es muy relativo en este mundo que es a la vez, simple y complicado.

Marcó el teléfono de la consulta del doctor Olmos y pidió una cita. El psiquiatra no atendía a pacientes provenientes de compañías de seguros médicos. Fue informada por la enfermera de las tarifas del doctor. Tendría que abonar 200 euros únicamente por entrar y llegar ante su antiguo y desleal amante, que, eso sí, fue para ella el gran amor se su vida.

— Sí, no tengo problema en aceptar pagar esa cantidad. Sé que el doctor Olmos es muy bueno. Me lo recomendó mi médico, en el que tengo plena confianza. ¿Mi nombre? Carmen Loringa. Muy bien, el próximo jueves día 13 a las 4:30. Si, comprendo que no queda ninguna hora libre antes. Muchas gracias, enfermera — la mujer finalizó su llamada.

Las 4:30 del día de la crucial cita llegaron. Hasta entonces, Estefanía había disfrutado de su estancia en Valencia, aunque sólo fuese por el hecho de no tener que soportar a su insaciable verdugo durante unos días. Echaba de menos a su hija, pero sabía que ésta se encontraba a salvo. Se alegró cuando Irene le dijo que se había ido a pasar unos días

a casa de Noelia.

Elena Villa, la enfermera de don Fernando Olmos Garrido, indicó a Estefanía que pasase a la consulta del afamado psiquiatra.

— Adelante, señora.

— Gracias.

— Buenas tardes, Carmen... er... ¡Estefanía! — exclamó con asombro Olmos, que reconoció a su antigua amante de inmediato.

— Buenas tardes, Leo... Fernando — respondió ella.

— ¡Qué sorpresa, Dios mío! Siéntate. Han pasado muchos años... — dijo él, que no sabía qué sentimientos expresar, o que palabras articular.

— Bueno, el reloj corre, y esta conversación me cuesta 200 euros, que me cuestan mucho ganar. Iré directa al grano, Fernando. No he venido por mi gusto. Hace mucho tiempo que tú saliste de mi vida. Eso sí, me dejaste tu participación en mi hija, Irene. Está preciosa — dijo.

— Al grano, Estefanía. No por el dinero, sino porque tu visita me ha puesto muy nervioso. Ah, por si te sirve de algo, te diré que tú fuiste lo mejor que me ha sucedido en mi vida. Pero no te voy a pedir perdón. Di a que has venido, por favor.

— ¿Recuerdas a Tatu? — preguntó ella.

— ¿Aquel majadero más feo que un pecado mortal de un demonio verde? — preguntó Olmos.

— Sí. Cuando me abandonaste, llegué a un trato con él. Necesitaba dinero, que me proporcionase seguridad para poder criar a mi hija. Él me la ofreció, a cambio de follarme a diario. Acepté. Lo hice por mi hija — explicó ella.

— Dios santo, cariño... er... Lo siento. Perdona. Tú no te merecías eso. Tú eres buena, Estefanía.

— No te preocupes. Ha sido bonito que se te haya escapado ese “cariño”, reminiscencia traidora del pasado. Fue grande lo nuestro, doctor Olmos. Te amaba tanto, que cuando me dejaste, mi vida terminó. Desde entonces, todo lo que he tenido que hacer lo he hecho por Irene.

— ¿Se llama... se llama Irene nuestra hija? — preguntó él.

— Sí. Me pareció un nombre bonito.

— ¿Cómo es ella, Estefanía?

— Se parece a mí, pero sus ojos son de un precioso color verde. Deben venir de tu aportación.

— Los tuyos son también muy bonitos. Seguro que no han de envidiar nada a los suyos — dijo el doctor.

— Bueno Fernando, ya ves de qué me sirvieron contigo... por cierto ¿Cuánto tiempo de consulta me queda? — preguntó ella.

— Aún queda tiempo, pero no el suficiente. Te propongo que cenemos juntos esta noche. Hay muchas cosas que deberíamos contarnos el uno al otro, confesarnos, perdonarnos. Me arrepiento de lo que te he dicho al principio. Sí que te pido perdón. Te invito a cenar, Estefanía. Trataremos el tema de nuestra hija en la conversación, por supuesto — dijo Olmos.

— ¡Pero doctor! Esto sí que no lo había previsto yo. ¿Qué va a decir tu mujer si acepto tu invitación? — preguntó ella.

— Somos un matrimonio de conveniencia. Ella tiene su vida y yo la mía. Cómo te diría... somos una sociedad comercial.

— Todo matrimonio es eso, pero la gente prefiere ignorarlo y decir que están unidos por amor — puntualizó Estefanía.

— Sí. ¡Qué desastre he traído a mi vida, Fani, qué desastre...! Bueno, ahora sí que se nos está acabando el tiempo. Le diré a Elena que no te cobre los 200 euros. Dame el número de tu móvil. Te llamaré para recogerte antes de las ocho.

Estefanía le dictó el número de su teléfono, que él apuntó en un papel blanco que tenía sobre su mesa, a su derecha. Después lo puso bajo un pisapapeles. Llamó a su enfermera, que acudió de inmediato.

— Elena, no cobre el importe de la consulta a doña Carmen. Resulta que es una muy querida amiga mía a la que no había visto desde hacía mucho tiempo.

— Muy bien, doctor Olmos. Acompañeme, doña Carmen.

El resto de la tarde lo pasó la visitante deambulando por el centro de la ciudad. Entró en el Corte Inglés, miró algunas prendas de ropa, y cuando se cansó, subió a la cafetería. Pidió un café con leche y una ensaimada a la plancha. La invadió una ola de nostalgia y sintió la necesidad de llorar.

Cuando salió de los grandes almacenes, dirigió sus pasos hacia el hotel. Estaba segura de que Olmos no la llamaría. Se encontraba cansada. Nada más entrar en su habitación, se tendió en la cama, boca arriba. Su teléfono móvil sonó. Era Irene.

— Sí, cariño, dime... sí, sigo en Valencia... ¿Qué? ¿Pero qué me estás diciendo? ¡Maldito cabrón! ¿Estás bien? Sigues en casa de Noelia... que te puedes quedar con ella... vale... ¿Pero por qué no me lo dijiste cuando sucedió? Muy bien... Irene, si estás refugiada y los padres de Noelia te permiten quedarte hasta que yo vuelva, es mejor que me quede en Valencia, sobre todo después de lo que me has contado. Vamos a necesitar replantearnos la vida. Ese malnacido acabará en la cárcel, como que yo me llamo Estefanía. Sí, mi amor, todo está bien, puede que hasta obtenga más de lo que pensaba... no es seguro. Volveré en cuanto pueda, tesoro. Seguiremos hablando todos los días. Ok. Descansa, bonita. Hasta luego, cielo — pulsó la tecla de final de llamada.

— ¿Pero cómo es posible...? ¿Cómo se puede ser así? Ahora me están cuadrando algunas cosas... sí. Intentaré averiguar más si, Olmos me llama... que no creo — pensó, alterada por las noticias que acababa de recibir.

Pero se equivocaba. Su teléfono volvió a sonar. Era el doctor Olmos.

— Fani, dime dónde estás y paso a recogerte. He reservado mesa en un buen restaurante, te gustará — sonó la voz al otro lado de la línea.

— Estoy en el hostel Ripalda. Sí, me viene bien que me recojas ya. Vale, te espero. Eres muy amable, Fernando. No creí que me llamasen — le dijo.

Una hora después, se hallaban ambos en un restaurante de la zona de la Plaza Xúquer. Les llevaron la carta. Estefanía pidió un primer plato copioso y una zarzuela de marisco como segundo. Olmos fue más frugal en su encargo, no tenía hambre. Su invitada sí, como él dedujo inmediatamente.

— ¿Qué pasa, Fani, van mal las cosas? Jamás pensé que te volvería a ver. Me has dado una gran alegría — dijo él.

— Pues no es nada agradable lo que me ha traído ante ti. Mi hija me ha telefoneado esta tarde, pero eso no cambia las cosas. El Tatu ha intentado agredirla sexualmente, y ha tenido que salir corriendo de mi casa. Ahora se encuentra escondida en casa de los padres de una amiga. Me ha dicho que puso la denuncia en comisaría, y que las autoridades locales están al tanto de su paradero y permiten que esté allí. Puedo seguir aquí unos días, pero no creo que lo haga. Verás, el propósito que me ha traído a Valencia

es pedirte que reconozcas a Irene como hija tuya, para que tenga derecho a recibir un dinero que la ayudará a poder terminar sus estudios y tener una vida digna, diferente de la mía. Se que tú respuesta es no, pero por mí, que no quede. Mira, ya nos traen la cena. ¡Qué hambre tengo! — confesó Estefanía.

— Come y disfruta de los platos que has pedido. Están deliciosos. Bueno, no hagamos mala sangre, vieja amiga. Oye, lo de vieja es por el tiempo que hace que no nos vemos, no por tu edad, que ni siquiera has llegado a los cuarenta, y estás guapísima. En tu mejor momento. — la halagó él.

— ¡Fernando, por favor! Bueno, ¿Cómo ves lo que te he dicho? ¿Tienes hijos?

— No, ni quiero tenerlos. Belén, mi esposa, es una arpía. No es buena persona, y tiene vicios que a mí me repugnan. Es una dominatrix. Contrata chicas para azotarlas e infligirles todo tipo de crueles castigos. Se gasta bastante dinero en eso. En otras ocasiones, las consigue gratis, pues hay mucha perversión, necesidad y malas pulsiones en las personas. Bien, lo que te quiero decir es que no he hallado una madre para que me dé hijos.

— Me tuviste a mí, y me rechazaste. Me destrozaste la vida — le reprochó Estefanía.

— Fani, establecimos un trato y tú lo rompiste. Yo entonces era muy impetuoso. Todo tenía que ser perfecto. ¿Crees que no me arrepentí de haberte abandonado? Pues te digo ahora que sí que lo hice, y lloré lágrimas amargas durante mucho tiempo por haber cometido tal error. Pero no di marcha atrás. Estudié los cursos de medicina como pude, en Madrid. Obtuve buenas calificaciones, me reconcilié con mis padres, decidí ejercer en Valencia... y aquí me has pillado. Te veo venir, Fani, me vas a pedir que me haga las pruebas de ADN que demuestren que soy el padre de tu hija. Bien, si quieres destrozarme mi carrera, adelante. Si quieres que busquemos una solución satisfactoria para los dos, quiero decir los tres, tú, Irene y yo, entonces podemos ir estudiándolo durante estos días. Pásate por mi consulta, le daré a mi enfermera instrucciones para que te facilite la comunicación que deseas conmigo. Por cierto, puede que veas por allí a Belén, mi mujer, alguna vez acude de visita. Suele ir para comprobar que sus intereses están a buen recaudo — la informó.

— Gracias, Fernando. Entonces ¿No me cierras la puerta por completo? — preguntó Estefanía, esperanzada.

— Pues claro que no. He cambiado mucho, Fani. He hecho tantas cosas mal, comenzando con mi comportamiento hacia mis padres, y siguiendo contigo... parece que todo lo que toco, lo estropeo — le dijo él.

— Sí, has cambiado... te voy a hacer una pregunta cuya respuesta es muy importante para mí. Puedes decirme la verdad, pues te juro que jamás te denunciaría por la respuesta que me des, sea la que sea — le pidió.

— ¿Qué pregunta es esa, Estefanía? — preguntó Olmos, intrigado.

— ¿Mataste tú a aquel militar malnacido, el tal Torralba Masclat?

— No. Rotundamente no. Ya te lo aseguré una vez, hace muchos años.

— Gracias por confirmármelo. Creo saber quién pudo hacerlo. Bueno, puede ser una suposición estúpida también. No me hagas caso. Haré lo que pueda por investigar. Contrataré los servicios de un detective — decidió Estefanía.

— Mira, pues es buena idea. Tengo una paciente, muy maja por cierto, que es abogada, y forma sociedad con un detective privado. Ella se llama Maga Lafuente. La trato por unas cuestiones de sentimientos de culpa que la chica padece, por malas acciones que realizó durante su vida anterior a esta, es decir, durante su encarnación

previa a la actual. Maga cree que es la reencarnación de su propio padre, un dibujante de tebeos muy popular durante los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado. Se llamó Luis Lafuente, y se ve que fue una buena pieza. Ella es clarividente, y sus amigos, seres de luz de otras dimensiones, la han puesto al corriente de las actividades que realizó cuando vivió encarnada en el cuerpo de ese dibujante — narró Olmos.

— ¡Fernando! Me estás recomendando que contrate a una chiflada! Mira, no quiero engañarte, sé quién es Maga Lafuente, y ya estuve ayer en su despacho. Seguí su intento de suicidio a principios de año, y su folletín con uno de sus empleados... vine a Valencia con información sobre ella, precisamente para contratarla, era la opción más fácil... bueno, el Tatu me ordenó que llevase a cabo una investigación contra ti. Estoy citada con Maga y su socio mañana, pero tras hablar contigo, ya no es necesario que la visite. He de buscar un abogado, pero en Palma. Quiero que ese cabrón, que ha intentado violar a mi hija aprovechando mi ausencia, acabe entre rejas — afirmó con rotundidad la mujer.

— Eres admirable, Estefanía. Dios bendito, lo que me he perdido... — se lamentó con sinceridad Fernando.

— Gracias. Estás siendo muy amable conmigo. La verdad, no me lo esperaba — le dijo ella.

— Tú mereces eso y mucho más. Come, te veo muy delgada.

— Jajajaja, eso ya no debe importarte... en otros tiempos, si, porque te gustaba tocar carne bien prieta y en su punto — bromeó ella.

— Sí. Jamás volví a conocer a una chica tan maravillosa como tú — la halagó.

— Olmos, no querrás reconquistarme...

— No. Lo siento, a mí sólo me importa mi trabajo. Tras conocer quién es mi esposa realmente, ya jamás probaré suerte con otra mujer — le aseguró él.

— No me lo creo. ¿Qué tal tu enfermera? — le preguntó, sonriéndole con picardía.

— Elena Villa. Me pillaste. ¡Joder, Fani, qué pronto! Sí, tengo un romance con ella. ¿Te gusta para mí? — preguntó. Ambos estaban desinhibiéndose. Estefanía pensó que deberían dar por finalizada la velada. Hacía ya un rato que habían terminado de cenar, y estaba ansiosa por telefonar a su hija de nuevo.

— Tu chica es muy guapa. Olmos, llévame al hotel, por favor. He de pensar mucho. ¿Te importa?

— ¿Qué si me importa que pienses? ¡En absoluto! Jajaja. Vamos, te llevo. Me encantará que te quedes unos días. Por cierto, la próxima vez que nos veamos has de enseñarme fotos de Irene. Seguro que llevas un montón en el móvil.

— Seguro. Te encantará tu hija. Es muy guapa — le aseguró ella.

— Llama a la consulta y que Elena te dé hora. No te preocupes, no te voy a cobrar nada. Es más, si necesitas dinero, yo te lo facilito, a fondo perdido. ¿Quieres cambiarte a un hotel mejor? — le preguntó él.

— No. Si acaso, a uno peor. Estoy empezando a pensar disparates... o quizá no lo sean, pero por si acaso. Ya te diré. ¿Te llamo a la consulta mañana? — preguntó Estefanía.

— Sí. Le diré a Elena que te dé prioridad en todo. Ahora, te dejaré en el Ripalda, deseándote felices sueños. ¡Guapísima! Mi pelirroja preferida.

— Anda, anda, que aún acabaremos haciéndonos amigos — bromeó ella.

— No te extrañe. Sigues siendo tan buena persona como cuando te conocí.

— ¿Sólo te importó que fuese buena persona? ¿Nos hicimos amantes por esa razón? — preguntó su bella acompañante.

— No. El sol comenzó a brillar para mí el día en que te vi por primera vez, un maravilloso día de mediados de junio... Yo acababa de salir de mi mes de calabozo y llegué a Palma a pasar un mes de vacaciones a lo grande, jajaja, que ideas más surrealistas tenía aquel buen hombre, el capitán Galán... Tú salías del agua, después de nadar y hacer tus ejercicios acuáticos, que tanto me gustaban... yo iba a entrar a darme un chapuzón. Vi el fuego de tus cabellos desde lejos, y me acerqué a ti. ¡Me dio un vuelco el corazón cuando te contemplé de cerca! Me miraste y me sonreíste. Yo te dije “hola”. Ahí comenzó todo ¿Recuerdas? — preguntó Fernando.

— Claro. Y yo subí tan alto, tan alto que toqué con la punta de mis dedos los reinos celestiales, quise incluso traspasarlos, dejé de tomar la píldora para traer más felicidad a nuestra vida con un bebé... y ese fue mi final. El final de mi sueño. No traspasé el cielo. Caí desde su bóveda hasta la corteza terrestre mallorquina. No me maté porque el fango amortiguó mi caída — respondió la mujer.

— Si te sirve de algo, yo fui entonces presa de la furia y el miedo. Te amaba, Estefanía, y fue muy doloroso dejarte. Pero tenía entonces un anhelo, un objetivo mucho más poderoso que yo mismo: el de convertirme en un afamado psiquiatra. No me preguntes por qué, eso sólo Dios, en el que por cierto no creo, lo sabe. Cuando terminé la carrera, pensé en buscarte, porque todavía te amaba. Fui a Mallorca, estuve oteando tus movimientos, y supe que vivías con Tatu en tu misma casa. Te vi paseando con él, tú llevabas de la mano a la niña, por cierto, tan pelirroja como tú — puntualizó él.

— Sí. Ahora es una adolescente preciosa. Mira, ese es el hostel. Quería contarte más cosas, pero aquí no puedes parar el coche. ¿Te llamo mañana? — preguntó Estefanía.

— Sí. Llámame y que Elena te dé hora. Seguiremos hablando en la consulta — le respondió él.

Siguieron en estrecho contacto durante varios días. Llegaron a un acuerdo sobre la ayuda económica del psiquiatra para su hija, que Estefanía había venido a exigir del padre de la adolescente. El acuerdo llegó con facilidad y fue muy amistoso. Olmos ingresaría mensualmente, en concepto de manutención de Irene Pozuelo Arroyo, la cantidad de 1.800€. Lo haría en una cuenta bancaria que Estefanía había abierto a su nombre esa misma mañana, día 21 de diciembre, en una sucursal del banco Santander, en presencia del psiquiatra. Éste depositó en el mismo acto de apertura de la cuenta bancaria la cantidad correspondiente a la primera mensualidad.

La noche del día 23, cenaron juntos en un restaurante de la Plaza de Cánovas y después anduvieron, cogidos de la mano, hasta el hostel. Al llegar al establecimiento, no se despidieron, como habían hecho en todas las ocasiones anteriores, sino que subieron juntos a la habitación. El doctor Olmos no pisó la calle hasta las diez horas de la mañana del día 24. Su rostro reflejaba preocupación y un atisbo de esperanza de que la felicidad perdida llamase de nuevo a su puerta. La mujer con la que acababa de pasar la noche, haciéndole el amor de forma apasionada, había desdibujado de su mente, quién sabe si tan solo durante unas pocas horas, el bonito rostro de Elena Villa, su amante.

Estefanía Pozuelo Arroyo fue encontrada muerta en la madrugada del día siguiente, muy cerca del velódromo Luis Puig, en las afueras de Valencia, con la cabeza destrozada por una piedra de gran tamaño.

Capítulo VI

Palma de Mallorca, febrero de 2013

— Mamá, ¿dónde me vas a llevar a cenar? — preguntó Maga a Lucía.

— Vaya por Dios, hija mía. ¿Ahora he de decidir yo también dónde cenamos? Pues mira, donde tú quieras, y además me vas a invitar tú. Ya está bien de que seas tan ñoña — le respondió la madre, que anhelaba que su hija volviese a ser la chica intrépida y decidida que fue en su época de propietaria de un prestigioso bufete de abogadas de Valencia.

Se habían alojado en un hotel de la capital balear situado cerca de la playa. Lucía no sabía muy bien a qué habían ido allí, y como consideraba que su hija padecía una severa

inestabilidad emocional, prefirió elegir una zona donde no se tuviesen que desplazar en coche desde el hotel para dar paseos por la playa. Ciertamente que no se hallaban en el mes más idóneo del año para hacerlo, pero en los días soleados, que solían ser muchos, pasear por la orilla del mar, incluso con los pies descalzos, era una actividad placentera y relajante.

A Lucía Barrón le daba igual si encontraban al asesino de Belén Sánchez o no. Lo único que le importaba era el bienestar de su hija, y había decidido que sobre este particular, no se iba a rendir jamás. La relación entre ellas había vuelto a la normalidad, después del tremendo disgusto que tuvieron ambas cuando Maga introdujo su lengua en la boca de su madre. Fue demasiado para Lucía. Ciertamente que su unión siempre había sido muy íntima, que no habían tenido ningún reparo en compartir experiencias corporales atrevidas, impropias, socialmente consideradas, entre una madre y una hija, por mucho que se adorasen la una a la otra, como realmente era el caso. Lucía había perdonado el alocado atrevimiento de su más preciado tesoro, no tenía otra opción, pues Maga era realmente la mayor motivación que la mantenía viva y vital, a sus sesenta y tres años, muy bien llevados, a costa de muchos esfuerzos. La ayudaba el hecho de que fuese una mujer de carácter alegre, si bien el último año, Maga había conseguido sacarla de sus casillas en muchas ocasiones. Lo que peor llevaba era el hecho de estar realmente asustada por la salud mental de su hija.

— Mamá — dijo Maga.

— Dime, pesada — le respondió Lucía.

— Entonces, ¿quién de nosotras dos es Mortadelo en esta investigación que vamos a llevar a cabo? — le preguntó, muy seria.

— Hace tiempo que no leo esos tebeos. ¿Quién de los dos es más “merluzo”? — preguntó la madre, igualmente con semblante circunspecto.

— Son igual de tontos los dos, pero uno es jefe y el otro no — respondió Maga.

— Deduzco entonces que el más tonto es el jefe, porque es lo lógico en una sociedad como esta. Filemón es el jefe, ¿no? Pues bien, yo elijo Mortadelo — decidió Lucía.

— Jo, mami, qué abusona eres, yo ya había elegido ser Mortadelo — se quejó Maga.

— ¿Es que quieres volverme loca? ¡Pues eres Filemón! Y ya no se habla más. Tú eres el jefe — le dijo Lucía, desesperada.

El estado mental de Maga no era, ni mucho menos, el que creía Lucía. La chica siempre había sido guasona, y esta cualidad se le había desarrollado mucho durante los últimos meses. Consideraba su terapia con Olmos, ahora interrumpida por la detención de éste, una actividad absurda y muy cara. Consintió en recibir el tratamiento para que sus progenitores estuviesen más tranquilos. Los dos, sobre todo Lucía, le habían colgado el sambenito de “neurótica” y querían que volviese a la “normalidad”, es decir, que volviese a ser una prestigiosa letrada con bufete abierto en la ciudad de Valencia. Maga consideraba que esto ya no sería posible, por la mala reputación que su intento de suicidio le había reportado, y los problemas que algunas de sus decisiones posteriores a aquel suceso le habían acarreado. Además, ya no tenía la poderosa motivación que la había llevado a ser una profesional brillante, con un currículum excelente, hasta que ella lo manchó para siempre. Se licenció en Derecho por dos razones muy contundentes para ella, la primera, castigar a Juan Paganones Prenda, el sádico asesino de su tía Amparo, a la que no conoció en esta su presente existencia como Maga Lafuente Barrón, pero que fue su propia hija en la anterior, cuando su alma habitó el cuerpo del popular dibujante de tebeos del posfranquismo, Luis Lafuente Gutiérrez. La segunda razón era

recuperar la titularidad de los derechos registrales de “El Halcón Justiciero”, la obra más exitosa del dibujante, y de todas sus demás colecciones. Tales derechos los detentaba Juan Paganones Prenda, cuyo padre, Nicasio Paganones Silvestre, había usurpado a Luis Lafuente Gutiérrez, un joven excesivamente confiado, amén de trabajador incombustible. El dibujante falleció el 11 de noviembre de 1960. Su alma fue a habitar en cuarta dimensión, y volvió a adherirse a un cuerpo sólido de tercera el 15 de abril de 1980, en una preciosa bebé que fue bautizada con los nombres y apellidos de Magalí Lucía Lafuente Barrón.

— Bueno tía ¿Has decidido ya a qué restaurante me vas a llevar a cenar? — preguntó Lucía a su hija.

— No, mami, pero nos damos un paseíto por aquí y entramos en uno que tenga buena pinta. Seguro que cenamos bien — aseguró Maga.

— Claro. Por cierto, Filemón ¿has decidido ya cómo vamos a iniciar nuestra investigación? — preguntó Lucía.

— Jajajaja, Te cambio el papel, porque tomar esas decisiones son prerrogativa de gente inteligente, como Mortadelo. Así que discurre, empleado, jajajaja — rió Maga de buena gana. Hallándose junto a su madre, era feliz.

— Bien, Filemón, no debería, porque no quiero darte demasiadas facilidades, pero acepto el cambio. Comenzaremos por visitar a esos policías que tú y Belén conocisteis, pero antes, y quiero que sea ya, me vas a invitar a cenar, y encima voy a pedir lo más caro que tengan en la carta. Y si no lo puedes pagar, te quedas aquí fregando platos mientras yo duermo a pierna suelta en nuestra habitación del hotel — le anunció a su madre.

— Sí que tengo, así que te fastidias. Tú lo que no quieres es dormir conmigo en la misma habitación, pero ya te he prometido que no te volveré a molestar más — dijo ella, pretendiendo parecer lastimera.

— Cariño, que no hablaba en serio. Claro que me gusta que durmamos en la misma habitación. Y en la misma cama, como hemos hecho muchas veces, pero sin traspasar los límites de la decencia — respondió Lucía, que se sintió apesadumbrada porque pensó que había ofendido a su hija.

Las dos cenaron sin importarles el precio de los platos que habían encargado. Pidieron una botella de selecto vino blanco para acompañar los exquisitos platos de pescado que les sirvieron. Cuando finalizaron la cena, Maga sacó su tarjeta de crédito para pagar. Lucía le dio un cariñoso manotazo indicándole que la guardase.

— Eso también era broma, tonta. Invita la más vieja. Es una norma que me enseñó tu abuelo Gumersindo. Nunca me permitió invitarle a nada — dijo a su hija.

— Si es orden de Mortadelo, la acato, pero si es de Lucía Barrón, protesto — dijo Maga.

— Cuádrese, Filemón. Pero guarde la tarjeta antes, no vaya a ser que algún espabilado la coja al vuelo — ordenó Lucía, riéndose.

En la habitación del hotel, decidieron dormir pronto para visitar aquella comisaría de policía cuyos funcionarios habían resultado tan graciosos como sorprendentes a Maga, durante la primera visita a la isla que realizó con la difunta Belén. Lucía quería finalizar la investigación cuanto antes y pasar quince días de vacaciones con su hija en Mallorca. Harían excursiones. Visitarían Ibiza y Menorca. Estaba convencida de que ella mejor que nadie podía ayudar a devolver la cordura al cerebro saltimbanqui de su hija. Era su punto de vista.

— ¿Finalizar la investigación? ¿Qué investigación? ¿Para quién estamos investigando?

¿Para Olmos? Sí, para Olmos. ¿Y si es culpable? Además ¿Qué iban a descubrir dos detectives de pacotilla, que ni siquiera tenían sus licencias en regla aún? No, nena, no, aquí estamos de vacaciones, y te voy a comprar tantos bolsos, zapatos, medias, braguitas y sujetadores que vas a olvidarte de tus tonterías y centrarte en las cosas que realmente nos interesan a la mujeres — pensó, mientras su hija se desnudaba a su lado para ponerse un pijama de psicodélicas estampaciones.

— Mamá, ¿qué piensas? — preguntó Maga.

— En qué haremos mañana. ¿Y si descubrimos en uno o dos días al asesino de Belén Sánchez? En ese caso, lo celebraremos quedándonos en las islas al menos dos semanas. Puede que tres. O un mes — respondió Lucía.

— Sí, o un trimestre. O nos quedamos a vivir aquí — sugirió con buen humor Maga, gesticulando cómicamente ante su madre para hacerla reír.

— Cariño, ven aquí a dormir conmigo, que tengo frío.

— Mami, pues la calefacción está a tope. ¿No te habrás resfriado mientras paseábamos por la playa?

— No. Ven aquí — le pidió Lucía.

Maga obedeció de inmediato y se introdujo en la cama de su madre. Ésta le pasó su brazo derecho por los hombros y la atrajo hacia ella.

— Ahora vamos a hablar tú y yo muy seriamente, Maguita. Vamos a ver. Eres mi tesoro. Te quiero más que a mí misma. Quiero que seas feliz, muy feliz, y mientras yo viva, haré todo lo que tú necesites para ello. Después seguiré cuidándote desde el otro lado. Dime qué necesitas de mí, chiquitina.

— ¡Mamá! No quiero hablar de eso. Si te hubieses podido ver, con qué cara de asco me miraste, cuando hice aquello... en el hotel de Madrid.

— Me sorprendiste, eso es todo. Yo soy católica, no tan cerrada como fueron mis padres, desde luego, aunque católica al fin y al cabo. Pero si te fallo como madre, ese pecado puede que me lo perdone cualquier sacerdote, pero yo no. Entonces, prefiero que hablemos de ti y de mí muy seriamente, y que lleguemos a un acuerdo que podamos cumplir las dos a rajatabla. ¿Cómo ves lo que te digo?

— Mamá... no quiero que me mires con asco, ni que te avergüences de mí, ni que me rechaces... ¿Por qué no intentamos dormir así, abrazadas como estamos? — pidió Maga.

— Yo te quiero inmensamente, cariño, sin condiciones. Dime ¿Qué sientes tú por mí? Aparte del inmenso amor de una estupenda hija por su vieja y ajada madre — siguió Lucía insistiendo.

— No te lo puedo decir, mamá. Creo que será mejor que me vaya a mi cama.

— ¿Estás enamorada de mí, tesoro? — preguntó Lucía sin rodeos.

— Tú lo has querido, mamá. Sí, estoy enamorada de ti. Desde hace años. Eso es un amor prohibido, y bien que me lo hiciste saber en Madrid. Cuando huí de ti, pensé que no te volvería a ver, porque yo no me acercaría más a ti y si lo hacías tú, yo me alejaría de ti sin permitir que me pudieses encontrar. Pero soy tan burra que confié en Laura, y bueno... ¡Qué vergüenza! Me secuestró, me denunció a papá y a ti, y me puso el culo igual que me lo dejó Belén Sánchez. Soy un desatino andante — explicó Maga, cabizbaja.

— Explícame por qué estás enamorada de mí — pidió Lucía.

— Porque soy lesbiana y me gustan las mujeres. ¿Y quién es la mujer a la que más admiro, la más guapa, la que más me quiere, mima, acaricia, me consiente todos los caprichos? Tú, mamá, tú. Hay hijas que se enamoran de sus padres, e hijos que lo hacen

de sus madres. Es un tema muy recurrente en la literatura universal. Escandaloso, sí, porque es un tabú social de los más arraigados. Desde las religiones, esos amores se pagan con lapidaciones, latigazos, excomuniones, y tras todo esto, el infierno para toda la eternidad — explicó Maga — Pero yo no creo en las religiones. Creo en los seres de luz, y esos no juzgan.

— Date la vuelta. Mírame. Te debo aquel beso que te negué — le pidió Lucía.

— Pero mamá... no.

Se dio la vuelta y se vio adherida físicamente a su madre. La joven cerró los ojos. No quería ser ella la que comenzase por segunda vez un acto reprobable de tal magnitud. Cerró los ojos y sintió los labios de Lucía sobre los suyos. La lengua de su madre presionó para abrírselos, y ella se abandonó a aquella caricia prohibida. Después, Lucía le acarició la frente, los cabellos y las mejillas. Maga seguía sin atreverse a abrir los ojos. Su madre le pidió que se girase de nuevo. Entonces, le acarició los hombros y la espalda, subiéndole la chaqueta del pijama. Al llegar a sus caderas, introdujo su mano por debajo del pantalón, por detrás, hasta llegar al sexo de ella. Le acarició toda la zona, que se humedeció al instante, hasta causar una inundación en los dedos y mano de Lucía. Después, ésta se detuvo, y ordenó a su hija que se durmiese. Acomodó su mano entre las zonas más íntimas de su Maga.

— Mami — susurró Maga — ¿Cómo quieres que te llame a partir de ahora?

— Mamá, o mami, como siempre has hecho. Y la vida que vamos a llevar es normal, pero no quiero que te prives de nada que necesites. Soy tu madre, y tú mi hija. Ahora, a dormir. Mañana tenemos faena — decretó Lucía.

Al día siguiente madre e hija se personaron en la comisaría dirigida por don Florencio Pinales. Nada más entrar, el subinspector Rosales reconoció a Maga.

— Buenos días, señora. Bienvenida de nuevo, señorita Maga Lafuente — saludó el policía — siento lo de su socia. De veras. Me impresionó.

— Buenos días, subinspector. Mucho gusto en volverle a ver. Le presento a mi madre, la señora Lucía Barrón Martí — le devolvió el saludo Maga, estrechándole la mano.

— Pues ustedes dirán. El comisario ha salido a tomarse un bocata. Perdón, ha ido a almorzar. ¿Puedo serles yo de utilidad? — preguntó el hombre.

— No sé. Depende de usted. Como ya nos ha informado, conoce que la esposa del doctor Olmos, doña Belén Sánchez, fue asesinada recientemente, y el doctor ha sido imputado como autor de su muerte. Mi madre y yo pensamos que el hombre, que por cierto es mi terapeuta y me he quedado sin sus servicios al estar injustamente en prisión, es inocente — expuso Maga.

— Uy, yo en eso ni entro ni salgo. Las pruebas que se han encontrado contra el señor Olmos son decisivas. Su ADN apareció en el arma homicida, que fue una soga. Doña Belén fue estrangulada con ella, y el ADN de su esposo apareció allí — explicó el subinspector.

— Pero es que dos días antes, el doctor Olmos había sido atacado en su garaje, junto a su coche, por un individuo alto y corpulento que casi lo estranguló. No llegó a matarlo. Indudablemente, quería obtener el ADN del agredido, sin llegar a matarlo. Le estaba tendiendo una trampa — especuló Maga.

— Bueno, puede que fuese así. A los policías nos gusta resolver casos, y hemos cogido

a un malo. Puede que haya algún otro relacionado con el asunto. Si es así, lo trincaremos en su debido momento — continuó arguyendo el subinspector.

— ¿Tardará mucho en llegar el comisario, señor Rosales? — preguntó Lucía.

— Depende. Hay veces que tarda mucho, y otras que regresa en cinco minutos. Si supiese que la señorita Magalí le está esperando, se presentaría aquí a paso ligero.

— Uy, subinspector, ¿es que el comisario es acaso un admirador de mi bella hija? — preguntó Lucía.

— ¡Mamá! ¡Eres una bocazas impertinente! — la riñó Maga.

Florentino Rosales tuvo que contener la risa que estuvo a punto de salir incontrolada por su boca. Esbozó al efecto unas raras muecas con sus músculos faciales, que pugnaban por escapar a su control, y él por controlarlas. Después, pareció sentirse molesto porque alguien hubiese metido las narices en la intimidad de su amante, y por lo tanto, de él mismo. Aparentó calma, como en tantas otras ocasiones.

— Ser admirador de la belleza de la señorita Magalí debe ser algo muy habitual, señora Barrón. Sí, el comisario me comentó sobre su elegante porte y deslumbrante belleza, adornada con un toque de inocencia en su semblante, casi de adolescente. También me habló de que la señora Belén no le pareció trigo limpio. Es muy inteligente, el comisario Pinales — halagó Rosales a su jefe.

La puerta de la comisaría se abrió y bajo su umbral, la elegante figura del aludido se recortó, aparentando casi ser una silueta, contra la luminosidad procedente del exterior.

— ¡Señorita Magalí Lafuente! Qué alegría verla de nuevo, y qué pena por la trágica muerte de su socia y amiga — dijo el comisario, dirigiéndose hacia ella para estrecharle la mano.

— Buenos días, don Florencio. Le presento a mi madre, Lucía Barrón Martí.

— Encantado, señora — el comisario le hizo una pequeña reverencia, al antiguo uso, y estrechó la mano de Lucía.

— Pasen a mi despacho, por favor — les indicó Pinales.

El hombre ocupó su sillón y las dos mujeres, sendas sillas frente a su interlocutor, separadas de éste por la mesa de trabajo, en la que se apilaban algunas carpetas, así como útiles de escritorio.

— Supongo que su visita está motivada por el asesinato de la esposa del doctor Olmos. Ustedes no creen que él es el asesino, ni de ella ni de Estefanía Pozuelo. ¿Me equivoco? — preguntó el comisario.

— No, señor, no se equivoca. Estamos seguras de que los dos crímenes están relacionados, y de que Olmos no es culpable de ninguno de los dos. Alguien le ha tendido una trampa. Lo que no sabemos es ni quién, ni por qué — respondió Maga.

— Uy, es que si nosotros lo supiésemos, ya hubiéramos practicado alguna detención. De momento, las pruebas contra el doctor son muy firmes — dijo el comisario, mientras se acariciaba su cuidada barba con los dedos de su mano derecha.

— Entonces, ustedes se van a conformar con lo que han dictaminado sus compañeros de Valencia, y el juez de allí — intervino Lucía.

— Señoras, si quieren que les diga la verdad, todo esto me huele a chamusquina desde el principio. No entiendo por qué nuestra paisana, muy querida aquí por cierto, se desplazó hasta Valencia para que le machacasen los sesos con un pedrusco. Se descartó que lo hiciese Olmos. Un mes después, le llega su turno a Belén Sánchez. Esta vez sí que hay pruebas contra Olmos, la de su ADN, presente en el arma homicida.

— Pero comisario, tenga usted presente que cuando alguien le tiende una trampa a

otra persona para inculparla en un crimen que no ha cometido, creará pruebas falsas, que inculpen a dicha persona. Nosotras pensamos que el asesino se encuentra en Palma de Mallorca, no en Valencia. Que es alguien de aquí — aventuró Maga.

— ¿Un paisano nuestro? ¿Quién podría odiar a muerte a Estefanía Pozuelo y a Belén Sánchez? ¿Qué relación hay entre ambas mujeres? — inquirió el comisario, también haciéndose la misma pregunta a sí mismo.

— Hay otra posibilidad. ¿Quién odia con tanta saña al doctor Olmos, que es capaz de matar a dos personas para que lo inculpen a él? Recuerde que el doctor fue detenido unas horas después de que el cadáver de Estefanía apareciese — argumentó Maga.

— Cierto. En fin, ya saben ustedes que el pasado de Olmos es oscuro. Si no totalmente oscuro, al menos tiene luces y sombras. Aquí seguimos investigando la muerte de Estefanía Pozuelo. Yo pienso que la clave la tiene Irene Pozuelo, la hija, pero hasta ahora, el juez nos ha negado acceso a ella. Ha sido entregada en régimen de acogida a una familia. La familia Matas-Parras. Es un matrimonio que tiene una hija que es amiga íntima de Irene, compañera suya de estudios. Por eso el juez decidió que la jovencita se encontraría bien con ellos, mejor que bajo la tutela del gobierno balear — explicó el comisario.

— ¿Y no han intentado ustedes hablar con Irene, ahora que está en un hogar, protegida? — preguntó Lucía, con asombro.

— Aduce el señor Joan Matas que Irene está todavía muy asustada, y que no quiere ver a nadie. Parece que la niña acogida ha contagiado su propio miedo a la familia que la acoge. Ella sigue diciendo que hay mucho peligro para ella en Palma. No nos hemos presentado en ese hogar por esa razón — adujo Pemales.

— ¡Pero comisario! El testimonio de esa pequeña es clave. Si no quieren ir ustedes, díganos a nosotras como podemos localizar a Irene. Quizás obtengamos permiso para hablar con ella — sugirió Maga.

— Señorita Magalí, por mí no hay ningún inconveniente. Aquí tienen ustedes la dirección y el teléfono del señor Matas y de su esposa. Por cierto, rompan el papel tan pronto como memoricen la dirección, porque no estoy autorizado a dársela. No es mi letra ni la de nadie de aquí, así que yo no les he dado nada, que conste. La habrán conseguido en el instituto, o en servicios sociales... ¿Comprenden? — sonrió el más que complaciente comisario.

El hombre extrajo un papel de un cajón de su mesa y se lo tendió a Maga.

— Muchas gracias... pero... esto es tan extraño — dijo la chica.

— ¿Extraño? ¿Usted sabe lo que hemos perdido los funcionarios policiales desde que los lladres de la política y sus amigos banqueros, amén de los urdangarines y bárcenas varios, nos roban a los ciudadanos para pagar sus desaguisados financieros? ¡No tienen hartura ni límite, ¡Dios! Pues que trabajen ellos. Bueno, y ustedes también, si lo desean — dijo el comisario, que se había alterado ligeramente al acordarse de la abominable casta política.

— Pero comisario, usted es un hombre generoso... el ramo de rosas blancas que me regaló, y la invitación en aquel restaurante tan bonito... ¿De verdad le importan los recortes en su salario? — preguntó Maga, asombrada.

— Señorita, el dinero me importa, como a todo el mundo, pero usted merecía, y merece, aquellas flores. Flores para una bella flor. Quienes se me atragantan son los sinvergüenzas. Bueno, y ya estoy hablando demasiado. Hoy las invito a cenar a las dos. Señora Barrón, es usted bellísima — dijo Pemales.

— Por Dios, comisario, no podemos aceptar... — balbuceó Lucía.

— Le damos las gracias, don Florencio, pero no podemos aceptar otra invitación. No obstante, si mi madre y yo averiguamos la verdad sobre las muertes de Estefanía y Belén, le invitaremos nosotras a usted ¿verdad, mamá? — propuso Maga.

— Verdad, hija. Gracias por recibirnos y ser tan amable con nosotras — corroboró Lucía.

— Entonces, les deseo mucho éxito, pues me encantaría pasar una velada con ustedes dos — el comisario se levantó para despedirlas.

Salieron de la comisaría. El subinspector Rosales miró a ambas mujeres, que se despidieron de él con cortesía. Pinales apareció en la puerta y miró a su amante. Observó en él una mirada de preocupación, que divirtió al comisario. Éste le guiñó un ojo. El subinspector enrojeció. Su jefe y pareja sentimental parecía que pasaba de todo. Él, Rosales, no. Quería llevar sus amoríos con discreción. Caviló sobre la actitud del comisario hacia él en los últimos tiempos. Le parecía como si no le tomase en serio. Él no se daba cuenta de que a su superior le divertía la contradicción en la que incurría el subcomisario: quería llevar su romance con discreción, y al mismo tiempo le pedía insistentemente todos los años que lo llevase a Madrid durante la semana del orgullo gay, para participar en la cabalgata de disfraces y conocer personalmente a don Pedro Zerolo.

Maga y Lucía decidieron tratar de entrevistarse con Irene Pozuelo, la hija de la difunta Estefanía.

— ¿Cómo lo hacemos, mamá, llamamos por teléfono? — preguntó Maga.

— Nos mandarán a paseo. Seguro. Además, a estas horas, la niña estará en el instituto — respondió Lucía.

— Tienes razón. Mamá, si decimos que sabemos quién mató a Estefanía, entonces nos recibirán — arguyó Maga.

— Sí cariño, pero es que no lo sabemos. Un pequeño detalle que se te escapa, ¿no?

— Lo sabremos si hablamos con ella. Irene tiene la clave. Estoy segura.

— ¿Cómo lo sabes, Maguita? — preguntó Lucía, con auténtico interés.

— Porque la idea ha llegado a mi cabeza y se ha instalado ahí. Resolveremos el caso, mamá. Vamos a conseguir la captura de un asesino. Está aquí, en Palma — aseguró Maga.

— Esa idea recién instalada en tu cabeza... ¿Es una intuición o proviene del exterior? — quiso saber Lucía.

— Del exterior. Pero no sé quién la ha puesto ahí. Puede haber sido Kuthumi, o CB, alguno de ellos. Hay muchos. De vez en cuando percibo que Fran está junto a mí, pero no se me manifiesta con claridad — explicó Maga.

— ¡Fran, Fran! Pobre. Era un canalla, pero ahora me arrepiento de haberlo abofeteado. ¿Te lo puedes creer, cariño? — preguntó Lucía, pesarosa.

— Claro que me lo creo. Fran no era malo, mami, lo que pasaba es que yo soy muy tonta, y se aprovechaba de la situación. Someter sexualmente a una lesbiana idiota debe ser excitante para un heterosexual fogoso, como era Fran — expuso Maga.

— Si tu lo dices... pero no eres tonta... espero. En fin. Yo siempre estaré a tu lado. Volviendo a lo nuestro... ¿Y si nos presentamos en casa de ese matrimonio que acoge a Irene Pozuelo? — propuso Lucía.

— ¿Quién dijo miedo? ¡Vamos a ello, mamá! — estuvo Maga de acuerdo.

Tomaron un taxi que las llevó hasta el portal del edificio que albergaba el hogar de la familia Matas. Pagaron la carrera y se acercaron a ver los números del interfono, donde se hallaban los nombres de casi todos los inquilinos del inmueble. Matas-Parras. Vivienda número 17. Llamaron. El aparato disponía de una cámara de video. Alguien les abrió sin hacerles ninguna pregunta. Se preguntaron si sería posible que fuesen a tener tanta suerte.

La puerta 17 se abrió ante ellas. Una mujer de cuarenta y pocos años, atractiva, les dio los buenos días y las invitó a pasar.

— ¿Qué desean, señoras? ¿Son ustedes testigos de Jehová, verdad? Siéntense, siéntense.

— Somos Lucía Barrón, y esta señorita es mi hija, Maga Lafuente — se presentaron.

— Encantada. Yo soy Carme Parras. Supongo que han venido ustedes porque Priscila y Mari Luz siguen pachuchas. ¿Quieren un café? — preguntó la dueña de la casa.

— Sí, por favor — aceptó Lucía.

— Perfecto. Voy a la cocina a prepararlo — dijo la mujer, mientras Maga y su madre tomaban asiento.

— Mami, nos ha abierto porque ha pensado que somos testigos de Jehová sustitutas de las que vienen a charlar con ella. ¿Qué hacemos ahora? — susurró Maga.

— Pues decirle la verdad. No creo que nos eche a patadas. Parece una buena persona — decidió Lucía.

La mujer regresó con una bandeja, sobre la que llevaba tres tazas de café, la cafetera, cucharillas, azúcar y sacarina.

— Yo las sirvo, no se molesten ustedes.

— Señora, le pedimos perdón por la confusión. No somos testigos de Jehová. Hemos venido para hablar con Irene Pozuelo Arroyo. La niña que tienen ustedes en régimen de acogida — dijo Lucía.

— ¡Dios bendito! He metido en casa a unas intrusas. ¿Qué hago yo ahora? — exclamó doña Carme.

— Le suplicamos mil perdones, señora. Es muy importante que hablemos con la niña. Hay un asesino suelto por las calles de Palma, e Irene es clave para conocer la identidad de ese malnacido — dijo Maga.

— ¡Salgan ustedes de mi casa inmediatamente! ¡Fuera! — la mujer se puso muy nerviosa.

— Por caridad, doña Carme, el Señor Jehová se lo agradecerá. No nos eche sin permitirnos hablar con la niña — suplicó Lucía.

El sonido de la llave al introducirse en la cerradura de la puerta de acceso a la vivienda desconcertó aún más a la dueña de la casa. No esperaba la llegada de las chicas tan pronto. Noelia e Irene entraron, recorrieron el pasillo y llegaron al salón, donde se hallaba doña Carme, firmemente decidida a que las intrusas abandonasen su hogar.

— Hola mamá — saludó Noelia, fijando su mirada de inmediato en las dos visitantes.

— Hola, doña Carme. Hola a todas — dijo Irene.

A Maga se le hizo un nudo en el estómago al contemplar el aspecto de Irene. Era una reproducción en versión adolescente de su difunta madre. Las miradas de ambas se cruzaron.

— Estas señoras ya se iban. ¿Cómo es que habéis venido tan pronto del instituto? — preguntó la dueña de la casa a las niñas.

— No nos hemos quedado a jugar al vóley. Mamá, quiero hablar con estas señoras

testigos de Jehová — dijo Noelia.

— ¿Pero qué dices? ¡Tienen prisa, ya se iban! — farfulló la señora Parras.

— No, podemos quedarnos un ratito, si la niña quiere hablar con nosotras — propuso Maga.

— ¡Sinvergüenzas! ¡Váyanse ahora mismo o llamo a la policía! — chilló, ya sin control.

— Mamá, qué hipócrita eres. ¡Te vas a condenar, tía! ¿Tú te das cuenta de cómo estás tratando a estas dos señoras, que son buenas personas, que eso se les nota en la cara? Así no vas a ser uno de los 144.000 seres que consigan el paraíso. Serás destruida con los inicuos. Sólo los inocuos se salvarán, jajaja, - rió Noelia, que evidentemente no respetaba demasiado a su madre, y tenía un sentido del humor similar al de Maga.

Doña Carme se puso roja de furia y no conseguía articular palabra alguna. Se hubiese dicho que se estaba ahogando. Maga se lanzó de cabeza al asunto que les había llevado hasta aquella casa.

— Noelia, Irene, somos amigas del doctor Olmos, un honorable psiquiatra de Valencia, acusado injustamente de asesinato. Irene, creemos que alguien de aquí mató a tu madre y queremos descubrir a su asesino. La policía no se esfuerza a fondo porque los políticos les han recortado el sueldo. Nosotras queremos que el criminal se pudra en la cárcel por lo que hizo — improvisó Maga, tratando de salir del apuro sin perder la partida.

— Suena bien. Mi madre os ha echado de casa, pero ahí abajo hay una pizzería. Si nos invitáis a comer unas hamburguesas gigantes, Irene y yo bajamos con vosotras — propuso Noelia.

— Hecho. Vamos con vosotras — dijo Maga. Irene no se atrevió a abrir la boca. Doña Carme estafa sufriendo un ahogo nervioso, pero nadie la auxilió.

Bajaron y cruzaron la calle para llegar a la pizzería. De pronto, un policía local, que circulaba a 130 km por la zona, que tenía un límite de velocidad de 30, estuvo a un tris de llevárselas por delante. El agente siguió lanzado, tras hacer unas hábiles piruetas para no estrellarse contra la fachada de una de los inmuebles de la calle.

— ¿Pero quién es ese hijo de puta? — preguntó Lucía.

— Es Tatu, un policía local loco que tiene aterrorizada a la ciudad — dijo Noelia.

— Es mi padrastro. Vivía con mi madre y conmigo, en nuestra casa. Ahora se la habrá quedado para él solo, hasta que lo eche la policía, supongo. Es horrible. Le tengo mucho miedo — confesó Irene.

Entraron en el local e hicieron sus encargos a la camarera. Las chicas, hamburguesas dobles, como habían anunciado ya. Lucía, una pizza individual, y Maga se apuntó a la idea de las hamburguesas dobles y una ensalada. Les sirvieron la comida y Maga fue la primera en hablar.

— Así que ese Tatu era el compañero sentimental de tu madre, pero no es tu padre, sino tu padrastro — dijo Maga a Irene.

— Ni eso, porque mi madre no quiso casarse con él. A mí me cae muy mal. A mamá la tiene esclavizada. No se cansaba de follarla. Perdón si soy mal hablada, pero no puedo decir “hacerle el amor”. Ella me explicó que hizo un trato con Tatu, para que yo pudiese vivir mejor. Es algo de dinero. Pero ella no era una puta. Era muy buena persona. Un día, Tatu le ordenó que se marchara a Valencia. Yo me quedé sola en el piso con él, y entonces intentó abusar de mí. Pude escapar — relató Irene.

— ¡Qué horror! ¿Y fue la primera vez que intentó abusar de ti? — preguntó Maga.

— Sí. Bueno, llevaba ya unos meses, casi un año, mirándome con ojos vidriosos y una sonrisa que daba miedo, como diciéndome “ya te cogeré, ya”. A veces se le caía la baba. Me daba miedo, pero no creí que llegase a tanto, y mi madre, tampoco — dijo Irene.

— Oye... ¿Y por qué le llamáis Tatu? — preguntó Lucía.

— Todo el mundo lo conoce por Tatu. Mi madre y él fueron compañeros de colegio desde el parvulario. Eran de la misma edad. Tatu es muy feo, y de pequeño, no sabía pronunciar la “s” de su nombre, Satu, de Saturio. Desde entonces, todo el mundo lo conoce por Tatu — aclaró Irene.

— ¡Mamá! — exclamó Maga — qué pregunta más genial has hecho. Creo que acabas de descubrir al asesino de Estefanía y de Belén. ¡Que haya suerte, que haya suerte! — suplicó Maga, juntando sus manos en posición de oración, y mirando al cielo.

— Hija ¿Te has vuelto loca? Yo no he descubierto al asesino de nadie — refutó Lucía la afirmación de su hija.

— Sí que lo has hecho. Acabo de recordar el mensaje, aparentemente sin sentido, que CB le dejó a mi amiga, la vidente Lola Monreal, de Vinaroz.

— ¿Qué mensaje? — preguntó su madre. Las dos chicas la miraban, asombradas y expectantes.

— Este: “Saturado de bragas, las coge al vuelo y se lleva la palma” — dijo solemnemente Maga.

— Jajajaja — rió sin poderse contener Noelia.

— Saturado es Saturio. Las coge al vuelo, son las oportunidades de la vida. Se lleva la palma, hace referencia a Palma de Mallorca, creo — aventuró Maga, casi convencida de lo que decía.

— Antes me he reído del mensaje, porque es muy claro. El nombre completo del Tatu es Saturio Bragado Volante. Según ese acertijo tan gracioso, Tatu es el asesino de tu madre, Irene — le dijo a su amiga, que palideció.

— ¡Está todo resuelto, tías, todo. El nombre del asesino, “saturado de bragas” quiere decir Saturio Bragado, el “vuelo” de Volante, y que lo tiene todo en Palma — exclamó Maga, con emoción incontenible.

— ¿Qué? ¿Ese hijo de puta mató a mi madre? ¿Estás segura? — preguntó Irene.

— Completamente. Ahora hay que encontrar las pruebas, pero creo que eso también será fácil. No comprendo cómo la policía no ha actuado con más diligencia en este asunto — expresó Maga.

Habían terminado ya de comer cuando un hombre corpulento, bien trajeado y con un semblante que reflejaba una gran ira contenida, se dirigió hacia la mesa donde se hallaban las cuatro féminas.

— ¡Papá! ¡No te lo vas a creer! Sabemos ya quién mató a la madre de Irene — dijo Noelia a su padre.

— ¡Vosotras dos, os habéis escapado de casa! ¡Subid inmediatamente! Tenéis un mes de castigo sin salir de fiesta por esta felonía que habéis cometido — voceó don Joan Matas.

— Perdónelas, señor, ha sido culpa nuestra — dijo Lucía.

— Usted a callar, vieja loca, y suerte tienen las dos de que no llame a la policía y se las lleven detenidas, por corrupción de menores — dijo el hombre, que contaría unos cuarenta años en su recio haber.

Maga no pudo contenerse ante el insulto del que había sido objeto su amada

progenitora.

— ¿Qué le has dicho a mi madre, so mamón? ¿A que te pego una patada en los huevos, si es que los tienes, cerdo? — La chica se encaró con él.

El encargado del establecimiento se acercó. Don Joan salió corriendo, arrastrando tras de sí a las dos menores.

— Señoras, les ruego que salgan del establecimiento — dijo el hombre.

— ¿Sin pagarte la comida, tío? Muy bien, pues te jodes — le dijo Maga, cuya expulsión del establecimiento y la de su madre era una segunda ofensa contra ellas, ambas producidas en un corto intervalo de segundos.

— Eh, eso no. Son veintidós euros con veintiún céntimos — les dijo el hombre, más calmado.

— Pues los pintas, tío — le respondió Maga, cuya furia no se aplacaba.

— Aquí los tiene, señor. Quédese con el cambio — Lucía le alargó un billete de veinte, y tres monedas de euro.

— Gracias... er... siento haber sido tan rudo. No es mi estilo, pero es que no me gustan los alborotos en mi establecimiento. Perdonen ustedes, señoras — el hombre acabó disculpándose.

— No pasa nada. Buenas tardes — zanjó la cuestión definitivamente Lucía.

Madre e hija esperaron a que llegase un taxi. La espera no fue larga. La mayoría de esos vehículos de servicio público circulaban vacíos, pues el saqueo a los bolsillos de los ciudadanos por parte de gobierno, especuladores y banqueros había empobrecido a la población, que soportaba resignada las sucesivas felonías de sus “representantes” en el gobierno, congreso, senado, diecisiete parlamentos autonómicos, diputaciones y miles de ayuntamientos y pedanías.

Dieron al taxista la dirección del hotel. Llegaron en cinco minutos. Subieron a su habitación.

— Mamá, tenemos al asesino — insistió Maga.

— Sí tú lo dices, así será. ¿Así que soy una vieja loca? ¿Tú qué dices a eso? — preguntó Lucía.

— Mamá, eres una mujer guapa, brillante, con una gran personalidad, atractiva, sensual, triunfadora en los negocios, decoradora, un cuerpazo de locura, de tan bonito, la mejor madre, la mejor esposa, la mejor amiga, la mejor... — Maga no continuó. Ya había dicho bastante.

— ¿La mejor amante, cariño? ¿Lo dices por cómo nos dormimos anoche? — preguntó a su hija.

— Mami, si te doy asco, no tienes por qué tocarme siquiera. Ya sé que lo que hice en Madrid contigo ha marcado un antes y un después en nuestra relación. Anoche, tú tomaste la iniciativa. No quiero que hagas nada por mí, movida por la pena que te inspiro — dijo Maga, muy seria.

— ¡No seas tonta! Cielo, tú y yo estamos enamoradas la una de la otra, pero yo te quiero como a la única hija que he tenido. Ahora bien, no me cuesta nada hacerte lo que te haría otra chica lesbiana como tú, como acariciarte los pechos, los muslos, lo más íntimo... pero está tu papá. ¿Tú te das cuenta que si nos comportamos como dos lesbianas amantes, le pongo los cuernos a tu pobre padre? — preguntó Lucía.

— Mamá, hemos de resolver esto, de verdad. Lo mejor es coger al toro por los cuernos! Nuestra relación como amantes es lo más importante que hay ahora en mi vida. Voy a llamar a papá y le voy a decir que estoy enamorada de ti — le dijo Maga.

— ¡Loca! No hagas eso, prefiero sentirme una traidora adúltera. Y encima sugieres que tu papá pertenece a la familia de los astados, y qué hay que cogerlo por los cuernos, jajajaja.

— ¡Muy graciosa la señora! ¡No me había dado cuenta de lo desafortunado de mis palabras! Nada, sin excusas ni miedos, mamá. Voy a llamarle.

Maga pulso en su teléfono móvil el número de su padre. Lucía la contemplaba, espantada.

— Papá. Hola, ¿cómo llevas eso de estar tú solito allí?... sí, sí, ya sé que estás con Mari Carmen, pero no es lo mismo que estar con mami... ¿que estás muy tranquilo? Uy, nos vamos a enfadar... oye papá, yo... bueno, sabes que soy una mala hija, idiota, necia, irresponsable, lesbiana, ridícula... no, no, es verdad. ¡No me contradigas! ¿Sabes qué es lo último que me ha sucedido? Bueno, llevo ya más de tres años que me ocurre... papá... lo suelto de sopetón: estoy enamorada de mami. Sí, de tu mujer, papá. Fíjate si soy degenerada, pero te quiero mucho... sí, ya sé que tú también me quieres muchísimo, pero te estoy hablando en serio, papá, no es una broma. Oye, estás haciendo que me sienta muy mal... ¿Qué? No puedo creerme que estés hablándome en serio... ¿Quieres que mamá y yo seamos amantes? ¿No amas ya a tu mujer? Oye, si quieres desaparezco... ¿Que nos quedemos de luna de miel tres meses en Palma de Mallorca? No, no podemos hacer eso. Papá, voy a llorar ¡No nos quieres a ninguna de las dos! — dichas estas últimas palabras, Maga cortó la conversación.

— ¿Pero qué te ha dicho tu padre, hija mía? ¿Se ha vuelto loco, igual que tú? — preguntó Lucía, alarmada, al ver que su hija estallaba en lágrimas.

— Dice que le parece muy bien que tú y yo nos hagamos novias, que él nos da su bendición. No nos quiere ya, mamá — sollozaba Maga.

— Hijita, que luego dirán que las mujeres somos complicadas. Lo tuyo es de libro, pero aún no escrito. ¡Santo cielo! — exclamó Lucía, desesperada.

El teléfono de Lucía sonó. Era su marido.

— Hola Luis. Ya tenemos a la niña con otra de sus películas... ¿Qué? ¿Me estás diciendo en serio que le haga caso en todo lo que dice? ¿Te da lo mismo que te ponga los cuernos con ella? Que eso de los cuernos es una idiotez, que lo importante es el amor, en cualquiera de sus manifestaciones, y que nosotros tres somos un solo ser... cariño, ¿estás enfermo? ¿Quieres que cojamos un avión y volvamos a casa? Maga dice que ya ha descubierto al asesino de Belén y Estefanía. Sí, un tal Saturio Bragado Volante. Es un policía local de Palma. No hemos dicho nada aún a la policía. Oye Luis, si te molestamos, nos quedamos las dos tres meses aquí... Que no te molestamos, pero quieres lo mejor para nosotras... nos amas más que a nadie en el mundo... nosotras también a ti... bien, he de ver qué clase de noviazgo quiere tu hija que tengamos ella y yo. Ciao cariño. Sí, te he entendido muy bien. Lo primero es lo primero. Ok. Besitos — Lucía finalizó su conversación. Maga miraba con ojos escrutadores a su progenitora.

— No llores. Tu padre no dejará de quererte jamás, hagas lo que hagas, y a mí tampoco. Pero me ha dejado muy mosca con eso de que nos quedemos tres meses en Palma — dijo Lucía.

— ¡Quiere descansar de nosotras, y no me extraña! Sobre todo de mí. ¿Vamos a la policía esta tarde, mamá?

— Sí. Les decimos lo que hemos descubierto, y que se cuelguen ellos las medallas. Al fin y al cabo, nosotras no tenemos medios para detener a Saturio Bragado. Ni pruebas — añadió Lucía.

— Sí, tienes razón. Ha sido CB quien ha resuelto el caso, cuando nos propuso a Fran y a mí el acertijo del “saturado de bragas, etc...” pero CB es un ser de cuarta dimensión. Para la policía, no existe — razonó Maga.

— Cierto, pero ahora es muy fácil comprobar los lugares donde estuvo Saturio cuando se cometieron los crímenes. La policía podrá hacerlo con facilidad, ya que puede seguir el rastro de sus viajes, estancia en hoteles o pensiones, testigos presenciales...

— Sí, seguro que cuando Estefanía fue asesinada, ese monstruo estaba en Valencia, y seguro que se puede demostrar. Cuando lo fue Belén, lo mismo, y queda aquel horrible teniente del ejército, cuyo cadáver fue hallado flotando en la Albufera en 1996. Seguro que Bragado pidió un permiso por asuntos propios en aquellas fechas a sus superiores de la policía local de Palma — expuso Maga.

— ¿Y sus motivaciones? ¿Cuáles pudieron ser? Ese tío es un asesino en serie. Tres muertes a sus espaldas, y puede que algunas más — especuló Lucía.

— Si el Joan Matas ese que te ha insultado esta tarde no hubiese llegado a la pizzería, o hubiese tardado un poco más en aparecer, seguro que por las palabras de Irene Pozuelo hubiésemos averiguado muchas más cosas — aseguró Maga.

— ¡Jajajaja, ¡Cómo se ha dado a la fuga cuando le has dicho, toda furiosa, que le ibas a pegar una patada en los huevos, jajajaj! — rió Lucía.

— Mamá, lo he dicho en serio. No consiento que nadie te insulte, y menos que te llame vieja. Ha hecho bien en escapar.

— Bueno niña, ¿Qué tal si hacemos la segunda visita a la comisaría de tus amigos? Somos mujeres de palabra, y hemos de invitar a cenar al comisario. ¿Recuerdas que se lo prometimos? — sugirió Lucía.

— Perfecto, mamá. Vamos a ver qué sucede. Si ellos quieren, detendrán al Saturio ese en horas, tras comprobar los lugares adonde viajó el muy cabrón cuando el militar aquel fue asesinado, lo mismo que cuando lo fueron Estefanía y Belén. También hallarán su ADN en las pruebas falsas que preparó para que el doctor Olmos fuese acusado de todos los crímenes. Creo que el caso está cerrado. Vamos a invitar a Pemales en el mejor restaurante de Palma, pero únicamente si hace las cosas bien y detiene a Saturio Bragado Volante - expresó Maga.

TERCERA PARTE

Capítulo VII

Las pruebas que la policía encontró contra Saturio Bragado Volante fueron decisivas y el asesino fue detenido veinticuatro horas después por agentes especiales, que montaron un operativo digno de una película policíaca rodada en Hollywood para detener al conocido motorista, dada su evidente peligrosidad.

Maga y Lucía contaron con la colaboración incondicional del comisario Florencio Pemales, que acabó colgándose la medalla correspondiente a la detención del temido agente de la policía local. A cambio, aceptó la invitación a cenar con ellas en un lujoso restaurante, muy frecuentado en la isla por políticos y gente de la alta sociedad.

Al día siguiente, madre e hija comenzaron unas merecidas vacaciones, que durarían quince días. Decidieron disfrutarlas en Ibiza.

El 4 de marzo aterrizaron en Manises. El esposo y padre las recibió en el aeropuerto y las llevó a comer a un restaurante del centro comercial Heron City, en Paterna.

— Así que sois novias, bellas damas. ¿Cuándo será vuestra boda? ¿Me dejaréis ser vuestro padrino? — preguntó a ambas.

— Papá, no seas tan sumamente borde, por favor — le pidió Maga. Lucía se sintió muy avergonzada.

— Nada, nada, hija mía, corren tiempos muy modernos y hay que disfrutar de sus ventajas. Cuando los de la religión del “amor” sean mayoría numérica en nuestro país, lo convertirán en una república islámica, y tú tendrás que deambular asustada por las calles en el interior de un burka. Disfrutad ahora que aún podéis, bellas damas cristianas.

— Siempre tan optimista. A lo mejor se acaba el mundo de forma pacífica — respondió Maga.

— Jajajaja, acabarse el mundo de forma pacífica. ¿Quieres decir que los seres humanos decidirán finalmente firmar la paz con el planeta que les sostiene? — ironizó el hombre.

— Luis, cariño ¿De verdad que no quieres que estudiemos nuestra situación? — intervino Lucía.

— ¿A qué te refieres, cielo?

— A lo de nuestra hija, tú y yo... que me compartes... ¿Qué hacemos? — preguntó Lucía a su esposo, no sin cierta angustia.

— Pero Luci, si no pasa nada. Lo importante es que seamos una familia unida y feliz. No doy ninguna importancia a que tú y nuestra hija seáis unas guarras pervertidas. No voy a molestaros para nada, os acepto tal como sois y os quiero a las dos — dijo el vejado esposo y padre, sin mirar a las dos mujeres de su vida mientras acariciaba el sedoso pelo de Mari Carmen.

— ¡Papá! Dios mío, no nos hagas sufrir... te pido perdón, me iré ahora mismo de vuestra casa — Maga había sentido una intensa punzada de dolor emocional en su estómago tras escuchar las palabras de su progenitor.

— No, tesoro, no te vayas. Tú y tu madre sois las mujeres de mi vida, dos de mis tres amores. Pero a partir de ahora, vamos a organizarnos de otra manera. Yo me voy al cuarto de invitados con Mari Carmen, que siempre me ha sido fiel, y vosotras os vais a la habitación de matrimonio. Si me necesitáis para algo, me lo decís. Entonces, si me viene bien, os complazco.

— Luis, cariño, lo siento... haremos lo que tú quieras. Volveremos a la normalidad. Esto ha sido sólo una loca aventura ¿Verdad, Maga? — preguntó Lucia, que no sabía cómo arreglar tan disparatada situación.

— Pues claro, mamá, y sólo yo tengo la culpa. La imbécil de la casa.

— No hay culpas, y no se hable más. Paz y armonía en este hogar cuyos habitantes nos amamos por encima de cualquier circunstancia. Por cierto, señora Mortadelo y señorita Filemón, tendréis que visitar al doctor Olmos. El hombre me llamó tan pronto como fue puesto en libertad para saber cómo te encuentras, Maga. Es evidente que se preocupa mucho por sus pacientes... — expuso Luis.

— Uy, Olmos, es cierto. Nos debe su libertad, pero nunca lo sabrá ¿verdad, mamá? ¡No vamos a contarle nuestras aventuras en Palma de Mallorca! — exclamó Maga.

— No, hija, claro que no. mejor que vayas tú sola a verle. Al fin y al cabo, eres su paciente — opinó Lucía.

— ¿Me vas a seguir pagando la terapia, mamá?

— Claro que sí, princesa. Pero recuerda que el doctor Olmos nos recomendó que visitásemos a otro doctor, no recuerdo ahora cómo se llama. ¡Vaya, mis neuronas se han hecho viejas! — se quejó Lucía.

— Es que las mujeres sólo tenéis una neurona — las informó Luis. Las chicas no le prestaron la más mínima atención.

— Andropulus Verikuetos. Pero a mí me gusta Olmos. Le tengo cariño — expresó Maga.

— Señoras detectives y otras cosas, si valoráis mi opinión, creo que deberías hacer una terapia de pareja, aunque pienso que no la necesitáis. Lo que os hace falta es recuperar vuestro sentido común, que parece ser que las dos lo habéis perdido. Yo creí que ambas lo teníais, por lo que vuestra decisión de convertirnos en marido y mujer me ha sorprendido. Sí, la vida es realmente asombrosa. Ver para creer. Por cierto, entre vosotras ¿Quién es el esposo, y quién la esposa? ¿Lo habéis decidido ya?— preguntó Luis, en tono casi sarcástico.

— Luis, cariño, yo te sigo queriendo, siempre te querré... — Lucía no sabía que decir a su marido, ni que explicación darle.

— Pues claro, Luci, yo a ti también. Por cierto, yo no me voy a molestar en pedir el divorcio ¿tú lo vas a hacer? — preguntó el hombre.

— ¡Por Dios, pues claro que no! — respondió inmediatamente la mujer.

— Pues entonces, no se hable más de este tema. Ah, no pienso cocinar más para vosotras. De ahora en adelante, me iré a un bar a comer. Ya os apañaréis — les anunció el hombre de la casa.

— Papá, somos culpables y debemos resarcirte. A partir de ahora, yo cocinaré siempre en esta casa para los tres. ¿Estáis de acuerdo? — preguntó Maga a sus progenitores.

— No del todo, Filemón. ¿De qué vas a vivir cuando nosotros nos muramos? Has de buscarte una ocupación laboral seria, y lo has de hacer ya — dijo Luis con firmeza.

— Papá, en este país ya no hay ocupaciones, ni serias ni chistosas. Quien ha perdido su trabajo, o no ha tenido nunca uno, ya nunca lo tendrá. Yo he perdido el mío, y no sé

cómo seguir — respondió Maga.

—Pues yo te lo digo, hija. Sabes inglés y francés, pero eso no es suficiente. Has de comenzar a estudiar alemán ya. En Alemania podrás ganarte la vida. Una vez sepas alemán, debes aprender chino inmediatamente, porque el futuro a largo plazo es de los países asiáticos.

—Te equivocas, papá. En Alemania necesitan sobre todo ingenieros y personal de enfermería. Jóvenes con una gran formación, pero no del ámbito del derecho. No creo que yo tenga futuro en el extranjero — opinó Maga.

—Chicos, se me está poniendo dolor de cabeza por culpa de este tema... ¿Por qué no lo tratamos otro día? — intervino Lucía.

—Claro cariño, tú a esconder la cabeza debajo del ala... bueno, me bajo a comer al bar. Hasta luego.

Luis salió de la casa sin darles tiempo a que le replicasen. Madre e hija se miraron atónitas. Sí, el esposo y padre las había perdonado, e incluso había bendecido su extraña relación... se preguntaron si él estaba tan dolido como para que cambiase sus hábitos y forma de actuar. Quedaron muy preocupadas. Su sentimiento de culpa aumentó.

El doctor Olmos recibió a Maga en su consulta. A diferencia de todas las ocasiones anteriores, la sala de espera del afamado psiquiatra se hallaba vacía.

—Bienvenida, señorita Lafuente. Siéntese, por favor. Hoy vamos a charlar como amigos, que es lo que realmente somos — la saludó el psiquiatra.

—Encantada de poder volver a verle, y libre de cargos, como usted merece — le respondió Maga.

—Mire, si le parece bien, vamos definitivamente a tutearnos. Muchas vicisitudes y malos entendidos nos han unido, creo — expresó el psiquiatra.

—Así, es, doctor... er... Fernando, quiero decir. Sí, claro que podemos tutearnos. ¿Cómo se encuentra... perdón, ¿cómo te encuentras después de haber sido acusado injustamente de algo tan horrible? — preguntó ella.

—No sabría decirte cómo me siento... satisfecho y contento, por supuesto. Por otra parte, estoy triste por la muerte de Belén. Sabes, no es tan fácil eso de decretar “te quiero” o “no te quiero”... y llevaba años conviviendo con Belén. Únicamente nos faltamos al respeto al final de nuestra relación. No sé qué decirte sobre mi nueva situación.

—Tiempo al tiempo, Fernando. Tienes a Elena. Os vais a casar ¿No? — preguntó Maga.

—No. Me ha dejado. También ha abandonado su puesto de trabajo. Se marchó a Madrid mientras yo estaba en la cárcel.

—Lo siento mucho. Vaya, parece que únicamente nos ocurren desgracias.

—¿Has visto cómo tengo la consulta? ¡Vacía! Mis pacientes ya me han juzgado y condenado, aunque se haya probado mi inocencia — se lamentó Olmos.

—Es lo mismo que me sucedió a mí con mi bufete. Me intenté suicidar, es cierto. Bien caro lo estoy pagando. Ya no levantaré cabeza en el tema laboral.

—No seas tan pesimista. Todavía eres joven. Tus padres siempre te ayudan económicamente. Su amor por ti es incondicional. Ten paciencia, te montarán otro despacho y adelante. La crisis se acabará antes o después — dijo el psiquiatra.

—No, no se acabará. Esto no es una crisis, es el final de un ciclo económico y político,

propiciado por una corrupción institucional cuya voracidad no ha conocido límites. No se han detenido ante nada y ahora nos lo están haciendo pagar muy caro. Toda Europa se derrumbará, arrastrada por España. Es un movimiento que ha de producirse necesariamente — expuso Maga su punto de vista.

—Caramba, niña, eso no es ser precisamente optimista. ¿Cómo sabes tú esas cosas? — preguntó Olmos, asombrado.

—Jajaja, soy clarividente aunque tú nunca te lo hayas creído, y tengo mis contactos en el otro lado — rió Maga, no dudando de que su nuevo amigo no iba a creerla en absoluto, como había hecho hasta la fecha.

—¡Genial! En el otro lado ¿Qué es eso del otro lado? — preguntó el doctor.

—Las otras dimensiones. Nosotros únicamente percibimos con nuestros cinco sentidos físicos la tercera dimensión, que es la nuestra, pero hay muchas más, y todas ellas están entrelazadas entre sí y llenas de vida. Los seres que habitan otros mundos más avanzados que el nuestro en todos los sentidos, son invisibles para los seres humanos, pero ellos nos ven a nosotros. Interactúan con nosotros todo el tiempo. Juegan con ventaja — expuso Maga.

—Ya veo. Permíteme que no crea en esas cosas, pero respeto tus creencias.

—No son creencias. Son experiencias vividas, doctor.

—Sí sí, abogada, ya lo sé. Pero yo, lo que no veo no lo creo.

—Sabes, eso nos duele a quienes sí que podemos ver a otros seres cuya presencia la mayoría no percibe. Yo ya estoy acostumbrada. Sabía que no me ibas a creer, pero una y otra vez pierdo el tiempo hablando de estas cosas, creyendo que saberlas puede ayudar a la gente a vencer sus miedos. Realmente no consigo eso jamás, sino que a quienes se las digo, se burlen de mí — dijo Maga, con una pizca de resentimiento.

—Yo no me burlo de ti. Ya te he dicho que respeto las creencias de cada uno. ¿Te parece que pasemos a otro asunto? ¿A tu estado emocional, por ejemplo? — preguntó Olmos.

—Vale. Sobre ese tema, no sé si seguiré con la terapia. He organizado un terrible enredo entre mis padres, y no sé realmente lo que va a ser de mí. He hecho algo horrible. No sé si mi padre me va a seguir queriendo. Mi madre sí, pero mi padre...

—Tu padre es un pedazo de pan bendito. Hayas hecho lo que hayas hecho, te va a seguir queriendo igual — le respondió Olmos, sin saber cual era la situación a la que estaba refiriéndose Maga.

—No creas. Hace años que estoy enamorada de mi madre. Siempre lo oculté, hasta hace un par de meses en que me atreví a “salir del armario” y besé a mi madre en la boca, metiéndole la lengua hasta el fondo. Bueno, eso ya te lo dije en consulta hace dos meses. Ahora, nos hemos hecho amantes — dijo Maga.

—¿¿¿Qué??? ¡Eso es una locura! ¿Y ella...dices que os habéis hecho amantes? ¡Qué desastre, por Dios! — exclamó el psiquiatra.

—Y que lo digas. Al final, mi padre ha permitido que yo sea la amante de mi madre, y él sólo quiere ya a su perrita, Mari Carmen. Soy una mala persona.

—¡Qué horror, retorcida sí que eres, pero tu mamá no se queda atrás. Mala persona no eres, pero jod...er — dijo el hombre.

—¿Vas a seguir queriendo ser mi amigo, después de saber al monstruo que tienes delante en este momento? — preguntó Maga.

—Por supuesto que sí. Como psiquiatra, el caso es genial y digno de estudiarse. Todo en absoluto, tu atrevimiento, el de tu madre, la actitud más que bondadosa de tu padre...

¡magnífico! — exclamó Olmos.

—No voy a seguir con la terapia. Algo me dice que cuando llegue esta noche a mi casa, mis padres me van a dar una sorpresa. No creo que me echen a la calle, pero siento que entre ellos, en estos momentos durante los que tú y yo estamos hablando, están llegando a un acuerdo para continuar su matrimonio como Dios y los hombres mandan. Sobro yo en el escenario — Maga pronunció estas palabras sin saber siquiera por qué.

—Bueno, si no tienes donde ir, te ofrezco mi casa. Es grande y estoy yo solo. Como amigos, sin compromiso — ofreció el psiquiatra.

—Gracias, pero no quiero que te juntes con malas compañías. Está demostrado que siempre traigo problemas para todos los que me rodean. Además, echarme de casa no lo van a hacer, los dos me quieren demasiado para hacer algo así, y yo a ellos.

—No digas tonterías, Maga. Además, habría una parte importante de egoísmo en mi ofrecimiento de acogerte en mi casa. Podría aprender muchas cosas de ti, de tus experiencias. Y yo quizás pudiese descargar mi turbia conciencia contándote mis pecados, de los que estoy muy arrepentido — dijo Olmos.

—¿Tu turbia conciencia? ¿Te refieres a Estefanía, a tus padres, quizás? — preguntó la chica.

—¿Cómo sabes tú eso? ¿Qué sabes de Estefanía? — preguntó el hombre, muy asombrado.

—Sé mucho, doctor Olmos. He conocido a tu hija Irene, mientras estabas en prisión. No te lo iba a decir, pero tú y yo nos estamos haciendo amigos y los amigos se hacen confidencias. Sí, es posible que podamos ayudarnos mutuamente. Eso creo — respondió Maga.

—No voy a dejar que salgas de aquí hasta que no me lo hayas contado todo. ¿Qué sabes de mi pasado, Maga?

—Mucho. Pero ahora sé también que tú aún me contarás mucho más, Fernando — dijo Maga.

—¡Increíble! Sabía lo de tu viaje con Belén, las porquerías que averiguasteis las dos sobre mí en Palma de Mallorca... pero que ya conozcas a Irene... ¡me sorprende! — exclamó el hombre, perplejo.

—Te pido perdón porque el primer viaje con tu difunta esposa en Palma lo hice para buscar pruebas contra ti. Bueno, tú ya sabes cómo finalizó aquel viaje, cuando me atendiste tras mi crisis epiléptica. El segundo fue con mi madre, ya fallecida Belén, tú en la cárcel como su supuesto asesino, y el objetivo de mi madre y mío fue justamente el contrario: buscar pruebas de tu inocencia. Y las encontramos, tan contundentes que el Tatu fue detenido ante las evidencias que presentamos a la policía, y tú puesto en libertad de inmediato — finalizó Maga su relato.

—¡Entonces te debo mi libertad! ¡Tú descubriste al asesino! ¡Tatu de mierda! ¡Pobre Estefanía! ¡Maldito engendro del demonio!— exclamó enfurecido el doctor Olmos.

—No exactamente a mí me debes la libertad. Desde el principio, hemos estado trabajando en esto varias personas y uno de esos seres de la siguiente dimensión en los que tú no crees. Fue él quien nos dio la clave para llegar finalmente hasta el Tatu.

—¿Un ser de otra dimensión? No te entiendo. ¿También se dedican a esclarecer crímenes? — preguntó Olmos.

—A veces. Si alguien va a salir beneficiado por su intervención, entonces esos seres pueden decidir actuar. Tú estás libre gracias a la pista que nos dio CB, un maestro de

cuarta dimensión, a través de la vidente Lola Monreal, de Vinaroz — le informó Maga.

—¿Lola Monreal? La vi una vez por televisión en “Crónicas marcianas”. ¿Qué le dijo CB a esa señora? — el interés de Olmos crecía por momentos.

—Yo estaba presente, porque Fran y yo fuimos a visitarla a Vinaroz, cuando CB le dijo, con respecto al asesinato de Estefanía: “Saturado de bragas, las coge al vuelo y se lleva la palma” — dijo Maga.

—Jajajaja, amiga letrada, con perdón, eres la hostia. Sin consagrar, por supuesto, pero la hostia al fin y al cabo. ¿Qué pensaste de ese acertijo? — preguntó el psiquiatra, divertido.

—Pues que el saturado de bragas eras tú, que siempre te has llevado a las mujeres de calle. Después, mi madre añadió que el asesino, cuando ya sabíamos que no eras tú, tenía algo que ver con Palma de Mallorca. “Las coge al vuelo y se lleva la palma” nos sugirió que llegaste a Palma de Mallorca en avión. Al principio, quise probar tu culpabilidad. Más tarde, tu inocencia. Contactamos con la policía, Belén y yo en el primer viaje, y la segunda vez fui con mi madre. Tuvimos la suerte de ir a parar a una comisaría un tanto rara, donde se nos atendió muy bien. El comisario Florencio Pinales tenía mucha información sobre Saturio Bragado, y con la que le facilitamos nosotras, se decidieron a resolver el caso. Agradécele también a Pinales su actuación, pues pudo haberse negado a ayudarnos si, como tú, no hubiese creído absolutamente nada en otros seres y otras realidades dimensionales. El tema lo tenías crudo de veras, Fernando.

—Curioso tipo para ser policía, ese Pinales — dijo Olmos.

—No lo sabes tú bien, jajaja — rió Maga, al evocar la imagen del galante comisario.

—Parece que te lo estás pasando bien, letrada. Me alegro. Oye, esta es una de las tardes más fructíferas de mi vida. Sigue contándome cosas, por favor — pidió el psiquiatra.

—¿De verdad que no tienes ni a un solo paciente esta tarde?

—Ya lo estás viendo. Me he quedado sin clientes. Días de abundancia, vísperas de nada. A veces la idiotéz popular se convierte en sabiduría. No sé cómo, porque la gente suele ser tonta de remate — apuntó Olmos.

—No seas perverso, doctor. Hay de todo — le respondió Maga exhibiendo una amplia sonrisa.

—Eres guapa. Endiabladamente guapa. Y muy inteligente — la halagó el doctor.

—Gracias, Fernando. Debo irme. Me has visto relajada, pero la procesión va por dentro. Sé que mis padres han aprovechado todo el tiempo que tú y yo hemos estado hablando aquí esta tarde para decidir mi futuro. Mi porvenir, un poquito lejos de ellos en el espacio, al menos.

—Ojalá te equivoques, pero si te ponen la maleta con tu equipaje en la puerta, mi casa es tuya. No sabes lo que te agradecería que me hicieras compañía de ahora en adelante — expresó con atrevimiento el hombre.

—Juegas fuerte. ¿Has olvidado que soy lesbiana? — preguntó Maga, con una enigmática sonrisa.

—No, no lo he hecho. ¿Quién ha hablado de sexo, letrada?

—Hay cosas que se dan por hechas, doctor. Bien, veremos lo que nos depara el futuro a ti y a mí. Lo mismo mañana me presento aquí llorando.

—O esta noche, en mi casa. Ya sabes donde vivo — dijo el hombre.

—Hasta pronto, Fernando.

—Hasta pronto, Maga. Suerte y que todo esté en orden cuando llegues a casa.

Maga encontró a sus padres muy serios. Los besó a ambos.

—Hola. Veo que habéis estado hablando de mí. ¿Me equivoco? — les preguntó.

—Cariño, hemos estado tratando de poner las cosas en orden, por el bien de todos, pero especialmente por el tuyo — dijo Luis.

—Ya, lo he sentido mientras hablaba con el doctor Olmos. Nos hemos hecho amigos.

—¿Amigos? ¿Olmos y tú? Eso no me lo esperaba. ¿Vas a reanudar la terapia con él? — preguntó Lucía a su hija.

—No. Papá, mamá, ¿qué habéis estado hablando sobre mí? Supongo que ya hay un veredicto. ¿He de marcharme de casa? — preguntó Maga, sin alterarse.

—Cariño, no digas tonterías. Eres lo más importante del mundo para nosotros. Pero no podemos adoptar el modus vivendi absurdo de que tú y tu madre seáis amantes, y yo me vaya a la habitación de invitados con Mari Carmen. Tu madre y yo somos ya mayores, pero tú has de reencontrar tu camino en la vida. Lo tuviste y lo perdiste. Has de hallar de nuevo la senda correcta — dijo Luis.

—¡Papá! La senda correcta. Eso suena muy zen. ¿Estás practicando meditación?

—Sí. ¿Te extraña?

—Pues la verdad, un poquito... pero decidme ya qué habéis decidido sobre mí.

—Mira, es muy simple. Tú te vas a tu habitación y tu madre y yo a la nuestra. No hay réplica. En cuanto a esa agencia de detectives que tu madre ha establecido contigo, puede ser un principio para que trabajes de nuevo. Pero debes encontrar a una chica joven y guapa como tú para que puedas llevar una vida emocional y sexual sana. Lo que habéis estado haciendo tu mamá y tú desde que te recogimos en casa de tu amiga en Madrid es una aberración, más para ella que para ti, porque es católica mientras que tú eres una descreída que hace cosas raras continuamente, sin ser consciente de tu falta de respeto a la moral. ¿Me comprendes, Maga? — preguntó Luis, con mucho aplomo.

—Papá, es que en las otras dimensiones, la moral no existe. Los seres de luz funcionan en base al amor — dijo Maga.

—Muy bien, pero yo no soy un ser de luz, así que quiero orden en mi casa. He hablado muy seriamente con tu madre. Le he dado la posibilidad de marcharse contigo para que viváis juntas, y ella ha decidido quedarse conmigo.

—Sí que eres un ser de luz, papá. ¿Habéis discutido, mamá?

—No hija, pero tu padre me ha hecho entrar en razón. Es cierto que ser amantes tú y yo ha sido una barbaridad por nuestra parte. Hace un rato que he ido a la iglesia a confesarme, y al párroco casi le da un infarto al oírme. Me ha puesto como penitencia que rece dos rosarios al día, de rodillas, durante tres meses — dijo Lucía.

—¡Mamá! ¡Ese tío es un sádico, pero de verdad! Eso no es un juego. Denúncialo, jajajajaja — rió la chica con ganas.

—¡Maga! ¡Te prohíbo que faltes al respeto a tu madre! — alzó Luis la voz.

—No le he faltado al respeto. Ni a ti tampoco. Sabéis, creo que es mejor que descanséis de mí una temporada. Voy a hacer mi maleta y me mudo a casa de Fernando Olmos. Me lo ha ofrecido esta misma tarde y creo que era muy sincero cuando lo ha hecho — anunció Maga a sus progenitores.

—Tú misma, hija mía. Espero que no tengamos que ir a rescatarte porque hayas inducido al doctor a azotarte el culo hasta dejártelo en carne viva. Ya ya no me fio de ti, cariño, has cambiado mucho. Antes estaba muy orgulloso de ser tu padre, pero ahora...

—Luis por favor, no seas tan duro con la niña. Ella te quiere muchísimo, y a mí también. Eso es todo — terció Lucía, que se sentía dolida y desconcertada por la triste situación.

—Maga no respondió. Avanzó hasta llegar junto a su padre y le miró intensamente a los ojos. Después le habló.

—Papá, aunque te haya defraudado... ¿Tú me quieres?

—Pues claro que te quiero, hija. Eso es para siempre — le aseguró Luis.

—Yo a ti también, papá. Siempre te querré. Eso es lo que importa. Me duele que hayas perdido la confianza en mí. Sé que te he defraudado, y te doy la razón en todo. Te prometo que voy a esforzarme para que me vuelvas a apreciar como ser humano y como trabajadora.

Maga abrazó a su padre. Éste la estrechó entre sus brazos con gran ternura. Los ojos se le humedecieron.

—Bueno, todo esta arreglado... ¿No? — preguntó Lucía

—Sí, mamá. Todo está como tiene que estar. Ahora tú, quiero abrazarte y recordarte una vez más lo mucho que te quiero, lo que significas en mi vida. Eres la mejor madre y la mejor amiga que cualquier hija pudiera tener. Mami, te quiero. Perdóname por ser como soy — pidió Maga, mientras abrazaba con infinito amor a Lucía.

La chica se dirigió a su habitación, bajó la maleta del altillo del armario empotrado y colocó en ella sus prendas de vestir preferidas y dos pares de zapatos, amén de sus artículos de aseo personal. Lucía estuvo contemplando a su hija, consternada. Luis se sentó en el sofá del comedor-salón, aparentando despreocupación mientras fingía leer un libro. No quería convertir la marcha de su única hija de la casa paterna, una vez más, en un drama.

Fernando Olmos no pudo contener su satisfacción cuando vio a Maga bajo el dintel de la puerta de su hogar. La recibió con una amplia sonrisa. Tomó la maleta de la chica y condujo a esta hasta la que sería su habitación. El doctor conocía mejor que nadie la condición sexual de su invitada, y ni por un momento pensó en aprovechar la oportunidad que el destino estaba poniendo en su camino.

—Pasa, Maga. si quieres te ayudo a deshacer la maleta — ofreció el hombre.

—Gracias, pero no hace falta que te molestes. La vaciaré mañana y guardaré la ropa en el armario.

—¿Has cenado, cariño? — le preguntó Olmos.

—¿Cariño? Mmm, Fernando, vas muy deprisa.

—No me malentiendas. Me caes muy bien, y te he llamado cariño como le hubiese dedicado ese epíteto a una amiga muy querida... o a una hija — le replicó él.

—¿Como a Irene? Tienes una niña preciosa. Es una copia maravillosa de Estefanía — dijo Maga.

—Sí. Ya está preparando sus cosas para venir a vivir aquí, conmigo. Con su padre. He estado hablando mucho con ella por internet, y ha aceptado venir a estar conmigo. Vamos a iniciar una relación padre-hija. Creo que es lo mejor que me va a suceder en la vida, desde Estefanía, y esta vez me propongo evitar ser un imbécil. Pero vamos a hablar al salón, Maga. Por cierto, no me has dicho si has cenado o no.

—No. He preferido salir de casa de mis padres cuanto antes. Sufro porque ellos están

padeciendo por mi culpa. Les voy a permitir descansar de mí todo el tiempo que pueda estar yo sin verlos. La verdad es que los adoro a los dos. No me los merezco. Ellos son lo mejor de mi vida.

—Te prepararé una cena digna de ti. ¿Pescado con verduras? — preguntó Fernando con una cariñosa sonrisa en sus labios.

—Sí, guay. Me gusta mucho. Oye, pero no te molestes tanto por mí, por favor, o me sentiré incómoda — pidió Maga a su anfitrión.

—No es molestia. Es un placer atender a una buena amiga. Te lo digo de veras — aseguró él.

—Eres una auténtica caja de sorpresas. Pensábamos de ti que eras un asesino, y ahora me pareces un hombre encantador. ¿Quién eres realmente, Fernando Olmos? — le preguntó Maga, mirándole fijamente a los ojos.

—Soy alguien que ha sufrido mucho. Que se ha equivocado continuamente. Alguien atormentado por el remordimiento causado por el recuerdo de sus malas acciones. He sido mal hijo, mal amante, mal padre... amé mucho a Estefanía, y la dejé tirada como el mayor de los miserables. No supe ver mi redención en ella. Después pedí perdón a mis padres con la poca humildad que mi insano orgullo me permitió... en fin, un desastre — resumió el afamado psiquiatra.

—Ahora tienes una nueva oportunidad. Irene, tu hija. Creo que puedes darle mucho cariño, y te sentirás muy bien al hacerlo — opinó Maga.

—Sí. Estoy ilusionado con la perspectiva de poder darle lo que necesita, y amarla por encima de todo. También el hecho de que tú estés en mi casa ha sido una sorpresa muy agradable. Me siento muy bien por ello. Aunque únicamente vayamos a ser buenos amigos. Muy buenos amigos, espero — le confió él, mientras cocinaba la jugosa merluza con verduras que estaba preparando para ella.

—Me siento muy halagada, de verdad... no merezco tantas atenciones.

—Eres muy guapa y tienes una personalidad fascinante. Sé apreciar la belleza femenina, sin necesidad de poseer físicamente el cuerpo que la encarna. Me encantas, señorita. De veras que sí. Bueno, esto ya está. Vamos al comedor. Coge los cubiertos y el pan, por favor.

Maga tenía hambre y la cena le supo deliciosa. Fernando la miraba mientras comía. Ella le sonreía, un tanto incómoda. Finalmente llegó el postre, que le recordó a los de Lucía. Sí, el doctor Olmos era una agradable caja llena de sorpresas.

—Bueno, ya está... voy a fregar esto al menos — ofreció la invitada.

—No. Siéntate en el sofá, yo llevaré los platos a la cocina. Bueno, te lo digo por charlar un rato antes de acostarnos, pero si lo prefieres, nos vamos a nuestras respectivas camas ya — le respondió él.

—No. Me encantará hablar contigo. Estoy muy intrigada — dijo Maga.

—Ok, ponte el pijama mientras yo friego los platos. Nada de ropita sexy, o no respondo de mí, señorita.

Se dirigió a su nueva habitación, se desvistió y se puso un pijama de pantalón corto. Su corazón latía aceleradamente. Estaba excitada. Se preguntó por qué.

—Olmos es tremendamente guapo, pero a mí me gustan las mujeres. ¿Qué me está sucediendo? — pensó.

Maga se contempló en el espejo y valoró que la imagen reflejada en él era una invitación a la seducción. Moviéndola la cabeza coquetamente para que su cabello cayese descuidadamente sobre sus hombros y espalda, salió de la habitación y se dirigió al

salón, donde ya la estaba esperando Fernando.

—Uau, niña, te he dicho que no te pusieras nada sexy. Ese pantaloncito es de lo más excitante, ¿sabes? Acabas de ganarte tu primer castigo como amiga mía — le dijo Olmos.

—¡Oh, no, por favor! No me digas que a ti también te va eso! — exclamó Maga, divertida.

—¿Me va el qué, niña?

—Tío, sabes perfectamente a lo que me refiero. Azotar sin piedad los culos de las mujeres — le respondió Maga.

—¡Qué retorcida! Eso lo hacía Belén. Le encantaban esos juegos. A mí no. ¿A ti sí? — quiso saber él.

—No me gusta que me azoten, pero quiero pagar mi karma. No disfruto con el sufrimiento físico, pero sé que es bueno para mi alma — expresó ella muy convencida.

—¡Lo que me faltaba por oír! Oye, vas a seguir con la terapia. Es gratis, ahora ya eres oficialmente mi amiga. Siento en mi mente que te quiero un montón, Maga — le dijo él.

—Pues si tienes esa sensación, abandónate a ella y siéntela en tu corazón. El amor no es de la mente, es del corazón — le aclaró ella.

—¿Tú sientes lo mismo por mí? — se atrevió él a preguntar.

—Pues claro que sí. Hace ya tiempo. Desde que comencé a creer en tu inocencia.

—Esas palabras hacen que me emocione. Sabes, muchas mujeres, mucho éxito profesional... y muy poco amor. Yo no me libro de no haber dado cariño a la gente, y si no pregúntaselo a mis pobres padres — dijo, con semblante serio.

—Tus padres te han perdonado y te quieren... las cosas vienen como vienen y nos dejan la lección que hemos de aprender. Normalmente, con sufrimiento, físico o emocional, o incluso ambos — expresó Maga.

—Me siento tan mezquino, tan miserable... en mi niñez y juventud, no pude soportar a mis padres. A él, porque siempre pensé que era una mala persona, un hipócrita, y a ella, por su docilidad, por su aceptación de la injusticia, por sus depresiones... pobre mamá. No quiero seguir siendo un monstruo, Maga. Ayúdame, amiga, por favor — suplicó él.

Ella fue hasta Fernando y lo abrazó con mucho cariño. Percibió en su corazón la pesadumbre que atenazaba el alma de su amigo y sintió una gran compasión y empatía por él, y comenzó a acariciar sus cabellos con dulzura.

Gracias. Sé que me vas a ayudar. Eres una gran chica. Un ser maravilloso.

—Fernando... mmm... Los dos vamos a apoyarnos en todo. Nos hemos encontrado y vamos a pasar momentos muy íntimos juntos. Todo sucede por alguna causa. Hemos de aprovechar esta maravillosa oportunidad que la vida nos brinda.

—Amiga, te quiero pero me estás confundiendo, y además me estoy calentando. Mi herramienta está más dura y tiesa que una piedra. Esas piernas, largas y preciosas... Creo que será mejor que nos vayamos a dormir, y mañana seguimos hablando, ok? — propuso el doctor.

—¿Me mandas a dormir a la cama sin administrarme el castigo que me has prometido por haberme puesto este pantaloncito?

—Cariño, al final vas a conseguir que te ponga el culo tan dolorido que no te vas a poder sentar en una semana.

—Bueno, si te apetece lo haces, pero mis palabras no iban por ese camino — le respondió ella.

—Entonces me he perdido. Al final voy a pensar que eres como todas las mujeres, un

embrollo indescifrable.

—Venga, no es eso. Claro que soy como muchas mujeres. Pero también soy diferente. No hay un ser, humano o animal, que sea igual a otro. Te lo voy a decir bien clarito: me apetece mucho que esta noche, me hagas el amor físico — dijo Maga.

—¿El amor físico?! Pero si a ti te gustan las mujeres. ¿Es que ya no recuerdas que te has dejado un montón de dinero en mi consulta, a la que acudías para que te tratase tu manía de querer ser la pareja de un hombre, cuando en realidad a ti te gustan las mujeres? ¡Vamos, cielo, no digas disparates! — exclamó Fernando, cada vez más confundido.

—Yo voy tras la búsqueda del amor verdadero, el incondicional, el amor cósmico, esa fuerza misteriosa que mantiene unidos todos los elementos del Universo.

—Sí, sí, hemos hablado de eso en mi consulta decenas de veces. En primer lugar, creer que el amor cósmico es el responsable de que todos los elementos del Universo se mantengan unidos y en perfecto orden, es una cuestión de fe. No hay ninguna prueba que asegure que esa teoría es cierta.

—Sí, ya lo sé, pero he tenido maestros invisibles para los demás... y a ellos los creo. Emanan amor, y su mensaje es siempre el mismo. Antes que Jesucristo, otros maestros ya habían enseñado esto — explicó Maga.

—Sí, sí... Dime, ¿por qué quieres que te haga el amor? ¿Es que crees que voy a ser tu segundo Fran Lahuerta? Si es eso, te doy ya mi respuesta contundente: No.

—No es eso. Quiero crecer como ser, y mi voz interior, o puede ser que sea exterior, la voz de uno de esos maestros cósmicos de los que te he hablado, me está diciendo con claridad que junto a ti, voy a crecer como ser y tú también lo vas a hacer conmigo — Maga comenzó a sentir cierto cansancio emocional ante la firmeza de la postura de quien fuese su terapeuta.

—Cielo, vamos juntos a la misma camita. A ver que pasa.

Fernando quiso hacer el amor a su nueva amiga con ternura pero con gran apasionamiento. Le acarició los pechos, le mordisqueó los pezones... la despojó de la parte inferior del pijama y de las braguitas. Para su sorpresa, comprobó que la parte más íntima del bello cuerpo de Maga estaba muy húmeda. Le acarició el clítoris una y otra vez, y sintió cómo su nueva amiga íntima gemía de gozo, y la zona se le humedecía cada vez más. Quiso seguir explorando aquel cuerpo maravilloso, por lo que antes de penetrarla, le dio la vuelta y le propinó dos tremendos azotes en el culo, que hicieron estremecer a la chica de placer. Al notarlos, siguió azotándola sin descanso, mientras ella gemía, sin pedirle a él que parase el inesperado castigo. Cuando el doctor lo estimó oportuno, la puso de nuevo boca arriba, le abrió las piernas y la penetró. Le hizo el amor con gran fogosidad. Maga gemía, exultante de gozo y fuera de sí, inundados sus sentidos de un tremendo éxtasis. Fernando estaba perplejo ante el prodigio de que una mujer lesbiana estuviera disfrutando bajo su cuerpo, y no estaba dispuesto a terminar aquello sin satisfacerse por completo y seguir satisfaciéndola a ella. Se animó tanto, que decidió no dormir, ni dejar que ella durmiese durante toda la noche.

Tras un explosivo orgasmo mutuo que disfrutaron al unísono entre gemidos de salvaje pasión, los dos quedaron exhaustos, tendidos sobre la sábana de raso. El trasero de Maga, al rojo vivo una vez más, agradeció sin duda la nobleza del tejido de la cama del doctor.

Se miraron, se sonrieron y se fundieron en un abrazo interminable que hizo a ambos plenamente felices. Sintieron que un nuevo escenario se abría ante ambos. Los dos pensaron que por fin, la puerta de la felicidad, siempre tan elusiva, se abría para

ellos. Por primera vez en su existencia, Fernando Olmos se sintió relajado y lleno de esperanza. Pensó que la vida iba a comenzar para él, que los años transcurridos desde su nacimiento hasta la fusión de su cuerpo con el de Maga habían sido una terrible pesadilla, excepto el paréntesis con Estefanía en Palma de Mallorca hacía ya tantos años. El resto le parecía ahora un oscuro preludio que iba a dar paso a la edad dorada de su existencia.

Ya entrada la madrugada, quedaron plácidamente dormidos, fundidos sus cuerpos desnudos en un estrecho abrazo hasta que Maga despertó cinco horas después. Entonces ella suspiró y sintió que había hallado al ser con el que estaba decidida a compartir el resto de su vida.

Desayunaron en el salón. Fernando hizo tostadas, que sirvió con jamón york, queso de cabra y varios tipos de mermelada. Previamente se habían duchado juntos, sin pronunciar palabra, mirándose a los ojos, besándose y sonriéndose.

—Fue hermoso — dijo ella finalmente.

—Sí. La mejor experiencia de mi vida. Pensándolo ahora, se me agolpan en la cabeza mil preguntas para hacerte, tesoro — dijo él.

—Me lo imagino. Estarás anonadado. Me dabas terapia porque me empeñaba en ser la pareja de un hombre, siendo yo lesbiana. Y ahora has comprobado que he disfrutado contigo, sintiendo tu cuerpo fundido al mío. Ni yo misma lo comprendo. Solo me viene a la cabeza, como explicación, que eres terriblemente guapo, doctor Olmos. El sueño de cualquier mujer.

—Pero no de una mujer lesbiana, Maga. Ahí está la cuestión.

—Oh, me acaba de venir a la cabeza lo del “Saturado de bragas, las coge al vuelo y se lleva la palma” dijo Maga, con una amplia sonrisa.

—¿Y eso por qué? — preguntó Fernando.

—Porque ya has conseguido unas bragas más. Las mías.

—¡Jajajaja, qué cosas dices! Eres la mujer más guapa y encantadora que he conocido jamás, sin quitarle mérito a Estefanía, que también lo era, y que como tú, era una excelente persona. Esto que te digo no viene de ahora, Maga, pues cuando eras mi paciente, ya fantaseaba con poseerte de mil formas. Ahora que somos amigos muy íntimos, te lo puedo decir sin sentir vergüenza — le confesó Fernando.

—¿Entonces tengo posibilidades? — le preguntó Maga jugándose su felicidad en la respuesta de él.

—Las tienes todas. Pero has de disfrutar conmigo a tope. Tanto físicamente como emocionalmente. No soportaría decepcionarte, ni que tú, con el paso del tiempo, me dijese que necesitas a una mujer como amante para ser feliz.

—Fernando, lo que he sentido esta noche en tus brazos, jamás lo había sentido. Quizás mis amigos espíritus guías me han cambiado energéticamente para permitirme ser feliz de una vez por todas. No lo sé, pero te deseo y te amo en todos los sentidos y con todas mis fuerzas, y si me aceptas, mi objetivo en la vida a partir de ahora va a ser hacerte feliz. Sin condiciones — expresó Maga, con la sinceridad que procedía de su entrañable corazón.

—Esto parece un sueño. Una cosa, Maguita, para que todo salga bien, siempre hemos de ser sinceros entre nosotros, debemos hablarnos con total honestidad.

—¿Por qué me dices eso, Fernando? — preguntó Maga, intrigada y con una brizna de temor.

—Anoche, cuando te azoté, vi que eso te excita. ¿Por qué te empeñabas en decir que te dejabas zurrar el culo para pagar tu karma de una vida anterior? — preguntó él, que quería conocer todo sobre quien iba a ser el segundo, y definitivo, gran amor de su vida.

—Te pido perdón. No lo sabía. Me engañaba a mí misma — confesó ella, bajando la mirada. Se sintió muy avergonzada.

—Todo ha de estar claro entre nosotros. Según lo que vi anoche ¿Necesitarás que te caliente con severidad el culo antes de hacerte el amor? Dime la verdad. ¿Siempre? — preguntó él, mirándola fijamente a los ojos.

—No siempre. Sólo cuando a ti te apetezca. Únicamente entonces — le respondió ella, sosteniéndole la mirada.

—¿Y si a mí no me apetece nunca?

—Entonces, disfrutaré de mi plato sin aperitivo.

—Jajajaja, eso ha estado muy bien. Me gusta el símil. Bien, no habrá problema alguno entre nosotros. Otro punto básico antes de comprometernos por completo, Maga. Irene va a vivir aquí, con nosotros. Esa es una condición que necesariamente has de aceptar — dijo Fernando.

—Seré, si ella me admite, su mejor amiga, la sustituta de su madre. Me la ganaré, estoy segura. Si al principio me lo pone difícil, no pararé de suplicárselo. Has encontrado a la mujer de tu vida, Olmos.

—Trato hecho, cielo. Vamos a sellarlo en el dormitorio antes de vestirnos para ponernos en marcha y ver cómo nos ganamos la vida de ahora en adelante. Ah, y prepárate para zamparte un succulento aperitivo antes del plato fuerte — le dijo él, riéndose.

—Ay, Olmos, que no me voy a poder sentar en dos semanas — exclamó ella.

—Ese es tu problema. Venga, rápido — la apremió.

Fernando la colocó sobre sus rodillas, le bajó sus braguitas hasta medio muslo y la azotó en las nalgas con sus fuertes manos hasta dejárselas ardiendo. Después la poseyó con tal energía que Maga se elevó de nuevo hasta el éxtasis divino. La experiencia fue única. Física y emocionalmente, se sintió la más feliz de las mujeres.

La puerta se abrió y Lola Monreal apareció bajo el dintel. Esperaba a Maga y a Fernando. Les había invitado a ambos a comer una succulenta paella, que incluía como ingredientes los afamados langostinos de Vinaroz. La vidente abrazó a su amiga y después hizo lo mismo con Fernando.

—Así que usted es la famosa vidente a la que Maga quiere tanto. Mucho gusto en conocerla — dijo con amabilidad el hombre.

—Uy, chico, no me hables de usted. Así que al final, no eras tú el saturado de bragas, jajajajaja — rió con ganas Lola Monreal.

—La verdad, si no llega a ser por usted y por Maga, los próximos veinte años me los hubiera pasado en la cárcel — reconoció Fernando.

—No, el malo de la historia se llama Saturio Bragado Volante. Por cierto, Fernando, no estás libre sólo gracias a Lola y a mí, también debes tu libertad a mi madre e incluso a tu difunta esposa, Belén — puntualizó Maga, que no quería dejar sin su merecido

reconocimiento a nadie.

—¡Alto ahí, nena! Hay alguien más. ¿Quién me transmitió el jeroglífico que había de esclarecer el caso? — preguntó Lola, para que Maga recordase el mérito de quien facilitó el juego de palabras que llevó finalmente a la detención de Bragado.

—¡CB! ¡Claro, en la base de toda la investigación que hemos llevado a cabo, está CB! Pero Lola, eso ya se lo había dicho a Fran — dijo Maga.

—Me alegro, hay que otorgar las acreditaciones con justicia. Por cierto, está aquí ahora mismo. ¿Queréis preguntarle algo?

—No, sólo agradecerle su amorosa ayuda. Fernando no cree en estas cosas, y yo lo respeto — respondió Maga a la vidente.

—¡Uy, pues vais a tener que ser muy amables y tolerantes el uno con la otra! — comentó Lola.

—Lola, ¿Quién es CB? — preguntó inesperadamente Fernando.

—¡Eso está mejor! CB es un ser de luz, un maestro del cielo que en vida fue el padre de Manuel Gago, un buen amigo mío y también de Maga. Inventó muchos tebeos. El más famoso, el de “El Guerrero del Antifaz”.

—¿Manuel Gago García, que firmaba sus dibujos como M. Gago? ¡Qué sorpresa! Mi padre tiene la colección del guerrero del antifaz completa — exclamó Fernando.

—¿Quieres que te eche mis cartas? Te haré también el plomo — ofreció Lola a Fernando.

—Lola querida, Fernando no cree en esas cosas — intervino Maga.

—Sí, échame las cartas. ¿Y qué es eso del plomo? — preguntó el hombre.

—El plomo abre caminos que tenemos bloqueados. Empezaremos por las cartas. Hay aquí mismo ahora varios seres que quieren compartir enseñanzas e información con vosotros. Acaba de llegar uno que se ha identificado como Fran. Maga, es el chico maleducado con el que me visitaste la primera vez — informó Lola a Maga.

—Fran. Pobrecito, tuvo un accidente de moto y murió. Hay lazos de amor entre él y yo desde hace muchas vidas. ¿Quiere decirme algo, Lola?

—Te desea mucha felicidad. Dice que el hombre al que amas te va a hacer muy dichosa. Que has elegido correctamente. Él se retira ya de tu vida — dijo Lola a Maga.

—Siento tristeza - expresó Maga.

—Yo también, cariño — respondió la vidente a su amiga.

—Ahora CB me está diciendo que le diga yo a su hijo Manuel que el libre albedrío sí que existe, que no lo dude — explicó Lola a sus visitantes.

—Joder, eso no le va a gustar nada a mi viejo amigo. Él asegura con contundencia, en su trilogía literaria “Maga, el final del tiempo”, que el libre albedrío no existe. A partir de ahora, tendrá que decir lo contrario en sus futuros libros — opinó Maga.

—Cariño, las palabras soeces no quedan nada bien en tu boquita de princesa de mi cuento de hadas particular. Que sea la última vez. Lo vas a aprender muy bien esta noche, antes de irnos a dormir — anunció Fernando a Maga.

—Eso no me ha sonado nada bien, nene — dijo Lola a su visitante masculino.

—No pasa nada, amiga — la tranquilizó Maga, con una sonrisa que dejó bien patente a su amiga que ella se sentía plenamente feliz.

—Bueno nenes, no me dejáis concentrarme. Sí que entiendo que CB me está diciendo que sois almas gemelas. ¡Bingo! Eso es lo mejor que le puede pasar a una persona, encontrar a su alma gemela para compartir su vida con ese ser. Me alegro mucho, Maga, amiga mía. Dame un abrazo. Te quiero, nena — expresó emocionada Lola Monreal.

Siguieron charlando animadamente durante la comida. A media tarde, se despidieron de su anfitriona y regresaron a Valencia. El mercedes de Fernando devoraba kilómetros a una velocidad que Maga juzgó excesiva. La situación le trajo recuerdos muy penosos.

—¿Cariño, estás enfadado conmigo? ¿Es que lo has pasado mal? — le preguntó Maga.

—Nena, yo jamás me enfadaré contigo. Jamás. Eso tenlo siempre bien claro. ¿Por qué me has hecho esa pregunta?

—Estás pisando mucho el acelerador. Vas a 160. Baja la velocidad, por favor — le pidió ella.

—Es que tengo prisa por desnudarte y fundirme contigo hasta la hora de cenar. Y después de cenar, otra vez — le dijo él.

—Vale, pero no corras, por favor. 120 está bien, ok?

—Yes, cielo. Pero tendremos menos tiempo para estar pegaditos, siendo uno en vez de dos.

—Tú y yo ya somos uno. Gracias por aminorar, cariño. La velocidad me trae muy malos recuerdos, y todavía es peor si la siento dentro de un mercedes — le informó Maga, ya más sosegada porque Fernando estaba circulando a 120 kilómetros por hora.

—Mañana llega Irene a instalarse en casa. Otra prueba de fuego para ti y para mí. Espero pasarla satisfactoriamente. ¿Piensas que lo conseguiré? — preguntó Fernando.

—Pues claro. Eres el hombre más guapo que he conocido jamás. Vas a seducir a tu hija, te lo aseguro.

—Maga, cariño, qué mal suena eso que has dicho. Me refiero a lo de seducir a mi hija.

—Lo he dicho en el buen sentido, tonto — le respondió ella, sonriéndole.

—Ya, ya, era una broma, diosa de mi felicidad. Tú también has de seducirla, cariño. Vas a convertirte en su nueva madre. Una madre muy joven para una adolescente, pero ese va a ser tu papel. Estoy seguro de que lo vas a hacer muy bien, porque eres la mujer mas guapa, cariñosa y complaciente que he conocido en toda mi vida. Vas a pasar la prueba con matrícula de honor — le aseguró él.

—Gracias, amor, por tu confianza. Gracias por todo. No te defraudaré jamás — expresó Maga con firme convicción.

Irene Pozuelo apareció por la puerta de llegada número 3D del aeropuerto de Manises. Fernando y Maga llevaban ya más de tres cuartos de hora esperándola, muy nerviosos. Cuando la vio, el corazón del hombre comenzó a latir aceleradamente.

—Dios, Maga, allí está. Es un calco de Estefanía. Bellísima. Vamos a por ella — dijo Fernando.

—Irene, cariño, estamos aquí — Maga agitó su brazo derecho para atraer la atención de la adolescente, mientras que Fernando, tan animoso al verla, parecía haberse quedado después petrificado.

La chica se acercó hasta ellos sin mostrar excesivo entusiasmo, pero exhibiendo una gran cortesía.

—Hola Irene. ¿Cómo te ha ido el viaje? Hemos venido a recogerte para llevarte a casa — se decidió a hablar Fernando en primer lugar.

—Hola, señor Olmos — le saludó ella, extendiéndole la mano.

—¿Señor Olmos? Soy tu padre, cariño — se quejó él ante su hija. Sintió que el mundo se derrumbaba sobre él.

—Yo soy Maga, la novia de tu papá y su futura esposa. Nos conocimos hace semanas en Palma, cuando mi madre y yo os invitamos a hamburguesas dobles a ti y a Noelia. ¿Te acuerdas de mí? — se presentó formalmente Maga a su futura hijastra.

—Claro que me acuerdo. La madre de Noe os confundió con testigos de Jehová, jajaja — la adolescente dio a Magalí dos besos muy cariñosos. El nerviosismo de Fernando se convirtió en transitoria depresión.

—Bueno, pues aquí estoy... vosotros diréis cual es mi destino... - expresó Irene con resignación.

—Lo hemos estado hablando estos últimos días por teléfono, hija. Vienes a nuestra casa, donde Maga y yo vamos a cuidarte, quererte, y ejercer de padres para ti — le dijo Fernando, tratando de mostrarse muy cariñoso, aunque estaba enfadado por el cariz que había tomado lo que él había imaginado que iba a ser un feliz acontecimiento. La unión de una hija con su padre, tras la trágica muerte de la madre de la primera.

El doctor Olmos introdujo la maleta de su hija en el maletero de su coche, subió a su asiento, se ajustó el cinturón y puso en marcha el motor del mercedes. Maga se sentó delante junto al conductor, y a Irene se le indicó que subiese al asiento trasero y se ajustase el cinturón de seguridad. El vehículo arrancó.

Ya en el domicilio familiar, Maga quiso ayudar a la adolescente a deshacer su maleta. Ésta se negó.

—Puedo sacar mis cosas y ordenarlas yo misma en el armario. No te hace falta que te molestes, Maga — le dijo Irene, con una leve sonrisa.

—No es molestia, cariño. Quiero que te acostumbres a que yo sea tu nueva mami. No pretendo competir con la tuya, que desgraciadamente nos la han robado — expresó Maga.

—Me la han robado a mí. A mi madre la hicieron sufrir mucho. Primero, este hombre que dice que es mi padre. Después, el cabrón asesino del Tatu. ¡Qué mierda! — exclamó Irene.

—Por favor, no hables tan fuerte de esa manera refiriéndote a tu padre. Está en el salón, te va a oír. Él te va a tramitar en el Registro Civil el cambio de apellidos para ti. Ya no llevarás los apellidos de tu madre, a partir de ahora te llamarás Irene Olmos Lafuente. ¿Qué te parece el cambio?

—Bueno, no me gusta que cambiéis también mis apellidos, pero supongo que legalmente, será más práctico. Pozuelo me gusta. Mi madre era Pozuelo, y como ella me gustaba, y no te puedes imaginar cuanto, su apellido también me gusta. Lafuente también está bien. Llevaré con orgullo tu apellido. Por cierto ¿He de llamarte mamá? — preguntó Irene.

—A mí me haría mucha ilusión, pero debes llamarme como te resulte más cómodo a ti. Llámame como prefieras — le respondió Maga.

—Eres tan guapa como mi madre, aunque tu estilo es otro. Mira, te voy a llamar mamá. Sí, sé que me vas a cuidar mucho y que vas a ser mi mejor amiga — expresó Irene.

—¡Qué honor que me haces, cariño! Aspiraré con el tiempo a ser tu mejor amiga, porque de momento, estoy segura de que una compañera de tu nuevo instituto me arrebatará ese honor.

—No lo creo. Cuando yo digo una cosa, la digo de verdad — aseguró la adolescente.

—Ok, pero dime que a tu padre también le llamarás papá — le pidió Maga.

—No puedo hacer eso. Abandonó a mi madre cuando supo que estaba embarazada

de mí. Será mi padre por sangre, pero nunca por afecto. Pero no te preocupes, me portaré correctamente con él para que no acabe echándome de su casa. Jamás me saldrá llamarle papá. Le llamaré don Fernando.

—Irene, tus palabras me parecen crueles... él te acoge ahora. Te quiere. Eso se aprende. A querer, digo. Hay que saber perdonar, cariño.

—Mamá, quíereme y yo te querré casi como quise a mi madre. Necesito amor que compense la mierda que un montón de gentuza ha estado echando siempre sobre mí — expresó la adolescente, mirando fijamente a los ojos de Maga. Ésta sintió un leve temblor en sus piernas. Se repuso con rapidez.

—Te voy a querer, y mucho, pero por favor, no hagas que entre tu padre y yo haya problemas — le pidió su recién adoptada madre.

—No te preocupes, mamá. Voy a ser muy discreta — al pronunciar la jovencita estas palabras, mirándola de nuevo fijamente a los ojos y con una enigmática sonrisa en sus bonitos labios, Maga sintió que sus piernas temblaban y su bajo vientre se tensaba. Dio media vuelta y salió de la habitación sin decir nada más. No vio el brillo malicioso de los ojos de Irene, que se quedó escrutándola mientras salía de la habitación.

Maga Lafuente y Fernando Olmos contrajeron matrimonio civil dos meses después. Asistieron las familias y algunos amigos de ambos contrayentes. Tras la ceremonia, se celebró una comida en un conocido restaurante de El Vedat, una urbanización de veraneo perteneciente al municipio de Torrent, una localidad muy cercana a Valencia.

Los recién casados eligieron viajar a los países nórdicos de Europa para celebrar su enlace. El mismo día, embarcaron en Manises para hacer escala en Madrid, y desde allí, dirigirse a Oslo, donde comenzaría su gira, que habría de durar quince días.

Fernando y Maga contaron con la colaboración animosa de Lucía Barrón y Luis Lafuente para acoger en su casa a Irene Olmos Lafuente. Todos los trámites legales de adopción de la hija adoptiva de Maga se habían llevado a término satisfactoriamente, y la adolescente ya asistía a un colegio religioso donde su padre había conseguido matricularla. Irene pareció adaptarse muy pronto a su nueva vida. Consiguió hacer unas pocas amigas, una de ellas muy íntima, de nombre Sandra, y sus colegas varones perdían horas de estudio, que dedicaban a ir detrás de la chica, físicamente unas veces y en sus pensamientos eróticos las más, anhelantes de atraer hacia ellos la atención de la bella adolescente pelirroja.

Las hormonas de Irene habían obrado prodigiosas transformaciones en su cuerpo durante los dos últimos meses. Recién cumplidos sus quince años, se había convertido en una jovencita de una belleza espectacular. Los ojos de cuantos varones se cruzaban en su camino quedaban clavados en ella hasta que la chica desaparecía, y muchas mujeres la miraban con desprecio, muestra de inequívoca envidia femenina hacia una de sus congéneres más agraciada físicamente que ellas.

Irene Olmos llamó a la puerta del domicilio de Luis y Lucía, donde residía provisionalmente hasta el regreso de su padre y madrastra del viaje de boda de éstos. Eran las diez de la noche. Lucía había dejado bien claro a su hija y yerno que esa era

la hora límite para que la jovencita llegase a casa por las noches, ni un minuto más tarde. La afectada por tan rígido horario también se había comprometido a aceptar las condiciones que le fueron impuestas.

—Hola, señora Lucía — saludó Irene a su abuela adoptiva, dedicándole una sonrisa encantadora.

—Hola cariño. Pasa. ¿Tienes hambre? — preguntó la anfitriona.

—Sí. Uf, la tarde en el colegio ha sido super intensiva — enfatizó la adolescente.

—Pues lávate las manos y siéntate a la mesa. Te estábamos esperando para cenar.

—Buenas noches, señor Luis — saludó Irene al entrar en el salón, donde el aludido estaba esbozando un Halcón Justiciero con un lápiz de grafito.

—Buenas noches Irene — respondió él al saludo.

—Bonito dibujo. ¿Le gusta a usted dibujar? — preguntó ella.

—Sí. Fue la ilusión de mi vida, dibujar tebeos, pero al final, tuve que admitir que no soy tan bueno dibujando como lo fue mi padre, el genial Luis Lafuente Gutiérrez. ¿Has oído alguna vez hablar de los tebeos antiguos? — le preguntó, siguiéndole la conversación mientras la joven se sentaba a la mesa.

—No. Nunca me han gustado los tebeos. Creo que son cosa de chicos. Yo siempre los he encontrado tontos.

—¿A quiénes, a los chicos o a los tebeos? — bromeó él, esperando la reacción de la adolescente a sus palabras.

—A las dos cosas, señor Luis, a las dos cosas, jajaja — rió Irene, que había congeniado más con Luis que con Lucía.

—Jajajaja, eres una jovencita muy inteligente. Podrás llevarte muy bien con mi hija, que también es muy ingeniosa y buena persona. Seguro que seréis muy amigas — le respondió Luis, mientras Lucía observaba a ambos, muy seria. Su semblante mostraba preocupación.

—Ya lo somos. Es una excelente mamá para mí, y además, nos hemos hecho muy amigas — expresó Irene, con una sonrisa que a Lucía, que no dejaba de observarla, le provocó un escalofrío.

—Irene, supongo que querrás mucho a Maga, pero un poquito más a tu padre ¿No? Él es tu progenitor de verdad — intervino Lucía.

—Ese hombre dejó embarazada de mí a mi madre hace dieciséis años y se largó. ¿Tengo ahora que sentir un gran amor de hija por él? En cambio, Maga me recuerda a mi mamá. Es muy guapa y cariñosa, como lo fue ella siempre conmigo. Estoy segura que es un regalo del cielo para mí — razonó Irene.

Lucía no contestó. Dio media vuelta y fue a la cocina a por las croquetas y una ensalada múltiple que había compuesto con una gran cantidad de distintos vegetales, queso fresco y jamón de york. Al momento, volvió con la ensalada y las croquetas.

—Sentaos ya de una vez, nos van a dar las doce y aún no habremos empezado a cenar — apremió Lucía.

—Oye, Irene... ¿Cuándo vas a dejar de llamarnos señor Luis y señora Lucía, y empezar a llamarnos abuelo y abuela? — le preguntó el hombre.

—Perdón, es que me resulta difícil... ustedes no son mis abuelos. Son personas encantadoras, muy buenas, pero acabo de conocerles — se excusó la chica.

—¿Y a Maga no acabas de conocerla? ¿Por qué a ella sí que te resulta tan sencillo llamarla mamá? — preguntó Lucía.

—Porque ella es joven, bueno, no es como yo, pero la veo como yo. Es madre y amiga

a la vez. Necesito querer a alguien de verdad, y que esa persona me quiera a mí — le respondió Irene.

—Bueno, pues al menos tutéanos. ¿Eso sí que podrás? A tu abuela adoptiva la llamas Lucía, y a mí Luis, y nos hablas de tú ¿Te parece bien? — preguntó él.

—Me costará un poquito, pero lo haré... Luis. Estas croquetas están muy buenas, Lucía — Irene hizo su primera práctica sobre lo que se le acababa de pedir.

Terminaron la cena, vieron durante un rato la televisión, y después se retiraron a sus respectivas habitaciones.

Lucía no quiso apagar la luz enseguida, como le hubiese gustado a su esposo. Estaba muy preocupada, y así se lo hizo ver a él.

—Cariño, esa niña no acaba de gustarme. Me da mala espina — le compartió su temor.

—Cielo, es una niña guapísima. No me digas que le tienes envidia. Que ya tienes añitos para esas cosas, Luci — le dijo él, con mucho cariño.

—¡Luis! ¿Es que estás ciego? Maga es lesbiana, y esta señorita, guapísima ella y con una mente de quince años pero un cuerpo de mujer exuberante, se le ha pegado como una lapa. ¿Es que eso no te sugiere nada? ¡Por Dios, pareces tonto! — alzó la voz Lucía.

—Luci, ni una palabra más o te caliento el culo. ¿Te has olvidado ya de las condiciones que te imponen las normas de Grey? Jajajaja — rió Luis, intentando desviar hacia la nada los miedos de su compañera, amiga, esposa y amante de toda la vida.

—Hoy no estoy para eso. ¡Y tú no eres Grey, narices! No te enteras de nada. Esos tres, en esa casa, son los componentes perfectos de una bomba atómica. Mira: Maga, lesbiana, Fernando un mujeriego empedernido, e Irene una adolescente explosiva, maltratada por la vida, que, en el mejor de los casos, admira a nuestra hija por alguna oscura razón — siguió Lucía dando rienda suelta a la expresión de sus temores.

—Cielo, tengo sueño. He de trabajar mañana, y cada día me cuesta más enfrentarme a esos diminutos salvajes que la administración educativa se empeña en hacer pasar por mis alumnos. Vamos a dormir, por favor — le pidió él.

—De acuerdo, ya me gustaría ser tan despreocupado como tú. Buenas noches — Lucía le dio la espalda y se sumió en sus pensamientos. Él hizo lo mismo. Estaba muy preocupado, al igual que su esposa, pero necesitaba cargar con sus temores en silencio.

Irene apagó la luz de su habitación, y se metió en su cama. Tampoco tenía sueño. Estuvo escuchando la conversación entre Luis y Lucía. No consiguió enterarse de todo, pero sí del contexto del tema que habían tratado sus abuelos adoptivos.

Encendió la lámpara que tenía sobre su mesita de noche, a la derecha. Sonrió, bostezó, estiró sus miembros con voluptuosidad, y se colocó, de pie, frente al gran espejo que se alzaba desde la base de la cómoda. Allí se miró prolongadamente, y comenzó a desvestirse lentamente. Desnuda, se contempló, por delante, de perfil y por detrás, girando la cabeza hacia el espejo. Pensó con fruición que nada ni nadie la iba a detener en conquistar aquello que se había propuesto. Se acarició sus pechos, los estrujó entre sus manos y suspiró. Después, se acarició sus brazos, sus muslos, de nuevo sus bellísimos y blancos senos ornados en su centro por sendas rosadas aureolas rematadas por unos delicados pezones. Se giró y contempló su trasero. Se dio ella misma misma una fuerte palmada en su nalga derecha, y contempló cómo su delicada piel pasaba del color carne pálido a un rojo ténue. Dio por finalizado su examen. Matrícula de honor, pensó. Desnuda, se introdujo de nuevo en su cama, apagó la luz, se tendió boca arriba y llevó los dedos de su mano derecha a su sexo. Se acarició el clítoris, los labios, de nuevo

el clítoris... comenzó a suspirar de placer. Tuvo que controlarse para no gritar cuando alcanzó un orgasmo que electrificó todo su cuerpo, alcanzando incluso las puntas de los dedos de sus pies. Finalmente, se puso su pijama y decidió dormir, completamente relajada y feliz.

Maga y Fernando aterrizaron en Manises procedentes de Estocolmo, con escala previa en Madrid. En el aeropuerto, abrazaron a Luis y Lucía, e Irene se abalanzó sobre Maga, fundiendo efusivamente su bello cuerpo con el de su madrastra. Los temores de Lucía aumentaron, hasta convertirlos, en su mente, en una trágica realidad. Temió por su hija como en los peores momentos que ya le tocó sufrir en varias ocasiones de su vida, demasiadas, para ella.

Fernando no ocultó el enfado que la actitud de Irene le produjo. La adolescente había saludado con gran cariño a Maga, mientras que a él tan sólo le dio dos fríos besos en ambas mejillas, en segundo lugar, sin rozárselas siquiera con sus labios.

Comieron en casa de Luis y Lucía y a continuación se dirigieron al domicilio familiar. Cuando llegaron a éste, Fernando seguía malhumorado y Maga disgustada. Irene, en realidad, no estaba jugando a un juego inocente. Sabía lo que hacía. Tenía un propósito, e iba a jugar muy bien sus cartas para conseguirlo.

Se sentaron en el salón. El hombre trató en vano de iniciar una conversación con su hija. Ella le respondía a todo con monosílabos. Maga se puso también muy nerviosa. En el incómodo ambiente provocado por la adolescente, la tensión incluso se palpaba. Fernando intentó calmarse iniciando una conversación con su mujer, e ignorando a su hija.

—Maga, cariño, explícame algo sobre la clarividencia que yo no comprendo. Aquel día que visitamos a tu amiga Lola Monreal... dijo que había varios seres de esos que tú también percibes. ¿Por que tú no notaste su presencia? ¿O sí que la sentiste? — le preguntó.

—Esos seres se hacen visibles únicamente a quien ellos quieren y cuando así lo deciden. Si hubiesen querido que los viera o sintiese yo en vez de Lola, o las dos, lo hubieran hecho. Los que se presentaron en casa de Lola son buenos amigos míos. De uno de ellos hemos hablado mucho tú y yo en tu consulta. Fran Lahuerta. ¿Recuerdas? — preguntó Maga.

—¡Como no lo voy a recordar, Maga! Si te has gastado un montón de pasta hablando conmigo de él, cuando eras mi paciente. Cariño, ¿estás nerviosa por algo?

—No, claro que no... ¿Por qué habría de estarlo? — le preguntó ella.

Irene se levantó de su sillón, salió del salón y fue a su habitación.

—Estoy cansada, me voy a acostar un rato — les dijo.

—Ok, hija. ¿Quieres que te avisemos dentro de un par de horas para ir a dar un paseo por ahí? — le preguntó su decepcionado padre.

—No. No pienso pasear con vosotros. ¿Qué dirían mis amigas si me vieran? — sin esperar respuesta, se encerró en su habitación.

—Maga, esta niña me tiene frito. Si lo llego a saber... creo que la he traído a mi casa más por el recuerdo de Estefanía que por ella misma — dijo, cuando quedaron solos.

—Has cumplido con tu deber ético y de amor hacia ella como padre. Su lugar está contigo, y más aún habiendo muerto su madre — respondió Maga.

—¡Pero es que creo que me odia! — se quejó Fernando.

—No te odia. Es una adolescente, y ya ha sufrido unas experiencias nefastas durante su corta vida. Tu abandono, su adopción por un indeseable que al final resultó ser un asesino en serie, y sobre todo, la trágica muerte de su madre. ¿Cómo crees que puede sentirse la criatura?

—Mal, desde luego. Pero la he sacado del pozo, y ahora lleva una vida que mucha gente quisiera, y más en estos tiempos — expresó el hombre.

—El tiempo lo arreglará todo. Se adaptará — aventuró Maga.

—No sé. A ti se adaptó desde el principio. ¿Cómo lo hiciste, cariño? ¿Tienes una fórmula mágica patentada? — preguntó Fernando, no sin una pizca de celos.

—Yo no he hecho nada en especial, cielo. Le he caído bien, supongo.

—Le has caído demasiado bien.

—¿Qué quieres decir, Fernando? No te entiendo — Maga se puso a la defensiva, sin saber exactamente por qué.

—¿No has pensado que te está utilizando para hacerme la puñeta a mí?

—¿Utilizando? Yo creo que me ha cogido cariño, eso es todo — adujo ella.

—Comenzó a llamarte mamá tan pronto como te conoció. ¿Crees que es normal que una adolescente sustituya a su madre por una desconocida, con esa facilidad?

—No sé, Fernando. Yo no busco peras en el Olmo — dijo Maga, sin darse cuenta del juego espontáneo de palabras que había pronunciado.

—Jajaja, pídeselas al Olmos, que te servirá en bandeja de plata — rió él.

—¡Tonto! — rió ella también.

—Cariño, salgamos a dar un paseo tú yo y nos tomamos unas sepias a la plancha o lo que te apetezca. No hace falta que avisemos a esa antipática. Venga, vamos — propuso él.

—Ok, pero no hables así de tu hija. Esa postura no arreglará nada.

Los días iban transcurriendo sin que la actitud de Irene hacia su padre cambiase un ápice. Fernando había recuperado ya al menos a la mitad de sus clientes, y había ganado otros, en su mayoría de sexo femenino. El atractivo doctor pronto se recuperó del bajón de afluencia de personas a su consulta, que por fortuna, resultó ser pasajero. Maga había comenzado a trabajar junto a su marido como recepcionista. Irene salía de casa antes que ellos para asistir al colegio. Un día por la mañana, la adolescente les dijo que no se encontraba bien y que no asistiría a clase.

—¿Pero qué te sucede, cariño? ¿Te duele algo, te encuentras mal? — preguntó Maga.

—Me he pasado la noche vomitando. Me encuentro fatal, mamá. Me sentó mal la cena. Voy a quedarme en la cama, con vuestro permiso.

—Claro que sí, cariño. ¿Quieres que me quede a cuidarte? — le preguntó Maga, mientras Fernando guardaba silencio.

El hombre salió de la casa sin pronunciar palabra. Maga se precipitó corriendo hacia la puerta y vio a su marido, que aún esperaba el ascensor.

—Cariño, no te importará que me quede en casa con ella... — quiso preguntarle Maga, compungida.

—Claro que no, cielo. Síguele el juego a esa farsante — le respondió él, secamente.

—¡Fernando, es tu hija! No hables así de ella, te lo ruego — le pidió.

—Maguita, estoy muy, pero que muy enamorado de ti. Recuérdalo siempre — le dijo él, antes de abrir la puerta del ascensor y desaparecer a la vista de ella, sin esperar su respuesta.

Maga volvió a entrar en casa, malhumorada. Abrió la puerta de la habitación de Irene. No se hallaba allí, y la llamó. No obtuvo respuesta. Pensó que habría ido al cuarto de baño. Decidió sentarse en un sillón del salón para esperarla.

La chica no aparecía. Maga se dirigió al baño que usaba su hijastra. Estaba vacío. Asustada, volvió a mirar en la habitación de Irene. Entonces oyó su voz, que parecía provenir del dormitorio de matrimonio.

—Mami, estoy aquí — alzó el tono la adolescente.

—Pero Irene, ¿Qué haces metida en la cama de tu padre y mía? — le preguntó Maga, indignada.

—Nada, mamá, se está bien aquí. Eso es todo — respondió.

—Sal de ahí inmediatamente, desvergonzada — le ordenó Maga.

—Claro, mami. Siempre te obedeceré para complacerte.

Irene levantó la colcha y salió de la cama. Estaba completamente desnuda. Caminó hacia su madrastra, que se había quedado petrificada. A ésta comenzaron a temblarle las piernas. Después, todo su cuerpo se estremeció. La vista se le nubló. Un nombre vino a su mente: Laura. Pero no era Laura a quien tenía delante, ni ella tenía quince años. Irene sí.

—Mami, estás temblando. ¿Es que nunca has visto a una mujer guapa desnuda, a excepción de ti misma? — preguntó la adolescente, sonriéndole.

—Dios mío, Irene... ¿Qué pretendes? ¿Qué quieres de mí? — consiguió Maga articular sus palabras con gran esfuerzo. Seguía temblando.

—Vamos, mamaíta... ¿Acaso crees que no me he dado cuenta de cómo me miras cuando crees que no me doy cuenta de que lo haces? Te gusta hasta como muevo el culo al andar. ¿Qué crees que puedo yo querer de ti?

—No lo sé, deja que me sienta, por favor, vas a hacer que me desmaye.

—De la impresión, ya lo sé. No, no te quiero sentada. Te quiero arrodillada. Arrodíllate delante de mí — le ordenó Irene.

Maga obedeció. Su cuerpo seguía temblando, pero ahora lo hacía a causa del miedo mezclado con la emoción del deseo sexual hacia la jovencita. Sabía lo que quería su hijastra, pero no sabía por qué lo quería. ¿Era lesbiana, como ella? ¿O tramaba alguna oscura venganza que iba a destrozarse su vida por completo? Fuera como fuese, acató la orden que había recibido con sumisión. Sus labios estaban a la altura del pubis de la adolescente, de su jugoso sexo. Maga comenzó a hacer lo que sabía que quería su oponente, y ésta comenzó a sollozar y a estremecerse de placer. Cuando finalizó, preguntó a su dominadora, sin alzar la vista hacia ella, si podía ya levantarse.

—Sí, levántate. Lo has hecho muy bien, mamá. Ahora te lo voy a hacer yo a ti. Me gustas un montón, ¿sabes? Eres bellísima. ¿Tú crees que yo también lo soy? — preguntó Irene. Su altanería había desaparecido. Ahora hablaba a Maga de igual a igual.

—Eres una diosa de la belleza y de la sensualidad, Irene. Sí, acabo de tener una experiencia fabulosa contigo, sirviéndote. ¿Y ahora qué? — preguntó la mayor de las dos mujeres.

—Ahora te vas a desnudar muy lentamente, y vamos a hacer el amor. Dos diosas del placer fusionadas en una sola. ¿A que mola? — preguntó Irene.

—Sí, mola. ¿Me desnudo para ti?

—Por supuesto, desnúdate y métete conmigo en la cama — le ordenó la atrevida criatura.

—¿No te da lo mismo si lo hacemos en tu cama, cariño? Hacerlo en esta me parece una falta de respeto gravísima hacia tu padre.

—Concedido. Me ha sonado como bálsamo en el alma oír de tu boca la palabra cariño, en estas circunstancias. Sabes, cuando terminemos, te haré algunas confidencias. No voy a tener ningún secreto para ti.

—Eso suena muy bien.

—Vale mamá, ya estás desnuda. Ahora ve a la puerta de la calle y pon la llave de forma que tu marido no pueda entrar en casa si se le ocurriese volver por alguna razón. Algunas personas tienen como antenas mágicas, y se huelen lo que hacen los demás — Venga, haz lo que te digo — ordenó la adolescente.

Maga cumplió las instrucciones de quien se había convertido aquella mañana en su captora. Decidió disfrutar del momento y no preocuparse. Hacer el amor con su hijastra le parecía una locura, pero el placer que iba a obtener de su pecado también iba a ser maravilloso. Puso la llave de la puerta de entrada introducida a tope en la cerradura, para que su marido no pudiese entrar, si se le ocurriese volver. Temblando, regresó junto a Irene.

—Ya está. ¿Qué he de hacer ahora? — preguntó Maga.

—Respirar hondo, relajarte y prepararte para disfrutar del mejor 69 de tu vida ¿Te parece buena idea? — preguntó la jovencita.

—Excelente. Exquisita.

—Me alegro. Voy a devolverte el placer que me has dado tú antes. ¿Quieres ponerte encima, o debajo?

—Tú das las órdenes, Irene, yo te obedezco — Maga había recuperado su aplomo. Incluso se sentía feliz, aunque sentía espanto por las hipotéticas consecuencias de lo que estaba sucediendo.

—Ah, sí, ya he visto que eres una sumisa. Tu marido te azota el culo con frecuencia, lo llevas muy rojo. A veces os oigo, los golpes y tus gemidos ¿Lo hace porque le gusta a él, te gusta a ti, a los dos... venga, no tengas secretos para tu nueva y joven amante. Tienes suerte de tenerme, mamá. Y yo de tenerte a ti.

—Me gusta a mí. Que me azote, quiero decir. Lo hace por mí. Yo creía que no me gustaba, que debía ser castigada para pagar culpas por pecados que cometí en otras vidas. Pero un día comprendí que me gustaba. Placer y dolor. Son dos caras de la misma moneda — explicó Maga.

—Eso me parece muy interesante. Mamá, tú eres la amante sumisa de tu esposo, y ahora me vas a enseñar a mí si también soy sumisa, como tú — le dijo Irene.

—¿Sólo quieres saber si eres sumisa? ¿No querrás saber si eres dominante?

—Contigo no, desde luego. Eres mi madre, te quiero mucho y te debo respeto. He jugado muy fuerte esta tarde, eso ya lo sé, y también sé que te he asustado hasta hacerte temblar. Te pido perdón. Pero ahora no me cabe duda de que me deseas, que me quieres, y que vamos a ser muy felices las dos ¿Tú no piensas lo mismo, mami? — preguntó Irene. Su altanería dominante había desaparecido por completo.

—Esto que hacemos está mal, cariño. Puede que lo paguemos muy caro las dos.

—No, si tenemos cuidado y tomamos las debidas precauciones. Tú debes seguir haciendo feliz a tu marido. Esa será tu carga. Pero yo te compensaré con creces, serás la dueña y señora de mi cuerpo y de mi alma. Encontraremos muchos momentos para

estar juntas, así en intimidad.

—No hablas como las chicas de quince años. Tu mente ya es adulta, y eres una perversa como yo. No te conozco bien, pero será un honor para mí que me abras tu mente y tu corazón. Pero juega limpio, por favor. No me traiciones — le pidió Maga.

—Mamá, te quiero y te deseo. Eso es todo. Sé que habrás pensado otras cosas al principio de esto, que te has sentido aterrorizada. No tienes por qué, te lo juro por mi adorada Estefanía, mi bendita madre, asesinada, en parte, por culpa de tu marido. Mami, vamos a sellar un acuerdo. Vamos a ser las mejores amigas del mundo. Las más felices, porque siempre nos tendremos la una a la otra. Sé que eres una persona estupenda, con un gran corazón. Mi madre también lo fue. Yo no lo soy, pero me pongo bajo tus cuidados, tutela y enseñanzas para que me enseñes a ser como tú. ¿Qué me contestas, mami querida? ¡Dime que sí, porfa!

—Ahora ya no te tengo miedo. Vamos a seguir, yo también quiero complacerte a ti. ¿Cómo quieres que hagamos ese 69? — preguntó Maga, sonriendo a su hijastra.

—Yo me pongo debajo y tú encima. Es una señal de respeto y de que tú me vas a guiar a partir de ahora, en esto y en todo. Venga, vamos. Primero el placer y luego el trabajo — dijo Irene.

—Jajajaja, es al revés, cariño — le respondió Maga, divertida.

—Venga, mami, ponte encima de mí, tía, al revés, no me digas que no sabes cómo se hace un 69. Venga, tu tesoro íntimo encima de mi cara. Ya verás qué bien lo hago. Tú no hace falta que hagas nada. Concéntrate únicamente en disfrutar de alguien que te quiere de veras. Ok, mamá, ya te tengo. Disfruta — le dijo, antes de comenzar a acariciar con los labios y la lengua el sexo de su madrastra, que ya estaba muy húmedo tan sólo con los prolegómenos.

Maga se olvidó de todos los peligros y culpas que estas situaciones supondrían siempre para ella y su matrimonio con Fernando, y se entregó en cuerpo y alma al placer más sublime que sus sentidos le habían proporcionado jamás. Se preguntó durante un segundo que cómo era posible que Irene, a su edad, dominase estas técnicas, pero borró de su mente de inmediato tal pensamiento perturbador, y se concentró en sus violentos estallidos de placer. Su hijastra le provocó tres orgasmos seguidos que la hicieron vibrar y temblar de emoción y frenético éxtasis.

—¿Qué me dices, mamá, te has sentido muy unida a mí?

—Más unida que a cualquier otra persona en el mundo. Te quiero, pequeña mía. Te quiero — le respondió Maga.

—Venga, vamos a vestirnos y salimos a que nos dé el sol, y a pensar en cómo va a funcionar a partir de ahora esta familia de tres seres que se aman, — propuso la mayor de ambas amantes.

—Te equivocas, yo no quiero a mi padre. Te quiero a ti, porque te lo mereces. Te deseo, porque eres guapísima. Pero a mi padre, no lo quiero. No se lo merece. Soy sincera, mamá.

—Vamos a ver, que yo me aclare... entre tú y yo... ¿Qué va a suceder a partir de ahora? — preguntó Maga.

—Tú mandas y yo te obedezco. Tú vas a enseñarme a ser buena, como tú lo eres, aunque te guste que ese hombre te ponga el culo como un tomate a fustazos. Ante tu marido, somos madre e hija.

—Utiliza sus manos para azotarme, puntualizo, cariño. No te creas que él disfruta, lo hace por mí.

—¡Qué retorcida eres, mamá!

—¡Le dijo la sartén al cazo! Has dicho antes que en nuestra relación, la tuya y la mía, yo mando y tú obedeces. ¿Es en serio? ¿Te refieres a lo afectivo y sexual, o en todo? — le preguntó Maga, que necesitaba reafirmarse en que su hijastra no le estaba gastando una broma cruel, o incluso tendiéndole una trampa atroz que la hundiría para siempre.

—En todo, mamá, en todo. A parte de esto en lo que te he metido yo, en todo lo demás también. Porque tú eres buena y yo soy mala. Tú me vas a enseñar a ser como tú. No te defraudaré, te lo prometo.

—Ok, cielo. Entonces, vamos a levantarnos de tu camita, nos vestimos y nos vamos a tomar un aperitivo a un sitio tranquilo donde podamos hablar en voz baja, sin que estemos en una situación como la que has propiciado, y yo he consentido. Por cierto, en la relación con mi madre, a la que adoro, ella manda y yo obedezco. Curioso mi destino, he repetido mi situación con ella, pero a la inversa, ahora contigo — expuso Maga.

—Mamá, hazme un favor. Te admiro y quiero tanto, que necesito saber si a mí, como a ti, también me gustan los castigos de azotes en el culo. Tus castigos, claro. No los de nadie más.

—Vamos allá pues, niña pervertida. Ven, ponte sobre mis rodillas. Así... ¡Qué bonita eres, cielo! Tienes un cuerpo sublime. ¿preparada?

—Adelante, mami. Mi culo es tuyo. Bueno, todo lo mío es tuyo. ¡Ayyy!

—¡Toma, desvergonzada! Le dijo Maga, tras propinarle una palmada de intensidad mediana.

—Más fuerte, mami. Más fuerte. ¡Uyyy! ¡Me duele!

—¡Y más que te va a doler! ¡Y pórtate bien de ahora en adelante, o te azotaré con mi cinturón de cuero, mi vara de bambú, mis zapatillas de verano, que tienen una suela de lo más sólida aunque elástica... ¡Toma y toma! ¿Tienes ya bastante?

—¡Ayyy! Un poquito más y ya, mamá. ¡Uy! como me debes haber puesto el culo. ¡Qué manos más más maravillosas tienes! — le dijo.

—Bueno cariño, eres igual que yo, te gusta esto. Venga, vístete y vamos a tomar un aperitivo... si puedes sentarte, jajajaja — rió Maga.

—¡Que borde eres, mami! Eso es que tú tampoco puedes sentarte muchas veces, jajajaja — rió a su vez Irene.

—Venga, vamos a vestirnos de una vez.

El almuerzo les supo delicioso a ambas. El sol acariciaba los cabellos de madre e hija. Hablaron con total confianza y se sonrieron con calidez. La historia se repetía para Maga. ¿Se trataba de la ley del karma, una vez más?

—Delicioso, mami, gracias por invitarme.

—Te invitaré siempre, tú no tienes dinero, y no quiero que te gastes tu paga en invitarme a mí. Una cosa quiero pedirte, Irene, y por favor, hazme caso.

—¿De que se trata? No me asustes.

—No te asusto. Quiero que empieces a comportarte correctamente con tu padre. Si no lo quieres ahora, acabarás haciéndolo, porque es un buen hombre. Él está arrepentido de muchas cosas. Si de verdad quieres que yo te eduque, a mi manera, por favor, esta es mi primera petición — le dijo Maga, con gran solemnidad y semblante muy serio.

—Tú mandas en mí, mamá. Es un derecho que te he concedido yo, y es para siempre,

porque quiero amar a alguien que me ame toda la vida sin condiciones, que me ayude y proteja, que sea mi ejemplo y guía. Eres buena, mami, lo noto, y tú me vas a salvar a mí. A partir de ahora, en cuanto vea a tu marido, voy a llamarle papá y le voy a dar dos besos diarios, uno de buenos días y otro de buenas noches. No te fallaré — prometió Irene, que atraía la mirada de todos los hombres, primero hacia su cara y después hacia su culo, que pasaban a su alrededor.

—Con el de buenas noches es suficiente, porque por incompatibilidad horaria, es imposible que le des el de buenos días. Tú te vas al colegio antes de que él y yo nos levantemos. Aunque quizás... le diré a tu padre que sería buena idea que desayunásemos los tres juntos. Seguro que le parece muy bien, siempre y cuando esta misma noche tú hayas cambiado por completo tu actitud hacia él. Mañana estaremos en el comedor, desayunando contigo, cielo.

—Gracias mamá. Tú sí que eres un cielo. Me vas a salvar del infierno. Cuídame siempre, mami preciosa.

—Lo haré, cariño. Te lo prometo. Siempre.

EPÍLOGO

Maga y su esposo llegaron a las diez en punto a la clínica psiquiátrica, ahora propiedad de ambos por generosa decisión de Fernando, y se prepararon para comenzar una nueva jornada de trabajo. Ya no había huecos libres entre una consulta y la siguiente. La afluencia de enfermos se había consolidado, algunos de los antiguos ya no volvieron, pero había muchos nuevos. La primera paciente entraría a las 10:30, y ellos se marcharían a las 14 horas, y comerían en un restaurante italiano. Nunca iban a comer a casa, preferían hacerlo en un restaurante distinto cada día, entre los cinco que se hallaban próximos a la clínica.

—Tú intervención ha sido genial, cariño. Has convencido a la niña de que cambie su fea actitud hacia mí. No sabes cuanto te lo agradezco — dijo Fernando a su esposa, a la que amaba cada día con más pasión. Maga, a su manera, le correspondía. Quería mucho a aquel hombre, que se había convertido en su salvación. La hacía sentirse una mujer equilibrada y segura. Se entregaba a él, y se entregaba a Irene. Fernando jamás sabría esta última circunstancia, pues de enterarse, sería terrible para todos. Ahora, vivirían felices los tres, en mayor o menor medida. Maga, por primera vez desde hacía mucho tiempo, no se sentía culpable, pues siempre tenía en mente lo que sus seres protectores de luz le habían enseñado, y se lo habían repetido en multitud de ocasiones: “En la Verdadera Vida, la espiritual, no tienen cabida la cultura y la moral de las sociedades humanas, sino que se vive la existencia espiritual desde el amor”.

Irene comía junto a su amiga íntima, Sandra, en un restaurante económico, muy cercano al colegio donde cursaba sus estudios. Siempre iban allí y se sentaban ellas solas, evitando integrarse en grupos mayores de compañeros y amistades de ambas. No eran insociables, pero se habían hecho íntimas, y les gustaba compartir momentos a solas. La hora de comer, tras las clases de la mañana, era uno de los mejores momentos del día para ellas.

—Bueno, Ire, dime cómo ha funcionado la operación “Estallido” que llevaste a cabo ayer. Te eché de menos, cariño — dijo Sandra.

—Yo a ti también. La operación tenía dos posibles desenlaces, A o B. Resultó ser B — expresó Irene.

—¿Qué quieres decir? Explícate, por favor — exigió la otra, alterada.

—Tía, no me hables así ni me agobies. No te lo voy a consentir.

—Oye, guapa ¿Qué es eso de tía? Somos amantes. Y a mí no se me amenaza.

—No te estoy amenazando, Sandra. Sí, grabé con el móvil todo lo que sucedió entre mi madrastra y yo ayer. Cómo la seduje, la humillé, cómo a ella le gustó, aunque temblaba, cómo se dejó seducir, cómo me azotó cuando se lo pedí, que por cierto llevo el culo que me arde y me duele horrores cuando me siento... llevé a cabo mi malvado plan — explicó Irene a su amiga.

—Entonces, lo tienes todo grabado. Bien, perfecto. Ahora sólo tienes que chantajear una y otra vez a tu puta madrastra para que su marido no se entere de la clase de tía que tiene por mujer, y nosotros tenemos dinerito siempre para pagar nuestro nido de amor. ¡Eres genial, cariño! — exclamó Sandra, una chica morena, bastante atractiva, con unos pocos, muy pocos, kilos de más.

—No, no tengo nada grabado. Lo grabé todo, pero borré la grabación mientras comía con mi madrastra. Ella no se dio cuenta de lo que hacía con el móvil, le dije que estaba jugando al Candy Crash. Maga es maravillosa, Sandra. Ya la apreciaba, aunque estaba dispuesta a hundirla con tal de arruinar la vida de mi padre, en todos los sentidos, para vengarme de él, pues es casi tan culpable como el Tatu de la muerte de mi madre. Pero después de lo de ayer, de cómo reaccionó, cómo sentí su cariño cuando se relajó una vez pasado su pánico, ya no es que la aprecie o la quiera, es que la adoro. No voy a joderla viva a ella por destruir a mi padre. Ya te dije que el resultado del plan era incierto, que dependía de la reacción de Maga al verse avasallada por mí. Y reaccionó con amor. Llegué a la conclusión de que necesito su amor.

—¡Pero qué dices, tía loca! ¿Te estás quedando conmigo? ¡Somos amantes, Irene. ¡Pero tú de qué vas, subnormal? Oye, que de mí no se burla nadie, y menos una niña como tú, por mucho que seas la gallina más guapa y guarra del gallinero — se alteró Sandra.

—¡Oye, a mí no me insultes! Quería decírtelo con cortesía, pero te lo diré claro: ¡Tú y yo hemos terminado para siempre! ¡Al lado de Maga, eres una birria de tía, y más mala persona aún que yo— exclamó Irene, muy enfadada.

—¡¿Pero cómo te atreves a despreciarme así, tía guarra indecente?! A mí no me haces esto sin que lo pagues muy caro. ¡Sinvergüenza! — bramó la iracunda Sandra, atrayendo hacia ella e Irene todas las miradas y atención de los demás usuarios del bar restaurante.

—¡Sandra! ¡Cállate, mierda! — le gritó Irene, muy asustada.

—Ya puedes buscarte un nuevo domicilio bajo un puente, cabrona, porque voy a decirle a tu puto padre la clase de hijita que tiene, y de mujercita. ¡Claro, que a lo mejor no vas a la puta calle tú sola, te acompañará tu mamaíta amante! ¡Zorróna! — gritó, antes de levantarse, convertida en un torbellino de furia, y precipitarse hacia la puerta de salida del establecimiento.

Irene rompió a llorar histéricamente. Se quedó sentada sin atreverse a mirar a nadie, apretando sus puños hasta hacerse sangre con las uñas. Varios compañeros, que sin duda habían tomado partido por ella, se acercaron a consolarla, sin saber qué es lo que había motivado el violento estallido entre las dos.

Incluso dentro del bar, fue audible el violento chirrido de las ruedas de un vehículo al friccionar sobre el pavimento de la calzada, previo al tremendo golpe que produjo un estampido sordo que hizo, a quienes se hallaban en el bar, precipitarse a la calle para ver qué había sucedido. Únicamente Irene quedó dentro, sentada y cabizbaja ante su mesa, incapaz de moverse a causa del pánico que la atenazaba. Los que salieron, vieron el cuerpo tendido de una mujer joven, una adolescente, sobre la calzada. La sangre comenzaba a extenderse bajo el cuerpo inerte tendido sobre el asfalto. El coche que la había atropellado, lanzándola violentamente por los aires, estaba detenido con la puerta del conductor abierta. Él y otras personas se acercaron a socorrer a la atropellada.

—Soy médico. Déjenme pasar, por favor — pidió uno de los individuos que se acercaron a la chica.

—¿Qué hacemos? ¿Llamamos a una ambulancia? — preguntó una mujer.

—Por supuesto, y a la policía. Esta chica aún tiene pulso, pero se está muriendo — sentenció el médico.

El hombre no se equivocó. Sandra Pérez, la despechada amiga de Irene, había sido atropellada de un modo tan absurdo que los testigos del accidente calificaron de “incomprensible”. El coche pareció salir de la nada, coincidieron todos en sus declaraciones a los agentes encargados de instruir el atestado del accidente.

Maga se hallaba en la clínica rellenando la ficha médica de un paciente de su marido, cuando percibió a uno de aquellos seres que desde niña la visitaban ocasionalmente, haciéndose visibles ante ella sin que nadie más percibiera su presencia. En esta ocasión, se trataba de uno de sus más íntimos amigos: Fran Lahuerta.

—Fran, ¡cómo se te ocurre venir ahora! — le increpó ella, en voz muy baja.

—Maguita querida, he cometido una locura por amor. Por amor a ti, mi cielo. Te acabo de librar de un destino horrible, diosa de la belleza, pero a mí me han expulsado de la Gran Orden hasta que lave el karma del terrible acto que acabo de cometer. Eso me llevará vidas, princesa mía. Me voy a quedar junto a ti siempre, para protegerte de un ser oscuro que con seguridad querrá atacarte, así como a Irene, a la que también protegeré por amor a ti — le confió el difunto Fran, su ex—pareja, que había muerto meses atrás en accidente de moto.

—¡Fran! ¡No me jodas, dime que has hecho y qué tiene que ver conmigo! — exclamó ella en voz muy baja. Afortunadamente, dos ancianas que se hallaban en la sala de espera estaban sordas como tapias, pues de lo contrario, hubieran huido espantadas de la clínica del doctor Olmos, pensando que si el afamado psiquiatra había elegido como esposa y recepcionista a una loca que hablaba sola y él no conseguía curarla, pésimo doctor debía ser.

—¡Malhablada! Suerte tienes de que yo sea un fantasma y no pueda administrarte el correctivo que mereces — dijo el espíritu amigo.

—No te preocupes Fran, ya lo hace Fernando. No sé a que has venido, pero siempre agradezco la visita de un ser al que quiero y querré siempre, sea invisible o no.

—Cuida a Irene. Te quiere mucho. No descuides a Fernando. Cohesionas a tu familia. Tú pilotas el avión en el que viajáis los tres. Sé prudente y astuta como una zorra, con perdón. Adiós. Te quiero. He desactivado una bomba que llevabas en tu avión. Reza y medita por mí.

—¡Fran! No te vayas, tío, dime de qué va el enredo que me has contado — le suplicó inútilmente Maga, pues el espíritu transgresor de la ley del karma por amor ya se había ausentado, al menos como ser momentáneamente visible para su amiga Maga.

Sandra Pérez fue enterrada a las 16 horas del día siguiente, en el cementerio municipal de Valencia. Algunos profesores asistieron a su funeral en representación del colegio, así como muchos de sus compañeros de estudios. Irene no acudió. Había quedado en estado de shock. Se había metido en su cama y no quería salir de ella, en la que se había acurrucado hecha un ovillo. A Maga le costó muchos días tranquilizarla y quitarle los miedos que la aterraban.

Finalmente todo se normalizó. De los tres miembros de la familia, Maga era la que soportaba mayor carga sobre sus hombros. Sin embargo, se sentía feliz. Nunca conoció la tragedia que planeó sobre su vida y la de sus dos seres queridos de la familia que ella, Fernando e Irene habían constituido. Fran no quiso explicárselo, por más que ella lo invocó noche tras noche. En el otro lado, en la Verdadera Vida, se acatan las normas que los sabios jerarcas cósmicos dictan, basadas en su Sabiduría, Compasión y Amor. Conceptos divinos que son desconocidos por la mayoría de los habitantes humanos del planeta Tierra.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE	8
Capítulo II	29
Capítulo III	39
Capítulo IV	50
SEGUNDA PARTE	114
Capítulo V	115
Capítulo VI	142
TERCERA PARTE	155
Capítulo VII	156
EPÍLOGO	181